



Winwar, Frances.
12069



EDITORIAL SUDAMERICANA

GIGANTE AMERICANO

BIOGRAFÍAS

IMPRESO EN LA ARGENTINA
Queda hecho el depósito que previene la ley. Copyright by Editorial Sudamericana, Sociedad Anónima, calle Alsina 500, Buenos Aires, 1944.

TÍTULO DEL ORIGINAL EN INGLÉS: "AMERICAN GIANT"

92 Whi
W 769
1944
0.1

FRANCES WINWAR

GIGANTE AMERICANO

WALT WHITMAN Y SU ÉPOCA

Traducción de
HAYDÉE LANGE

961

EDITORIAL SUDAMERICANA
BUENOS AIRES

Rm. 12069

R. [illegible]

DEDICO ESTE LIBRO A TODOS
Y, POR TANTO, A USTED

INDICE

Nota preliminar 13

CAPÍTULO

I. Comienzos 15
II. Paumanok 23
III. La influencia que sobre mí ejercieron mis primeros años 35
IV. El foco infeccioso de la nación 49
V. Trascendentalismo 67
VI. El político y el artista 79
VII. Franklin Evans 97
VIII. Israfel y el Nuevo Adán 107
IX. Redactor de *The Eagle* 117
X. Yo soy el poeta 137
XI. ¡Oh, imán -- el Sur! 151
XII. Desde dolientes ríos reprimidos 161
XIII. Un final y un comienzo 179
XIV. Donde se trata de muchas cosas 195
XV. Hojas de Hierba 217
XVI. El poeta habla por sí mismo 239
XVII. El amor a los camaradas 259
XVIII. Walt entre los Brahmines 277
XIX. Toques de Tambor 293
XX. El buen poeta gris y Peter Doyle 315
XXI. La amiga más noble 337
XXII. ¡Hasta la vista! 359

Bibliografía 381
Indice alfabético 391

When the true poet comes, how shall we know him —
By what clear token, — manners, language, dress? . . .

Thus shall ye know him — this shall be his token:
Manners like other men, an unstrange gear;
His speech not musical, but harsh and broken
Shall sound at first, each line a driven spear:
For he shall sing as in the centuries olden,
Before mankind its earliest fire forgot;
Yet whoso listens long hears music golden.
How shall ye know him? ye shall know him not
Till ended hate and scorn,
To the grave he's borne.

RICHARD WATSON GILDER
Para *The Century Magazine*
Noviembre 1881.

NOTA PRELIMINAR

Os entrego a Walt Whitman, el viril autor de Hojas de Hierba, *el gigante "libre, fresco, salvaje, flúido, exuberante, contento de sí mismo", el poeta de la democracia, en cuya primera declaración Thoreau escuchó una nota de trompeta resonando a través del campo americano. Os entrego al amante de la humanidad, el amplio espíritu tolerante que abarcó el universo y que pudo decir al más humilde paria: "Hasta que el sol te repudie yo no te repudiaré". Os entrego al valiente soñador que vislumbró su destino al trasponer la adolescencia y que tuvo el coraje de perseguirlo hasta el final contra las injurias y la incomprensión. Os entrego al hombre de vida generosa, el camarada de los caminos, el libre compañero de hombres y mujeres, el cuáquero amante de la paz y el vigoroso luchador por principio. Os entrego al que cura las heridas en el campo de batalla, el Respondedor en el conflicto de la vida. Os doy el símbolo de América, Walt Whitman.*

Mi libro es una refutación de la consabida frase "el buen poeta gris", empleada, al principio, para defender a Whitman contra acusaciones de inmoralidad. A pesar de las muchas contradicciones en que incurrió intencionalmente el poeta, y en las que persistieron sus discípulos, he procurado llegar hasta la verdad de su vida, recurriendo para tal fin a la historia de América, con la que él se identificó, y a su autobiografía espiritual, Hojas de Hierba, *a sus cuadernos de notas, sus cartas, sus escritos en diarios y revistas, sus conversaciones registradas y a los recuerdos* (cum grano salis) *de aquellos que lo conocieron. Si lo que digo acerca de muchos puntos discutidos parece sorprendente, es porque los hechos mismos lo*

autorizan. Sólo he puesto en correlación la evidencia íntima con el material biográfico conocido, extrayendo deducciones objetivas. Desde el principio al fin mi intención ha sido presentar a Whitman tal como era, sin apologías ni equívocos. Si sus defectos eran grandes, sus virtudes eran más grandes aun. "Soy grande, contengo multitudes."

Ningún libro sería completo sin la mención de los muchos que contribuyen con su estímulo y su inspiración. A la señora Martha Lippincott Davis de la Fundación Whitman, mi agradecimiento por sus innumerables favores. Mi gratitud también al señor I. A. Stern, a su señora y su hijo Edward, por acompañarme en mis peregrinaciones a Whitman; al profesor H. R. Ede, a Alan Branigan, al señor David Davidson y señora, a las señoritas Rosamond Gilder y Bertha Johnston, y a muchos otros que han demostrado un interés personal por la marcha de este libro.

Debo agradecer por el título al señor Cass Canfield. El doctor Asa Don Dickinson, como de costumbre, se ha hecho acreedor a mi gratitud por su incansable ayuda en conseguirme una biblioteca para trabajar. Es menester también pagar un tributo a los especializados en Whitman, que han desenterrado escritos sepultados en colecciones, diarios y revistas. Al profesor Emory Holloway y a los asociados a él en sus investigaciones. Asimismo a Doubleday, Doran, mi agradecimiento por haberme permitido incluir citas de las obras completas de Hojas de Hierba *y de la poesía y prosa no coleccionada de Walt Whitman. A Cleveland Rodgers y John Black, y a G. P. Putman's Sons, mi gratitud por permitirme un uso tan generoso del material relativo a Whitman de* The Gathering of the Forces, *y también a Clifton Joseph Furness y la Harvard University Press por autorizarme a citar trozos de* El Taller *de Walt Whitman.*

F. W.

Greenshade, Wilmington, Vermont.

Capítulo I

COMIENZOS

Cuando Walter Whitman y Louisa Van Velsor se casaron, en 1816, contentáronse con permanecer en la vieja granja de Whitman, en West Hills, Long Island, en vez de unirse, como mucha gente joven de su clase, a los que marchaban hacia el oeste. Durante ese y muchos años subsiguientes a la elección del Presidente Monroe, todo el Este se hallaba en un fluir constante. En indescriptibles procesiones desfilaban las carretas a través de Nueva York y Pensylvania hacia la tierra de promisión, que, dada su euforia por la "era de buena voluntad", el gobierno vendía en lotes mediante el plan del pago a plazos. Desde el Nueva York occidental a Indiana e Illinois surgieron los poblados, casi de un día para otro. Las cabañas de troncos, con sus ventanas de papel engrasado y sus pisos de tablas, la fragua primitiva y el molino, motearon la pradera. Los sembrados de maíz y los campos de trigo dieron un color nuevo a la tierra, y el compañerismo se hizo más estrecho en la época de trillar y desgranar el maíz. El Oeste surgía a la vida.

Un período de prosperidad se iniciaba. Con la reflotación del Banco Nacional de Filadelfia, al comenzar el período de Monroe, el país entero se sintió alentado. Los negocios florecieron en una explosión de empresas. El comercio se extendió. Para acercar más el gran puerto de Nueva York a las lagunas de tierra adentro, se abrió el terreno para el Canal

Erie como un homenaje al Día de la Independencia: 1817. En ese año también Nueva York y Liverpool disminuyeron la distancia del Atlántico con una línea de rápidos paquebotes. El primer buque a vapor se botó en St. Louis.

Europa se reponía lentamente de la prolongada lucha con Napoleón, encadenado ahora en Santa Elena. Pero era una Europa cautelosa y desconfiada, pronta a oponerse, por medio de la fuerza bruta, a las ideas que provocaron la Revolución Francesa. A medida que las reformas lograban introducirse en la legislatura, las medidas restrictivas marcaban el paso y a menudo las aventajaban. Cuando, en Inglaterra, las restricciones a la industria fomentaron tumultos contra el gobierno, éstos fueron dominados despiadadamente mediante la suspensión del acta de *habeas corpus* y por frecuentes ejecuciones. Los *Manchester Blanketers,* obreros protestadores que marcharon a Londres llevando sus rollos de frazadas a la espalda, se toparon con las bayonetas de la milicia. Miembros del *Luddites* murieron en la horca por destruir las máquinas que reemplazaban el trabajo del hombre. Los escándalos del Regente y de su esposa Carolina no contribuían a tornar más llevadera la situación.

Entretanto Metternich, el perro guardián de Europa, mantenía abiertos los ojos ante cualquier indicio de revolución. Cuando en 1819 Sand, un joven y exaltado liberal, asesinó a Kotzebue por sofocar la libertad académica, Metternich vió en ese acto la chispa de la peligrosa llama: "Con la ayuda de Dios" —amenazó—, "espero vencer la revolución alemana, del mismo modo que derroté al conquistador del mundo".

Fué la señal para un sinnúmero de persecuciones. Todo hombre que pensara en la libertad corría peligro. Pero los peor situados eran los universitarios, puesto que Sand había sido un dirigente del movimiento liberal estudiantil. Bajo la dirección de Metternich se formó en Mainz un comité de investigaciones, con plenos poderes para arrestar a cualquier súbdito de los estados germanos. Los hogares fueron invadidos,

y arrastradas a las cárceles centenares de personas inocentes. En cada universidad se había instalado una comisión de policía especial con el fin de vigilar a profesores y alumnos. Fueron suprimidas todas las organizaciones estudiantiles. Significaba una traición para cualquiera usar las cintas negras y amarillas, símbolo de la libertad alemana.

Sobrevino un régimen de terror. De los doscientos estudiantes arrestados por llevar las cintas, noventa y cuatro fueron condenados a muerte. Distinguidos profesores perdieron sus cátedras y con ellas toda posibilidad de empleo en cualquier otro estado alemán. El Profesor De Wette tuvo que huir a Suiza por atreverse a enviar una carta de condolencia a la madre de Sand con motivo de su ejecución. Fries fué expulsado de Jena; el poeta Arndt, de Bonn. Había que elegir entre la tiranía o el exilio, si no la muerte. Fué entonces cuando un nuevo tipo de emigrante apareció en América: el refugiado intelectual. Grupo tras grupo, profesores, acompañados por sus discípulos, buscaron la libertad de pensamiento en el Nuevo Mundo. Llegaron demasiado pronto para poder aprovechar la disposición de Napoleón, quien legó en su testamento una suma de dinero "para ser distribuída entre las personas proscritas que vagan por países extranjeros, ya sean franceses, italianos, belgas, holandeses, españoles o habitantes de los departamentos del Rin".

Es probable que Walter Whitman y su mujer no supieran nada de los refugiados alemanes, ni de los pormenores sensacionales referentes al juicio del divorcio real en Inglaterra. Pero seguían con bastante atención los sucesos destacados de su país para formarse un criterio propio acerca de los acontecimientos y los hombres. No fué un simple apasionamiento por nombres altisonantes lo que les hizo llamar a tres de sus hijos George Washington, Thomas Jefferson y Andrew Jackson. Washington, como padre de su país, había conservado siempre el primer lugar en la estimación de la clase "poderosa e ineducada" a la que pertenecían los Whitman. Pero el vínculo

era más estrecho con Jefferson, un hombre anciano ya, pero, no obstante, el más sobresaliente apóstol de la democracia en América. Pues Jefferson conoció a Tom Paine, aquel tormentoso defensor de la libertad, y Paine, que murió en 1809, había sido amigo de Jesse Whitman, el padre de Walter.

La tradición de la democracia constituía casi una religión en los Whitman y fué una influencia tan fuerte en sus vidas como su inclinación espiritual hacia los cuáqueros. La verdad, en un sentido, les había llegado directamente; la secular a través de Paine, la religiosa a través de Elias Hicks, el estruendoso predicador cuáquero, a cuyos mitines concurrían fielmente Walter y Louisa.

En cuanto a Andrew Jackson, éste era el héroe del día, el soldado temerario que sabía cuándo era necesario luchar en beneficio de su país. Por cierto, lo habían atacado en el Congreso por haber procedido en forma tan arbitraria en el asunto de Florida, provocando casi una guerra con España. ¿Pero no había fracasado España al intentar reprimir las hostilidades de los indios de Florida contra los Estados Unidos? "La causa de los Estados Unidos debe ser llevada a cualquier punto dentro de los límites de Florida donde se permita proteger a un enemigo." Así lo declaró el General Jackson, y así lo hizo. El resultado fué una amplia tajada de territorio cedido por una España debilitada a los Estados Unidos en rápida expansión. ¿Imperialismo? El término era desconocido. Hinchados de patriotismo, los poderosos ignorantes se regocijaron con la ganancia obtenida por la nación y dieron a sus hijos el nombre del conquistador. En el año de la conquista de Jackson un Congreso previsor aprobó una ley que modificaba el diseño de la bandera americana. Hasta entonces consistía de dieciocho bandas, rojas y blancas. Ahora se reducía a trece, el número de los estados originales. Sobre la campiña azul, sin embargo, se dejaba espacio para los aumentos; en adelante debería contar con tantas estrellas como estados hubiese en la Unión.

Por temeraria que fuese la vida pública de ésta, era asaz apacible en West Hills, cerca de Huntington, donde la familia había residido durante más de cien años. La misma casa solariega existía desde 1705. El viejo Jesse Whitman y sus hijos nacieron en ella; y ahora los hijos de su hijo iban llegando al mundo. Una casa sencilla, de tejas, de un piso y altillo, que los años revistieron de un gris apagado, dominaba un granero y la nidada de dependencias y galpones que se agrupaban en torno a la tradicional granja americana. Era un hermoso y viejo lugar, seguro y sin pretensiones, situado con sus quinientos acres en el bello panorama de Long Island. A escasa distancia de la casa, siguiendo los pocos senderos bordeados de robles achaparrados, algarrobos y nogales, unidas sus ramas entre sí por la tupida maleza de lianas, extendíase un bosque de castaños, primitivo en su espesura. Grandiosos y viejos árboles, robles de edad indefinida, frondosos algarrobos y patriarcales nogales, constituían mojones familiares en esa región todavía intacta. Hacia el oeste, las colinas bajas, cubiertas de árboles en cada trecho de sus cuestas, señalaban las estaciones del año en el cambiante follaje. Aquí y allá las casas, con sus techos de tejas como la granja Whitman, con el habitual huerto de frutales al fondo y su jardín cercado por estacas blancas, se acurrucaban en pequeños grupos lo suficientemente cercanos para fomentar las buenas relaciones entre vecinos.

Los alrededores de Huntington habían sido poblados hacia mediados del siglo diecisiete. La tierra, comprada a los indios de Long Island, fué colonizada por dos distintas olas de inmigración, una de Nueva Amsterdam, la otra de Inglaterra, pasando, sin embargo, por Connecticut. En 1635, de acuerdo con los archivos, el Reverendo Zechariah Whitman, a la sazón de cuarenta años de edad, había venido a América para establecerse en Mioford, Connecticut. Pero la familia estaba destinada a extender sus raíces cuando, en 1660, Joseph, el hijo de Zechariah, cruzó el estrecho de Long Island y, al descubrir

que le gustaba la región contigua a Huntington, decidió establecerse en ella. No es seguro que haya comprado la propiedad en West Hills. De cualquier modo, para la siguiente generación, sostenía la cumbrera de los Whitman de Long Island.

La gente de Louisa, los Van Velsor, eran de ascendencia holandesa con una mezcla de galés, más tarde, por la rama materna. En Cold Springs, no lejos de West Hills, los Van Velsor poseían una hacienda, donde criaban caballos de raza para el mercado. La misma Louisa, de niña, había tenido fama de intrépida jinete.

En el transcurso de los años ambas familias se encontraron en precarias circunstancias. La granja Whitman, de vasta extensión antes, había disminuído considerablemente desde los días en que Sarah Whitman, abuela de Walter, vigilaba sus esclavos y sus tierras con la energía de un hombre. Intelectualmente, también, habíase debilitado el linaje. Aunque los Whitman originales de Nueva Inglaterra se distinguieron como sacerdotes y profesionales, los Whitman de Long Island adoptaron oficios manuales. Eran, sin embargo, buenos granjeros, hábiles carpinteros, y soldados leales cuando su país los necesitaba. Durante la revolución combatieron como firmes patriotas a las órdenes de Washington. Uno de ellos, Nehemiah Whitman, un teniente, perdió la vida en la batalla de Brooklyn. Otro antepasado murió en las cárceles inglesas. Todos ellos, ya fuese en un sepulcro extraño o en el cementerio familiar de West Hills, merecieron el elogio final de buenos y leales servidores.

El actual Walter Whitman, un hombre corpulento, vacilante, de hablar pausado y poco dado a la risa, practicaba el familiar oficio de carpintero y era conocido como un excelente constructor. Algunas de las casas construídas por él se mantienen seguras después de un siglo. Sus vecinos, gente humilde como él, lo respetaban. Buen ciudadano y miembro respetable de esa modesta comunidad, vivía en paz con el mundo. El 31

de mayo de 1819, su familia se vió aumentada por el nacimiento de su segundo hijo, al que dieron su nombre, Walter.

Fué un año de acontecimientos en el exterior y en el país. En Europa estalló la acostumbrada serie de revoluciones, que fueron sofocadas rápidamente. Los tiranos recibieron su condena y los liberales huyeron al destierro. En el Palacio de Kensington nació una niña, hija de Eduardo, Duque de Kent y de María Luisa Victoria de Sajonia-Coburgo. La llamaron Alejandrina Victoria, pero el siglo diecinueve y los años venideros llegarían a conocerla simplemente como Victoria.

En los Estados Unidos bullían aquel año agitaciones políticas, contiendas, peleas y desavenencias, siendo la más enconada la producida por la admisión de Missouri entre los estados de la Unión. La nación ya contaba con veintidós estados, once libres y once esclavistas. Missouri desequilibraba la balanza.

A principios del año James Tallmadge (h.), de Nueva York, presentó un proyecto de ley que prohibía la esclavitud en el nuevo estado, excepto en el caso de hombres y mujeres que ya estuviesen en servidumbre; pero éstos también, establecía el proyecto, deberían ser libertados dentro de un tiempo determinado. Acaloradamente discutidas por ambos lados, las propuestas y contra-propuestas inundaron el Congreso. El Sur no quería ceder una pulgada en su defensa del problema de la esclavitud, y halló su más hábil defensor en Caleb, de Georgia, quien profetizó que una intervención de esa índole contra la tradición destruiría la paz y la armonía de la Unión. Aquellos que abogaron por ella, declaró, estaban "avivando el fuego que todas las aguas del océano no lograrían extinguir. Sólo podrá extinguirse con sangre".

En esa sesión fué derrotada la enmienda. El asunto de Missouri, sin embargo, surgió de nuevo en reuniones posteriores. Introdujéronse nuevos decretos, propusiéronse componendas, cada parte aferrándose tercamente a su punto de vista, mientras los sentimientos llegaban hasta la hostilidad ante

la peligrosa solución. Finalmente adoptóse, por una mayoría de ocho, una forma modificada de la enmienda original. Pero las dos Cámaras permanecieron en firme oposición, manteniéndose los diputados por la abolición de la esclavitud en Missouri, y el Senado más que nunca resuelto a admitirlo solamente como un estado esclavista. La componenda, que por fin pasó, aunque fuese un triunfo del Norte, tan sólo le dió la victoria moral de una vaga promesa de que la esclavitud sería prohibida en los futuros estados que se admitieran en la Unión. El Sur, por su parte, se regocijó con la ganancia material de otro estado esclavista. La paz reinó de nuevo, y el fuego quedó temporalmente sofocado. Pero las palabras de Caleb serían recordadas muchos años más tarde, cuando se revelaron como una profecía demasiado trágica: "Sólo podrá extinguirse con sangre".

Capítulo II

PAUMANOK

Brooklyn era, en el 1820, una ciudad floreciente, de unos diez mil habitantes, y atraía hacia sí a la gente de los distritos vecinos, que, no preparada todavía para el bullicio falsificado del aun más próspero Manhattan, probaba ese primer escalón antes de aventurarse más lejos. Entre estos emigrantes de los pueblos distantes llegó Walter Whitman con su familia en 1822 ó 1823.

¿Qué fué lo que lo indujo a abandonar la cómoda granja de West Hills? Tal vez había agotado las posibilidades de ganarse la vida en la pequeña comunidad rural. Tal vez Louisa, viendo la rapidez con que crecía su prole, había espoleado a su esposo para que mejorara su fortuna en la floreciente ciudad. Sea lo que fuere, la familia Whitman, como tantas otras atraídas a los centros metropolitanos, tomó una casa en Brooklyn y vivió bajo un techo extraño hasta que Walter pudo contar con los medios para construir casa propia.

Fué un cambio fascinador para el pequeño Walter Whitman, o Walt, como lo llamaban para distinguirlo del jefe de familia. Un robusto muchachito de cinco años, de mejillas color de manzana, recorrió las calles de la ciudad de la misma manera que había correteado por las colinas y praderas de Long Island, confundiéndose con el gentío, fijándose en todo, recordándolo todo.

Como la casa de Front Street no se hallaba lejos del agua,

Walt frecuentó el puerto. Conocía cada "ferry", pero mejor que todos el que quedaba al final de Catherine Street y que había sido inaugurado recientemente, conservando aún el nombre de *New Ferry*. Con una constancia aun mayor que la del tropel de obreros y mujeres, que se dirigían a las fábricas de Manhattan por la mañana temprano y regresaban al caer la noche, allí estaba el rollizo muchachito a quien los guardabarreras acariciaban y los marineros llevaban consigo sin cobrarle nada. A veces lo dejaban subir a los *ferryboats,* donde escudriñaba cada rincón. Pero lo que más le gustaba era observar la yunta de caballos en la cubierta central, mientras daban vueltas y vueltas, pesadamente, para proporcionar la fuerza que ponía en movimiento al barco.

Louisa no tenía preocupación alguna en cuanto a la seguridad de su infantil callejero. Desde que supo caminar, Walt había errado a solas cuanto quiso, haciendo valer desde muy temprano una independencia que Louisa, y más tarde los demás miembros de la familia, aprendieron a respetar. Tal como era, Louisa tenía bastante que hacer, entre los nacimientos que se producían con una regularidad cronométrica y las tareas domésticas que era necesario repetir a diario, sin perder tiempo en cavilaciones sobre los posibles accidentes. Existía un vínculo, sin embargo, entre ella y su independiente hijito que no era menos íntimo por ser poco mostrado. Hija de una madre cuáquera, Louisa creía en los actos más que en las palabras. Su casa corría con la suavidad de una máquina aceitada, y aunque nunca hubo lujo alguno, siempre existió un confort sencillo y honesto, en torno al hogar caliente durante el invierno y la mesa de la cocina, fragante de pasteles y platos tradicionales en los días de horneada y en los de fiesta.

De Front Street la familia se mudó a Cranberry y más tarde a Johnston Street, donde Walter construyó una casa. Vivieron en ella algún tiempo, pero estaba hipotecada y la perdieron. Poco tiempo después construyó otra en Tillary Street, a la cual se trasladaron en cuanto estuvo asegurado el

techo contra las inclemencias del tiempo y el cerrojo colocado en la puerta. El joven Walt empezó a concurrir a la escuela, pero no permitió que ello interrumpiera sus peregrinaciones. El *Nuevo Ferry* cedió su puesto al carácter pintoresco del *Viejo Ferry*, como se llamaba entonces al *Fulton Ferry*. Además de las primitivas tafureas, el *Old Ferry* brindaba una nueva maravilla: un barco avanzaba por sí solo, a juzgar por lo que podía verse, aunque la gente explicaba que el vapor de agua efectuaba el trabajo que habían realizado antes los caballos.

Era maravilloso ver pasar las multitudes que desembarcaban durante las horas de mayor actividad: primero el barco, que se aproximaba serenamente al desembarcadero, separándose las aguas contra su proa y perdiéndose en una espuma blanca en la popa; luego los pasajeros, que se precipitaban hacia adelante y permanecían esperando ansiosamente, como si se tratase de una carrera para llegar al desembarcadero. ¡Allí está! Solamente tres pies de agua entre la cubierta y la costa. Los hombres pegan un salto, mirando hacia atrás, para comprobar cuánto mejor lo hacen que los otros. ¡Los alaridos de las mujeres! ¡Qué excitación! En vano gritan los guardias para impedir que los jovenzuelos intervengan en el peligroso juego. Pero ellos insisten en su deporte, aun sabiendo que varios hombres murieron apretados entre el barco y el desembarcadero, por haberse entregado a ese juego.

Fué aquí, en el *Viejo Ferry*, donde altos funcionarios de Brooklyn recibieron un día de 1825 a un famoso personaje — nada menos que a Lafayette, que venía de nuevo a visitar la República cuya independencia ayudara a obtener. Era ahora un hombre de cabellos blancos, muy distinto al mariscal de campo que combatiera y fuera herido en la batalla de Brandywine, hacía casi medio siglo. Había llegado como huésped de la Nación en 1824. Sus orgullosos anfitriones lo escoltaron de ciudad en ciudad para que pudiera apreciar los progresos de la República americana. Años atrás había dejado trece esta-

dos pobres, esforzados, exhaustos por la guerra que había agota
do su potencial humano y sus recursos. Encontraba ahora un
poderosa nación de veinticuatro estados independientes que s
extendía desde las márgenes del Atlántico hasta unas mil mi
llas en dirección al oeste.

Dondequiera que llegara, en su recorrido triunfal, Lafa
yette era recibido por una muchedumbre entusiasta. Caba
gatas de ciudadanos uniformados desfilaron frente a su carrua
je; las campanas repiquetearon, mientras que en medio d
salvas de artillería y estallidos de cohetes voladores, el pueb
lo aclamaba como una sola e inmensa garganta. Fué agasajad
en las residencias de los gobernadores, colocó piedras funda
mentales, sostuvo criaturas en sus brazos. Y en Boston fu
erigido un arco conmemorativo, con la siguiente inscripció
de Charles Sprague:

¡BIENVENIDO LAFAYETTE!

Dormirán en la gloria los padres,
Que se unieron a ti en la lucha;
Pero los hijos mantendrán para siempre
reluciente la lápida de la gratitud.
No inclinamos la cabeza; no doblamos la rodilla;
Pero nuestros corazones, Lafayette, a ti te los entregamos.

Brooklyn, como el resto del país, no permitió que la so
brepasaran en esa generosa efusión. Allí también repiquetea
ron las campanas, fulguraron los cohetes y se proporcionó un
piedra fundamental para que el héroe la colocara: la primer
piedra de la *Apprentices' Library*. Las clases se suspendiero
para que los futuros ciudadanos pudieran tener algo que con
tar a sus nietos, de modo que una loma de caras juveniles
bien lavadas fulguró sobre el gran hombre cuando descendi
de su birloche en la esquina de Cranberry y Henry Streets
Se habían cavado los cimientos, los implementos para la ce
remonia ya estaban dispuestos para la mano de Lafayette
cuando alguien advirtió que los niños colocados cerca de lo

cimientos corrían peligro de ser empujados dentro de la zanja. En vista de eso, varios hombres los levantaron uno por uno para ponerlos en lugar seguro. Lafayette, ya maestro consumado en el arte, se agachó, levantó en sus brazos a un muchachito muy robusto, le dió un abrazo y luego, tentado quizás por las mejillas rollizas, relucientes y rosadas, lo besó antes de depositarlo en tierra. Walt Whitman no olvidó jamás este inesperado espaldarazo. Al niño de cinco años debió de parecerle haber estado por un instante en brazos de la leyenda.

Aunque los Whitman eran entonces gente de ciudad, nunca perdieron contacto con las casas de su familia, y durante la infancia de Walt no transcurrió una sola semana sin que éste hiciese una visita a West Hills, o a Cold Springs. Conocía cada vuelta de los arroyos en las praderas de los Van Velsor, cada nudo en el tronco del roble de doscientos años que sombreaba una de las casas más nuevas de la propiedad en West Hills, cada hoja, en forma de corazón, de las lilas del jardín. Aquellos arbustos lozanos, verdes, formaron una parte de la vida del muchacho; sus fragantes ramas cargadas de capullos le susurraban del retorno de la primavera, de la vida renovada y de la belleza simple de la tierra. La arboleda de nogales negros que amparaba a pájaros y ardillas constituía el sitio preferido para sus juegos, así como también el huerto de manzanos de más de veinte acres al otro lado del camino. Todos los años, por el mes de mayo, los viejos y nudosos árboles ostentaban sorprendentes capullos rosados que cada otoño se convertían en pesadas y rojizas frutas. Bajo las ramas el suelo quedaba cubierto de manzanas, que despedían bajo el sol una dulzura cálida, como si la tierra respirara.

A veces el niño ascendía por la colina del cementerio, donde generaciones de Whitmans descansaban a la vista de las casas que habían construído con sus propias manos y de la tierra que habían arado y fertilizado. Algunas de las tumbas eran tan viejas que apenas podían discernirse los montículos de tierra nivelados por el tiempo. Las lápidas rotas descansa-

ban entre el césped ralo de la estéril tierra gris, los nombres mismos estaban borrados por el musgo. Con un extraño y precoz interés por la muerte, el muchacho pensaba, aunque no con excesiva tristeza, en los Whitmans desaparecidos, y luego permanecía echado sobre la tierra, escuchando el viento a través del follaje del cercano grupo de castaños.

En la casa de los Van Velsor le gustaba sentarse en la espaciosa cocina, donde presidía la Abuela Amy, con el dulce rostro enmarcado por la gorra de cuáquera, mientras se ocupaba en sus quehaceres sin hacer ruido, mostrando siempre una suave sonrisa. Era una mujer profundamente espiritual, sensible e intuitiva, lo que no le impedía desempeñarse eficazmente en las tareas ordinarias de la vida. Su hija Louisa se le asemejaba en serenidad, pero había heredado también, sin duda por parte de su padre, una reserva de fuerza y energía. En contraste con la Abuela Amy, el Mayor Cornelius Van Velsor era un anciano cordial, rubicundo y corpulento, que hablaba en voz alta y era amigo de las comodidades. Durante más de cuarenta años había conducido una diligencia y carreta de mercado desde la granja a los embarcaderos de Brooklyn. En ocasiones, como un placer especial, permitía a Walt que lo acompañara. Ya no criaba caballos como había hecho su padre, pero aún poseía unos cuantos en la granja.

La abuela Hannah Whitman, que había sido maestra, era ya viuda cuando Walt vino al mundo. Siempre que él la visitaba tenía muchas cosas que contarle —la única mujer en medio de su numerosa familia de varones—, en los cuartos hechos de vigas, de techos bajos, de la antigua casa. Le narraba cuentos sobre la Guerra Revolucionaria que había tenido lugar en su infancia, y del papel que desempeñaron en ella sus antepasados por ambas ramas familiares. Le habló del gran Paine, a quien el Abuelo Jesse había conocido: de su vida al servicio de la libertad, y de su muerte, abandonado y denigrado como un extranjero indeseable en la nación que ayudara a formar.

En la tosca simplicidad de la vieja casa, sin alfombras ni cuadros y amueblada en la forma más rústica, el niño se sentía transportado a la época de fines del siglo pasado en que la Bisabuela Sarah, esposa de Nehemiah, reinaba como dueña. Había fallecido a la respetable edad de noventa años, mucho antes de que él naciese, pero la Abuela Hannah alcanzó a conocerla, y podía hablar de ella con bastante exactitud. Había sido una mujer corpulenta, morena, excelente domadora tanto de caballos como de hombres. Fumaba constantemente, y como pasaba tanto tiempo en compañía de gente tosca y sencilla, blasfemaba como el que más y era capaz de disciplinar al sirviente más rebelde. Aun cuando había llegado a una edad avanzada, viuda ya y único capataz de la granja, recorría a caballo diariamente sus tierras, ¡y pobre del peón que faltara a sus obligaciones! Entonces las palabrotas de la más colorida vehemencia alborotaban el campo a la redonda; no había modo de hacerla callar hasta que hubiese dicho cuanto quería. Pero no obstante su rudeza tenía un lado sensible que mostraba a sus esclavos negros. Era dueña de doce o quince de éstos. Todas las noches —le contó a Walt la Abuela Hannah— los jóvenes oscuros entraban en tropel a esa misma cocina a la hora de comer. Ahí mismo, delante del fogón, formaban ruedas en cuclillas sobre el suelo, riendo y charlando, golpeando sus cucharas de madera contra las escudillas mientras consumían su ración de budín indio y leche.

Exceptuando la ausencia de esclavos, la vida en la granja no había cambiado mucho. Por cierto que la mayor parte de los sirvientes se había marchado y que grandes lotes de terreno habían caído en otras manos, pero aun quedaba mucho que agradecer. En la mesa no faltaba la carne de cerdo y de vaca, ni de aves de corral. Había siempre suficientes leños para los enormes fuegos de invierno en la chimenea, y sidra de sobra para animar a los hombres en las largas noches. Las mujeres, naturalmente, entonces como ahora, tomaban un poco de té con un terrón de azúcar.

En un hogar respetable no quedaba nunca tiempo para el ocio y las diabluras, porque a todos, hasta a los niños, se les asignaba una tarea especial. Los hombres, por supuesto, trabajaban en sus propias faenas, afuera en los campos o en las caballerizas. Plantaban los cereales y las verduras, prensaban las manzanas para la sidra, construían los galpones y realizaban las labores más pesadas. Las mujeres tejían telas resistentes para sus ropas y las de sus familias. Cocían y horneaban, cuidaban a los enfermos y ayudaban a sus vecinas en sus partos. Hasta cosían los zapatos y efectuaban algunas composturas cuando no podían dar con el zapatero remendón. Pero las gruesas botas de invierno y los botines para los hombres eran confeccionados por el zapatero, que aparecía en ciertas épocas del año y se instalaba para comer y dormir aquí y allá hasta que hubiese abastecido al vecindario de una provisión de calzado suficiente para todo un año. Los zapatos constituían un lujo y era necesario ir a la ciudad para obtenerlos. En general cada casa era como una pequeña comunidad. Tenía que saber desempeñarse por sus propios medios. A cada uno de sus ocupantes le tocaba una parte de la responsabilidad, y todos se hallaban sujetos al jefe de familia. Si una mujer enviudaba, le correspondía ocupar el lugar de su marido y mantener unida a la familia. Por cierto que las mujeres Whitman no faltaron a sus obligaciones. De casta prolífica y robusta, criaron familias enteras de hijos varones, y vivieron la mayor parte de ellas hasta una edad avanzada.

Cuando Walt no se encontraba en West Hills o Cold Spring era porque se había largado solo a explorar la costa. Desde sus primeros años tuvo en los oídos el ruido del mar. Había escuchado el lejano golpear de la rompiente en las noches tormentosas y el misterioso ulular del viento en las olas. Durante sus paseos, desde las cimas de las colinas había vislumbrado el resplandor del agua, y su corazón latía con un extraño anhelo. A menudo, antes de que su familia se trasladara a Brooklyn, había efectuado excursiones al río con los

hombres y las mujeres para bañarse, o acompañaba a los hombres solos cuando salían a pescar, a juntar almejas o a cortar algas marinas. El sabor de las praderas del lado sur constituía uno de sus primeros recuerdos, que años más tarde lo llenaría de una viva nostalgia. El mar estaba en su sangre, la sangre de

"El Kossabone Holandés, Viejo Marinero, emparentado por el lado de mi madre, hace mucho."

¿A qué edad habrá aprendido el nombre indio de Long Island, Paumanok, que haría resonar una gran campana para despertar su dormida imaginación?

Paumanok, la tierra en forma de pez, la tierra mordida por el agua, torturada por el agua, amada por el agua. Los indios la habían descubierto y poseído hacía mucho tiempo. Se hallaban reconcentrados ahora en el último extremo, en Montauk, una débil colonia de pieles rojas y mestizos, que se extinguía paulatinamente; tan sólo el océano elevaba un canto fúnebre por la desaparición de una raza. Las hermosas tierras de la península les habían sido arrebatadas por los ricos granjeros de las ciudades del Este. Ahora vivían en ella pastores asalariados, y sus rústicas cabañas eran las únicas viviendas del lugar. A veces los pescadores se topaban con ellos, criaturas salvajes, bárbaras, tan indómitas como sus caballos. Cada día, al atardecer, la tierra se cubría hasta donde alcanzara la vista con manadas de carneros y largas filas de ganado que volvía de pastar. Entonces la atmósfera, exaltada por el ruido del mar, se calmaba con el resonar melodioso de los cencerros hasta que la oscuridad descendía y todo hubiese quedado en silencio sin el incesante y monótono palpitar de la rompiente.

En el lado sur, las praderas de algas marinas extendíanse hasta cubrir millas, ilimitado el horizonte tras ellas, y variando con el cielo siempre cambiante. Matizaban el paisaje algunos pastos y arbustos; a veces un grupo de algarrobos o un huerto de manzanos. Luego, a la noche, en las llanuras de

Hempstead, los fuegos de los carboneros brillaban como faros misteriosos en la solitaria extensión.

El joven Walt conocía cada entrada de la costa del Paumanok y aprendió a conocerla mejor conforme iba creciendo. Se iba a pescar lejos con los hombres hasta el Montauk, pero, solo las más de las veces, caminaba millas enteras por la arena, los pantalones arremangados y los pies desnudos lamidos por las olas. Conocía a los granjeros, los pastores, los hombres de la bahía y a los pilotos de los barcos que se internaban en el mar. Hablaba con todos, y todos respondían al muchacho de rostro inteligente, en cuyos ojos de un azul-grisáseo se reflejaban los colores del mar.

Ya fuese invierno o verano, frecuentaba sus ensenadas favoritas. En las frías mañanas de marea baja, con un amigo o dos, salía a pescar almejas, descalzo sobre la hierba tiesa. A veces, con arpones para la pesca de anguilas y canastas suspendidas de sus trineos de mano, se lanzaban a toda carrera a través de las praderas heladas hasta los bajíos, donde hacían agujeros en el hielo y probaban su suerte. ¡Qué exclamaciones de regocijo llenaban el aire cuando daban con un lecho y llenaban sus canastas de anguilas gordas, de un color grisverdoso, que se retorcían!

Pero más que nada le gustaba el verano, cuando podía sentir el calor del sol sobre la arena dura bajo sus pies, o zambullirse en las olas y permanecer flotando sobre su espalda, contemplando las transformaciones de las nubes. Absorbía el agua, el aire y el sol, lavando su gran cuerpo juvenil, llenando sus pulmones, regocijándose en la luz vigorizante. Y a medida que su cuerpo se desarrollaba, su imaginación también crecía. Los restos de naufragios en las playas de Hempstead tenían cosas que contarle; los faros que atravesaban la oscuridad con señales despertaban su asombro, que se intensificaba ante el sollozo apagado, perdido, intermitente de las boyas de campana. Se remontaba con los pájaros acuáticos que construían sus nidos en las bahías y aprendió más de la vida a

su alrededor que en cualquier libro. Conoció la dicha y la alegría y la exaltación de un cuerpo sano, pero supo también que en la vida todo no era felicidad; que las partidas y las penas formaban también el corazón de la experiencia.

"Una vez Paumanok,
Cuando el perfume de las lilas se esparcía en el aire y crecía la hierba del Quinto-mes,
Sobre esta plaza en algunas zarzas,
Dos huéspedes plumados de Alabama, dos juntos,
Y su nido, y cuatro huevos verde-claro moteados de castaño,
Y cada día el pájaro macho de aquí para allá, rondando siempre,
Y cada día el pájaro hembra, silencioso, agachado en su nido, con ojos vivaces,
Y cada día yo, un muchacho curioso, nunca demasiado cerca para no estorbarlos,
Espiando cautelosamente, interpretándolos, absorto.

¡Resplandece! ¡Resplandece! ¡Resplandece!
¡Vierte tu calor, gran sol!
Mientras juntos nos asoleamos...

Hasta que de pronto,
Muerta tal vez, sin saberlo su compañero,
Una mañana el pájaro hembra no se hallaba agachado en el nido,
Ni volvió esa tarde, ni a la tarde siguiente,
No volvió a aparecer nunca.
Y desde entonces, durante todo el verano, entre el rumor del mar,
Y a la noche bajo la luna llena en el más sereno tiempo,
Sobre el ronco oleaje del mar,
O volando de zarza en zarza durante el día,
Vi y oí a intervalos al que quedaba, el pájaro macho,
El solitario huésped de Alabama.

¡Soplad! ¡Soplad! ¡Soplad!
Soplad vientos marinos por la costa del Paumanok:

Yo espero y espero hasta que vosotros me devolváis mi compañera.

Sí, brillaban las estrellas,
Durante la noche entera sobre la punta de una estaca festoneada de musgo,
Abajo, casi en medio de las olas golpeadoras,
Permaneció sentado el maravilloso cantor solitario, provocando lágrimas . . ."

Aunque era apenas un niño cuando escuchó el canto del pájaro acongojado, Walt intuía algo inefable. No sólo a su compañera perdida cantaba el plañidero, sino también al muchacho cuyo espíritu se conmovía por vez primera ante la evocación de algo maravilloso, cuyo sensitivo ser se despertaba, buscando a tientas, vacilante, las posibilidades que llevaba dentro de sí.

Y con el canto del pájaro suspiró la voz del mar. Los dos, el salmo fúnebre y el murmullo de las olas, uniéronse en su imaginación indisolubles.

"*Sin demorarse, sin apresurarse,*
Susurrándome durante la noche, y más claramente al amanecer,
Balbuceándome la grave y deliciosa palabra muerte,
Y otra vez muerte, muerte, muerte, muerte,
Silbando melodiosamente, no ya como el pájaro, ni como mi despertado corazón de niño,
Pero acercándose como si sólo a mí se me insinuara, crujiendo a mis pies,
Deslizándose entonces insistentemente hasta mis oídos y bañándome suavemente por todo,
Muerte, muerte, muerte, muerte, muerte."

Capítulo III

LA INFLUENCIA QUE SOBRE MÍ EJERCIERON MIS PRIMEROS AÑOS

Después de los mágicos días y noches transcurridos en su querido Paumanok, la escuela no podía ofrecer encanto alguno al juvenil errabundo; concurrió a ella porque debía hacerlo, como muchos niños de su edad, pero ninguna maestra, ninguna amistad de la infancia, dejaron en él una impresión duradera. Formaba parte de la rutina de su vida diaria, como el desayunarse por la mañana o el acostarse de noche. El motivo verdadero de su existencia sobrevendría más tarde. Mientras tanto, adquirió su genuina educación después de clase, durante sus interminables paseos. Las escuelas públicas a las que asistió, sólo mantuvieron su cuerpo, perezoso y displicente, en crecimiento.

Un día de junio de 1829 sucedió algo, sin embargo, que hizo saltar a los muchachos de sus bancos. Un estruendo sordo, como el de un terremoto, sacudió al edificio hasta sus cimientos. Luego todo quedó tranquilo de nuevo. Al terminar las clases, las calles del vecindario bullían de excitación, mientras la gente se dirigía al Arsenal Naval, situado a escasa distancia, o regresaba de él. La Fragata *Fulton*, allí anclada, había hecho explosión. Más tarde, al aparecer los diarios, se conocieron los detalles. Un marinero, para satisfacer, sin duda, una venganza personal, había incendiado la santabárbara, destruyendo el barco y matando a cuarenta y tres tripulantes y ofi-

ciales. Era el desastre más trágico ocurrido en Brooklyn desde hacía mucho tiempo, y la ciudad entera hallábase alborotada.

Walt demostró tanto, o en realidad más interés que los otros. Había naufragado una hermosa fragata; habían perecido héroes. Fué una catástrofe que no podía menos que excitar su imaginación infantil. No es de extrañar, por lo tanto, que Walt se apresurara varios días más tarde —escuela o no escuela— a agregarse a los que siguieron hasta su tumba el féretro de uno de los oficiales del *Fulton.*

El cementerio —uno de los numerosos y pequeños cementerios con que contaba Brooklyn— se hallaba a escasa distancia, en Fulton Street, frente al "Globe Theatre". Walt lo conocía bien, por más que nunca se le hubiese presentado la ocasión de acompañar a un muerto tan distinguido, en una ceremonia tan imponente. La procesión desfiló por las calles bordeadas de gente; los marineros, con sus uniformes de gala, marchando de a dos. Sostenidas en alto, las banderas no flameaban al viento, sino que, envueltas en crespones negros, perforaban el aire en señal de duelo. Hasta el redoble de los tambores llegaba sofocado y muerto, como un fondo amortiguado para el lamento de las trompetas que tocaban una marcha fúnebre lenta, solemne.

El ataúd fué descendido a la fosa; los soldados dispararon la última salva. Nada podía ser más impresionante que aquella despedida final a un héroe. Walt respondió, como muchacho que era. ¡Cuál no sería su consternación cuando, unos cuantos minutos más tarde, mientras se hallaba aun sumido en una dulce sensación de melancolía provocada por la marcha fúnebre y el emocionante ritual, vió salir del cementerio a la misma banda que brincaba al son de una música alegre!

El muchacho se sintió ofendido en sus sentimientos. Como muchas veces después, protestó interiormente contra el formalismo superficial que ocupaba el sitio del verdadero dolor. A una edad más temprana que Keats, había estado casi enamorado de la muerte, a la que enfrentó, a pesar de ser tan

joven, no sólo sin miedo, sino también con el deseo de conocer su enigma. El susurro del mar, el canto del pájaro, eran algo más que las proyecciones de su asombro juvenil esforzado en revelar el misterio. Ambas cosas representaban más bien los símbolos externos de algo tan maravilloso, tan afirmativo como la vida misma. Si, como el joven Shelley, frecuentó las moradas de los muertos, no fué con el entusiasmo del juvenil ateo por confutar los secretos del Cristianismo, sino para hacerse a sí mismo una fe anclada en el valor y la grandeza del vivir. Era demasiado temprano todavía para la revelación, pero en su mente receptiva, ya despierta a los valores espirituales, comenzaban a abrirse paso insinuaciones aún apenas conscientes.

Ese mismo año 1829 se había de enfrentar el muchacho con otra de las personalidades que más hondamente influyeron sobre su espíritu. Una tarde de invierno, hacia fines del año, Walter Whitman, al volver al hogar después del trabajo, arrojó al piso de la cocina la brazada de astillas que traía, y dijo a Louisa: — Vamos, madre, Elias predica esta noche.

El nombre de Elias Hicks habíase mencionado con frecuencia en la familia Whitman. Más aun, el Abuelo Jesse había frecuentado, cuando joven, la compañía de Elias, carpintero a la sazón, y aficionado a los paseos en trineo y a los cantos alegres, aunque muy preocupado en su interior por los asuntos de orden espiritual.

Hicks, sin embargo, no se dió plena cuenta de su misión sino después de cumplir los veinte años, época en que renunció a su oficio de carpintero y se dedicó a trabajos de agricultura en la sección Hempstead de Long Island, donde había nacido. Sus padres eran cuáqueros, pero hasta el año decisivo él mismo demostró escaso interés por la religión. Su apego a la tierra, las horas solitarias en los campos durante las cuales se encontró frente a frente consigo mismo, lo ayudaron sin embargo a conocer lo que se preparaba en su espíritu. Durante años luchó contra sí mismo, contra la luz que le indicaba el

camino, hasta que en 1779, a la edad de treinta y un años, tomó su envoltorio y su Libro para iniciar sus andanzas como predicador ambulante.

Recorrió el país desde Vermont hasta Maryland, rechazando cuantos ofrecimientos podrían conducirlo al sacerdocio, a fin de permanecer libre para expresar el Dios que llevaba dentro. No en todas partes lo recibían bien, porque aunque hubiesen cesado las persecuciones que caracterizaron el primer desembarco de cuáqueros en Nueva Inglaterra, existían aún opiniones divergentes respecto a lo que podría manifestar o no un hombre según los dictados de la Luz Interior. Como los puritanos de Nueva Inglaterra, cuya Corte General no perdió tiempo en clasificar de "secta blasfema" a la *Sociedad de Cuáqueros*, quedaban todavía muchos demasiado dispuestos a creer que, si cualquier voz hablaba a través de un hombre inspirado, no era esa necesariamente la voz del Señor.

Más comúnmente de lo que se hubiese esperado del esclarecido siglo diecinueve, se sospechaba de los cuáqueros porque no poseían un credo establecido, ni iglesias, ni ministros, y porque celebraban sus reuniones de acuerdo a los dictados de su espíritu, bajo la dirección de cualquier miembro que se sintiese dominado por el impulso de Dios. Había terminado, sin embargo, la enemistad que existió durante los primeros años entre la Iglesia de *New England* y los cuáqueros. Ya no morían en la horca las mujeres y los hombres piadosos por no adorar a Dios a la manera de los puritanos. Los cuáqueros por otra parte, que ya no se sentían provocados por leyes injustas, moderaron su protesta, a veces sensacional. Ya no irrumpían profetas envueltos en sudarios en pleno sermón de Iglesia, para llamar hipócritas a los dignatarios. Ya no se rompían botellas en las cabezas de los sacerdotes como en el caso del Reverendo John Norton de Boston, que fué sometido por dos mujeres cuáqueras a tan sumario simbolismo, "como una señal de su vacuidad". Ninguna doncella consideró necesario,

a semejanza de la pura Deborah Buffum de Salem, atravesar desnuda la ciudad, el rostro ennegrecido de ceniza, para revelar el vacío de la religión de la Iglesia. Se toleraba a los cuáqueros.

Aunque la seguridad de practicar el culto que se quisiese era relativa, otra cosa era para "un hombre de Dios" intervenir en la tradición económica. Elias Hicks demostró, pues, un coraje extraordinario cuando predicó en contra de la esclavitud, no sólo en el Norte, sino en Maryland mismo. Durante varios años alzó su voz como un profeta iracundo, con una elocuencia tal que aun aquellos que no creían como él tuvieron que reconocer que se hallaba inspirado por un soplo divino. Alto, majestuoso, intenso como una llama, predicaba con una voz retumbante, mientras los profundos ojos negros fulguraban en su rostro ascético como si transparentaran el resplandor de una luz interior. Hablaba llanamente, en el lenguaje de la Biblia, mediante imágenes poéticas que todos podían entender. A veces se posesionaban de su cuerpo emociones tan violentas, que las personas sentadas junto a él lo veían temblar. Después de hablar, se serenaba con una sacudida brusca y se humanizaba nuevamente.

En la época en que llevaron a Walt para que lo escuchase, como una recompensa especial por haberse portado bien, Hicks era un patriarca de ochenta y un años, flaco, enjuto, una vela consumida hasta el pabilo mismo. Bajo las arañas de cristal resplandecientes de luces, el gran salón de baile del *Morrison Hotel*, en los *Heights*, rebosaba de gente, jóvenes y viejos, fieles y curiosos. Todos los elegantes y los principales ciudadanos de Brooklyn —Pierrepont, el Juez Furnam, el General Jeremiah Johnson—, hermosas damas envueltas en velos y pieles, Oficiales del Arsenal Naval en uniforme, habían acudido para escuchar al hombre, sentado allá, en la plataforma, entre un grupo de cuáqueros de edad madura, con su ralo cabello blanco cayéndole sobre los hombros, y sobre la cabeza el sombrero de anchas alas que no se sacaba ante nadie. ¡Qué aire celestial

tenía! ¡Cuán grandioso y noble parecía en la simplicidad de su hábito pardusco!

Walt no le quitó los ojos de encima ni un solo instante. El anciano se levantó de pronto, permaneció silencioso un momento, mientras la gente retenía el aliento, y luego, siempre con el sombrero puesto, comenzó a hablar lentamente, con una voz conmovedora, resonante. "¿Cuál es el principal objeto del hombre? Cuando era muy joven, me dijeron que consistía en glorificar a Dios, buscarlo y gozarlo para siempre..." Continuó hablando sin detenerse, ya implorante, ya tierno, ya iracundo. En un punto de su sermón se sacó el sombrero y lo arrojó sobre el asiento a su lado, hablando todo el tiempo fervorosamente, mientras la gente lo escuchaba, muchos entre ellos —el muchachito lo vió y se maravilló— con lágrimas en los ojos. El niño de diez años no entendía gran cosa del vehemente discurso del profeta, pero jamás se olvidó de la figura solemne y sombría, a la cual iluminaba milagrosamente una llama íntima ¿Cuánto sabía el muchacho acerca de la historia de Hicks? Deben de haberle hablado del humilde origen del predicador, casi igual al de su padre, con la diferencia de que Walter había labrado la tierra en West Hills y Hicks en Jericó. Debe de haber sabido que ayudó a libertar a los negros nacidos en Nueva York, predicando en favor de la aprobación de cierto decreto, pocos años antes de que él, Walt, naciera. Probablemente supo también de las desgracias personales del profeta: la pérdida de sus cuatro hijos, que acaso impusieron a su rostro esa mirada terrible, austera. Y, sin duda, en una casa en la cual ambas ramas se hallaban relacionadas con los cuáqueros, debió de oír hablar de la desavenencia que había provocado Hicks en la Sociedad por su oposición al formalismo. Aunque en realidad no eran miembros, los Whitman se pusieron, naturalmente, de parte de los Hicksitas, la rama liberal.

A medida que crecía, Walt sintió más la influencia de las ráfagas doctrinarias que volaban hacia él desde los Hicksitas,

que de la doctrina dominical a que se le sometía en la vieja y grisácea Iglesia Holandesa de la Reforma en *Joralemon Street*. El mismo anciano profeta murió unos cuantos meses después de esa reunión en el *Morrison Hotel*. Su espíritu, sin embargo, perduró en el hogar de los Whitman. Inconscientemente, de la misma manera con que había asimilado sus experiencias de la naturaleza, Walt absorbía las efusiones del manantial profético, diluídas, por cierto, a través de la comprensión de sus padres, pero bastante próximas a la fuente de origen para retener su pureza.

Vagamente, al principio, con la intuición de un niño, percibió lo que todo buen cuáquero debería creer: que la Deidad interior es un guía más seguro que las iglesias, las doctrinas y hasta las enseñanzas de la Biblia. En un sentido, por lo tanto, cada hombre es sagrado, y cada cuerpo es sagrado por significar la lámpara a través de la cual puede brillar la Luz Interior. Todos son partícipes en la divinidad común; los pobres, los ignorantes, pues no hay ningún recipiente tan vil que no pueda albergar al Huésped Divino y hablar por Él. "El profeta —escribiría más tarde Whitman— significa uno cuya mente se halla en ebullición y derrama, como una fuente, las espontaneidades interiores, divinas, que revelan a Dios... La gran cuestión es revelar y verter las sugestiones deiformes que se esfuerzan por nacer en el alma. Esta es en resumen la doctrina de los Amigos o Cuáqueros."

En todo el país, mientras tanto, se habían sucedido un sinnúmero de hechos perturbadores. El 4 de julio de ese mismo año memorable, se inauguró un nuevo ferrocarril, el de Baltimore a Ohio, y habíase realizado el primer viaje triunfal de una locomotora americana, un nombre nuevo para una nueva y maravillosa forma mecánica de transporte. Parecía que el país entero quisiera ligarse más que nunca, disminuir en lo posible la distancia entre los estados más apartados. Después del éxito obtenido por el Erie, por todas partes se abrían canales en las tierras divisorias; existían el Delaware y el

Chesapeake, el Delaware y Hudson y el Oswego; el Farmington, en Connecticut, el Cumberland y Oxford, en Maine. Arterias de agua, arterias de vías llevaban la prosperidad de la nación a los extremos más distantes. Cuerpo viviente, el país prosperaba, se engrandecía. Algunos soñadores llegaron a imaginárselo extendiéndose desde un océano al otro: un gigante entre las potencias de la tierra.

En Washington, en 1829, John Quincy Adams se apartó de mala gana para que Andrew Jackson subiera como presidente. La agitada elección fué un hervidero de disputas y manifestaciones. Una horda indefinible de montañeses y exploradores, en abigarrada vestimenta, irrumpió en la Casa Blanca con un entusiasmo frenético, para clamar con violencia: "¡Viejo Hickory! ¡Viejo Hickory!" Los ánimos se hallaban enardecidos. Por primera vez en la historia el presidente saliente dejó de concurrir a la delegación del mando. Algunos afirmaban que Adams se encontraba en cama, enfermo, pero los más informados decían que hasta la medianoche del día anterior había estado ocupado firmando nombramientos para quitarle el patronazgo al Viejo Hickory.

Pero el general, el héroe de Florida, conocía bien sus tácticas. Con el grito de "Al vencedor corresponden los despojos", hizo una barrida completa de más de ciento cincuenta opositores e instituyó el sistema de escalafón. Luego, dado que la cooperación del Gabinete no resultó como hubiera deseado, rodeóse de consejeros confidenciales que llegaron a ser conocidos bajo el apodo de *Kitchen Cabinet* (Gabinete de Cocina), mientras que los miembros oficiales entorpecían sus plumas en las funciones de simples empleados. A su propia pluma, sin embargo, la hizo trabajar fuera de hora, rechazando en las primeras semanas de su administración más leyes que las que su predecesor promulgara en el mismo número de años. Poseía también otro ardid astuto para anular la legislatura impopular. Suspendía toda acción hasta que el Congreso terminara sus sesiones, y luego omitía firmar las leyes. Lo mis-

mo podrían haber estado en su bolsillo, olvidadas. El "Veto de Bolsillo" se convirtió, por consiguiente, en un término familiar. Su procedimiento era dictatorial, pero en la opinión de sus partidarios todo lo que hiciera el Viejo Hickory estaba bien hecho.

Podemos tener la seguridad de que la familia Whitman —todos buenos jacksonianos— siguió de cerca la tormentosa carrera de Jackson. Para ellos era un gran hombre, valiente y sagaz, como lo fué asimismo para la nueva generación, que vió en las cambiantes condiciones económicas y sociales la realización lógica de los dogmas jeffersonianos. Con una acrecentada fe en América, inspirada en la prosperidad material, comenzaron a desviar la vista del Viejo Mundo, fijándola con mayores esperanzas que nunca en los recursos casi intactos del Nuevo. Confiados en sí mismos, satisfechos con su dirigente, empezaron a desligarse de los andadores de la influencia europea. Los Whitman, con el resto del país, sintieron el cambio y lo atribuyeron a su presidente, un hombre brusco, dominador, pero sincero e intachable. Era el hombre que les gustaba. Lo admiraban y lo aprobaban.

Una vez, en 1833, el omnipresente Walt tuvo un vislumbre del héroe durante la gran jira que Jackson realizó por el Norte. El día era sofocante, uno de los peores de aquel verano. Brooklyn, no obstante, hervía de gente, concentrada en las calles cerca del embarcadero de Fulton, umbral de todas las maravillas. En un hermoso carruaje, tirado por briosos caballos, iba sentado el Presidente, un anciano solemne y terrible, que saludaba de izquierda a derecha con su ancho sombrero de copa de castor blanco, mientras el pueblo —y el joven Walt acaso con más entusiasmo que nadie— lo aclamaba. Cuando lo relató más tarde, el resto de su familia debe de haberlo envidiado por ese instante que pasó en la proximidad de la grandeza.

Impresiones, cuadros vívidos, confusas emociones, vistas y sonidos se acumularon en la mente alerta de Walt. Había

dejado de concurrir a la escuela. El hogar, compuesto ya de una familia bastante numerosa de niños y niñas, requería suplementos a las ganancias escasas de Whitman padre. Jesse, el primogénito, ya salía a trabajar. Walt, un año más joven, encontró un puesto en la oficina de un abogado, en la calle Fulton, bordeada de árboles. Sólo contaba once años cuando dejó la escuela, pero era bastante desarrollado para su edad, y, de acuerdo a la manera de ver de esa época, lo bastante grande para contribuir al sostenimiento de la familia.

El abogado Clarke se interesó por el muchacho, y al hacerse cargo de su inteligencia le pagó la suscripción a una librería circulante. (¿Existirán bienhechores predestinados a franquear las puertas del saber a los poetas incipientes? De cualquier modo, el abogado Clarke pertenece a la misma categoría que aquel benévolo forastero que, al darse cuenta de que mientras gesticulaba salvajemente Coleridge, el *Blue-Coat Boy*, no había tratado de robarle la billetera, sino que hablaba simplemente consigo mismo, lo recompensó con una entrada a una biblioteca.) Lo instaló además en un escritorio junto a la ventana, le enseñó a mejorar su caligrafía y le dió lecciones de redacción.

Walt permaneció poco junto al abogado, pues al poco tiempo oficiaba de mandadero para un médico de Brooklyn. Es probable que los atractivos de un escritorio con vista a la calle le parecieran menos tentadores que la posibilidad de recorrer la calle libremente. Había aprendido, sin embargo, a disfrutar de la lectura, mas no sistemáticamente o con algún propósito fijo, sino por el placer que hallaba en el libro mismo. El estante para libros nunca ocupó mucho espacio en el hogar de los Whitman. Los libros eran un lujo en aquella época y en realidad escaseaban. Afuera en West Hills, Walt había esperado su turno para mirar las diversas páginas del almanaque anual. Estaba la Biblia, y también, sin duda, el *Age of Reason* de Paine, y muy poco a más de eso, exceptuando los ejemplares del *The Free Enquirer*, que comenzaron a llegar a la casa

de Brooklyn después de las conferencias que Frances Wright pronunciara en Nueva York hacia fines del año 20. La revista era leída religiosamente por cada miembro de la familia con edad suficiente para apreciarla, porque Frances Wright y Robert Dale Owen, su co-editor en la revista, escribían de acuerdo a la tradición librepensadora de Jefferson y Paine, y los Whitman eran leales. Una de las impresiones más vívidas que Walt recibió siendo aún muy joven fué la visión de Frances Wright —"la gloriosa Frances", como él había de llamarla más tarde— hablando desde la plataforma. Igual que Elias Hicks, ella resplandecía con el ardor de su mensaje, pero era la suya una religión de otra clase, una fe basada en el amor del hombre por el hombre, en busca de una fraternidad universal. Walt la escucharía de nuevo al llegar a su mocedad. "Su sola apariencia parecía dominarnos... Se posesionaba de mi cuerpo y de mi alma."

Para el muchacho de doce años se abrió aun otro mundo en su descubrimiento de las *Arabian Nights* y las obras de Scott. Gozó con los fantásticos cuentos de la astuta Scheherazada, pero prefería a cualquier otra lectura el romance y las aventuras de *Ivanhoe*, de *Kenilworth*, *The Fortunes of Nigel* y *Heart of Midlothian*. Una y otra vez leyó esas novelas, la última de ellas más de una docena de veces, y comenzó o formar su pequeña biblioteca propia, poniendo como base un grueso volumen de poesías de Scott. Era ya él lo bastante hombrecito como para disfrutar de los vigorosos cuentos largos de James Fenimore Cooper, especialmente *La Cubierta Roja*, que solía "excitarlo de la misma manera que un clarín". Aún se hallaba satisfaciendo tan sólo la necesidad de un niño por las aventuras imaginativas, relatadas en un lenguaje comprensible.

Las calles le proporcionaban verdaderas aventuras. ¿Qué excitación causada por las páginas de un libro podía compararse con el apremio de las anchas avenidas de Manhattan, las multitudes, los carruajes, las vidrieras, los tumultos y los

desfiles? ¿Qué encuadernación de letras doradas prometía tanto como la puerta cerrada de un teatro, tan apacible, tan desierto, durante el día, pero tan maravilloso y lleno de fascinación cuando las luces resplandecían de noche, mientras los carruajes detenían frente a él sus briosos caballos para que descendieran las hermosas mujeres? Hasta entonces sólo conocía ese mundo desde fuera. ¿Qué descripción en letras de imprenta podría excitar tanto como el espectáculo verdadero de los ríos alrededor de Manhattan, y su amplia bahía con sus *ferries*, sus chalupas, sus esquifes y goletas; los veloces yates y los barcos entrantes que habían cruzado el Atlántico? ¿Qué poema más regocijante que la *Batería* con el mar y el cielo abiertos de fondo, bañada por las brisas y que era tan querida por el paseante elegante como por el muchacho ocioso, soñador, a quien el primer vistazo del océano desde la cumbre de una colina, en Long Island, había brindado su primer deslumbramiento?

Sí, los libros eran maravillosos; pero la vida era más maravillosa aun, tramando en el transcurso del día encuentros más emocionantes que cualquiera de los que podría idear un autor en una novela, transportándolo a uno, en cierto modo, hasta enfrentarse con el pasado y el futuro. Lafayette, Andrew Jackson, Elias Hicks, Frances Wright — ¿qué personaje de qué libro habíale brindado una emoción comparable a la que producía la presencia viva de estos seres?

Y así leyó e hizo sus mandados y nadó en la vida de la ciudad con el mismo entusiasmo con que había nadado en las corrientes del Paumanok. Vió cosas raras y tuvo encuentros curiosos, pero todo lo aceptaba con avidez varonil. Todo ello formaba una parte de su vida precisamente cuando empezaba a aprender lo que era vivir. Era demasiado pronto todavía para que se desprendiera de las cosas de la infancia, dejara la escuela y fuese a trabajar. ¿Pero, no existía entonces la buena tradición americana, a la cual sin duda se atenía su madre Louisa, de que mediante la ambición y el trabajo duro

cualquiera podría alcanzar el peldaño más alto del éxito? En aquella época particularmente, en que se estaban formando las grandes fortunas americanas, las conversaciones abundaban en máximas franklinianas, y ya disponían de ejemplos notables, el más notable de todos el de John Jacob Astor.

Todos conocían la historia de su fenomenal ascenso. Hijo de un carnicero de Waldorf, en Alemania, había llegado a América en 1783 con el propósito de mejorar de suerte. La travesía en el entrepuente había sido larga y penosa. Al final, sin embargo, se arqueaba un arco iris muy material, con una olla de oro más material aun, que él tenía tantas probabilidades de alcanzar como cualquiera. Todo lo que trajo consigo para atraer a la fortuna era una colección de siete flautas alemanas. Sabía, sin embargo, con qué familia debía emparentarse. Más abajo, en Queen Street, una modesta tienda que ostentaba el nombre de John Astor en el letrero, exhibía flautas, guitarras y pianos. Poco a poco empezó a dedicarse al negocio de pieles, más tarde al de bienes raíces. A principios del nuevo siglo ya enviaba sus barcos a Europa y Asia con sus mercaderías, y fundaba su propia fábrica sobre el río Columbia — en una pequeña ciudad a la que dió un nombre derivado del suyo, Astoria. Sus inversiones en bienes raíces se multiplicaban mientras tanto, como la liebre belga. Nadie sabía cuanto dinero había acumulado, pero era suficiente, de cualquier manera, para que la gente lo señalara con el término de reciente cuño: "millonario". Algunos afirmaban que apenas podía leer y escribir y que comía las arvejas con el cuchillo. Se convirtió, no obstante, en una leyenda.

En un día de enero de 1832, mientras Walt caminaba por el West Side, cerca de Houston Street, en Manhattan, vió a un anciano encorvado, pero de recia contextura, vestido con ricas pieles y cubierta la cabeza por un gorro de armiño, que era conducido, transportado casi, mientras descendía la alta escalinata de entrada. Los sirvientes lo guiaron de peldaño en peldaño, y luego lo alzaron dentro de un trineo tirado por

el par de caballos más hermosos que Walt había visto. Allí lo arroparon como una criatura, lo envolvieron en ricas mantas de piel, ordenaron todo y lo acomodaron. Finalmente el conductor hizo chasquear su látigo y el trineo partió velozmente. Era el millonario que salía a dar un paseo.

Durante largo rato permaneció el muchacho contemplando al anciano, a quien le gustaba decir de sus dólares que "los primeros cien mil fueron los más difíciles". Tenía otra faz el cuadro del éxito. Walt no lo olvidó jamás.

Capítulo IV

EL FOCO INFECCIOSO DE LA NACIÓN

Los frecuentes alumbramientos de Louisa afectaron su salud. Aunque de constitución robusta, fortificada por una infancia atlética en la granja de los Van Velsor, se debilitó tanto que la familia vióse obligada a dejar la casa de Brooklyn y regresar a West Hills. Como a Walt se le considerase capaz de vivir por sus propios medios, permaneció donde estaba. El agradable puesto de mandadero, inadecuado ya para sus acrecentadas responsabilidades, fué abandonado, y se dedicó al aprendizaje de un oficio con mejores perspectivas y que al mismo tiempo le rindiera lo suficiente para su sustento. No se sabe, con certeza, cómo encontró su nueva ocupación, o qué fué lo que decidió al respecto, pero lo cierto es que en 1832-33 figuraba entre los aprendices de impresor en el taller del *Long Island Patriot.*

Eran todavía aquellos los días largos, sin apremio, de la vida comunal de antaño, aun en el corazón mismo de Brooklyn. El patrón y los empleados formaban en cada oficio una estrecha familia, cada miembro de la cual se interesaba por sus compañeros y consideraba al "jefe" como a un guía y amigo. Bajo el sistema de aprendizaje, el patrón, en realidad, se encontraba frecuentemente en el puesto de un segundo padre, responsable del bienestar tanto espiritual como físico de los jóvenes a su cuidado.

Samuel E. Clements, propietario del *Long Island Patriot,*

un cuáquero del Sur y orgulloso como Lucifer de su origen, tomaba en serio sus obligaciones. Cada semana, cuando el diario había salido de la imprenta, llevaba a pasear a un grupo de muchachos, Walt entre ellos. Existían aún, en aquella época, muchos paseos agradables por el campo, cerca del centro comercial de Brooklyn. La misma calle Fulton presentaba un paisaje rural con sus dos kilómetros de altos olmos, mientras que en los *Heights* podía verse a menudo un pescador provisto de su canasta y sus avíos de pesca, buscando un rincón sombreado a lo largo de la orilla. El señor Clements no tenía inconveniente alguno en mezclar la enseñanza con el placer. Los domingos conducía su rebaño a "una grande, vieja y rústica iglesia de piedra, con aspecto de fortaleza", donde formaban verdaderamente un extraño grupo; el cuáquero alto, enjuto, de nariz aguileña, con su saco azul de largos faldones y botones dorados, y sus "aprendices" de rostros alegres, que acomodaban su paso a su solemne porte. Era un anciano bondadoso que cuidaba bien de los jóvenes a su cargo, algunos de ellos alejados de su hogar por primera vez. Walt se alojaba junto con los demás aprendices, en la casa de la nieta del señor Clements.

Para Walt debe de haber sido una de las más duras pruebas de su adolescencia el separarse de su madre. El vínculo silencioso que existía entre ellos habíase acrecentado con los años. La mujer afanosa, resignada, que con una misteriosa simpatía le permitió salirse con la suya, sabiendo intuitivamente que eso era lo mejor para él, ya se había convertido en el eje de la vida de Walt. Entre él y su taciturno padre se interponía una barrera que nada podría suprimir. No era que hubiese una declarada falta de amistad entre ambos, sino, simplemente, que no se sentían atraídos el uno hacia el otro con esa perspicacia que le permitió a Louisa comprender, cuando Walt era todavía una criatura, que todo lo que él hiciera estaba bien. Walter, por otra parte, como jefe de la familia, debía mantener la disciplina, y hasta expresarse severamente a veces

e infligir castigos cuando fuese necesario. Se hallaba además a menudo ausente de la casa, ocupado en sus tareas, mientras que Louisa permanecía constantemente con los niños, atendiendo a sus necesidades y cuidándolos cuando estaban enfermos. Aparte de la manera en que puede haber respondido el resto de la prole, el sentimiento de Walt por su madre se hallaba arraigado en lo más íntimo de su ser. Tenía cariño a sus hermanos y hermanas, a Jesse, el hijo mayor, a Mary y Hannah Louisa, y a Andrew, George y el joven Thomas Jefferson —Jeff, como lo llamaban—, pero vivía su vida más o menos independientemente de la de ellos. No contrajo amistad alguna con los muchachos en la escuela. Ningún compañero, excepto en expediciones de pesca, lo acompañó jamás en sus caminatas por *Long Island*, o en sus andanzas por la ciudad. Ninguna persona de su misma edad participó en sus sueños o experiencias. El único ser humano que vislumbró lo que a él le interesaba, y que recibió sus escasas confidencias, fué Louisa. No necesitó de nadie más. Desde muy temprano su devoción por su madre habíase convertido en el centro de su vida emotiva.

Su desarrollo fué demasiado rápido. A la edad de quince años su cuerpo de muchacho ya era casi como el de un hombre. Ancho de hombros y largo de piernas, sobrepasaba por una cabeza a los mozalbetes de su misma edad. Su rostro, sin embargo, permaneció sonrosado y suave como el de una mujer; en su andar indolente había algo de femenil. Pero dondequiera que fuese llamaba la atención por sus ojos intensos y sus mejillas resplandecientes.

En el taller de composición del señor Clements aprendió su oficio con un viejo impresor, Williams Hartshorne, veterano de la Revolución, que lo tomó bajo su protección. Walt se aficionó rápidamente a la tinta de imprenta, aunque, a diferencia de Shelley, que ayudó a componer el folleto ateo que motivó su expulsión de Oxford, no se le ocurrió imprimir nada suyo, ya fuese revolucionario o de otra índole. Le bas-

taba hacerse un experto en tipografía y escuchar los recuerdos de Hartshorne. A la lista de los que conocieron a Jefferson y Paine, agregó el nombre de Hartshorne, que había visto a Washington. Ante la evocación de semejantes hombres el impresionable Walt creía estrechar las manos de los héroes de aquellos días gloriosos en que se forjaba la historia.

La historia, sin embargo, se hace todos los días, y raras veces se ha producido con mayor apasionamiento que en la propia época de Whitman, aun cuando el *Patriot* y el *Long Island Star* del Coronel Spooner, a los cuales Walt estaba suscrito, poco dijeran en sus columnas acerca de lo que ocurría en la nación entera. A pesar de ser un hombre de principios y un humanista muy preocupado por problemas de ética, el Coronel Spooner, un centralista en la política, tenía su opinión propia sobre los acontecimientos contemporáneos, y no hay duda de que las pregonaba dondequiera que encontrase oídos dispuestos a escucharlo, y aun hasta frente a aquellos aprendices de imprenta con quienes simpatizaba, pero que le parecían propensos a la ociosidad.

Al principio de 1831 estalló, en América, el problema latente de la esclavitud. Habían surgido algunos chispazos de protesta, especialmente en Nueva Inglaterra, desde la época en que comenzaron a llegar barcos con el cargamento negro de los traficantes de Guinea, pero hasta que William Lloyd Garrison formuló un llamamiento a la libertad en su *Liberator*, la institución de la esclavitud no se convirtió en un problema vital.

Desde un principio, los hombres de conciencia se habían aterrado ante ese sistema que convertía a seres humanos en artículos comerciables, sujetos a un código de instrucciones. Con un buen cargamento de negros se obtenían buenos precios en los mercados. Significaba una ventaja, tanto para los capitanes como para los traficantes, que la mercadería llegase en las mejores condiciones posibles.

"Como los esclavos, a semejanza de cualquier otro artícu-

lo que se trae al mercado", decía una lista de instrucciones enviada al capitán de un barco negrero en 1785, "presentan un aspecto mejor... no puede practicarse una inspección demasiado minuciosa de los mismos antes de la compra; cerciorarse de que no los acecha ninguna enfermedad peligrosa, prestar una atención particular a su edad, a su aspecto; observar si las piernas están derechas... En cuanto a esclavos machos o hembras, ya sean adultos o no, no podemos darle instrucciones precisas; y a este respecto sólo queremos advertirle que tienen más aceptación en el mercado los esclavos machos jóvenes... Cuando usted considere que de la salud de sus esclavos depende casi su viaje entero... prestará especial atención a que su barco sea fumigado, lavándolo con vinagre; clarificará el agua, ya sea con cal o azufre, y cuidará del aseo de su gente, como así también de los esclavos..."

Un capitán prudente generalmente acataba estas advertencias con su falso tono de humanitarismo. Con frecuencia, sin embargo, especialmente después que la decisión de la Corte Suprema de Massachusetts convirtiera en ilegal el tráfico, el abolir la esclavitud, las condiciones en los barcos negreros eran tan inhumanas, entre el amontonamiento y la escasa sanidad de los alojamientos, que de una bodega atestada de esclavos sólo llegaba al mercado una tercera parte. El comercio, no obstante, resultó tan lucrativo que cada ciudad portuaria poseía bergantines dedicados a ese brutal negocio. En 1790, cuando se practicó el primer censo, Massachusetts fué el único entre todos los estados de la Unión que presentó una lista compuesta en su totalidad de personas libres.

"Se anuncia que Sinclair [un traficante de esclavos] — escribía el doctor William Bentley de Salem, en su diario, en Noviembre del mismo año— ha regresado de un viaje a Guinea después de perder toda su tripulación. A pesar de las leyes de la nación, no hay un solo hombre de espíritu capaz de presentarse a investigar estas prácticas detestables."

Un hombre se presentó finalmente, pero sólo después de

finalizado el siglo dieciocho y cuando el diecinueve ya iba por los treinta. William Lloyd Garrison sólo contaba veinticuatro años cuando lanzó el grito que despertó la conciencia aletargada de la nación. De muchacho fué impresor, pero al llegar a la mocedad había descubierto que tenía muchas cosas que decir, y se dedicó a escribirlas. Su primera aventura le ocasionó un arresto por calumnia cuando en el diario abolicionista de Benjamin Lund, en Baltimore, denunció a un señor Todd por transportar un cargamento de negros desde Baltimore a Nueva Orleans. El encarcelamiento de Garrison agitó a Nueva Inglaterra. Whittier, Henry Clay, hombres y mujeres que hasta entonces habían pensado muy poco en el asunto, se encontraron de parte de Garrison. Al recobrar su libertad el sentimiento público ya se hallaba dispuesto a escucharle.

En el primer número del *Liberator,* que anunciaba al nuevo año, manifestó: — "Me he dado cuenta de que muchos se oponen a la severidad de mi lenguaje, pero ¿acaso no está justificada la severidad? *Seré* tan riguroso como la verdad misma, y tan inflexible como la justicia. Sobre este punto no quiero pensar, hablar o escribir con moderación. ¡No! ¡no! Decid a un hombre cuya casa se ha incendiado que dé una alarma moderada. Decidle que arranque moderadamente a su esposa de las manos de su seductor; decid a la madre que retire lentamente a su criatura del fuego en que ha caído... pero no me incitéis a que emplee la moderación en una causa como ésta. Hablo en serio; no quiero equívocos; no retrocederé ni una sola pulgada — Y SERÉ ESCUCHADO."

Intrépido, habló desde su corazón al corazón del pueblo. Y fué escuchado. De la mísera covacha que era su oficina en Boston, y que contenía tanto su máquina impresora como su cama, salía el *Liberator* hablando en favor de los millones de abandonados en su cautiverio. Poco a poco surgieron otras sociedades hasta que llegaron a sumar centenares, convirtiéndose cada una en un centro activo en pro de la liberación.

Lewis Tappan, Lucretia Mott, Whittier, trabajaron infatigablemente. El movimiento abolicionista se convirtió en una fuerza difícil de dominar.

La oposición levantó inmediatamente sus propios baluartes, no sólo en los estados esclavistas del Sur, sino también en el Norte. Garrison, con la característica impaciencia del reformador, exigió la libertad inmediata e incondicional de los negros. Había en juego tremendos intereses. En primer lugar, los propietarios de esclavos no se hallaban dispuestos a renunciar de buena gana a una fortuna en potencial humano que valía millones de dólares. Además, si se libertaba a los esclavos, ¿qué sucedería con las hordas emancipadas? Si los negros eran enviados fuera del país para fundar su propia nación, como proponían algunos idealistas, ¿dónde se encontrarían los trabajadores pagos que deberían ocupar sus sitios? Y si se les permitía errar donde quisiesen, ¿quién proveería a sus necesidades y quién reprimiría las inevitables insurrecciones?

Como confirmando sus temores empezó a complicarse la situación cuando Nat Turner, de South Hampton, logró reunir una gran manifestación de esclavos bajo la bandera de la rebelión. Rápida y despiadadamente se reprimió el levantamiento. Nat Turner fué ahorcado, junto con diecisiete de sus desgraciados secuaces. Pero él y sus hombres no murieron en vano. En la legislatura de Virginia, un debate que duró varias semanas como consecuencia del trágico incidente, lejos de defender la posición de los propietarios de esclavos, expuso los males de la esclavitud, responsables de la falta de concordia nacional.

Tales agitaciones tuvieron resonancia en el exterior. En el Parlamento británico, durante la discusión de la ley que proponía la reforma del sistema electoral de los "Burgos podridos" [1], Sir Robert Peel se levantó y denunció el proyecto co-

[1] *Burgos podridos*: término del lenguaje político inglés con que se designaba antes de la extensión del sufragio, las localidades donde un nú-

mo un llamado a la revolución. No debía dársele al pueblo demasiados poderes. ¡Observad las calamidades que ello provocó en América! "Los Estados Unidos" —dijo— "han pasado rápidamente de república a una mera democracia. La influencia del Ejecutivo — la influencia del Gobierno — ha disminuído de día en día y, por consiguiente, el pueblo se halla investido de un creciente poder."

Los hombres que en América pensaban como Peel, solicitaron de la legislatura medidas represivas. El antagonismo con los abolicionistas tornóse tan violento que muchos estados promulgaron leyes penales. Varios gobernadores norteños, como Edward Everett, de Massachusetts, y Marcy, de Nueva York, dieron su consenso. El Sur hizo fijar carteles ofreciendo recompensas, como si se tratara de criminales evadidos, por la captura de Garrison y de Whittier. Aparecieron el *Liberator* y el *Freeman*, en Filadelfia, y el *Emancipator* de Nueva York, con riesgo de las vidas de sus redactores. Ningún norteño de cierta importancia podía viajar seguro por el Sur. Casi no pasaba un día sin que anunciaran los diarios que uno u otro había sido arrestado, azotado, o encarcelado en algún estado del Sur. No era menos violento el histerismo en las ciudades a las cuales la esclavitud sólo afectaba relativamente. En Boston, Filadelfia, Cincinati y Utica los mitines abolicionistas fueron disueltos; se registraron casas particulares, se incendiaron locales de reuniones públicas, se invadieron y destruyeron las oficinas de diarios. En Nueva York, la casa de Lewis Tappan fué saqueada por el populacho enardecido. En Cincinati la redacción del *Philanthropist* fué destruída. En Alton, el Reverendo Elijah P. Lovejoy fué asesinado por tratar de impedir la destrucción de su máquina impresora. En vano el joven Abraham Lincoln, elegido por segunda vez para la legislatura del Estado, condenó esas atrocidades y prorrumpió en invectivas contra la tendencia de Illinois en pro de la escla-

---

mero muy reducido de votantes elegía varios diputados a la Cámara de los Comunes. (*N. del T.*)

vitud. Allí, como en cada estado donde la esclavitud constituía un problema, la violencia dejó su rastro de sangre. En Boston mismo, Garrison fué arrastrado por las calles al extremo de una soga, y sólo por un milagro escapó a la muerte cuando tres fornidos partidarios lo condujeron a la cárcel, único sitio donde podía hallarse a cubierto de la muchedumbre enardecida.

Pero con la sangre de los mártires, a medida que aumentaba la persecución, acumularon fuerzas los abolicionistas en una lucha que había de durar más de treinta años. Cada lado proclamaba estar en su derecho. Durante una reunión celebrada en el *Faneuil Hall,* en Boston, para protestar contra la violación de los principios de la libertad en el asesinato de Lovejoy, hubo una oportunidad de conocer mejor ambos puntos de vista. "Lovejoy —declaró el Ministro de Justicia del Estado, James T. Austin— murió como mueren los tontos". Los que lo mataron eran, en su opinión, tan grandes en su patriotismo como los hombres que, en otra ocasión histórica, habían arrojado el té al agua en el muelle de Boston.

Surgieron aclamaciones de una gran parte de la Cámara, aclamaciones que se trocaron en una gritería general cuando Wendell Phillips, joven inexperto, se levantó para responderle. Durante largo rato persistieron las burlas, pero él se mantuvo firme, vociferando por encima del tumulto, hasta que todos se vieron obligados a escucharlo. "Cuando oí —comentó acerca del discurso de Austin—, cuando oí al caballero anunciar principios que colocaban a los asesinos... mano a mano con Otis y Hancock, con Quincy y Adams, pensé que estos labios —y se volvió hacia los retratos colgados en la sala— romperían su silencio para censurar al falso americano, al calumniador de los muertos".

Sus palabras eran espadas luminosas, y fué con palabras como los abolicionistas prosiguieron su lucha. Aunque su violencia era tan solo verbal, no perdonaban nada, ni la Iglesia ni la Constitución, siempre que cualquiera de ellas se

opusiera a la causa de la justicia. "La Nación estaba sorda con respecto a los males de la esclavitud —explicó Margaret Fuller, la pitonisa de Boston—, y los que deben hablar con gente sorda naturalmente adquieren el hábito de decir todo en un tono muy alto".

Los poetas, el clero, los hombres y mujeres de buena voluntad, sin otra cosa que ofrecer que su pasión por la justicia, a la que hubieran defendido con sus propias vidas, se unieron al movimiento abolicionista, oponiendo su fuerza espiritual a los intereses monetarios tanto del Norte como del Sur. Junto con el poeta Whittier, Longfellow y Bryant defendieron la causa; Emerson dedicó a ella sus mejores pensamientos. Mujeres como Lucy Stone, Lydya Maria Child, Abby Kelley y las dos hermanas Sarah y Angelina Grimké, abandonaron sus hogares para hablar desde las tribunas públicas, escandalizando al convencionalismo pero ayudando a la cruzada. Allí fueron conducidos los esclavos fugitivos, y a través de sus labios trémulos el pueblo conoció los horrores de la esclavitud. En todas partes, desafiando a la autoridad, los abolicionistas celebraron sus reuniones, que muchas veces terminaron con actos de violencia cuando el partido opositor no tenía otro argumento. Su tribuna era libre para todos, aun para el propietario de esclavos, que podía presentarse allí para defender la esclavitud — y verse contestado con términos que lo dejaban sin habla. Gradual, pero inevitablemente, a pesar del bien que realizaba la causa, la nación se dividía en dos.

¿Cómo respondió Whitman a las conversaciones que, sin duda, escuchó en la redacción del diario de Brooklyn donde estuvo empleado, y a la edad de dieciséis años en New York? ¿Qué lado mereció sus simpatías? ¿Contestó a los alegatos en favor de la esclavitud, en el Sur, y aguzó su ingenio con potentes argumentos en las sociedades de controversia a las que empezó a concurrir tan asiduamente? Siendo Nueva York uno de los campos de batalla del problema, Walt debe de haber participado en más de una sesión agitadísima.

Pasó el año 1835 y parte del siguiente, en Nueva York. De vez en cuando obtuvo empleos de cajista de imprenta, pero las noches eran suyas. Las puertas de los teatros, que siempre lo atrajeron, se convirtieron para él en sitios familiares: el viejo *Park Theatre* en Park Row, el *Bowery*, el *Broadway*. Más tarde descubrió la ópera italiana, que constituiría uno de los placeres más profundos de su vida. Concienzudo y cabal, deseoso de no perder nada, se preparaba para la función como si fuese a asistir a un rito. No había nada de precipitado en Walt, ni siquiera en sus diversiones. ¿Era *Richard III* o *Lear* lo que anunciaba el cartel del teatro? Antes de levantarse el telón, el cauteloso entusiasta leía cuidadosamente el libreto. ¿Se representaba *Lucía*, de su querido Scott, o el "Guillermo Tell", de Rossini, en el *Part Theatre*? Leía la traducción inglesa del libreto, una y otra vez, para saber a qué se referían las prolongadas arias, y seguir la substancia de los complicados argumentos. Aprendió de memoria largos pasajes de Shakespeare y las melodías de sus óperas favoritas.

De pronto, en pleno descubrimiento de la cultura metropolitana, regresó a Long Island. ¿Habrá sido porque se hallaba sin empleo, o porque quiso estar más cerca de su familia? Su madre, después de su enfermedad, había dado a luz un último hijo, Edward. Contaba éste pocos años cuando Walt volvió a la casa, pero ya se percibía que no era como los otros niños. La escarlatina, complicada con parálisis, lo había dejado cojo y mentalmente retardado. Louisa sentía por Eddie, como lo llamaban, una ternura especial, y Walt comprendió. Con un deseo extraño por ocultar la verdad —¿a sí mismo o a Louisa?— se convenció de que Eddie sólo estaba lisiado. Cualquier otro que veía a la criatura sabía que era un deficiente mental incurable.

Walt no permaneció mucho tiempo con su familia, sino que buscó un puesto de maestro en Norwich, uno de los pequeños pueblos de la isla. En el curso de dos años había cambiado cinco veces de empleo. Dar clases en una escuela de campo, cuando se ha pulsado el ritmo de la ciudad más grande

de América, presentaba escasos atractivos, y se hizo menos atrayente porque, pese al número de veces que cambiara de puesto, lo único que variaba era el local. Ya fuese en Babylon o Long Swamp, en Smithtown o Whitestone, los muchachos no ofrecían novedad alguna, las casas en las que se "alojaba" seguían siendo las mismas. Amante de la gente como era, Walt obtuvo placer y experiencia, no obstante, de su contacto con las personas sencillas entre quienes vivía y a cuyos hijos enseñaba de acuerdo a sus propios puntos de vista.

Los muchachos lo querían, aunque sus métodos de enseñanza les pareciesen un tanto arbitrarios. No se atenía al texto de los libros. En lugar de esto, solía pararse en medio de la clase para hablar de la lección, o de los libros, o, más a menudo aun, de las cosas que había visto o realizado. Nunca severo con sus alumnos, algunos de los cuales eran casi de su misma edad, consiguió, no obstante, mantener la disciplina. "¿Dije yo que tenía sus nociones propias en cuanto a la manera de castigar a un alumno?" —rememoró I. A. Platt cuando Walt ya era famoso—. "Si descubría mintiendo a un niño, lo exponía ante toda la escuela mediante un cuento. Pero contaba el cuento sin mencionar nombres. Ese era el único castigo. Relataba su cuento de tal manera que el muchacho culpable sabía muy bien por quién iba." Excelente psicología y por cierto adelantada para esa época. Walt, el maestro rural, realizaba su primer ensayo de innovación.

Todas las veces que podía hacerlo —y eso ocurría a menudo—, iba a West Hills y a los alrededores de su querido Paumanok. Por lo general llevaba consigo un libro, principalmente literatura de ficción, porque, desde su paladeo inicial de Scott y Cooper, se había convertido en un insaciable lector de novelas. A Shakespeare, que había visto resucitado por la magia del escenario, lo quería y lo estudiaba. Más o menos por aquella época cayó en sus manos un volumen de los escritos de Jefferson; a través del mismo y sus lecturas de Paine, las ideas liberales, en medio de las cuales había crecido, se tornaron

imperceptiblemente más claras. Luchaba por encontrarse a sí mismo.

A pesar de sus empleos más o menos regulares, la gente lo consideraba un muchacho indolente. Habituados como estaban al trabajo de sol a sol del granjero, no comprendían cómo un hombre joven y robusto podía soltar de pronto el rastrillo, con el cual ayudaba en los campos, para ir a tirarse de espaldas y contemplar el cielo durante horas enteras. No era natural. En el aula también tenía accesos de abstracción que dejaban perplejos a sus alumnos. "No estaba en su elemento" — recordaba más tarde Sanford Brown, el hijo de un granjero. "Siempre meditando y escribiendo, en lugar de atender sus propias obligaciones. Me imagino que era como muchos de nosotros — en una situación no muy buena, y que debía hacer algo para ganarse la vida. Sólo que la enseñanza no era su *forte*", agregaba, usando una palabra que probablemente había aprendido de Walt. Sí, la gente solía decir que haraganeaba cuando permanecía tendido en los campos. "Pero supongo que estaba trabajando entonces con su cerebro, y pensando fuerte."

Walt, verdaderamente, estaba pensando fuerte. Mientras se sentaba para pescar junto a un arroyo, o permanecer con la vista clavada en las nubes que flotaban en lo alto, sus pensamientos se hallaban entregados a una ambición absorbente. No estaba mal enseñar en las escuelas y despertar las mentes juveniles; pero había otras mentes que él quería alcanzar. Los pedazos de papel que llenaba en el aula, las notas escritas a lápiz, sujetas con alfileres, que llevaba en los bolsillos, contenían gérmenes de ideas que buscaban expresión. Nada estupendo, nada original siquiera. Eran solamente ideas como las que podrían tal vez ocupar espacio en algún diarucho de pueblo. Pero hasta eso exigía un público.

Debe de haber ahorrado de su sueldo y obtenido además alguna otra ayuda, porque un día, en el verano de 1838, fué a Nueva York y compró una pequeña prensa y una máquina

tipográfica. A su regreso a Long Island, adquirió también un caballo. Con la escasa ayuda que pudo obtener en el cándido distrito de Huntington, sacó un diario semanal al que dió el nombre de *The Long Islander*. Se parecía a una madre con su primer hijo. Escribía, acomodaba los tipos él mismo, y una vez lista la edición, dedicaba un día y una noche enteros en distribuirla por los pueblos vecinos. Era una vida ideal. Durante la semana preparaba su diario, viviendo al aire libre todo el tiempo que le fuese posible. Luego, los sábados, montando su caballo, distribuía los paquetes en Babylon y en Jericó, en Smithtown y en Comac, sitios en cuyos nombres estaba implícita su historia: la historia de granjeros amantes de Dios, simples en su fe, toscos en su vida diaria. Todos se acostumbraban a esperar a su escritor, a fines de cada semana. En cierto pueblo la señora de Brown preparaba una comida con bastante carne y un pastel que aún conservaba el calor del horno, segura de que le gustaría al joven vigoroso. En otro, alguna dueña de casa elaboraba algunos bocados especiales. Sencilla pero amplia, su hospitalidad lo envolvía como un viejo y cómodo sobretodo. Para ellos era simplemente Walt, un muchacho rudo y dispuesto como los otros, a quien podían invitar a los henares, o a paseos a través de los montes. Luego había también veladas ocasionales. Y las muchachas.

No le disgustaba la compañía de ellas, pero como no podían dejar de observarlo las madres de hijas casaderas, no les prestaba mayor atención. Su hermano George, como todos los miembros más jóvenes y curiosos de una familia, lo notó también, como asimismo su discípulo Platt. "Parecía que las muchachas no lo atraían. No iba especialmente a ningún sitio con ellas ni demostraba ninguna inclinación afectuosa por su compañía", recordaba éste. George lo corroboró casi palabra por palabra. "No recuerdo haber visto a Walt enamorarse de las niñas. No parecen impresionarle."

¿Parsifal o Lanzarote? ¿Un "tonto de remate" o un honorable caballero para quien la vida reservaba alguna domi-

nante Ginebra? Fuere como fuese, Walt, por el momento, encontró en el tranquilo desempeño de sus obligaciones todo lo que necesitaba, sin comprometer su corazón. Sentía, no obstante, un vacío en su modo de vivir, que se manifestaba en un anhelo indeterminado por alguien que participase de su capacidad para el amor. Ansiaba conocer un ser humano, aparte de su madre, en quien pudiera depositar su afecto —ya fuese hombre o mujer—. Impregnó su deseo una extraña asexualidad, tanto espiritual como corporal; circunstancia extraordinaria en un saludable joven de veinte años. Inconscientes sugestiones procuraron llamar su atención a esa anomalía, y como ocurre generalmente con los espíritus sensitivos, trató de expresarse fuera del medio prosaico de todos los días, que hubiera interpretado con excesiva crudeza lo que él sólo comprendía vagamente. No era que lo que empezaba a escribir entonces podría dignificarse con el nombre de poesía, aun por los más indulgentes. Fueren los que fuesen sus modelos, no hubieran podido encontrarse en el volumen de mil páginas de Scott, ni en Shakespeare y la Biblia. Su sentimentalismo lacrimoso cerraba generalmente la última columna de la página final de los diarios, cuyos editores consideraban que el periodismo, como la vida, necesitaba una gota de poesía.

"*¡Oh poderosas fuerzas del Destino!*

—invocaba el quejumbroso Walt con la debida deferencia para con la abstracción—

Cuando me haya librado de este rollo de carne
Cuando cruce por mi segunda vida
Permitidme hallar un corazón para amarlo
Como yo desearía amar...
Porque en vano buscamos afecto, aquí abajo,
Por este mundo. De angustias sólo
Se halla entretejido nuestro viaje terrenal;
Y por eso el corazón debe mirar hacia arriba
O morir de triste desesperación."

Morir en sorda desesperación era sin duda una alternativa drástica para un joven que aún no conocía lo bastante la vida para mirar hacia arriba a fin de compensar sus desilusiones. Exteriormente, como podían comprobarlo todos, desde su familia a James Brenton —a quien ayudaba entonces en la publicación del *Long Island Democrat*—, llevaba una existencia saludable, aunque no demasiado enérgica, llena de sol y aire y con tiempo de sobra que dedicar a sí mismo. En cuanto a su propio *Long Islander*, que durante casi un año había publicado con éxito y hasta con ganancias, renunció al mismo tan repentinamente como lo había iniciado. Prefirió continuar dando clases y publicando sus ocasionales "ensayos de poesía" en algún diario que no fuera de su pertenencia.

El señor Breton, apodado "Doctor Franklin", no era un patrón muy exigente, aunque hubiese deseado que Walt pasara más tiempo en el taller en vez de holgazanear bajo los manzanos o, con las piernas estiradas, en la sala de la señora Breton, quien no podía pasar frente a él sin tropezar. En sus momentos de abstracción nunca se le ocurrió a Walt quitar los pies del camino de una atareada dueña de casa. Su madre siempre lo dejó en paz, habiendo aprendido desde muy temprano que era más fácil caminar en torno de ese monumento instalado en su sala que esperar a que se trasladara a otro sitio.

Los versos de Walt, que aparecieron de tiempo en tiempo en el *Long Island Democrat*, se tornaron, si es posible, más lacrimosos y confusos que su lamento al Destino, también acogido en esas páginas. Con la lobreguez de los poetas de cementerio, que habían hartado a una generación con sus quejas sobre la futilidad de la existencia, Walt, al no encontrar ninguna satisfacción para sus ansias, se entregó al pensamiento de la muerte. Era una hermosa muerte, una muerte que aliviaba el corazón, la cura para "muchos espectáculos de angustia" que colmaban la tierra. Aun cuando su vitalidad hubiese resistido a cualquier amenaza de extinción con cada fibra de su espléndido cuerpo, Walt invitaba:

"*Por eso, bienvenida seas, muerte; cuando llegue el momento*
En que deba responder al temido llamado,
Me entregaré sin un solo sentimiento de pavor,
Ni un suspiro, ni vano arrepentimiento."

En realidad, decía sobre el papel, acogería con agrado el reposo final, como un niño que, cansado de errar por los campos y bosques el día entero...

"*Se echa soñoliento, cansado y dolorido*
Sobre su lecho y descansa allí,
Terminados su dolor y su pesar."

Se divertía imaginando las circunstancias de su fallecimiento. Desearía morir, no en un suntuoso lecho, ni en medio del estallido estruendoso de la guerra, sino afuera, al aire libre, al finalizar el día, en un sitio donde "crecen los dulces arbustos".

"*Contemplaría a distancia, entre los árboles separados,*
Una bahía envuelta en nebulosas brumas,
La contemplaría meditando en el refugio
Por el cual abandonaría el mundo efímero."

Walt expresaba, al tanteo, el misterio del mensaje del mar, susurrado hacía mucho tiempo al niño de corazón apacible. ¡Pero qué parodia del significado, qué falsa interpretación del verdadero canto! Ningún poeta había comenzado de manera tan poco promisoria.

Capítulo V

TRASCENDENTALISMO

Boston, la reconocida madre de la cultura en Norteamérica, había tanteado durante casi un cuarto de siglo en busca de una palanca que le permitiera poner término al materialismo de la era post-revolucionaria y obligar al mundo a mirar hacia lo alto. La halló en el "Trascendentalismo". La palabra en sí permanecería ininteligible para las masas, pero desde el principio su influencia se hizo sentir tanto en la vida del espíritu, como la luz del sol en el mundo físico. Boston estaba orgullosa. Los "brahmines" de Boston irguieron la cabeza un poco más. Los intelectuales de Boston se empeñaron, más que nunca, en una elevación más amplia de la humanidad.

Como todo fruto, el "Trascendentalismo" surgió de una semilla minúscula: de una desviación de interés, por parte de los estudiosos, de la orientación predominantemente clásica del siglo anterior, a una conciencia de las nuevas corrientes filosóficas en Alemania. A sus conocimientos de Platón y Santo Tomás de Aquino agregaron entonces los de Kant y Hegel. El alemán se convirtió en el nuevo lenguaje de los colegios, y el misticismo filosófico alemán —filtrado a través de los intelectos de Coleridge y Carlyle—, en el néctar de los "Trascendentalistas". Una escuela, sin ser formada, se hizo sentir.

En 1824, George Bancroft, recién llegado de las universidades alemanas, publicó en la *North American Review,* de reciente fundación, sus traducciones de Schiller y Goethe. Eran

solamente los poemas menores de los dos titanes literarios. Pero las mentes expertas de Boston no necesitaron probar más que una gota para conocer la verdadera vendimia. Ya en 1831 el interés hacia Alemania había crecido tanto que la Universidad de Harvard creó un profesorado para su lenguaje y su literatura. Otras universidades siguieron este ejemplo. No fueron, sin embargo, tan afortunadas como la de Harvard, que se ufanaba de poseer como representante del nuevo pensamiento al Profesor Charles Follen, un refugiado político alemán, y un símbolo en sí mismo del pensamiento sin trabas. Convencido de su misión, el Profesor Follen no sólo enseñó a los estudiantes de Harvard, sino que divulgó sus puntos de vista entre la gente de Boston en una serie de conferencias escuchadas por numeroso público. Las ovejas hambrientas miraron, esta vez, hacia arriba y recibieron alimento.

Antes de que transcurriese mucho tiempo, no sólo en las salas de conferencias, sino también en la prensa y en las mesas de desayuno resonaban los nombres de Kant y Jacobi, Fichte y Novalis, Schelling y Hegel, Schleiermacher y De Wette. Las condiciones sociales sufrieron una buena porción de censuras, y sus mismas virtudes fueron señaladas como la sombra tan sólo de lo que la luz podría ser. El "Trascendentalismo" apresó la imaginación. En todas partes, primero en la culta *Nueva Inglaterra*, y luego a mayor distancia, la gente pensaba en el asunto.

"Ven —explicó Margaret Fuller— que la libertad política no produce necesariamente la liberalidad mental; ni libertad en las instituciones de la iglesia, religión vital. Y viendo que estos cambios no pueden forjarse de fuera a dentro, tratan de hostigar el alma para que trabaje desde adentro a fuera. Asqueados por la vulgaridad de una aristocracia mercantil, se hacen radicales; asqueados por el funcionamiento materialista de una religión racional, se tornan místicos. Se declaran desconformes con todo lo que existe, porque no es lo suficientemente espiritual."

Y Margaret Fuller sabía lo que implicaba el movimiento. Aunque escribía relativamente poco para la imprenta, su pluma infatigable mantuvo la idea fecunda volando a través del correo hacia su legión de corresponsales, mientras su voz, igualmente infatigable, sondeaba lo que parecían sutilezas abstrusas en el aula y en las populares *conversazioni* donde a la gente le gustaba encontrarse para cambiar ideas. De baja estatura, gruesa, decididamente sin atractivos, Margaret Fuller se irguió, no obstante, como la alta vestal del fuego de la sabiduría, del cual Emerson era el Apolo. En su opinión, la llama no podría remontarse a menos que fuese ella quien la alimentase. Demostraba orgullo en su confianza por la manera de llevar la cabeza, por la forma desconcertante en que abría y cerraba los ojos, lo cual obligó a sus oyentes a que la mirasen con más alarma que admiración. No permitía que nadie dudara de su importancia. "Hay . . . —decía— en cada época unos cuantos en cuyo núcleo se halla reconcentrado el significado de esa misma época. Siento que soy una de esas personas . . . Me siento elegida entre las mujeres."

Trabajando con su propio sistema, exento de método, Margaret Fuller logró estimular, quizás más que cualquier otro individuo, exceptuando a Emerson, el interés por el movimiento, así como divulgar la idea que pronto comenzó a significar todo para todos los hombres. Nunca partidario ciego de ningún culto, Emerson halló en ella la base para su fe en el advenimiento de un despertar espiritual. A George Ripley, William Channing, Theodore Parker, F. H. Hedge y otros de un ambicioso humanitarismo, les proporcionó un instrumento para la construcción de un orden social más equitativo. A la gente común, el vino trascendental, diluído con las aguas de la frenología popular de Spurzheim, les brindó una moderada exaltación hacia sí mismos y sus potencialidades. La fe en sí mismo, desde su cumbre emersoniana a su subsiguiente vulgarización en los gabinetes frenológicos, que surgieron por doquier, se convirtió en el santo y seña del

movimiento idealista. Uno y todos se zambulleron en la vigorizante corriente en que Swedenborg y Spurzheim, Carlyle y Fowler, Coleridge y el charlatán más despreciable nadaban juntos regocijadamente. El mundo, sin embargo, absorbía imperceptiblemente la doctrina de la cualidad deiforme del espíritu humano.

Aunque mucho se había dicho y escrito desde que se empezó a vislumbrar el "Trascendentalismo", hasta 1837 su significado no resonó en el país a través del acento de sus dirigentes oficiales. Al comienzo, un ministro conocido de una selecta agrupación de admiradores por su coraje y su manera independiente de pensar, Ralph Waldo Emerson, había desertado del púlpito porque disentía con los ortodoxos en el cumplimiento del servicio de comunión y le era imposible continuar administrando el rito. Aun cuando alejase a muchos, su intransigente sinceridad le valió la estima de un público más amplio. Después de una temporada en el extranjero, donde estuvo en contacto con los espíritus maestros del Viejo Mundo, volvió más afinado que nunca en su creencia de que el alma humana debe abrirse paso sin las trabas de la tradición. En lugar de subir al púlpito subió a la tribuna para hablar acerca de la filosofía de la historia, la conducta de la vida, la humanidad, el heroísmo y el significado de la cultura. Del Unitarismo se evadió hacia lo Trascendental.

Comunicó su mensaje con un gran encanto personal que le ayudó a traspasar los preceptos ennoblecedores que nunca se cansaba de repetir. Mientras se hallaba parado ante el atril, su figura simple y larguirucha y su rostro frío, humanizado por el fulgor humorístico de su mirada, hacían pensar en un Prometeo doméstico sosteniendo la chispa para el fogón intelectual. Primero en Boston, luego a través del país, comenzó a publicar sus volúmenes, pequeños pero nutridos, y su filosofía se hizo conocer. Era el "Trascendentalismo", pero pasado por su mente altamente original y pesado en la balanza de una cultura profunda que no conocía límites para su expansión.

Hablar del alma no le producía ninguna timidez; se hallaba en relaciones familiares con el oráculo interior. Así podrían ser todos los hombres —prometía—, si sólo lograran darse cuenta de las elevadas fuerzas, y sobre todo de la dignidad, esa fuente de todo conocimiento y toda certidumbre. En sus aspectos místicos la filosofía del sabio de Nueva Inglaterra y la religión del cuáquero de Jericó ostentaban el mismo ropaje. Pero ahí terminaba la semejanza. Porque para Emerson el alma constituía la médula del individuo, la clave de bóveda del templo de la confianza en sí mismo. Fortificada por ella, el hombre podía contemplar los hechos del universo, tornarlos coherentes, y ayudar a construir un futuro mejor; podía alimentar una jubilosa esperanza y arrojar a los dientes de la incredulidad la realidad de lo bueno, lo verdadero y lo bello. Simplemente, mordazmente, a menudo con una extraña belleza, traducía la recóndita doctrina en términos humanos para que todos la pudieran comprender. El alma abandonó su elevado asiento para mezclarse a la humanidad que aprendía a buscar "un éter más amplio, un aire más divino".

Muy temprano se había despojado Emerson de los sudarios de la tradición y de la reverencia por cuanto había venido de Europa, respecto de cultura y vida. El "Trascendentalismo" debía vestir telas tejidas en casa. En la conferencia trascendental "El Estudioso Americano", que pronunció el 31 de agosto de 1837, para Cambridge, habló sin vacilar. Repitió su mensaje más claramente aun un año más tarde, en Dartmouth. El hombre del Nuevo Mundo debe abandonar los senderos inútiles de la tradición clásica y europea; debe ocupar su sitio en las filas avanzadas del tumultuoso ejército de los activos y de los trabajadores; debe abandonar la torre de marfil y descender a la tierra; debe *hacer* tanto como soñar, y debe pensar por sí mismo. "Nuestro día de dependencia, nuestro largo aprendizaje en el saber de otras tierras, se acerca a su fin. Ni Grecia ni Roma, ni las tres unidades de Aristóteles, ni los tres reyes de Colonia, ni el Colegio de la Sor-

bona, ni la *Edinburgh Review,* continuarán imponiéndose." ¡Era una herejía, pero qué herejía osada, sublime! "Que no desista de su creencia de que un tirabala es un tirabala —dijo en términos más sencillos—, aunque los más antiguos y honorables de la tierra afirmen que es el juicio final!"

La fe en sí mismo y la fe en la bondad de la Naturaleza constituían las dos fuerzas con que el hombre podría ser dueño del universo. En sus arengas, en sus escritos, en sus consejos a sus discípulos, Emerson repetía su credo, con una convicción tan ferviente que a sus ideas les crecieron alas y se remontaron, y su prosa se asemejó a la poesía. "Mientras un hombre busca buenos propósitos, es fuerte por la fuerza entera de la Naturaleza... El carácter siempre se conoce; los robos jamás enriquecen; las limosnas nunca empobrecen; el crimen hablará desde las paredes de piedra. La más mínima introducción de una mentira viciará su efecto instantáneamente. Pero decid la verdad, y la Naturaleza entera y todos los espíritus os ayudarán con inesperado apoyo. Decid la verdad, y todas las cosas, vivientes o inanimadas, la corroborarán; y las mismas raíces de la hierba que holláis parecerán agitarse para serviros de testigos."

Pero siempre, ya fuese con las mismas o con otras palabras, continuaba exhortando. "Ten confianza en ti mismo; cada corazón vibra a esa cuerda de hierro" — haciendo creer a cada oyente que "Cada hombre es una divinidad disfrazada".

Cualesquiera que fuesen las profundas convulsiones que sacudieron a la sociedad americana, una ola de reforma barrió al país a principios del año 40, luminosa en su cumbre por la lucha de la democracia en el movimiento Abolicionista, y por los valores espirituales del Trascendentalismo, llevando, además, en su reflujo, a las sociedades de temperancia y salvación activas a cada metrópoli. Todo hombre veía de acuerdo a su poder visual: algunos vislumbraban una Utopía practicable en experimentos comunistas, como el doctor George Ripley en West Roxbury; otros, creían que era mejor des-

pejar los cimientos de la prostitución y otros males similares, antes de poner la piedra angular del nuevo edificio. *Brook Farm* o las misiones en *Five Points*, representaba cada una un eslabón en la gran cadena de unidad democrática.

En medio de una atmósfera tan agitada, no era de extrañar que Walt Whitman, maestro de escuela y periodista, se contagiara de la fiebre general de la reforma. No necesitaba haber leído a Emerson para saturarse del espíritu transcendental, que iba más allá de la palabra escrita; como asimismo no le fué necesario haber concurrido a las reuniones experimentales de la delegación Washingtoniana —la primera de su clase en los Estados Unidos— para formarse sus propias opiniones sobre la embriaguez alcohólica. Siguiendo su lento ritmo usual, enseñaba a sus alumnos en Jamaica o Woodbury y escribía sus artículos para el diario del señor Brenton. Sentíase maduro y responsable con sus dos empleos, y para impresionar mejor al público adoptó su primera indumentaria.

Un viejo recorte de diario ha legado a la posteridad la apariencia de Walt a los veintiún años. El joven de aspecto soñador, de rostro algo alargado, cuyos cabellos cubren la mitad del cuello, de patillas y barba rala que termina en punta sobre el nudo de la corbata, apenas merece el nombre de gladiador político, ni siquiera de gladiador, sea cual fuese su clase. Sus labios gruesos y sensuales, se hallan al descubierto. Los ojos, en forma de almendra y ligeramente fuera de línea, miran opacamente, sin brillo, y están coronados por cejas arqueadas, burlonas, oscuras, no muy pobladas. La alargada nariz de fosas anchas es el único rasgo pronunciado en ese rostro extrañamente lánguido. Lleva un sombrero de fieltro negro, que deja al descubierto sus cabellos en unas partes oscuros, en otras claros. Un traje negro, de hombros inclinados, el cuello, la corbata y el bastón que lleva lo señalan, entre todos los papeles más inadecuados para él, como un "dandy" con quien uno podría encontrarse más bien en las aceras de Broadway que en las apacibles praderas de Long Island.

El señor Brenton, tal vez por consideración hacia el aspecto barbado de Walt, le concedió algunas columnas en el *Democrat*, en las cuales el joven podía escribir lo que quisiese. Walt asumió una personalidad suavemente didáctica. Bajo los encabezamientos de "Papeles del Atardecer. — Desde el Pupitre de un Maestro de Escuela", procedió a aconsejar a sus lectores sobre su manera de vivir, dió sermones suaves, pero más a menudo los hizo confidentes suyos acerca de su vida exterior y sus aspiraciones íntimas, pues las semillas plantadas en su interior, habían iniciado su germinación lenta, demasiado lenta. A veces monótonos, escritos sin energía y, en ocasiones, aburridos, sus artículos anuncian, no obstante, "Hojas de Hierba" como el germen viviente del hombre maduro.

Al principio, tomando en serio su papel de magíster, era principalmente el reformador que señalaba los peligros de los hábitos indulgentes. "En medio de la agitación universal —escribió en el número del 28 de abril de 1840—, con respecto a los males creados por los licores espirituosos, parece haber caído en el olvido el hecho de que existen otras formas de intemperancia, casi tan dañinas como aquéllos. La práctica de fumar tabaco, en cualquier forma, es una de ellas". Gravemente se extendió sobre el tema; luego, como un padre que mitigara su reproche con una sonrisa, terminaba con un equívoco. "Algún individuo satírico dijo que una caña de pescar es una cosa con un gancho en un extremo y un tonto en el otro; puede afirmarse con mayor veracidad, que un cigarro generalmente ostenta un fuego humeante en un extremo y un petimetre vanidoso en el otro..."

El tabaco, la concupiscencia, el alcohol, hasta el té y el café provocaban sus reproches paternales. Paulatinamente, sin embargo, su pupitre de maestro de escuela lo encontró componiendo artículos sobre asuntos más próximos a su corazón. Había probado la tinta de imprenta y la había hallado buena. Había descubierto también en ella una permanencia que persistía sobre los monumentos de mármol y de bronce. Soñó,

y, mientras soñaba, sobrepasaba sus propias ambiciones. "Creo" —confesó a sus lectores el 29 de setiembre de 1840—, que si yo tuviera pretensiones de ser un filósofo... escribiría un libro maravilloso e importante. Trataría en él de la naturaleza y de las peculiaridades del hombre, de la diversidad de sus caracteres, de los medios para mejorar su estado y de la manera adecuada de gobernar los pueblos..."

Allí estaban las primeras inquietudes entrañables del plan de "Hojas de Hierba", hasta en sus menores detalles. ¿Era un sueño demasiado amplio para un joven maestro de escuela? Tal vez. "Creo que nadie —anticipó— me acusará de presunción en estas opiniones acerca de mi propia capacidad para hacer grandes cosas. En realidad, creo que el mundo sufre de esta modestia excesivamente alabada. ¿Quién puede ser el mejor juez de su propio talento que uno mismo...? ¡Sí, yo escribiría un libro! ¿Y quién puede decir que no sería un libro muy hermoso? ¿Quién sabe si yo no podría llegar a ser algo muy respetable?"

Pero Walt no era un Bryant que podía producir su mejor poema durante su juventud. Necesitaba tiempo y la luz de la revelación, por más que los primeros destellos golpearan tan temprano en su espíritu. Ya poseía confianza en su fuerza, esa confianza que el mundo tacharía de egoísmo. Pero sabía también lo suficiente para no confiar demasiado en ella, ni para darle tanta rienda que la fama se convirtiese en la finalidad, y no en la realización. Algunos meses antes se había expresado en verso sobre ese tema:

> "*¿Construiré un encumbrado nombre*
> *Y buscaré que las naciones sepan*
> *Del poder consciente que reside en el cerebro*
> *Que palpita bajo esta frente?*"

Dió a entender que fácilmente podría crear ese nombre; pero, ¿valía la pena la alabanza del pueblo? ¿Valdrían la pena sus gritos ensordecedores?

"¡Fama, oh cuánta felicidad se pierde
En la ardiente persecución de tu falso reflejo!
¡Tú, cuyos ebrios adoradores mueren por lograr
Una ráfaga de invisible aire!"

No, no era para él una vanidad de esta índole. Mejor sofrenar a su Pegaso hasta que pudiese volar hacia algo más digno que una ráfaga de aire.

De manera que, por el momento, continuó enseñando en la escuela mientras establecía los contornos de lo que habría de ser el Evangelio según Walt Whitman. No ambicionaba riquezas en su esquema de vida. "Es una cosa muy peligrosa el ser rico", advirtió en el mismo artículo en que confesaba sus ambiciones de escritor. "La vida... es un largo viaje... ¿Qué hombre prudente piensa en recargar este viaje con una inmensa cantidad de equipaje?... No existe vagón de carga hacia la tierra escondida."

Antes de acumular riquezas prefería holgar, contemplando al mundo y a sus semejantes, mientras acumulaba los placeres inapreciables que su ocio aportaba a su alma. "¡Cómo quiero a un holgazán! —exclamaba—. "De todos los seres humanos nadie iguala a vuestro genuino, innato y constante holgazán... Todos los viejos filósofos eran holgazanes... ¿Qué era Adán, quisiera saber, si no un holgazán?... ¿Quién se atreve a afirmar que era accionista, o que se ocupaba del negocio de azúcar?... Siempre ha habido holgazanes... Sin duda alguna, cuando a Caos sus relaciones le negaron el saludo, y las estrellas matutinas cantaron juntas, y los riachos bailaron un cotillón de puro gusto, en alguna parte existían holgazanes que gozaban del espectáculo con su acostumbrada quietud filosófica..." Aun antes de inventar su famosa frase, Walt sabía cómo holgar en compañía de su alma.

Había siempre en él una emoción activa, su amor por sus semejantes; y deseaba que todos los hombres sintieran ese amor de los unos hacia los otros. En realidad, puede haber

estado a tono con las tendencias humanitarias de la época, pero en Walt era esto una doctrina tan personal que formaba casi una parte de él mismo, como su propio corazón. "Quisiera que todos los hombres cultivaran su propensión hacia la benevolencia por quienes los rodean" —dijo, en julio del siguiente año—. "Quisiera que fomentaran y alimentaran la facultad de amar. Con toda seguridad no aportará un porcentaje, como las acciones bancarias o pólizas de corporaciones, o bonos e hipotecas, pero es de gran valor, y pagará con creces. Es una facultad concedida a cada alma humana, aunque en la mayoría se halla latente y no se utiliza... Nos conduce a despreciar los límites fríos y crueles de la costumbre e induce a nuestras almas a que se inflamen con un amor puro y resplandeciente hacia las personas y las comunidades." Pero que nadie interprete que un amor tal pueda ser el languidecimiento de moda entre los novelistas. "Por *amor,* según he recurrido al término... —se apresuró a explicar—, no quiero decir el sentimentalismo enfermizo que constituye un tema predilecto entre los novelistas y los escritores de revistas. Lo que quisiera inculcar es ese sentimiento saludable, alegre, de tolerancia y de buena voluntad; una ternura afectuosa, una cordialidad cariñosa, cuyos gérmenes Dios ha sembrado, con abundancia, en cada pecho humano, y que contribuyen a formar un estado de sentimiento tan distinto al amor pueril y atontado, descrito por los autores baladíes como Byron y Bulwer, y por sus imitadores más fútiles aun."

Sus despectivos latigazos a los escritores más antiguos traicionaron al jovenzuelo. A una edad tan temprana, había formulado ese amor que, después de aprender el lenguaje del frenologista, había de llamar *adhesividad*: el amor hacia los compañeros. Balbuceante y prosaico, los verdaderos acentos de Whitman eran todavía inequívocos. Faltaba aún un tema para completar su evangelio; el tema del patriotismo con su concomitante de la democracia. Eso también permanecía oculto en las páginas del *Long Island Democrat.*

"Oh, mi alma está ebria de placer,
Y mi recóndito corazón se alegra",

cantó en sus *"Columbian's Songs".*

"Pensar que la estrella de mi país no palidecerá
A través de infinitas edades,
Que en su curso glorioso y ascendente
Se eleva nuestra águila de enrojecidos ojos,
Mientras con los cambiantes vientos
Flamea nuestra bandera listada de aurora:
Pensar que aquí al fin se encuentra
Una costa amplia y extensa,
Donde el estrellado fulgor de la Libertad
Brilla con invariable destello;
No como lo hizo antaño,
Con resplandor vacilante, cuando César cayó,
O el altivo Gesler oyó su toque de difuntos,
O Estuardo se revolcó en sangre."

Walt no quiso admitir ningún vínculo con el pasado sangriento de Europa en el fraguar americano de la democracia. El estrellado fulgor de la libertad, a partir del momento en que sorprendió a la joven República, reveló al mundo un hecho tan nuevo y maravilloso como lo había sido el descubrimiento del continente occidental. Basado en aquel hecho Walt había de alimentar su fe imperecedera en la América democrática. Aunque distanciados por su origen y por su cultura, el sabio de Concord y el hijo del carpintero de West Hills habían arribado a la misma esperanza.

Pero Whitman, con subconsciente discernimiento, dejó que la esperanza permaneciese oculta e inexpresada hasta que llegara el momento propicio.

Capítulo VI

EL POLÍTICO Y EL ARTISTA

Walt había comenzado además a participar activamente en la política. Ya era entonces un ciudadano completo, con derecho a dar su primer voto. Hasta la criticona señora de Brenton habría tenido muy poco que decir acerca de la pereza de su pensionista, en el otoño del año 1840.

Lo mismo que su padre, Walt era un demócrata del partido del "bendito Jefferson" y del grandioso Viejo Hickory, quien, a pesar de las desastrosas quiebras bancarias que le imputaba la oposición, era aun más popular al abandonar su cargo que al asumir el poder. El partido Demócrata, el partido de los *Locofocos,* según lo apodaban los Liberales, representaba para Walt todo lo que existía de noble y de progresista en la forma republicana de gobierno. Jackson personificaba sus virtudes más grandes; Jackson, "el terrible anciano" detestado por los centralistas adinerados, pero a quien el pueblo adoraba.

Hubo mucho que criticar por cierto en los métodos arrolladores que adoptó al poco tiempo de entrar en la Casa Blanca, pero la corrupción que destruyó, como a otros enemigos más materiales de la república, había olido a séptimo cielo. Muchos opinaban que su implacable ferocidad hacia el *United States Bank* era fatal para el comercio. Por cierto que el Banco había efectuado importantes préstamos al comercio y a la agricultura; pero también había prestado, con la misma liberalidad, a los especuladores, hasta que la inflación mostró

su pletórico cuerpo en la mayor parte de las empresas. Previsor donde los otros vacilaban, Jackson vió el banco como una corporación perniciosa y una peligrosa máquina política y determinó anularlo retirando de él todos los fondos del Gobierno. "¡Con la ayuda de Dios —juró solemnemente—, ningún poder en la tierra fiscalizará la llave de acceso a los fondos nacionales, a no ser el mismo Gobierno de los Estados Unidos!"

La recompensa que el Viejo Hickory obtuvo por sus esfuerzos, gracias a la indignada elocuencia del señor Clay, consistió en verse vilipendiado por escrito en los libros del Senado, en un voto de censura por "haberse arrogado una autoridad y poder no conferidos por la Constitución y las leyes, sino por encima de ambas". En vano protestó; por algún tiempo sus enemigos se mostraron más fuertes que él. Casi se justificaron ante la nación, durante el pánico de 1837, cuando quebraron los bancos de todos los estados y la depresión asentó su letárgica mano sobre todas las empresas. Ya había abandonado Jackson su cargo, pero sus amigos continuaban luchando contra la injusticia que le habían hecho. El mismo año del pánico el senador Thomas H. Benton, después de tres años de esfuerzos malogrados, hizo aprobar por el Senado el famoso *Acuerdo de Cancelación,* vindicando a Jackson contra el fallo condenatorio. No podría haber inventado nada mejor para afianzar su popularidad entre sus leales partidarios. Para ellos, así como para Walt, desde esa época y durante toda su vida, el Viejo Hickory continuó siendo "oro puro . . . no explotado, no fraguado, intacto, en realidad —ninguna cosa realizada, completada— sólo el genuino mineral en bruto".

Era de esperarse, por lo tanto, que Walt se lanzara del lado de Van Buren, de nuevo nombrado por los Demócratas, en contra del General William Henry Harrison. ¡Qué! ¿Acaso creían los Centralistas que poseían en él a otro Viejo Hickory? El vehemente y joven demócrata subió a la tribuna en *Queen's Country* para hablar en favor del pequeño Van. No fué una

oposición fácil. El Presidente Van Buren había heredado las preocupaciones de Jackson tanto como su cargo, y, debido a la lógica injusta de las multitudes, fué considerado tan responsable como su predecesor por la depresión que paralizó al país durante el período de su propia administración. Hasta las tres mil millas de ferrocarriles, de las cuales no existía ninguna antes de que Jackson asumiera el poder, militaron contra *Little Van* transportando a miles de sus opositores políticos, desde diversas regiones del país, quienes hablaron y realizaron una campaña electoral en favor de Harrison. Efectivamente, en mayo de ese año, no menos de veinte mil centralistas se congregaron en Baltimore, para aunar fuerzas en pro de su candidato. Había comenzado una nueva era en la política nacional. Se acabaron los pequeños mitines locales. Desde ese momento, gracias a la mayor movilidad facilitada por los ferrocarriles, las asambleas alcanzarían a cientos de miles distribuídos en los centros vitales de la nación.

Como un novicio en su partido, Walt ejercitó, sin embargo, sus robustas piernas a través de su distrito, dirigiéndose a los oídos de sus vecinos de *Long Island*. Los centralistas, desgraciadamente, a pesar de la reforma de la temperancia, ofrecieron argumentos más poderosos, sugeridos indirectamente por los mismos demócratas en uno de sus principales diarios, cuando manifestaron en son de mofa: "Si alguien le presentara a Harrison un barril de sidra se sentaría sobre el tronco de un árbol, feliz y contento por el resto de sus días". La cabaña de troncos y el duro barril de sidra se convirtieron, inmediatamente, en los emblemas de la campaña liberal. Atravesaban las ciudades carros que transportaban minúsculas cabañas de troncos, mientras que en las esquinas los barriles corrían con un entusiasmo aun más contagioso que el que podía inspirar Webster, el fogoso orador. "¡*Tippecanoe,* y Tyler también!", resonaba el grito de guerra de los centralistas, en contra del cual *Little Van* sólo podía exhibir los resultados de una administración no excesivamente próspera.

Los estados intermedios votaron casi unánimemente por el General Harrison. Con sus barriles de sidra y sus canciones sobre el *Águila de Tippecanoe* los centralistas consiguieron provocar una revolución virtual, cuando, con la elección de Harrison, quebraron los cuarenta y tres años de tenencia del partido demócrata.

Pese al resultado decepcionante Walt saboreó un pequeño triunfo personal. La ciudad en la cual, durante la campaña, había sostenido un mordaz debate con el hijo centralista de Rufus King, porque atacó al Partido Demócrata, permaneció firmemente del lado de Van Buren.

Por desgracia, la victoria centralista gozó —como su presidente— de una breve existencia. El día de la proclamación llovió. El anciano general se había resfriado y tuvo que guardar cama. Día tras día los buscadores de empleos vociferaron a la puerta del enfermo, sin dejarle un momento de paz. El resfrío degeneró en neumonía. Un mes después de asumir el mando, moría —víctima de los políticos tanto como del germen fatal— el "Águila de Tippecanoe". Lo sucedió en el mando el Vicepresidente Tyler, y durante un tiempo los asuntos se desenvolvieron de acuerdo a los deseos de los Centralistas. Cuando surgió, sin embargo, la cuestión de reflotar el antiguo Banco de los Estados Unidos, se hallaban escasamente preparados para la decisión de Tyler. La medida fué aprobada por ambas Cámaras por votación. ¡Cuál no sería la consternación de los centralistas cuando Tyler le opuso su veto! Desilusionados, no tuvieron otro remedio que retirar su apoyo a esa administración que habían reflotado hacia el poder sobre ríos de espesa sidra.

Atento a los nuevos acontecimientos, Walt abandonó los limitados confines de *Queen's County* por Nueva York, donde editó, en la primavera de 1841, "La Aurora", un pequeño diario de partido, en el cual el joven redactor de tendencias políticas emitió opiniones irritantes para los ciudadanos más conservadores. Imparcial, apoyaba ahora al aborrecido Tyler.

Tammany, mientras tanto, halló en Walt un valioso colaborador. Había dado buenos resultados en su campaña electoral. Era capaz, por otra parte, de esgrimir la pluma y, en ocasiones, de pronunciar discursos. Walt, en verdad, empezó a abrigar una secreta inclinación por la tribuna. Poseía un aspecto imponente, buena voz, y además ideas que creía dignas de ser expresadas. Tal vez el partido le haya brindado más de una ocasión de hablar en nombre suyo, pero sólo queda constancia de uno de los discursos políticos que pronunció, y no desde una tribuna, sino improvisando *sobre un cajón de jabón.*

El 29 de julio de 1841, Tammany convocó a un mitín popular en el Parque para animar a sus cohortes. Diez mil personas respondieron al llamado, figurando entre ellos el repórter del *New Era* quien, satisfecho con la arenga de Walt, lo reprodujo en parte. Breve y enfático, terminaba con una nota inspirada: "Estamos luchando por grandes principios — por verdades poderosas y gloriosas. Desdeñaría ejercer hasta mis humildes esfuerzos en pro del mejor candidato demócrata jamás designado, por él en sí... El ángel guardián, el ángel bueno que nos ha protegido desde los días de Jefferson, no nos ha abandonado ahora. Casi puedo imaginarme capaz de atravesar la oscuridad del futuro y contemplarlo mirándonos con aquellas sonrisas benignas que mostró en 1828, 32, 36... De nuevo revoloteará sobre nosotros, infundiéndonos coraje en medio del humo y el estrépito de la batalla, y conduciéndonos a nuestra acostumbrada victoria". Sí, había fervor, al mismo tiempo que estadísticas. Pero existía también un genuino idealismo que se abría paso a través de la retórica nebulosa del orador político; un idealismo confirmado por el nombre de Jefferson, que, como el de Dios, Walt no habría invocado en vano.

La ciudad lo absorbió de nuevo. Ya había dejado de ser un muchacho, y entró en sus tormentas y agitaciones con la urgencia de su vigorosa masculinidad, aunque no, en el plano físico, sin esa cautela que, como la brújula del marino, orientó

su vida hacia las costas más seguras. ¿Incapacidad o timidez? ¿Cuál de las dos lo dominó prudentemente? Ante sus amigos, años más tarde, levantó en alto un robusto dios que fecundaba la tierra, un prodigio que, según las palabras que dictó a John Burroughs, había "sondeado todas las experiencias de la vida, con todas sus pasiones, placeres y abandonos". Era joven y estaba en perfectas condiciones físicas, explicó, y Nueva York ofrecía oportunidades de sobra.

Como todos los jóvenes independientes de lazos familiares y ávido de experiencia, ensayó, sin duda, su virilidad según la ocasión se presentara. Hubiera sido anormal no hacerlo. Pero existía una gran distancia entre el curioso aventurero nocturno y el Zeus todo-fertilizante de una leyenda no convincente. Para empezar, Whitman se hallaba impelido en aquella época por un propósito moral, altamente desarrollado, que se manifestaba en todo lo que decía o escribía. Tomando en cuenta su devoción por su madre, su imagen debió interponerse entre él y sus tentaciones. El Whitman de veintidós años, por otra parte, no era un rebelde, en manera alguna, sino más bien un conformista que se adhería con tanto fervor exterior como el ciudadano más remilgado al código moral de su época. El Walt Whitman detractor de todos los convencionalismos, el revolucionario, no había nacido aún.

Existía además otra restricción. A pesar de su salud física, y del espléndido cuerpo capaz de suscitar la envidia de un atleta, Whitman poseía también la ternura de una mujer y el anhelo femenino de dar y recibir cariño sin pensar en su realización física. Su anhelo se elevaba por encima del sexo. Sea que el amor fuese pasión o amistad, de mujer o de hombre, el solo hecho de que existiese satisfacía su necesidad. En su ensayo exploratorio de su modo de ser psicológico, ya había descubierto su esencia. Para él eran tan ajenos el arrebato y la violencia byronianos de la pasión como el repugnante sentimentalismo de los escritores afeminados cuyos suspiros y lágrimas llenaban las revistas. En su manera de comprender la

emoción, no figuraba nada de excesivo, de débil ni de enfermizo. El amor como lo conocía él era tan vivificante como el aire. "Un sentimiento sano, animado de benevolencia y buena voluntad", así lo había descrito el maestro de escuela, "una ternura afectuosa, un afecto cordial". Esa emoción espiritual no era compartida solamente por hombres y mujeres, en la consabida reciprocidad romántica, sino igualmente por todos los hombres y las mujeres. No tenía límites; como la luz del cielo, existía para la humanidad entera.

En esa luz se caldeaba dondequiera la hallase, lo mismo entre los conductores de ómnibus de las numerosas líneas que hacían su recorrido por la ciudad, o con la conocida casual, la mujer que creía que el amor podía comprarse y venderse. Hasta mucho tiempo después no expresó con palabras la esencia de su teoría del amor, en su poema "A una común prostituta". Ya, sin embargo, la practicaba.

"Permanece tranquila — yo soy Walt Whitman, libre y fuerte
como la naturaleza,
Hasta que el sol no te repudie yo no te repudiaré,
Hasta que las aguas no se nieguen a brillar y las hojas a
susurrar por ti, mis palabras no se negarán a brillar
y susurrar por ti."

Esta espiritualidad, que hacía que hasta los más humildes participaran de la liberalidad del amor, era lo que detenía a Whitman —el sondeador de "las pasiones y los abandonos" de la vida— menos en su imaginación. Las más de las veces su comunión con la compañera del momento era aplazada hasta un futuro más perfecto.

"Hija mía, te señalo una cita, y quiero que te prepares
para ser digna de encontrarte conmigo,
Y te pido que seas paciente y perfecta hasta que yo llegue.
Hasta entonces te saludo con una expresiva mirada, para que
no te olvides de mí."

En vista de que sus actividades políticas y sus trabajos de devoción cívica no le aportaban ninguna ganancia, Walt empezó a escribir para las revistas. En las de entonces aparecían buenos nombres; los de Lowell, Whittier, Longfellow. Edgar Allan Poe había llamado la atención al principio por el premio que obtuvo un cuento suyo en un concurso. Hacía poco tiempo que había publicado sus *Tates of the Grotesque and Arabesque*; era ahora un colaborador del *Graham's Magazine* recientemente aparecido, un periódico de altas pretensiones literarias. En Boston, el *Dial*, órgano de los Trascendentalistas, había sido botado con Margaret Fuller al timón. Sólo los iniciados eran admitidos en sus páginas, pero sus palabras, al menos dondequiera que se leyese el *Dial*, significaban la ley. Bronson Alcott se ilustró a sí mismo, si no al mundo, con sus "*Orphic Sayings*"; Margaret Fuller expresó algo de lo que pensaba a los críticos; Theodore Parker se extendió sobre "*The Divine Presence in Nature and the Soul*"; Emerson contribuyó con un poema, "*The Problem*", obteniendo sus ensayos una circulación más amplia en el volumen de 1841. Nathaniel Hawthorne hizo su *début* literario con los extraordinarios cuentos que durante algunos años habían estado apareciendo anónimamente en el *Token*, hasta que Park Benjamin reveló la incógnita al mencionar el nombre del autor en el *American Monthly*, favoreciéndolo con unos elogios sin precedentes al declararlo un igual de Washington Irving. El año en que Walt pronunciaba su discurso político en el Parque, Hawthorne, horquilla en mano, se hallaba atacando un montón de estiércol en el paraíso de *Brook Farm* al cual, para bien de su alma, lo había mandado el doctor Ripley. Afuera, en el Pacífico, Herman Melville, de la misma edad que Walt, recogía material para su obra maestra, en una excursión dedicada a la pesca de la ballena, que debería durar un año. Pocos meses antes Dana había excitado el interés por el mar con su vigoroso *Two Years Before the Mast*. James Fenimore Cooper, envuelto en interminables litigios, sacaba

sus novelas de aventuras con pasmosa regularidad. Había publicado recientemente *The Pathfinder* y *The Deerslayer*. Walt lo vió en una sala de justicia, en Chambers Street, y se estremeció al contemplar el hombre que había proporcionado a su adolescencia el primer vislumbre de la novela de aventuras americana.

La nación, sin embargo, vivía cada día sus propias aventuras. Durante años, desde las expediciones de Jackson por Florida, habían estallado guerras intermitentes con las diversas tribus de indios. Con una crueldad anti-democrática el gobierno trasladaba poblaciones enteras de indígenas de un sitio a otro, dejando miles de muertos por el camino. Los paladines de los indios protestaron contra tal crueldad, y al ser desoídos, recurrieron a los actos. Como un fuego no extinguido, el rencor de los *Seminole* se trocó en rebelión y fué sofocado con sangre, a medida que se enviaba tropa tras tropa a Florida. En 1835 la guerra recobró un aspecto grave, cuando la mujer del jefe Osceola, hija de una esclava, fué secuestrada durante su ausencia y devuelta al propietario de su madre. Desde ese momento Osceola juró vengarse del usurpador blanco. Reconcentrando a su tribu, se opuso con violencia al gobierno que pretendía trasladar a los *Seminole* hacia el Oeste del Mississippi. Se propuso un tratado, pero, ante las continuas argucias de los representantes, el iracundo jefe hundió su cuchillo en la mesa y juró: "El próximo pacto lo ejecutaré con esto". Cumplió su juramento al pie de la letra. El General Wiley Thompson lo prendió e hizo encadenar. Después de haber recobrado su libertad, Osceola le arrancó el cuero cabelludo con sus propias manos. El Mayor Dade, que conducía una expedición desde *Tampa Bay*, fué víctima de una emboscada en Wahoo Swamp y perdió la mayor parte de sus hombres. Desde entonces no transcurría un año sin que ocurriese algún disturbio, agravado cuando los *Creeks* de Georgia y Alabama se unieron a los *Seminole* contra los colonizadores blancos. Ya próximo el año 1841, cuando los indios se halla-

ban algo dominados, el Gobierno calculó con pesar que el costo de las guerras había sobrepasado, hasta entonces, la cifra de cuarenta millones de dólares — el doble de la suma pagada por Florida y Louisiana juntas.

Buscando compensación a tales pérdidas los Estados Unidos se ocuparon de empresas constructivas, como, por ejemplo, cuando el Comandante Charles Wilkes, en agosto de 1838, izó la bandera americana sobre su pequeño escuadrón en el puerto de Norfolk, Virginia, en la primera expedición exploradora emprendida por el gobierno. La intrépida flota navegó noventa mil millas hacia el océano sur y el misterioso polo a lo largo de una costa jamás entrevista por el hombre civilizado, y por primera vez los americanos vieron a la gente primitiva cuyo cutis no era negro sino de color marfil, hombres de semblantes agradables que no habían aprendido a vestirse en sus climas benignos, que calzaban una sola sandalia, un retazo de piel de foca sobre un hombro, una flor, o tal vez una faja de color sobre sus cuerpos desnudos. Hasta Tierra del Fuego navegó la expedición, a Callao y a las Islas de Tahití, algunas de ellas desconocidas hasta entonces, y adelantándose hasta las islas Samoa cuyas mujeres, menos hermosas que las Tahitianas, eran, como en las comunidades civilizadas, también más virtuosas. Con pasión científica los hombres del comandante Wilkes ascendieron los picos de las montañas para determinar su altura y sondearon las profundidades de lagunas aún no descubiertas. Exploraron los cráteres de volcanes apagados y recogieron ejemplares de palmeras de montaña y helechos arborescentes. Pero su día feliz amaneció cuando los tres barcos de la flota, que proseguían por separado hacia el sur, después de abandonar Sidney, arribaron a la barrera de hielo que había ocultado al desconocido Continente Antártico.

Las descripciones de la tierra virgen, rodeada por las aguas de un color verde claro, parecían pasajes del *Ancient Mariner*. Sondearon el mar hasta trescientas brazas sin tocar

el fondo. Alta, redondeada y resplandeciente de nieve, emergía del agua la primera promesa de tierra. Una cadena de rocas heladas la protegía; los témpanos bloqueaban el camino a los buques de vela. Sin flaquear, los hombres del Comandante Wilkes atravesaron las barreras de hielo, ascendieron la colina redondeada y plantaron la bandera en su cumbre. El Nuevo Mundo había descubierto un mundo más nuevo aun.

La América misma era aún, sin embargo, *terra incognita* en su vastedad, como lo demostró Wilkes cuando investigó en el viaje de regreso la costa noroeste. Pero allí la gloria del descubrimiento correspondió a John Charles Frémont. Un número de grupos expedicionarios ya había sido enviado al Oeste, hacia la región conocida más tarde como Oregón. En 1842, como el gobierno considerase oportuno conocer la tierra situada entre los límites geográficos del sur de los Estados Unidos y las Montañas Rocosas, Frémont fué elegido para encabezar la expedición con el objeto de averiguar la latitud y longitud del Paso del Sur, el gran sitio de cruce de los "rocosos" en su ruta hacia el Pacífico. La expedición soportó muchos sufrimientos y penurias inimaginables, pero el propósito fué gloriosamente logrado. De la misma manera que Wilkes había plantado la bandera en el pico helado del Antártico, Frémont la alzaba entre las nubes donde ni siquiera el águila se había aventurado, en el peñasco más elevado de los *Rockies*.

Patriota como era, Walt se henchía de orgullo ante la triunfante seguridad de la nación en todos los terrenos y reservaba su juicio sobre los molestos problemas domésticos de la nación. Estaba preocupado por Walt Whitman... Sabía que quería ser un escritor. ¿Acaso no había hecho confidencias a sus lectores acerca del libro que un día iba a dar al mundo? Mientras tanto le era necesario ganarse la vida, y poseía experiencia suficiente para saber que aunque la musa puede ser una compañera agradable, no es pródiga: no era una Louisa atendiendo las necesidades de la familia, sin cuidarse de que la bolsa se encontrase llena o exhausta. Había obtenido

empleos aquí y allá; había probado lo que significa ser el redactor de su propio diario. No estaba satisfecho. Como todos los aspirantes, en el proceso de encontrarse a sí mismos, vacilaba entre la seguridad de un empleo a sueldo y el vuelo desenfrenado del "soldado libre". Sabía que las riquezas no eran para él. Las despreciaba como peligrosas y destructoras del alma. Pero las privaciones, sin embargo, pueden matar el cuerpo tanto como el alma. Lo mejor sería ganar lo necesario para sustentarse, dejando tiempo suficiente para los caprichos del alma. En otras palabras, trabajar para las necesidades físicas, pero mantener libre el espíritu.

Tuvo empleos más o menos permanentes entre 1841 y 1845. Los registros no están claros. Pero no existe duda alguna de que en Nueva York, que poseía para él más encantos que cualquier *Xanadu* techado de placeres, trabajó un poquito, escribió cuando el espíritu lo instaba a hacerlo, y tentó a su alma. Los conductores de ómnibus, "una raza extraña, natural, de mirada penetrante, y maravillosa", lo conocían bien y le hacían sitio junto a ellos en la flotilla de *Yellow-Birds* y *Red-Birds* y otras diligencias de las líneas que se abrían paso a través del tránsito de carruajes de Broadway, Fifth-Avenue, Madison Avenue, Fourth, Knickerbocker y la activa Twenty-Third Street, desde el Este al Oeste, de río a río. Walt conocía a todos por su nombre. No tenía más que pararse en la acera y llamarlos con su gran saludo, el brazo en alto, la mano levantada, para que los *Balky Bills*, los *Tippys*, los *Yellow Joes*, *Big Franks* y *Patsey Dees* lo aclamaran con un grito.

> *"Hacia todos ustedes, en nombre de América,*
> *Levanto en alto la mano perpendicular."*

Conductores de ómnibus, timoneles, vendedores ambulantes, vagabundos, cualquier rostro honrado y cordial recibía espontáneamente el *salut au monde* de Walt.

Él les hablaba, y ellos retribuían su cordialidad con el rudo compañerismo de la clase a que pertenecían. Desde muy tem-

prano, en su trato con la gente conoció la diferencia entre el tonto instruído y el sabio analfabeto, entre el estudiante de toga —cuya amontonada erudición no podría proporcionarle una balsa para mantenerse a flote en la corriente de la vida—, y Elias Hicks, el granjero sencillo, que a pesar de su limitada instrucción lo elevaba a uno al cielo con el poder de su mente. Walt nunca se disculpó por su elección de compañeros. Eran sus semejantes. Al viajar por Broadway, en una fresca noche de junio, mientras "Pop Rice" u "Old Elephant" le contaban con inimitable sabor y por encima del estruendo de la ciudad algún relato masculino, Walt sabía que no sólo Rabelais y Cervantes, sino también Homero y Shakespeare hubieran gozado en tal compañía. Se hubieran entretenido con "las inmensas cualidades — mayormente masculinas: comer, beber, mujeres" — de estos hombres. Habrían admirado el orgullo personal de estos trabajadores analfabetos, su compañerismo, su afecto, su buena voluntad y sentido del honor. Walt no sentía ninguna discrepancia, por lo tanto, cuando retribuía el entretenimiento que le brindaban, recitando, a voz en cuello, algún pasaje de "Julio César" o "Ricardo III". Shakespeare se había dirigido a tales hombres, entre otros. No había escrito para las universidades.

Walt iba a menudo al teatro, la pasión de su adolescencia, utilizando sus relaciones con los diarios para obtener entradas gratis a cambio de un aviso. Le atraía la vida del escenario; hubiese querido ser otro Booth. Durante una temporada, por placer y tal vez para probar sus habilidades, entró en una compañía dramática de aficionados y pisó las tablas. No resultó nada de sus esfuerzos, salvo que aprendió de memoria sus piezas favoritas. No, decididamente el teatro no era para él.

Sin ningún rumbo definido, siguiendo, en realidad, cualquier camino que la ocasión le ofreciera, Walt se aprontaba para la meta final. Era demasiado indolente para tomar una decisión y obrar de acuerdo. La vida, además, se extendía

frente a él, infinitamente maravillosa, con sus exposiciones, sus librerías donde podía deleitarse libremente, sus calles para recorrer y sus inesperadas aventuras. Vivía, pero también encontró tiempo para escribir. Hasta entonces había realizado algunos ensayos en poesía, y escrito los suaves sermones que llamó "*The Sundown Papers*". No había intentado nada más elevado. Con una mirada de soslayo hacia lo que producían otros autores para las revistas, intentó el cuento corto con el cual Poe y Hawthorne habían logrado tanto éxito y acicaló, hasta darles una forma más ambiciosa, los versos que había publicado en el *Democrat*.

En agosto de 1841 conoció la emoción de ver su cuento corto "*Death in the Schoolroom*", en las páginas de una revista literaria. La *Democratic Review* gozaba de cierto prestigio tanto como de una buena circulación. El verso incluído en sus páginas significaba un gran paso para el principiante, pese a la opinión que podría merecer a sus compañeros de oficio. Whitman estaba satisfecho no sólo de su trabajo sino del éxito mismo, pues, si hemos de creerle, su cuento impresionó considerablemente a los lectores y fué reproducido en otros diarios. La *Democratic Review*, de cualquier modo, debe de haber quedado contenta de él a juzgar por las frecuentes publicaciones de trabajos de Walt en sus páginas durante ese año y el siguiente.

Pero Walt no era un *littérateur*. Si, con su afición por los términos extranjeros, no odiaba ese término, sentía desprecio por lo que representaba. Nada le repelía tanto como la tradición del hombre de letras. Consideraba sospechosamente al grupo de *New England*, al frío intelectualismo que observaba en alguno de sus exponentes, y se convenció de que su sitio no estaba junto a ellos. Admiraba a Margaret Fuller, y tenía por Emerson, aunque hubiese leído o no sus ensayos publicados recientemente, el respeto que le tenían todos, amigos o enemigos, por su mente valerosa. Porque la voz de Emerson, aunque no fuese escuchada en su plenitud, era transportada

a todas partes tanto por el eco que producían sus detractores, como por el celo fervoroso de sus discípulos. Es muy probable que Walt no haya oído sus acentos vivientes, pero la substancia de su significado estremecía la atmósfera. Puede no haber leído sus exhortaciones al escritor para que saliese del mundo de los libros y se incorporara a las filas de los hombres de acción; puede no haber escuchado sus propias palabras, "La inacción es cobardía", pero conocía de memoria las lecciones que se hallaban implícitas en el mensaje de Emerson. Pertenecía al ejército de trabajadores y realizadores; era uno como ellos en el torbellino de la vida — o, al menos, creía serlo. Por lo tanto, no es sorprendente que, cuando hizo sus primeras tentativas en la literatura de ficción, se empeñase en demostrar al lector que no se trataba de productos de su fantasía, sino, como los clasificó escrupulosamente, "de hechos".

Realidad o ficción, "Muerte en el Aula" era un cuento de escasos méritos desde cualquier punto de vista, exceptuando el de su intención.

¿Qué lector con alguna imaginación podría haber considerado la desgracia del pequeño Tim Barker en manos del cruel maestro sino como un hecho de los más sórdidos? ¿Quién podría tener la más mínima duda de que la torpe narración del muchacho hambriento, muerto de frío, seguía los caminos sin inventiva de la realidad? ¿Qué simple de espíritu habría confundido su desmañada torpeza con el arte, aun cuando la frase final estuviese calculada para impresionar con la fuerza de un Poe — "La muerte se encontraba en el aula, y Lugare había estado azotando a un CADAVER"? Las mayúsculas sólo servían para acentuar la falta de confianza del autor en su eficacia. Pero había inculcado su cuestión moral: la falta de comprensión donde más falta hacía.

Era evidente que Walt parodiaba al diligente mono, y con todo, sin habilidad. De todos los modelos imposibles eligió a Poe, el puro artista que, sin preocuparse por la ética, escribió tan sólo por amor al cuento. "Bervance", que apareció

en el número de diciembre de la *Democratic Review* reveló la fuerza de su influencia en el tema de la locura, que Walt decidió tratar. La parodia más notable, tanto en estilo como en contenido, pudo verse en la alegoría poética "El Ángel de Lágrimas". Era Poe con una moral, una moral, no obstante, típicamente whitmaniana, una moral que acaso dió expresión por primera vez a la tolerancia que constituye una de las glorias de "Hojas de Hierba". La fórmula llegó vacilantemente, en el balbuceo de Moisés antes de que su lengua conociera la liberación de la brasa divina; el espíritu, sin embargo, había comunicado su aliento al alma de Walt: "Oh, no está bien contemplar fría y despiadadamente el mal hecho por nuestros semejantes. Aquel condenado —aquel ser de la mano ensangrentada—, ¿quién podía conocer las excusas que tendría para su delito? ¿Quién podría afirmar que no existía alguna seducción prematura que lo apartara de los caminos de la honradez — y ninguna semilla del mal plantada por otros en su alma, durante sus primeros años? ¿Quién afirmaría que no fué criado de tal manera que, de haber poseído al llegar a la madurez algo más que su propensión al mal, hubiese sido, en verdad, milagroso? ¿Quién se atrevería a arrojar la primera piedra?" Hablaba como alguien cuyo mensaje se hubiese atrancado en la garganta, pero sabía que poseía el poder y la voz que algún día resonaría diciendo:

"Soy aquel que afirma la simpatía...
No soy solamente el poeta de la bondad, no rehuso ser también el poeta de la maldad...
A través de mí muchas voces calladas,
Voces de las interminables generaciones de prisioneros y esclavos,
Voces de los enfermos y desesperados, y de ladrones y enanos...
A través de mí voces prohibidas..."

¡Pero qué débil el silbido de su prosa!

Continuó publicando, sin embargo, bosquejos y cuentos

en la hospitalaria *Democratic Review*, tales como "La Tumba Florece", y "Una Leyenda de Vida y Amor". Walt Whitman, o más bien W. W. como firmaba con extraordinaria modestia, comenzó a hacerse conocer a los lectores de otros periódicos contemporáneos, como *Brother Jonathan*, *The Columbian Magazine*, *The American Review*, y más tarde el *Broadway Journal*. Impasiblemente continuó cortando sus rebanadas de vida y enmantecándolas generosamente con sermones edificantes. Además de imitar a Poe, halagó con su imitación a Hawthorne y a Dickens, que llegó en su primera visita a América en 1842. Ningún crítico que tuviese un destello de previsión podría haber anticipado otra carrera que no fuese la de cochero, a juzgar por la mediocridad de Walt; empero, dentro de poco, una breve novela suya iba a ser anunciada como la obra de "uno de los mejores novelistas de este país".

Capítulo VII

FRANKLIN EVANS

Desde el día en que seis bebedores regenerados, después de un sermón diabólico acerca de los horrores de la bebida, fundaron en Baltimore su "Sociedad Washington de Temperancia", cada departamento de los Estados Unidos se vió inundado por un diluvio de folletos y lágrimas de arrepentimiento. El nombre de la sociedad tal vez haya provocado una sonrisa entre los enterados, porque el Padre del país nunca se ocupó en establecer reglas para la abstinencia. Fué un rasgo patriótico por parte de los reformadores de la temperancia, que deseaban respaldar su empresa con la bandera americana. Al principio se había sugerido el nombre de Jefferson, pero triunfó el de Washington. Los Washingtonianos estaban contentos, no habiendo visto jamás ninguno de los contratos celebrados entre Washington y sus sirvientes, en una era menos avanzada, cuando se consideraba la bebida como una necesidad. ¿Qué hubieran dicho con respecto al documento en el cual Washington se comprometía a proporcionar a su jardinero "un traje decente, digno de un hombre en su situación; que consistiría de un saco, chaleco y "breeches", y también "cuatro dólares para Navidad, con los cuales podrá embriagarse cuatro días y cuatro noches; dos dólares para Pascuas para el mismo fin; dos dólares en la Pascual de Pentecostés para ser bebidos en dos días; — un trago de aguardiente por la mañana y un "grog" a la hora de comer"?

Afortunadamente para su celo de misioneros, los señores Hawkins, Pollard, Shaw y Casey, que predicaban por la causa, nunca vieron una prueba tan concluyente del criterio anti-abstemio de Washington, aunque hasta en ella habrían podido encontrar material para sus exhortaciones en iglesias y tabernas, en las plazas y en los antros viciosos. Los beodos y proscriptos de la peor laya se reformaron, sin embargo, plegándose al movimiento, predicando a su vez, mientras sus mujeres, madres y hermanas, para no ser menos, cantaban a la entrada de las tabernas, como las damas elegantes de Boston y las matronas de la sociedad neoyorquina. Podrían fracasar, tal vez, tales súplicas armoniosas, en su empeño de reducir a los recalcitrantes, pero éstos, incitados por la música, doncella celestial, tanto como por la fuerza del alcohol, sintieron, a menudo, en su aguardiente, el gusto salado de las lágrimas. Exceptuando estas almas perdidas, los misioneros de la abstinencia convirtieron a millares, codeándose los regenerados en su avidez por figurar entre los primeros que firmaran el convenio. Manifestaciones, procesiones con banderas, bandas de música, y "ejércitos de agua fría" compuestos de niños llenaron la tierra con "la fiesta de la razón y el fluir del alma".

En 1842, en lo más agudo de la campaña en pro de la temperancia, nada menos que Park Benjamin y su asociado James Aldrich se dirigieron a Walt Whitman para que escribiera una novela corta dedicada a esa benemérita causa. Walt, cuyo portamonedas se hallaba aquejado de una pobreza crónica, los escuchó de buena gana. Benjamin y Aldrich eran dueños del *New World*, un diario barato, familiar, que aparecía cada sábado para ilustración de los ciudadanos. De vez en cuando, como carnada adicional para su circulación, el *New World* publicaba novelas cortas o artículos especiales, en forma de folleto, que vendía a un precio nominal. La lista de los suscriptores era una prueba evidente de que llegaba al pueblo más que cualquier otro periódico de su clase.

Su tarifa módica lo ponía al alcance de los bolsillos más pobres.

La oferta del señor Benjamin era tentadora. Pagaría por el cuento setenta y cinco dólares al contado, y cincuenta más si se vendía bien. Walt tomó en consideración la propuesta, pero no por mucho tiempo. Necesitaba el dinero. Más que eso, anhelaba llegar a la mayor cantidad de público posible. Dickens, cuyos esbozos leía con avidez apenas llegaban a la prensa americana, lo había impresionado desde el comienzo como un escritor verdaderamente democrático esforzado en hacerse comprender por el más bajo denominador común — seres humanos también, aunque las distinciones sociales pudieran colocar a otros encima de ellos. Ambicionaba parecerse a Dickens. Trataría de divertir e ilustrar al mismo tiempo —pues nunca pudo separar la función del artista de la del reformador— y se esforzaría por atraer a las masas. ¿Qué mejor manera para lograr tal masa de bienintencionados propósitos que escribir para ellos la novela de la temperancia, un asunto digno de Dickens? Walt cerró trato con el señor Benjamin y se puso a trabajar.

Tres días, y la ayuda de "una botella de oporto y algo más", le permitieron producir la odisea de "Franklin Evans, o El Borracho". Trabajó ardientemente en ella, en un doble sentido, aunque (para aprovechar su retruécano) absorbió más ardor del que brindaba al escribir su obra hasta entonces más extensa. ¿Qué ocurrió en el curso de su trabajo para reducir la aspiración dickensiana a un bajo nivel de periodismo sensacional, y su fervor por la reforma a "podredumbre, podredumbre, de la peor especie"? Es evidente que no tuvo tal opinión de su obra después de terminarla, puesto que la entregó a Park Benjamin para que la publicase de acuerdo a lo establecido, y la imprimió de nuevo, levemente modificada, cuatro años más tarde. Más aun, ni siquiera se ruborizó cuando el *New World* vociferó en un anuncio que apareció el sábado 5 de noviembre de 1842:

Amigos de la Temperancia, ¡ah!

FRANKLIN EVANS
o
EL BORRACHO

Un cuento de estos tiempos — por un popular autor americano.

¿Se había destacado tanto Walt con su "Muerte en el Aula" para ser señalado, en justicia, como un popular autor americano, o permitía que lo cubrieran con el oropel de la popularidad para arrojar un anzuelo al público lector en una buena causa? Comparado con los ganapanes favoritos de las revistas baratas, W. W. o Walt Whitman era, por cierto, desconocido. ¿Dónde quedaba, en cambio, cuando lo colocaban junto a Dana, Poe o al ya no anónimo Hawthorne?

La nota que acompañaba al anuncio disfrazaba la decepción, si bien aumentaba el fraude. "Franklin Evans —explicaba— fué escrito expresamente para el *New World* por uno de los mejores novelistas de este país, con el propósito de ayudar a la obra de la Reforma, y salvar a los jóvenes del demonio de los peligros del alcohol..." Todo se acepta en el amor y en la lucha por la Reforma. ¿Qué mal podría hacer entonces el elogiarse un poco en una lucha tan meritoria?

Mucho tiempo después, cuando Walt recordó su novela corta desde la cumbre de su verdadera personalidad, la consideró indigna de él, y se enfadaba si alguien aludía a ella en alguna conversación. Pero el joven autor, que escribiera un prefacio para la obra terminada, la consideró menos severamente. Para él constituía una pedrada bien dirigida al Goliat de la bebida; él era un David que hacía frente al enemigo como nunca se había hecho hasta entonces. Más importante aun, él se empeñaba en aquella contienda por el pueblo. Deseaba recalcar ese punto.

"Está escrita para las masas —agregaba—; aunque, como

espera el autor, no sin algún derecho a la aprobación de los más exigentes; y, no menos importante, el hecho de que sea un "pioneer" en esta rama de la literatura. Todas estas razones darán a "El Borracho", estoy seguro, un auspicio mucho mayor que el común. ¿Hay algo más inapreciable para la juventud? Enseña la sobriedad... Lucha contra la intemperancia... Mi libro no está escrito para los críticos, sino para EL PUEBLO."

¡Qué muestra de la técnica de Whitman para la conquista de su público! No era para el frío intelectual para quien escribía, sino —como proclamaba con letras mayúsculas— para EL PUEBLO. Si los exigentes aprobaban, bienvenidos fueran; no prescindía de nadie. Consideraba su libro como una empresa original (¡cuántas veces iba a insistir sobre esta originalidad en sus trabajos posteriores!) y, por lo tanto, digna de apoyo. Con una ignorancia estupenda relegó al olvido *My Mother's Gold Ring* de Lucius Manlius Sargent, que por aquella época había alcanzado la categoría de un clásico en la literatura de la intemperancia, y arrojó al canasto los escritos de hombres como Pierpont, Woodward, Chaning y otros que se estaban imponiendo en la opinión pública. A Walt le producía placer considerarse un precursor en cada empresa. En esta idea de sí mismo no entraba ni la auto-decepción ni la arrogancia. Quería que fuese así, y por lo tanto así era. Recibió impulso de la creencia de que él era el primero en asentar el pie sobre la pala para remover la tierra nueva.

De las innumerables producciones recargadas de prédicas morales que cayeron sobre la cabeza de esa década empecatada, pocas podrían haber causado tanto estupor como "el pionner en esta rama de la literatura" de Walt. Aceptó, sin pestañear, su función de reformador. No siendo un humorista, no permitió que la más leve luciérnaga revoloteara a través del lúgubre pantano de "El Borracho". *Franklin Evans* tenía un camino que hacer, y lo recorrió sin desviación alguna hasta la moraleja final y aplastante. El ebrio, reformado

ahora y, por lo tanto, impulsado a contar su historia, la relata como si fuese una serie de experiencias, bien sazonadas con súplicas exhortatorias. "¡Lector! —exclama después de haber perdido la gracia de Dios—, tal vez me desprecies. De estar contigo en este momento, tal vez viera el torcido labio del escarnio, la mirada de profundo desprecio. Espera, ¡oh austero venerador del deber, y ten piedad de la debilidad de un semejante!" Con las redundancias de una letanía, el labio despreciativo del "austero venerador" es amonestado para que no se frunza mientras "El Borracho" persiste con aterradora terquedad en sus hábitos relajados.

El juego dickensiano de contrastes trabaja a toda máquina en la narración: el adinerado criminal se harta en el banquete; el desventurado ladrón de un pan muere condenado a trabajos forzados. La infancia inocente pide limosna para su padre bebedor; la experiencia culpable inicia a los simples en sus propias prácticas perversas. Walt creyó, sin duda, que escribía un documento social. Confió demasiado, sin embargo, en su noción de lo que constituían las realidades sociales y demasiado poco en la verdadera experiencia. Pero entonces, según declaraba, no escribía para los críticos.

Mientras batallaba por una reforma Walt no veía daño alguno en atacar otra mediante el recurso de llevar a *Franklin Evans* al Sur. La cuestión de la esclavitud, lejos de llegar a una solución, se erizaba de problemas cada día más graves. El tiempo, en lugar de disminuir, ensanchaba la brecha entre los partidos opuestos y amenazaba la seguridad de la Unión. En 1840 se había reunido en Albany la primera convención nacional contra la esclavitud; sólo consiguió sacar a luz las irreconciliables diferencias entre el Norte y el Sur.

Walt, el frecuentador de conferencias y sociedades de polémicas, se había saturado de opiniones y prejuicios, ninguno de los cuales merecía el nombre de convicciones. Escuchó los pros y los contras, y se sintió agitado por la seriedad del conflicto, pero aun no formulaba su ética personal sobre el

asunto. Tanto su bisabuelo como su abuelo, según le constaba, habían poseído esclavos. También recordaba a un amigo de su infancia, Old Mose, el manumiso negro que siempre le pareció "muy afable, correcto, viril y lindo", atributos que, dado el énfasis que les confería, delataban una latente condescendencia hacia la raza "inferior".

No es que Walt hubiera aceptado dócilmente tal acusación. A pesar de ello, en casi cuanto escribió en prosa sobre el negro puede encontrarse una involuntaria admisión de sus sentimientos acerca de la raza. "El Sur tenía razón técnicamente, pero estaba mal, humanitariamente", así resumió su punto de vista sobre el problema que desangraba al país. Tan sólo en el poema en que habló el profeta, dejó Whitman traslucir al afanoso continuador de la ortodoxia que a veces podía ser. "¡Pobres infelices!" — exclamó en cierta ocasión, mucho tiempo después de haber sido emprendida y ganada la guerra, que admitió la igualdad de los negros entre seres humanos. "Son invariablemente —invariablemente, casi sin excepción— una raza supersticiosa, ignorante y rapaz". Y esto después de haber anunciado un mundo más perfecto en sus versos:

"Cantaré el canto del compañerismo...
Escribiré el poema-evangelio de camaradas y del amor,
¿Pues quién si no yo podría comprender el amor con todas sus penas y alegrías?
¿Y quién si no yo podrá ser el poeta de los camaradas?

Soy el hombre crédulo de cualidades, edades, razas,
Me adelanto al pueblo en su propio espíritu,
Esto es lo que canta la fe sin restricciones."

Muy pronto se afirmaron en su carrera las dos distintas personalidades de Walt: el cauteloso continuador del camino ya hollado y el poeta libérrimo a quien ninguna altura parecía inaccesible. En sus escritos más triviales aparecía la di-

cotomía, pero en ninguna parte tan claramente, tal vez, como en su manera de tratar, en *Franklin Evans*, el asunto de la esclavitud. Walt nunca había estado en el Sur, cuando escribió su novela corta, pero había conocido algunos sureños y había leído algo sobre sus instituciones. El humanitario que había en él percibía, según admitió más de una vez, los males de la esclavitud; empero, cuando llegó a escribir al respecto, surgió como el apologista del dueño de esclavos. En realidad, al capataz francés de la plantación en *Franklin Evans* se le hace juzgar como mucho más afortunado al esclavo negro que al peón europeo. "Vió, es cierto, un gran número de hombres y mujeres en cautiverio; pero no podía ocultársele de que serían mucho más desgraciados si gozasen de libertad."

Un hecho singular es que, en medio de su no-convincente apología, Walt introduce una notable descripción de una muchacha criolla esclava, el retrato más completo y satisfactorio de mujer que hasta entonces había realizado. Más de una vez había descrito jóvenes y muchachos, como en "*The Last of the Sacred Army*" donde habla de los "muchachos, hermosas criaturas que avanzan esforzadamente", y en "*A Legend of Life and Love*" donde retrata a uno de dos hermanos: "Era un hermoso joven. Los cabellos lustrosos se amontonaban sobre su cabeza y sus mejillas estaban bronceadas por el sol y el aire. Aunque los ojos de Nathan eran tiernos y límpidos, como los de una muchacha, y sus mejillas se curvaban voluptuosamente, el ejercicio y el trabajo habían desarrollado sus piernas hasta conferirles proporciones nobles y varoniles."

El retrato de la Margarita criolla competía con la rapsodia sobre Nathan y sobrepasaba en hechizos al rival blanco que Walt le oponía. Ese tipo de mujer lo atraía. "Presentaba ese aspecto sabroso y fascinante que se encuentra a menudo en el Sur, al cual un leve matiz de color intenso, ojos grandes, dulcemente voluptuosos, y labios perfectamente dibujados, hacen resaltar una forma de perfectas proporciones — y todo ello combinado con una piel lo suficientemente alejada del blan-

co puro para que el espectador no sepa si contempla a una morena o a una por cuyas venas corre realmente un tinte de sangre africana . . . "

¿Acaso vió Walt el duplicado de *Margaret* en una de esas "musicales casas de bebida" que describió con tantos detalles en su novela, o fué ella una de las innumerables mujeres cuya belleza admiró subrepticiamente en las calles de Nueva York? A pesar de la timidez que indujo a Walt, el autor, a subrayar el color casi blanco de su cutis, se explayó demasiado amorosamente sobre los encantos de *Margaret* para que la descripción resultase enteramente objetiva. Se habría sentido atraído él, como *Franklin Evans*, por una de sus oscuras hermanas y —con mayor éxito que su protagonista— se habría resistido a la tentación con el argumento liberal de "Pero ella no era de mi raza . . . ¿Qué tenía yo que ver con alguien como ella?"

Sus palabras no carecían de significado, al menos en cuanto al tipo de mujer que podía emocionarlo. Si sucumbió a parecida hechicera de carne y hueso no permitió que nadie se enterara de ello. Walt era tan reservado, tan cauteloso en el asunto de mujeres, que su hermano George no sólo lo absolvió de cualquier asunto sentimental, como si hubiese sido una cosa anormal, sino que también lo defendió contra cualquier sospecha sobre los encuentros fugaces en la calle. "En cuanto a las disipaciones y las mujeres, sé perfectamente que sus faldones estaban limpios. Nunca oí la menor cosa sobre sus asuntos con mujeres. Cualquier acusación de que haya llevado una vida desordenada carece de fundamento". Para probar la pureza de costumbres de Walt recurrió a incontestables fuentes: "Todos aquellos compañeros que intimaron con Walt, de noche, en cualquier sitio, y en cualquier momento, le dirán la misma cosa". Walt erigió el edificio de su virilidad, y George lo echó abajo. Torpemente, como si fuese por accidente, George se aproximó más que nadie, sin embargo, a la llave del misterio de Walt.

Franklin Evans salió del establecimiento del señor Benja-

min a su debido tiempo para penetrar en las viviendas de las masas americanas. Recibió una acogida inusitadamente amistosa. La novela se vendió tan bien que Walt recibió los cincuenta dólares adicionales que habían cerrado el trato. Alentado por su éxito, continuó escribiendo, tanto en prosa como en verso, y cuando el impulso flaqueaba, no tenía escrúpulos en desenterrar algún brote del pasado, para podarlo y plantarlo en otra tierra. Y así, en marzo de 1843, mientras todavía resonaba en su bolsillo el dinero que le produjo *Franklin Evans*, gimió en *Brother Jonathan*, con las mismas palabras empleadas hacía mucho tiempo en el *Long Island Democrat*, que "no era en un suntuoso salón de orgullo" donde deseaba morir.

Cada trozo de los escritos que se había dado hasta entonces provenía de la superficie de su mente como una reflexión emanada de su lustre exterior y no del metal verdadero. Mientras tanto, sin forma aún, pero viviente, el libro que había soñado continuaba creciendo en silencio, más allá de su conciencia. Sólo Walt conocía sus imperceptibles movimientos. Años antes de escribir su advertencia a sí mismo, había sido bastante sensato para "mantener el secreto — mantenerlo estrictamente".

Capítulo VIII

ISRAFEL Y EL NUEVO ADÁN

Hasta 1845 Walt continuó su vida errante, manteniendo la olla, entretanto, con los ingresos que le proporcionaban empleos casuales como compositor y, en ocasiones, editor de la efímera prensa de la época. Para la opinión general apenas había comenzado a formarse una situación tratándose de un hombre de sus años, hecho que se hubiese grabado en una persona de espíritu más materialista que el defensor del ocio que acababa de obtener un empleo, en el *Star* de Brooklyn, por el munífico sueldo de cuatro o cinco dólares por semana. Es cierto que no contribuyó mucho a la edición de un diario al que despreciaba, por su falta de médula, como órgano político. Pero el mismo le brindó una oportunidad de ventilar sus opiniones respecto al bienestar de la nación. El patriotismo, en Walt, no se limitaba a entonar vigorosamente el "*Star Spangled Banner*". Comenzaba donde terminaba la labia del ciudadano común, y se convertía en seguida en una religión y una pasión. Lo que concernía a los Estados Unidos y a cada ser humano que mereciese el nombre de americano, le concernía también a él, y aunque en sus expresiones públicas coloreaba los asuntos generales con los tintes de su partido, en cuestiones más específicas hablaba por cuenta propia.

Una vez repuesta Louisa de su larga dolencia, los Whitman abandonaron nuevamente *Long Island* para regresar a Brooklyn. La familia necesitaba una casa grande. El primogénito,

Jesse, era un hombre de veintisiete años; el hijo menor, Eddie, un niño de diez años. Cumpliendo con su deber, Walt fué a vivir a su hogar, para contribuir al mantenimiento común con una buena tajada de lo poco que percibía.

Todos trabajaban en ese clan labioroso — todos menos Walt, pensaba George, quien tenía su opinión formada sobre la literatura y otros ocios semejantes. Walter Whitman, a los cincuenta y seis años, era capaz de mostrar a cualquiera lo que significaba el verdadero trabajo. Por su aspecto era un hombre viejo. Sus cabellos, que formaban una masa enredada sobre la frente, habíanse vuelto grises; el penacho de sus patillas era blanco. Los ojos poseían ese mirar escrutador de la ancianidad combinado con una osada franqueza; la boca firme aparecía circundada de arrugas, debido a su antigua costumbre de mantenerla cerrada para el hablar innecesario. No creía en la plática. Le parecía más útil emplear las manos y producir cosas con las cuales se pudiese trabajar, casas donde guarecerse, herramientas para las faenas. Muy temprano, no bien amanecía, se marchaba al trabajo con su portaviandas que Louisa o una de las muchachas le preparaba. Cuando regresaba, ya era de noche. Por el momento no trabajaba para sí mismo, pero pronto volvería a construir casas y a venderlas a medida que la ciudad se extendiese. No había edad para el trabajador. Trabajó mientras pudo usar sus manos y le quedaban fuerzas para hacerlo. Era trabajo saludable, al aire libre, y no se avergonzaba de él. Walter Whitman, en su traje listado de carpintero, con su cajón de herramientas, formaba parte de ese ejército de trabajadores que comenzaba a darse cuenta de su fuerza. No en vano había leído los artículos en el *Free Enquirer* de Frances Wright y escuchado sus conferencias, en las cuales hablaba de la naturaleza e historia de la civilización y las esperanzas que ofrecía el futuro para los mecánicos y los obreros. Tal vez haya leído su admirable librito, *A Few Days in Athens* que enseñaba, de una manera sana, cómo la gente podía sacar de la vida el mayor partido

posible. Tal vez la filosofía fuese demasiado profunda para quien no poseía instrucción, pero Walt, su hijo, lo leyó e hizo que otros lo leyeran hasta el fin de sus días.

De las muchachas, una había ocupado el puesto de Walt dando clases en un pequeño pueblo de Long Island. Jesse trabajaba, y también George y Andrew. Jeff, que contaba doce años, iba a la escuela y aprendía el violín. A Walt le entretenía escucharlo desde su pieza, donde dormía hasta tarde cuando no lo necesitaban en el diario. El pequeño Eddie, demasiado simple para ir a la escuela, se quedaba al lado de Louisa y la ayudaba en las tareas fáciles. Por la mañana molía el café para el desayuno. Era un niño afable, inocente. Walt, cuyo sentimiento más profundo de familia se hallaba depositado en un solo miembro de la misma, hizo sitio también para Eddie, que constituía la principal preocupación de su madre. Simpatizaba también con Jeff, por la asidua admiración del niño hacia su hermano mayor.

De regreso en su casa, Walt no observaba más orden del que había denotado anteriormente. Bajaba a tomar el desayuno cuando se le antojaba. Hacía caso omiso de los relojes. Empleaba su día sin sistema, realizando un trabajo cuando era necesario hacerlo, pero en caso contrario se aferraba al vuelo de las horas, dejándose llevar. Era inútil decirle qué hacer o cuándo hacerlo. Con una extraña deliberación dejaba que cualquiera lo aconsejara y luego procedía a su gusto. "Se negaba a hacer algo, a no ser que se tratase de algo que se le había ocurrido a él", dijo George. En la familia se había desarrollado, sin embargo, un raro respeto por Walt, ese hijo y hermano que, con su mentón barbudo y su ropa elegante, se las arreglaba para que todos lo estimaran. "Era como nosotros — pero también era distinto a nosotros". Se dirigían a él para conocer su opinión, y George comprobó con pavoroso asombro que hasta los desconocidos parecían descubrir en Walt algo fuera de lo común. De manera que todos creyeron más conveniente dejar que siguiese sus propias inclinaciones,

esperando que esto lo condujera a un empleo seguro y bien remunerado al final de cada semana. No valoraban la satisfacción de ver su nombre en letras de imprenta, la emoción al pensar que los lectores, absolutamente desconocidos, leían sus palabras, algunos de ellos con comprensión, quizás con simpatía.

Escribía, más que nunca, con un propósito. No había estado mal el imitar lo literario mediante alegorías y relatos poéticos. Pero aquello no era para él. *Franklin Evans*, con todas sus fallas graves, había logrado sintentizar su propósito más que cualquier otro de sus escritos. Traía un mensaje, y, bien o mal, lo había transmitido. De los miles que lo leyeron, muchos pensaron que se dirigía a ellos. Pero existía —debía existir— un modo más directo de comunicarse con las masas. Aún ignoraba cuál podría ser. Por el momento les hablaría directamente sin preocupación artística alguna. Lo hizo con artículos en los cuales emitía sus reacciones frente a los acontecimientos nacionales —como en la disputa con Inglaterra sobre los límites de Oregón— y en versos muy fervorosos que surgían de la misma fuente. Entre unos y otros tal vez encontrase el camino para llegar al pueblo.

Comenzó a buscar, mientras tanto, otros cauces para sus escritos. Estaba el *Broadway Journal*, editado por Poe, en Nueva York. ¿Por qué no probarlo con un ensayo sobre algo contemporáneo? Entre Poe y él existía un abismo; pero en ciertas cosas, por extraordinario que fuese, se hallaban de acuerdo.

Durante meses Poe había librado una batalla contra la escuela de Nueva Inglaterra reconcentrando sus ataques sobre Longfellow y los Trascendentalistas. La disputa había adquirido tal notoriedad durante el breve año de existencia del *Broadway Journal*, que la "Guerra Longfellow" descollaba como un tema de primera plana junto al conflicto con Inglaterra, mientras los diarios competían entre sí para ser los primeros en acoger y reproducir los artículos incitantes de Poe. Considerando su intenso nacionalismo, Whitman no podía menos que estar de acuerdo con Poe. La escuela de *New*

England no representaba a América. Volvía la mirada demasiado anhelosamente hacia Europa para inspirarse en ella, a pesar del clamor de Emerson hacia el presente y hacia América, a pesar, también, de la advertencia de Margaret Fuller de que los libros que inspiraban los pensamientos y la vida de Europa no podrían formar la literatura del Nuevo Mundo. El renacimiento Trascendental, a tiempo que despertaba los intelectos de Nueva Inglaterra hacia valores más profundos, los había subordinado a sus maestros extranjeros. Una parte demasiado extensa de su obra surgía de libros; muy poco de la vida intensa, fuerte, expansiva en torno de ellos.

Walt alzó su voz en el pequeño coro de *conformistas* de América en un ensayo al que llamó "*Art Singing and Heart Singing*" ("Arte y Corazón de la Música"), instigado por un recital del cuarteto Cheney que escuchó en el jardín de Niblo, poco después de su primera aparición en Nueva York, en octubre de 1845. Los cantantes, tres jóvenes y una muchacha, hijos de un predicador de *New Hampshire*, llamado Simeon Pease Cheney —que daba clases de canto en los distritos del interior— lo habían impresionado profundamente. Como todo Nueva York, Walt gozó de las canciones nativas de la compañía de *New Hampshire*, pero, a diferencia de los muchos que los escucharon, percibió en las mismas una nota para la América entera. Escribió su artículo y lo sometió a Poe, quien lo publicó en uno de los últimos números del *Broadway Journay* con el siguiente comentario: "El autor desea que manifestemos, de parte suya, que no pretende poseer ningún conocimiento científico de la música. Desea establecer simplemente, que sabe apreciar en ella (un aspecto tristemente olvidado hoy en día) cómo influye, en el lenguaje de los diáconos, "sobre el corazón sencillo del hombre". Es casi innecesario agregar que estamos de acuerdo en todo con nuestro corresponsal". ¡Oh maravillosa armonía entre el poeta de "El Cuervo" y el futuro poeta de "Hojas de Hierba", de Israfel y el nuevo Adán!

En su artículo, Walt fué directamente al grano. "¡Grande es el poder de la música sobre un pueblo!" —exclamó—. "En cuanto a América, hemos seguido obediente e infantilmente la huella del Viejo Mundo. Hemos recibido sus tenores y sus bufones; sus compañías de ópera y sus cantantes, de todos los grados y categorías; hemos escuchado y aplaudido los cantos para un estado de sociedad diferente — compuestos, tal vez, por un genio real, pero compuestos asimismo para oídos de la realeza; y ya es hora de que cesemos de escuchar y recibir. El espíritu más sutil de una nación se expresa a través de su música — y la música actúa recíprocamente sobre el alma misma de la nación..." Era hora de que cesase la dependencia, hora de que "todos los grados y categorías" cedieran el sitio a los americanos, hora de que la música escrita para deleitar a los oídos de la realeza fuese compuesta para alcanzar al alma de la democracia.

El artículo estaba excepcionalmente bien escrito. ¿El lápiz editorial de Poe habría cortado los excesos, o podado la exuberancia de Walt? A pesar del estilo restringido, el entusiasmo de Walt se abría paso, desbordando en una asombrosa visión de una América cantante que avanzaba a campo traviesa en una procesión de jóvenes del tipo de los Cheney, "muchachos de rostros tostados, de hombros robustos; la muchacha extraordinariamente simple, hasta desgarbada en sus modales", hombres y mujeres jóvenes —el presente y el futuro de América— entonando las canciones nativas. "Para nuestro gusto, hay algo refrescante en todo esto", declaró, acerca de la incorrupta simplicidad nativa. "Estamos absolutamente asqueados del acharolado, ensortijado estilo "*japonicadom*". Allá, en el jardín de Niblo, en aquellos jóvenes cantantes de rostros tostados había vislumbrado a la América genuina, libre de los artificios de una Europa deteriorada. ¡Qué hermosa es su naturalidad! ¡Qué llena de promesas para una grandeza autóctona! ¡Y qué grandeza, de llegar a realizarse la genuina potencialidad de América!

Miró en torno suyo, sin embargo, y vió diseminada la tiranía de una cultura decadente, desde el estilo "ajaponesado" de la vestimenta, que le repugnaba, hasta las atrocidades arquitectónicas construídas por millonarios americanos empeñados en imitar a los castillos góticos, las villas italianas y los palacios orientales de Europa. Hasta la Municipalidad había perdido la cabeza por la soflama extranjera cuando instaló en las afueras de la ciudad [1] su depósito de agua de estilo egipcio. La ciudad había crecido considerablemente desde 1840 cuando la estructura sólida, cuadrada, lanzaba al cielo su techo almenado. Las ovejas pastaban apaciblemente, no obstante, en torno al asilo para ciegos cerca de Thirty-Third Street, y de vez en cuando una vaca saltaba por encima del cerco del apacentadero para hollar los canteros de la más nueva villa de millonario en la Fifth Avenue. En el año 30 aún se encaramaban algunas granjas en los bordes rocosos, pero a poca distancia de un grupo de abrojos florecía el salón literario en cuyo interior adamascado, entre muebles dorados, tomaban asiento las damas ataviadas a lo Godey, ocupando cada una tres yardas con los vuelos de sus faldas. Aún no había llegado la época de la emancipación para la señora Amelia J. Bloomer de *Seneca Falls* y su amiga Elizabeth Cady Stanton, que bien pronto habrían de provocar una revolución en la moda femenina y en los derechos de la mujer. Subordinamiento y revolución — ambos existían en la ciudad, que ya contaba con cerca de medio millón de almas.

Walt se inclinaba totalmente del lado de la revolución. Por más que fuese adicto a Tammany, y viese a veces apenas más allá de los límites del partido, respondió tan ávidamente al optimismo político y social de la época que, a semejanza de los políticos de tambor batiente de Washington, no dudaba de que el destino de América se hallaba limitado únicamente por el mundo. El progreso, santo y seña, resonaba en la at-

[1] En el local de la "New York Public Library" en *42nd Street* y *Fifth Avenue*.

mósfera. ¡Qué falsedad por parte de Walt de no haberlo adoptado, entonándolo a su manera!

Poco tiempo después de la publicación de su ensayo, a fines de noviembre de 1845, Walt visitó a Poe en su oficina del *Broadway Journal* en el vecindario de Duane y Pearl Street. A Poe le gustó el artículo; y hasta se tomó la molestia de afirmar que estaba de acuerdo con su autor. Walt, por lo tanto, no encontró ningún inconveniente en buscar una promoción para sí mismo mediante una entrevista con el editor. ¿Cuáles serían sus sentimientos al encontrarse, él, el periodista desconocido, frente a frente con el poeta más famoso de la época? ¿Y cómo reaccionó el Poe delgado, cabezón, de rostro seráfico, ante el joven bien parecido y barbudo cuya figura llenaba el vano de la puerta? Walt anotó que Poe fué muy cordial con él, de un modo tranquilo, y que presentaba un buen aspecto, tanto en su persona como en su indumentaria. Lo encontró "muy bondadoso y humano, pero suavizado, tal vez un poco acosado".

Cuando los dos grandes poetas de América se encontraron por primera y última vez, Poe en realidad aún se tambaleaba bajo la fama repentina que obtuviera la publicación de "El Cuervo" en el *Mirror* de Nueva York, el 8 de febrero de 1845. Había trabajado en el poema durante cuatro años. Lo había llevado consigo desde la oficina a la taberna, leyéndolo a quien quisiera escucharlo. Había trabajado en él hasta altas horas de la noche, mientras la señora Clemm, su suegra, permanecía sentada silenciosamente cerca de él, levantándose de vez en cuando para echar un vistazo al dormitorio donde dormía Virginia, o para dirigirse a la cocina a fin de prepararle a Poe otra taza del café negro con que acosaba sus nervios ya sobreexcitados.

A la edad de treinta y seis años, Poe era un hombre consumido. Agobiado por la pobreza, descubrió que la popularidad no le brindaba alivio alguno. Los millones que recitaban "*Once upon a midnight dreary, while I pondered, weak and*

weary..." [1]; que escuchaban los comentarios acerca de sus excesos y de sus disipaciones, nada sabían de su vida mísera de pensión en pensión en la desnuda casucha en *Bloomingdale Village*, dos millas al norte del depósito, para que Virginia, a quien la tisis consumía lentamente, pudiera, al menos, tener aire. Sólo sabían que el autor de los cuentos fantásticos, el perpetrador del engaño del globo, era un borracho informal, indigno de confianza, irritable, incapaz de conservar un puesto o un amigo.

Durante el año anterior, sin embargo, había sido mimado como el "león" de la temporada por los "literati", y en especial por las poetisas de Nueva York, no solamente debido al furor de su poema, sino también porque podía darles una bocanada amistosa en el *Broadway Journal*. Se sentían también románticamente conmovidas, al pensar en su hermosa mujer tísica —"la perdida Eleonora"— cuya muerte había previsto en "El Cuervo". De buena gana hubiesen ocupado en la tierra, como inspiración suya, el lugar de Virginia.

Durante algunas noches de invierno podía verse a Poe en la casa de alguna componente de la "estrellada hermandad", especialmente en el salón de *Wavery Place* de Anna C. Lynch, quien practicaba el modo de hablar francés y la moda griega de apoyar su esbelta altura contra la repisa de la chimenea como si éste fuese el dintel de algún templo antiguo. Concurrían a las reuniones la señora Elizabeth Oakes Smith, la etérea poetisa señora Fanny Osgood, Ann Stephens y, resplandeciente, con una blanca luz ártica, Margaret Fuller, la estrella de Boston, quien había condescendido en abandonar su órbita para escribir críticas literarias para el *Tribune* de Greeley. Aquí también venían "astros" del mejor "pedigree": el austero Bryant que había iniciado su carrera poética con un poema sobre la muerte; Fitz-Greene Halleck, el formidable doctor Rufus Wilmot Griswold, y Bayard Taylor. Era Poe,

[1] "Una triste medianoche, cuando en crueles reflexiones..." Primer verso de *El Cuervo*. — (*N. del T.*)

sin embargo, con sus ojos melancólicos y su extraña aureola trágica, quien causaba el revoloteo más vertiginoso en los palomares de las musas. Nunca muy fuerte, lo debilitaban aun más los atormentadores platonismos con varias damas de la hermandad, para ahogar tan sólo su conciencia, con respecto a Virginia, mediante el alcohol que actuaba sobre él con más poder que un veneno. No es de extrañar, por lo tanto, que Walt lo encontrase "tal vez un poquito acosado". Se sabía que otros, que habían llegado inesperadamente al escritorio de Poe, habían huído aterrorizados de su apariencia de loco violento.

Nada resultó de aquella entrevista. A los pocos números el *Broadway Journal* exhaló su último suspiro e Israfel se convirtió, de nuevo, en un paria de un mundo que nunca había conocido. La política, los movimientos de reforma, los dolores de un país que daba a luz el futuro, apenas lo rozaban. Era un extraño en la vida de los hombres, entonando canciones que nada tenían que ver con sus pasiones mortales. Perspicaz, había descubierto y admitido esa limitación en sí mismo.

"Si yo pudiera morar
Donde Israfel
Ha morado, y él donde moré yo,
Tal vez él no cantara con tan salvaje maestría
Una melodía mortal,
Mientras que una nota más audaz que la suya quizás surgiera
De mi lira en el cielo."

¿Sería que Poe, que veía donde otros eran ciegos y que escuchaba una música ajena a los mundanales oídos, adivinó en el joven tímido que lo confrontaba al poeta que haría resonar la nota más audaz que él no había arrancado? Vana especulación. Pero existía algo de trascendental —como el choque de dos planetas— en ese encuentro concertado por los dioses irónicos en la deslucida oficina de un periódico de Nueva York.

Capítulo IX

REDACTOR DE *THE EAGLE*

La llegada del nuevo año favoreció el destino de Walt porque aunque seguía enviando artículos, escasamente retribuídos, al *Star*, obtuvo un excelente "asiento" —como él lo llamaba— en el *Daily Eagle* de Brooklyn. Era un diario joven que entraba en su quinto año de existencia, aunque, comparado con la meteórica prensa de la época, ocupaba el lugar de una estrella fija. La primera y última de sus cuatro páginas se hallaban repletas de avisos de pago. La hoja interior contenía, además de las noticias y "las últimas informaciones de Europa", las opiniones editoriales del partido Demócrata-Republicano del cual constituía el órgano oficial.

Isaac Van Anden, demócrata derechista y hombre de sanos principios, lo había fundado, como a la mayoría de los diarios de la época, sin falsas pretensiones en cuanto a sus relaciones políticas. Colocó al frente a William B. Marsh, un redactor hábil, adiestrado en la escuela de Horace Greeley. Aunque durante los años en que lo dirigió Marsh, el *Eagle* no obtuvo una circulación extensa, logró adquirir, no obstante, una buena reputación, no solamente en Nueva York, sino en el país entero. Marsh falleció repentinamente en febrero de 1846 y Walt Whitman, que aún no había cumplido los veintisiete años, lo sucedió en el cargo.

No era demasiado joven para un puesto como ese. Greeley, que sólo le llevaba ocho años, era reputado como un veterano

propagandista cuyos artículos de fondo moldearon las opiniones del país. Aun cuando el *Eagle* podía compararse apenas con el *Tribune*, la posición de Walt era, no obstante, de idéntica responsabilidad. Con la libertad de acción que Van Anden le concedió, le correspondió a Walt hacer lo que quisiese de su puesto.

Se entregó a sus tareas de todo corazón, consciente de su buena suerte y deseoso de cumplir lo mejor posible. El *Eagle* se convirtió en su pichón, y él en el pájaro-madre cuyo deber consistía en alimentarlo, más aun, mantenerlo con vida en realidad. En cierto sentido aquel diario, que llevaba el nombre del ave simbólica de América, asumió en la vida de Walt el lugar de una imagen, la representación de las tormentas y los esfuerzos de la nación. Por su conducto podía llegar hasta el corazón y la mente del pueblo al que alistaría para hacer la grandeza del país. Ávidamente, por lo tanto, salió como repórter a fin de obtener material para las páginas del *Eagle*. Como redactor se dedicó a trabajar no solamente en beneficio de su partido, sino para el mayor bienestar del país. Como ensayista procuró ilustrar y entretener al mismo tiempo, y como crítico se esforzó en desviar el gusto del público del artificio extranjero hacia las virtudes domésticas. El *Eagle*, en realidad, pronto se asemejó tanto a su redactor como un niño a su padre.

Los dos o tres impresores a las órdenes de Walt, que observaron su paso de regidor, su olvido del reloj y su aparente falta de sistema, lo ridiculizaron secretamente. Van Anden, "el patrón", también contemplaba burlonamente las suelas de zapatos que su redactor gastaba por las calles de la ciudad; pero como se estimuló no tan sólo la circulación del caminante sino también la del diario, se abstuvo de quejarse. Whitman había llegado a él, además, como un trabajador del partido, digno de confianza y con buenos antecedentes; sabía que podía contar con él en la época de elecciones para que hiciera resonar la trompeta de la elocuencia patriótica, con-

vocando a todos los buenos demócratas para que estrecharan sus filas en contra del enemigo. Únicamente Henry Sutton, el aprendiz de impresor de quince años, le brindó una admiración absoluta. Le gustaba el redactor informal que lo llamaba con el diminutivo "Hen", que lo trataba como a un igual y que a menudo lo invitaba a excitantes caminatas. Porque, como se había tornado una costumbre en él, Walt realizaba la mayor parte de trabajo verdadero sobre sus incansables pies, y no en el escritorio raras veces ocupado.

De aquí para allá a través de *Fulton Ferry,* hasta el más remoto embarcadero de la parte alta de la ciudad, donde los barcos a vapor, el *Champion* y el *Cleopatra,* corrían carreras remontando afanosamente el Hudson, luego de nuevo a *Fort Greene,* en Brooklyn, o a las costas de Coney Island, viajaba el ubicuo Walt por agua, ómnibus, y con mayor frecuencia, sobre su yegua de Shank, reuniendo datos. La gente de su barrio, y de más lejos aun, llegaron a reconocer al robusto joven de barba cuadrada, de sombrero negro de anchas alas, corbata anudada y bastón. Visitaba las exposiciones del día, las comisarías y cárceles, concurría a las conferencias en el *Brooklyn Institute,* que en una época había sido la "Biblioteca de Aprendices", y cuya piedra fundamental había visto colocar a Lafayette; deambulaba por las plazas de juegos y las calles de la ciudad donde los niños retozones despertaban en su corazón un anhelo melancólico — veintisiete años y libre. Un rapazuelo de Cranberry Street, por razones que sólo conocía su caprichoso cerebro, siempre lo saludaba como "tío Tom". Walt lo incluyó, con sus compañeros, en uno de sus primeros artículos, "¡Ah, hermosas criaturas!", exclamaba sentimentalmente. "¿Qué milagro hay... en que el Amado de Dios os haya elegido para representar el Reino de los Cielos?... ¿Quién puede ser riguroso y cruel hacia los niños? Y, sin embargo, demasiados lo son." En otra ocasión lo puso en verso. Siempre que, triste y cansado —decía— deambulaba y veía a los niños de alegre corazón:

"Pienso que ángeles de blancas alas,
Flotando invisibles
Mientras vuelan alrededor de este verde prado de aldea,
Sonríen apaciblemente.

¡Oh, ángeles! ¡custodiad a estos niños!
Mantened alejados de ellos el dolor y el pecado;
De los daños terrenales — de los malos pensamientos
¡Oh, protegedlos noche y día!"

Una alborotada maestra de escuela no podría haber hecho nada peor.

Pero que no se cometa el error de creer que Walt hacía sonar exclusivamente las tenues cuerdas del arpa. Bien despierto, a pesar de su aversión por el apresuramiento, no dejaba escapar nada, como lo atestiguaron las páginas del *Eagle* durante los dos años de su dirección. Como el ave patriótica extendió sus alas abarcando a la nación entera, su ojo omnividente perforando la distancia más remota, sus gritos de advertencia o de elogio resonando temerariamente, aunque con notas discordantes, en cada número. Con su característica absorción en todo lo que hacía, se entregaba de lleno a su trabajo. Pese a lo que puedan haber pensado los demás empleados del *Eagle*, tenía bastante en que ocuparse y disfrutaba con su actividad.

El patriotismo, sin embargo, surgía antes que nada, ya se tratara de aconsejar a su familia de lectores sobre la higiene personal, o de señalar las trampas en las prácticas electorales del partido contrario. En conjunto era un ciudadano honrado, de ideas sanas, que se tomaba un interés personal por sus conciudadanos a quienes quería y, por lo tanto, castigaba ajustándose a la severidad moderada del Nuevo Testamento. Junto con el aspecto de madurez, fomentaba en su carácter la vena didáctica. Nunca era más feliz que cuando podía enseñar. No podía asumir todavía, sin embargo, el título del "Respondedor". Como redactor del *Eagle* era apenas el maes-

tro de escuela, un poco mayor, con una voz más firme y convicciones fortalecidas. La nación entera era ahora su aula.

El Partido Demócrata-Republicano tenía de él una opinión tan alta, que fué elegido durante un año secretario del Comité Central. Brooklyn le abrió su corazón. En todas partes, en funciones del partido, en reuniones privadas, en desfiles y conmemoraciones, se esperaba a Walt Whitman. Él se prestaba a ello de buena gana, concurriendo con el mismo regocijo a un *picnic* de escuela dominical que a la apertura de un nuevo parque. En realidad, se enorgullecía tanto del embellecimiento de la ciudad, y era tan insistente en sus exigencias de que fuesen preservados los sitios históricos, que los cuerpos cívicos comenzaron a fijarse en él. El parque de *Fort Greene*, según se ufanaba él, debía su existencia a su incansable campaña. Sentía un cariño especial por *Fort Greene*. Fué allí, en su suelo consagrado, donde por primera vez oyó la vigorosa voz de América entonando sus palabras.

El 2 de julio de 1846, una oda, audazmente anunciada como una composición de "Walter Whitman", avivó las páginas del *Eagle*, con una nota de que debía cantarse ese "Día de la Independencia" con el acompañamiento de *The Star Spangled Banner*". Walt no encontró inconveniente alguno en publicar su poema patriótico. Constituía su mejor esfuerzo, hasta entonces, y se hallaba justamente satisfecho. Gracias a la consideración del *Eagle*, los buenos patriotas podrían además familiarizarse de antemano con las palabras de la oda, si, como sucedía a menudo, el cantante estuviera más preocupado por la producción del tono que por el significado de su canto. Como secretario de la "Comisión de Festejos del Cuatro de Julio", podía perdonársele a Walt su falta de modestia. Otra oda, por el Reverendo T. B. Thayer, había recibido también semejante honor, y sería cantada antes de la oración. La suya, ciertamente, no se perjudicaría al ocupar el segundo puesto.

Cuando llegó el gran día Walt no permitió que la lluvia

mitigara su ardor patriótico, como parecía ser el caso con muchos de los celebrantes. Acompañado por escasos fieles avanzó por el fango hasta llegar al promontorio señalado en *Fort Greene*. El cantante, señor Freeborn, ya estaba allí. Allí también se encontraba el joven abogado, motivo de envidia de sus competidores por haber sido elegido para pronunciar el discurso, y el dichoso individuo elegido para leer la Declaración de la Independencia. El corazón de Walt latía con fuerza. Él también había traído su ofrenda al altar de la libertad. Fué un gran momento para él cuando el señor Freeborn entonó, con la música del himno nacional:

"¡Oh, Dios de Columbia! ¡Oh, Escudo de los Libres!
¡Más agradecida a ti que los templos de vieja historia!
Debe estar la tierra regada de sangre, el rojo campo de batalla,
Donde nuestros antepasados defendieron la gloria de América!
Cuán inapreciable entonces el valor de la tierra santificada
Que pisamos ahora. He aquí el ámbito de las laderas
Donde fueron enterrados los mártires; ¡ni rezos, lágrimas, o piedras
Señalan sus desmoronados ataúdes, sus huesos blancos, sagrados!"

Hizo bien al recordar que la tierra que hollaba había sido santificada por la sangre de los muertos, que sobre ese mismo polvo, "la esperanza débil, el enemigo fuerte", había caminado Washington, El Sereno, "aun fiel, aun intrépido".

"¡Decid, hijos de Long Island! ¿En canciones o leyenda,
Recordáis algo de su historia, de ese día oscuro y desdichado?

preguntaba, y siendo Walt Whitman contestó:

"¡Ah, sí! sea la respuesta. En la quietud de la memoria
Hemos situado nuestros corazones, y los hemos conservado allí para siempre,
La batalla, el pontón, colina y mártires,
Oh, que ella sea preservada hasta que la muerte separe esos corazones . . .

¿Y los años, a medida que se arrastran uno tras otro,
No traerán también aquí a los hijos de los siglos —
Para regocijarse como antes se regocijaron sus padres,
En la libertad alcanzada por nuestros sabios ancestrales?
¿Y no se elevará el rezo al cielo, dado con pura gratitud
Y no será hendido el firmamento por el estruendo del cañón?
¡Sí! ¡Sí! que el eco redoble en respuesta
El eco que se inicia en el alma del patriota."

El señor Freeborn necesitó de una gran habilidad musical para ajustar las palabras de la oda de Walt a la melodía del himno nacional. El patriotismo de Walt, sin embargo, avanzaba por un camino recto. Los versos podrían vacilar, las palabras podrían ser mal elegidas, el fervor mismo podría andar con muletas. Pero de la sinceridad de Walt no podía dudarse. Los versos patrióticos, hasta los más convencionales, son difíciles de escribir. Walt, en general, no se condujo peor que Poe, quien, a cambio del tabaco que le regalaba Gabriel Harrison, escribió sus únicos pobres versos para el canto de propaganda del *White Eagle Political Club,* del cual era presidente su bienhechor. Si *Israfel* podía fracasar, era un mérito más el que Walt triunfase, aunque sólo fuera parcialmente.

Muchos de sus lectores, que sólo le conocían por sus escritos, pueden haber considerado a su redactor como un maniático amable. Sabían que no bebía ni fumaba, que amaba a los niños y condenaba la práctica del azote en las escuelas, que abogaba por una mayor iluminación en las calles y por domingos menos tristes, ciudades más limpias y baños más frecuentes. Por cierto que, en lo que atañía a la salud y el aseo, no dejaba lugar a dudas. Tenía aversión por los médicos y no aprobaba las medicinas. "Dar una medicina para cualquier enfermedad —escribió el 4 de junio de 1846—, *porque* esa medicina ha curado aparentemente la misma enfermedad en otra persona, es una de las locuras más peligrosas, como así

también la más generalizada de esa facultad. Estaría bien que aquellos que practican el arte de curar (¡definición ridícula, si al emplearla queremos decir: empeorar a fuerza de medicamentos a aquellos que sólo están un poco enfermos!) no fueran más allá del camino alumbrado. Su orgullo los avergüenza de confesar una ignorancia, que sólo podría evitar quien poseyera poderes sobrenaturales. ¡Así, ciegamente, sacrifican vidas humanas a su miserable vanidad! ¡Esto es monstruoso y no tiene la menor excusa!"

Era evidente que Walt no quería saber nada de la profesión médica. Para él la naturaleza era la gran curandera, creencia que conservó hasta el fin de sus días. A pesar de las cartas iracundas que recibió de médicos ofendidos, rehusó retractarse en una sola palabra. Del baño, sin embargo, era un entusiasta. "Podríamos alegrarnos bastante —escribió después de su diatriba contra la medicina—, si observáramos que el baño se generaliza. Brooklyn sería una ciudad más sana aun, si el baño bisemanal, durante el verano, constituyera un reglamento estricto para *todos* nuestros ciudadanos — de todas las edades y de ambos sexos". Es bueno para la salud y para el cutis, decía. Uno se hermosea. Por eso, cuando se inauguró la Pileta de Natación de Gray, en un hermoso edificio al este de *Fulton Ferry,* Walt lo anunció con un ruidoso editorial. Por fin los bañistas de Brooklyn no tendrían que cruzar con el "ferry" para mantenerse aseados. "Ahora podremos cosechar todas las ventajas de la costumbre a la cual será dedicado el edificio a que aludimos, sin alejarnos de nuestras propias costas".

Demás está decir que fué uno de los primeros en aprovechar la empresa cívica del señor Gray, ocupándose al mismo tiempo de que "Hen", su joven aprendiz, aprendiera con su ejemplo los beneficios derivados del baño diario. Hacia el mediodía, después de corregir las pruebas para el *Eagle,* ambos se encaminaban al establecimiento del señor Gray. Luego de desvestirse, mientras el muchacho esperaba, salía a nadar.

Metódico hasta en sus placeres, permanecía en el agua exactamente veinte minutos; luego se paraba bajo la ducha mientras Henry hacía funcionar la bomba. "Sus instalaciones son excelentes", dijo, elogiando las disposiciones del señor Gray. "Aconsejamos a los hombres jóvenes, particularmente a los jefes de familia que tienen hijos —una familia de varones— que adquieran un abono de temporada. Cuántos de los hermosos e inteligentes muchachos que se ahogan anualmente en este vecindario, podrían haberse salvado si hubiesen contado con las comodidades para el baño en la forma en que lo aconsejamos. En verdad, ¿por qué no podrían tener en Brooklyn un par de casas de baño gratis? Existen en muchas ciudades europeas, mucho más pequeñas que la nuestra, donde la comodidad para obtener el agua no es ni remotamente tan completa como aquí". ¡Qué angustia debe de haberle causado admitir que Europa poseía esa leve ventaja! Pero sólo censuraba para mejorar.

Después de su baño, tomado "sin apartarnos de nuestras propias costas", dejaba al muchacho Henry para que chapoteara solo por allí, y cruzaba a Manhattan con el "ferry". Había terminado su trabajo del día en la oficina. Ahora debía desenterrar material y ampliar la mente. ¡Qué contrastes ofrecía la ciudad! Aquí la suntuosa mansión del millonario más reciente, allí la cárcel atestada. En una calle el mendigo que extendía una mano flaca, despreciada, y a la vuelta de la esquina un lujoso palacio donde una congregación de lo más selecto veneraba a Dios. En su altruísta didactismo Walt veía sermones hasta en las piedras de la calle y se esforzaba por hallar algo bueno en todo.

Sus artículos delataban lo difícil que resultaba a veces. A un artículo sardónico dió el título de: *Vagrom Woman.* "Ann MacDonough tuvo oportunidad de bendecir su buena estrella, en Navidad, al ser enviada a la cárcel por vagancia. Esto la ayudará a sobrellevar confortablemente el tiempo frío. ¡Dichosa Ann!" Eso era todo. Las palabras no podían ser lo suficientemente duras para condenar tales injusticias sociales.

Walt confiaba, sin embargo, en que sus denuncias darían resultado. Exteriormente objetivo, era como un envoltorio aparentemente inofensivo, lleno de material inflamable. A veces, excitado por lo que veía, mandaba al diablo la moderación y escribía con una pluma exasperada. La inauguración de la Iglesia de la Merced en Nueva York provocó un arranque como ese, seguido por otro, más vehemente aun.

Según los diarios, la iglesia había sido inaugurada en medio de ceremonias imponentes. Walt fué a ver por sí mismo, aunque, según advirtió a sus lectores, no miraba "con ojos favorables esas espléndidas iglesias". Elias Hicks, después de todo, no había necesitado ningún templo suntuoso para comunicar sus mensajes interiores. Lo que Walt olvidó fué que Hicks tampoco había desdeñado un salón de baile iluminado con candelabros, como un sitio adecuado para recibir la palabra de Dios.

Lo que Walt contempló cuando se dirigió al lugar, le impresionó hasta la ictericia. Encontró que la iglesia era, por dentro y por fuera, una aparatosa pieza de arquitectura. No era extraño, pensó, que la congregación prestara más atención a las columnas y al grabado que al sermón. Un domingo asistió a misa. Comprobó sobresaltado que nunca había visto tanta muchedumbre y tanto agolpamiento de gente como vió a la puerta, ni siquiera en un estreno en el *Park Theatre* o en una función de beneficio de Elssler. "La gente se empujaba y se codeaba — y los propietarios de asientos de seiscientos dólares tenían que abrirse paso entre un montón de curiosos plebeyos, antes de poder llegar a esos elegantes sitios de la holgazanería. La situación del obeso y viejo portero no era de las más ventajosas... Al final, mandó llamar una pequeña fuerza de policía, y suponemos que logró mantener "al enemigo" a raya..." ¡Ese era el lugar donde se esperaba que el pueblo adorara! ¡Esa era la religión! ¡Esos hombres y mujeres, de mundo, forzoso era creerlo, habían ido allí para dirigir sus pensamientos hacia el cielo! Walt, que no necesitaba

de ningún templo para ponerse en contacto con el Espíritu, contemplaba a esos elegantes y los acosaba con sus palabras. Y vigorosas eran sus palabras:

"El ojo y el oído no pueden hacer caso omiso de los intrusos profanos, del porte altanero de nuestros aristócratas americanos (esa fase más despreciable de la aristocracia en el mundo entero); las sedas crujientes y los colores chillones con los cuales el mal gusto de los pudientes se complace en divulgar su innata vulgaridad; el andar pomposo, y el empeño de "parecer grandiosos" — ¡con qué repugnante frecuencia concurren todos éstos a la Iglesia de la Merced! ¡Ah, no existe ninguna religión allí!"

Con buen provecho había leído a Tom Paine. Algo más que la heterodoxia y el radicalismo entraron, sin embargo, en sus escritos. Cada vez expresaba más y más el espíritu de la época con sus esfuerzos y paradojas; los histéricos clamores por la libertad, mientras el taco de la bota del imperialismo la pisoteaba; las campañas en pro de las reformas, mientras la igualdad social, la reforma más grande de todas, era violada diariamente. El desconcierto y la confusión nublaban las mentes de los más perspicaces. Los mismos hombres que trabajaban por la mejor de las causas a menudo las destruían por convertir su fe en fanatismo. Con un admirable desasimiento en sus mejores instantes, Whitman se mantenía por encima de la batalla; entonces veía más allá del presente, hasta la época más distante. Con la limitada perspectiva de sus contemporáneos muchas veces dejó, sin embargo, que el problema inmediato oscureciera la verdad permanente.

Todo género de desgraciados: el criminal que espera al verdugo, el infeliz inmigrante, la mujer que trabaja como una esclava en las tiendas para ganar de veinticinco a cincuenta centavos por día; hasta los hambrientos de Irlanda y Escocia, todos tenían su abogado defensor en el redactor del *Eagle*. Sobre ellos escribía a veces con la pluma trémula de la futura "Fanny Fern". Defendió también la causa de los

negros (de otro modo que el autor de *Franklin Evans*), dedicando muchos párrafos de uno de sus primeros editoriales a los horrores de los viajes a bordo de barcos negreros de África a las Antillas. Escribiendo con la más negra de las tintas, describió las cloacas infernales que eran los barcos de transporte y las brutales travesías. "Pero los perversos traidores que ejercen este trabajo, van con sus gavillas armadas y se precipitan sobre pueblos indefensos, para traer su carga de trofeos humanos, encadenados y amordazados, y venderlos como cualquier otra mercadería."

Pero había escrito esas palabras en 18 de marzo de 1846. Un mes más tarde los Estados Unidos estaban en guerra con México, precipitando una renovación de la lucha intestina aun más grave, entre el Norte y el Sur. Casi en el acto Walt abandonó el problema, para reproducirlo al final del año en otro editorial en el que denunciaba el extremismo de los abolicionistas.

Los Hutchinsons, un grupo de cantantes nativos como los Cheney, habían sido silbados por "ciertas personas celosas" cuando cantaron "¡Libertad, gloria de una nación!" en un concierto al que concurrió Whitman. "¿No es la Libertad la gloria de una nación?", inquirió el iracundo amante de la música. ¿Por qué habían silbado los abolicionistas? "Vamos, vamos, seamos sinceros sobre este asunto. El loco fanatismo o los desvaríos de los ultra-abolicionistas ya ha descargado bastante de su furia — y de paso, ha causado más mal que bien a la causa que pretendían ayudar". ¡Complicada inconsistencia! Por un lado expresaba su aversión por el foco epidémico de la nación, y por el otro retrocedía ante el método empleado por los abolicionistas para extirparlo. Desde el principio hasta el fin persistió en su dualismo.

> "*¿Me contradigo a mí mismo?*
> *Pues, sí, entonces me contradigo*
> *(Soy amplio, contengo multitudes).*"

Mientras tanto, lejos de disminuir, como aseveraba Walt confiadamente, el fanatismo de los abolicionistas había alcanzado el máximo de excitación por los acontecimientos de los meses precedentes. El disturbio había comenzado a principios de 1845, durante la administración del Presidente Tyler, cuando el Congreso aprobó una resolución unánime en favor de la anexión de Texas. Hubo mucho regocijo en el partido proesclavista, que vió en la medida una ganancia precisa. Pero el gobierno sabía que aquello terminaría en una guerra, y lo mismo pasaba en México, que no renunciaría al territorio que reclamaba como una porción de sus propios dominios. Sabiendo que no podía hacer frente más que a una guerra a la vez, el gobierno puso fin a su disputa con Inglaterra con respecto a los límites del Noroeste, olvidando su grito de guerra de "Cincuenta y Cuatro Cuarenta o pelear", y conviniendo en el paralelo Cuarenta y nueve como línea divisoria. "*Muy* excelente noticia", saludó el redactor del *Eagle* ante la reanudación de las relaciones amistosas con Inglaterra.

Pero México era otro asunto. Al principio el comercio siguió como de costumbre, los barcos americanos haciendo escala en puertos mejicanos, con cargamentos de todas clases, muchos de municiones fabricadas en los Estados Unidos. Las hostilidades no habían comenzado abiertamente, razonaban los fabricantes de municiones. En tal oportunidad Tyler fué sucedido por el sagaz político James Polk, quien durante catorce años había sido el representante de Tennessee en la Cámara. El nuevo gobierno se ocupó en seguida de los preparativos de la guerra. Concentraron tropas a una sorprendente distancia de la frontera mejicana y el ejército fué puesto bajo el experto comando del General Zachary Taylor. Desde la isla de St. Joseph cruzó tierra firme hasta llegar al Río Nueces, y allí se estacionaron más tropas, para que permanecieran en cuarteles de invierno hasta que estallara la guerra.

No permanecieron ociosos mucho tiempo. A principios de mayo de 1845 el Presidente informó al Congreso que existía

un "estado de guerra", por cuanto los mejicanos habían invadido "*nuestro*" territorio derramando la sangre de ciudadanos americanos en suelo estadounidense. Mucho antes de declarar abiertas las hostilidades, hubo pérdidas de vidas en ambos lados. Desde entonces, hasta setiembre de 1847, los diarios daban noticias del frente donde Taylor y el General Winfield Scott ejecutaban las órdenes de Washington. Las derrotas y victorias fueron recibidas fervorosamente en el país, mientras los lectores de diarios bregaban con los nombres de lugares extranjeros donde el ejército americano había plantado el pie: Palo Alto, Resaca de la Palma, Buena Vista, Chihuahua, Cerro Gordo, Contreras, Churubuscu, Chapultepec. El imperialismo democrático brindaba días feriados con aquellos títulos.

Con voz estentórea y persistente gritaba el *Eagle* de Brooklyn, cuyo redactor había seguido de cerca la campaña sufriendo emociones diversas, publicando relatos atroces que desprestigiaban al enemigo, y declarando abiertamente: "Sí, México debe ser castigada a fondo". Es cierto que se desmembraba a una nación extranjera, que, por otra parte, era apenas civilizada. Bajo la bandera americana su tierra florecería de nuevo, su pueblo se renovaría a la luz de la libertad. Se apresuraba, por lo tanto, en hacer resaltar cualquier victoria americana. "¡HONOR AL HÉROE!" ordenaba a los ciudadanos de Brooklyn, después del triunfo del General Taylor en Buena Vista. "Dígase lo que se quiera de los malos efectos morales de la guerra, nos parece claro que acontecimientos como esta victoria en Buena Vista, y nuestras anteriores victorias en México, deben elevar el verdadero respeto de sí mismo del pueblo americano a un punto mucho más alto que el evidenciado hasta ahora."

Los patriotas de Brooklyn, sea como fuere, probaron que su pundonor se había elevado cuando, dos semanas más tarde, el 15 de Abril, realizaron una manifestación frente a las oficinas del *Eagle* para festejar los triunfos del ejército. Una

enorme tela transparente decoraba las ventanas del segundo piso del edificio. Cuando, a las ocho, se iluminó con los nombres de Monterrey, Vera Cruz y otras batallas, la muchedumbre aclamó tumultuosamente. "Casi no existe en el alma humana un impulso más admirable que el *patriotismo*", comentaba Whitman piadosamente al día siguiente. Más hermoso que todo era "el patriotismo de los que son llamados por algunos «la gente común» y que constituyen el grueso y la fuerza del Estado".

A pesar de la difusión de su artículo, por primera vez se abrió paso en su espíritu una duda acerca de los derechos de la guerra. "El país de uno, es cierto, no puede ser siempre perfectamente justo en cada moción y acción", dijo. "Tampoco pueden serlo los padres de uno, la mujer, o el amigo más querido. Pero el ir contra alguno de los últimos, denigrarlos, u oponerse a ellos, sería apenas menos infame que denigrar u oponerse a la causa de la tierra natal". Temeroso de dejar flotando algún equívoco sobre sus propios sentimientos, agregó: "Frío debe ser el pulso, e indiferente a todo pensamiento bueno —ningún americano verdadero puede ser así— que no responda a la valiente empresa de nuestros soldados y comandantes en México".

Pero ya estaba harto de la guerra. Por el mes de enero había insinuado un deseo de paz, declarando vindicado el honor nacional y suficientemente castigados a los mejicanos. Una vez más exclamó: "¡El Cielo permita que ahora podamos tener paz!"

La paz llegó, sin embargo, sólo después que el General Scott holló los patios de los Moctezumas en la capital mejicana. Con imponentes honores militares, la bandera del regimiento fué izada donde antes habían ondeado los colores mejicanos, y poco tiempo después la bandera norteamericana la reemplazó — la primera insignia extranjera que coronara la fortaleza desde la entrada de Hernán Cortés. El General Scott dirigió al cielo sus fervientes gracias por los notables triunfos

de su ejército, ensalzó a América, la tierra de los libres, y terminó dirigiendo a sus compañeros de armas una paternal amonestación contra los males de los motines, los extravíos y las borracheras. Durante las solemnes ceremonias que tuvieron lugar en el país para festejar la victoria, ningún orador mencionó que cuando América capturó los palacios de los Moctezumas era la primera vez que su ejército ponía su pie de conquistador en una ciudad extranjera. Grande fué el botín del vencedor. Cuando el tratado fué al fin firmado, los Estados Unidos, por mezquinas indemnizaciones pecuniarias, obtuvieron todo Texas, Nueva México y la parte alta de California.

Para la opinión popular, la nación se había cubierto de gloria, y la gente leía con lacrimosa emoción las poesías de guerra, tales como la de Charles F. Hoffman sobre la captura de Monterrey, con sus lamentos por los héroes caídos:

"Ondean nuestras banderas en aquellos torreones,
Y allí suenan nuestras trompetas crepusculares;
Allí, ramas de naranjo sobre sus tumbas
Mantienen verde el recuerdo de los valientes
Que pelearon y cayeron en Monterrey."

Una melodía distinta surgía, sin embargo, de la armónica casera de los *Biglow Papers*, de Lowell, escrito cuando el Brahmín de los Brahmines trabajaba bajo la influencia de su esposa, antes Maria White, una apasionada abolicionista. Para él la guerra mejicana carecía de circunstancias atenuantes. La veía, impura y simple, como una conquista extranjera para beneficiarse con la potencia en esclavos que adquiriría.

Sólo quieren esta California,

escribió en un yanqui acerbo,

Para arrastrar consigo nuevos estados-esclavos,
Para abusar de ti, y despreciarte,
Y para saquearte como el demonio."

Mucho antes de esto, mientras la guerra se hallaba aún en su etapa inicial, las gentes sensatas comprendieron que el problema de la esclavitud o el Abolicionismo, y de los derechos federales en pugna con los derechos de los estados, debía ser resuelto si el país quería hallarse en paz consigo mismo. El 8 de agosto de 1846, con respecto a un proyecto de ley del Presidente Polk, solicitando dos millones de dólares para negociar un tratado con México, la cláusula Wilmot fué aprobada por la Cámara de Representantes, estableciendo "como condición expresa y fundamental para la adquisición de cualquier territorio de México, que nunca existiría en el mismo ni la esclavitud ni el vasallaje involuntario". Dos días más tarde, sin embargo, en la última sesión de ese Congreso, cuando la cláusula debía ser considerada por el Senado, John Davis, de Massachusetts, obstaculizó la decisión final sobre la ley, hasta que terminó la sesión. Una gran consternación prevaleció en el Norte abolicionista ante la derrota de la Cláusula, y fué entonces cuando la lucha comenzó en serio. En el XIX Congreso, los Demócratas, como resultado de la nueva tarifa y de la prominencia otorgada al problema pro-esclavitud en la conducción de la guerra, perdieron su mayoría y encontraron que sus propias filas se habían dividido por las inferencias de la Cláusula.

De pronto, el 21 de diciembre de 1846, el redactor del *Eagle*, que había desollado a los extremistas de la abolición unas cuantas semanas antes, irrumpió con un enérgico editorial exhortando a los Demócratas para que tomaran una decisión en favor de las condiciones de la Cláusula. "Si han de formarse algunos Estados en el territorio recientemente anexado, o que será anexado a los Estados Unidos por cualquier medio que sea, que los miembros Demócratas del Congreso (y los Centralistas también, si lo desean) establezcan tranquilamente, sin tumultos, pero determinadamente y sin compromisos, la exigencia de que la *Esclavitud sea prohibida en ellos para siempre*. Desearíamos obtener una sincera determinación

acerca de este asunto en el Partido Demócrata. Debemos obtenerla."

Vez tras vez Whitman tornó a la lucha y parecía vislumbrar algún estímulo para su partido cuando el Senado de Nueva York aprobó las así llamadas "resoluciones anti-esclavistas" por una mayoría abrumadora, aclamada por la asamblea, donde se habían unido los Demócratas y los Centralistas, como respondiendo a su demanda de que tomaran una determinación. Pero el mismo Partido Demócrata, aun más, la misma redacción del *Eagle*, sufrieron una desunión que se agrandó a medida que aumentaba la agitación respecto a ese problema. Al principio el "patrón", Van Anden, permitió que su redactor hiciese su voluntad, como había hecho desde el comienzo. Pero Van Anden era Tesorero del Comité General local del partido, y el Comité, como pudo ver, se desviaba bruscamente de la posición que, a través de los editoriales de Whitman, expresaba el *Eagle*. Ya era hora, decidió Van Anden, de llamar a su redactor al orden del partido.

Estimó mal al hombre. Con la sólida tenacidad del holandés, ahora que sus sentimientos en cuanto a la esclavitud se habían convertido en convicciones, Walt se mantuvo firme y continuó escribiendo de acuerdo a los dictados de su conciencia. Era un hombre desconcertado que procuraba hallar su camino a través de las complejidades de la nación que amaba y a la que salvaría de la desunión a cualquier precio. Por el negro, como negro en sí, no tenía ninguna particular devoción; por el ser humano en cautiverio tenía todo el amor y la compasión de su naturaleza generosa. En cuanto a la esclavitud misma en los Estados Unidos, la consideraba como un mal atrofiado que podría eliminarse mediante los grandes esfuerzos de la Democracia, cuando Dios lo quisiera. Mientras tanto no tenía paciencia alguna con los exaltados del Norte que, al oponerse al Sur en sus instituciones establecidas, excitaban sentimientos regionales que, extremados, podrían hacer peligrar la Unión. En cuanto a la guerra imperialista con

México, no la reconocía como tal. Al obtener territorio adicional los Estados Unidos, simplemente ayudaban a la obra de democratización del mundo. Obraba bajo un idealismo falaz, sin duda, pero en ese momento lo creía bueno. "Con respecto a robustecer el edificio de la esclavitud —escribió—, gastar dinero y las vidas del Norte... para formar más estados esclavos, la cosa queda fuera del asunto, y nos parece que ningún hombre digno del nombre de verdadero Demócrata podría desearlo."

Van Anden, sin embargo, poseía su criterio propio. Y éste no coincidía con el de su redactor.

Capítulo X

YO SOY EL POETA

Walt hubiera sido realmente falso para consigo mismo y su público si no hubiese dado rienda suelta a una o dos divagaciones mientras fué director del *Eagle*. Se esmeró en que una, especialmente, publicada el 13 de junio de 1846, resultara tan edificante para sus lectores como lo había sido para él. Aunque habían transcurrido años desde que publicara sus versos de cementerio en el *Long Island Democrat*, la misteriosa fascinación de la muerte no había perdido nada del poder que ejercía sobre su imaginación. El niño que había rondado el cementerio de la familia, el colegial de Brooklyn que había seguido los cortejos fúnebres, el joven escritor sentimental que había reflexionado en las bendiciones de la muerte en su "*Tomb-Blossoms*", en la *Democratic Review*, no tenía ningún interés mórbido en la desaparición del hombre. Nada de lo macabro figuró jamás en sus melancólicas especulaciones. Aun a la edad en que el hombre, en la plenitud de su perfección física, piensa en la muerte como en un hecho difícil de conciliar con los placeres de la vida recién experimentados, Walt escribía: "La tumba —la tumba— ¿quién será el tonto que la llame un sitio terrible? Es una amiga bondadosa, cuyos brazos nos rodearán y mientras apoyemos nuestras cabezas sobre su pecho, ninguna inquietud, ninguna tentación ni pasión corrosiva tendrá el poder de perturbarnos."

Como si emprendiera una excursión de placer, en una tar-

de luminosa de Junio trepó a una de las diligencias que salían de *Fulton Ferry*, y emprendió viaje al cementerio de Greenwood. Sentado con el conductor en el pescante —ningún otro sitio jamás satisfizo a Walt— lo hizo entrar en conversación. James Gladding, sin embargo, no tenía nada interesante que comunicar a su pasajero. Nada conocía de la historia del camino que recorría diariamente, y nunca sintió curiosidad por averiguar algo acerca de una antigua casa holandesa que mostraba la fecha 1669 inscrita sobre la pared. Pero la ignorancia de su auriga no intervino para nada en el regocijo que experimentaba Walt ante las escenas que se sucedían a lo largo del trayecto. ¡Cómo había crecido Brooklyn desde que él comenzó a ejercer su vigoroso pedestrismo por sus sendas y atajos! Años atrás, al iniciar su vagabundeo por aquellos parajes, no había existido ninguna casa por donde corrían ahora las calles Atlantic, Butler y Court. Tan sólo chozas, y alguna que otra vieja granja surgían entre los campos sembrados de maíz y de papas. Más allá del centro de la ciudad, el camino serpenteaba de nuevo a través del paisaje rural, hasta que, a cuatro millas del punto de partida, la diligencia se detenía a la puerta del cementerio.

Antes de entrar Walt abarcó la escena como alguien que, antes de empezar un libro, da vuelta a las páginas a fin de abrir su apetito para el regalo intelectual. Le produjo pesar ver grupos de familias que iban en lujosos carruajes por los senderos cortados a través de los anchos campos, en lugar de caminar entre las tumbas. Tristemente comprobó que era casi el único que iba a pie. Había gente allí, sin embargo, aprendiendo su lección ante las piedras sepulcrales. "El resultado sería bueno, en verdad —dijo a sus lectores—, si la totalidad de nuestra población —el buscador de dinero, el ocioso, el consagrado a la moda, el hombre ambicioso— si *todos* pudiesen, a menudo, transitar lentamente por el Hermoso Lugar de las Tumbas, para abrir sitio a los pensamientos que allí surgirían naturalmente."

Él, al menos, dedicó a esos pensamientos una tarde entera. "Nos gusta apartarnos del camino trillado", dijo. Por consiguiente, abandonando los carruajes a su camino sin aventura, ascendió lentamente las lomas y se internó en las arboledas donde, alejada de la tierra más atestada de muertos, se ocultaba alguna tumba solitaria, embellecida por arbustos y enredaderas. En uno de esos sitios recluídos, descubrió un recinto que contenía una sola tumba, la de una niña, cuya piedra sepulcral sólo llevaba el nombre "Rosa", y su edad, ocho años. De un rosal plantado a la cabecera de la losa pendía una sola rosa grande y pálida. "¡Frágil capullo!", suspiró Walt, "los corazones de tus padres sufren aún, sin duda, cuando piensan en ti!"

Pero no se demoró demasiado ante el conmovedor espectáculo, ni sermoneó indebidamente acerca de la bóveda oscura, a escasa distancia, preparada para otro ocupante. Errando de un lado al otro, dió con *Indian Mound*, la tumba de una joven mujer, esposa del jefe de una tribu Iowa. Había muerto en ese vecindario dos o tres años antes. Walt había visto a Do-Hum-Me antes de su enfermedad fatal. Puede hasta haber sido uno de los que contribuyeron a la construcción del monumento sobre su tumba, que representa un indio esculpido, llorándola.

Respetuosamente dejó correr sus pensamientos. El sitio era uno de los más hermosos del cementerio. En aquella paz, junto al agua tranquila que reflejaba el cielo y los árboles, lejos de la envidia, de las luchas y de la fría incomprensión, un poeta podía haber hallado descanso. A muy corta distancia del túmulo sepulcral de Do-Hum-Me, alguien había sido enterrado recientemente. Pocos conocieron a McDonald Clarke, el poeta loco, y esos tan sólo para mofarse de él. Había sido miserablemente pobre — lo que jamás constituye una virtud entre los vivos, por conmovedor que sea el texto que el biógrafo pueda escribir sobre la pobreza después que el poeta haya sucumbido por su causa. Desequilibrado para empezar, Clarke no había

encontrado ningún apoyo que le permitiera estabilizar su vida precaria. Tornóse aun más excéntrico, de modo que la gente, haciendo caso omiso del poeta, sólo vió al loco, para tomarlo a risa. Walt lo había visto una o dos veces, y se había apenado ante las mofas que sus inofensivas aberraciones despertaban en los ignorantes.

Ahora, junto al polvo del hombre desdichado, Walt hizo un balance del muerto y de sí mismo y de los vivos, aunque, en su propio caso, sólo por deducción. Despreciado y ridiculizado, Clarke había poseído, no obstante, una chispa del fuego divino. "Quienquiera que en sus escritos —escribió Walt con intencionada generalización— posea el poder de producir imágenes osadas, asombrosas y extraños cuadros —el poder dar forma por medio del lenguaje, a ideas originales, bellas y curiosas— es un verdadero cantor". Hasta entonces él, Whitman, no había producido imágenes asombrosas ni extrañas descripciones; pero originales y hermosas ideas habían asomado a la superficie de su mente desde profundidades ocultas. Como flores repentinamente luminosas, irrumpían de vez en cuando en los campos opacos de su prosa. ¿Era él un poeta? ¿Podía aspirar a algún parentesco aunque fuese con un hijo tan humilde de la poesía como Clarke? En medio de un oscuro ensayo sobre un cementerio, trazó, con sorprendente vivacidad, el retrato de un poeta — no sólo de McDonald Clarke, que le sirvió de modelo, sino *del poeta*, un poeta como acaso él mismo, Whitman, podría llegar a serlo.

"Clarke era uno de esos hombres, tal vez incultos, pero en cuyas facultades, no obstante, ardía con vehemente luminosidad el espíritu vital de la poesía. Por estar fuera de la corriente común, por su brusquedad, y, si así podemos llamarlo, por lo desordenado de su estilo — muchas personas no se han tomado el trabajo de leer las fugaces efusiones que dió al mundo... Era muy pobre. No de la tierra, ni entregado a los afanes mustiadores del comercio —ni adorador ante el altar de cualquier ídolo de oro—, era él, a cuya memoria dedica-

mos este pasajero tributo... El genio, después de todo, es un rasgo peligroso. Sus fuegos, por cierto, a veces iluminan y embellecen, pero con frecuencia queman, agostan y secan el alma de su poseedor. Como el privilegio de Faetón, el poderoso don conferido, puede acarrear la muerte y la ruina".

Walt conocía la gloria del don del genio, pero conocía también sus peligros. Y fué con los ojos bien abiertos como inclinó su cabeza ante el poderoso bien otorgado. Ni siquiera su madre, que penetró más que nadie en su secreto, ni ningún otro ser humano con quien tuvo contacto, advirtieron la menor diferencia en el hombre exterior. Pero Whitman sabía que figuraba entre los elegidos. No mucho después de escribir su ensayo sobre el poeta, comenzó a confiar "ideas originales y hermosas" a una pequeña libreta con ojales de cuero, que llevaba siempre consigo por miedo de que la vieran otros ojos que no fueran los suyos. Eran unos apuntes raros, caóticos — muchos de ellos observaciones en prosa, algunas expresadas con la sobriedad de un editorial, otras en el estilo exhortatorio del predicador, otras con ritmos extraños, quebrados, como en los que podría haber incurrido Elias Hicks cuando, inspirado por el Espíritu, se balanceaba de atrás hacia adelante, prestando su cuerpo a las poderosas sacudidas. A menudo las notas eran amonestaciones a sí mismo, como el consejo estilístico que empezaba: "Sé simple y claro. Sin ocultaciones", que tenía una notable semejanza con un párrafo aparecido en el *Eagle* del 20 de julio de 1847: "No trates de ser demasiado fino en el hablar. Usa el bueno y honesto inglés y palabras comunes para cosas comunes. Si hablas de pantalones, camisas o enaguas, llámalos por sus nombres verdaderos. La vulgaridad reside en evitarlos".

Si alguien hubiese encontrado su libreta de apuntes de 1847-48, le hubieran escandalizado muchas de las anotaciones. "¿Quién es el ser ante quien yo soy un inferior?" — decía una nota atrevida, coronada por otra que lo era más: "Nunca supe lo que se siente al pensar que estaba en presen-

cia de mi superior". Una nueva anotación ayudaba a disculpar lo que podía parecer un consumado egoísmo: "Todo joven americano debería conducirse con el porte acabado y altanero del más grande gobernante y propietario — porque es un gran gobernante y propietario, el más grande". "Mi vida es un milagro y mi cuerpo que vive es un milagro", declaraba en otra parte, uniendo en una sola frase el misticismo de Hicks y una afirmación trascendental. "Pero por lo que puedo mordisquear en los bordes del ilimitado y delicioso milagro sé que no puedo separarlos, y llamar superior a una e inferior al otro, como tampoco puedo decir que mi vista es más grande que mis ojos."

"Si camino con Jah en el Cielo y él supone ser intrínsecamente más grande que yo, ello me ofende, y con toda seguridad me retiraré del Cielo —porque el alma prefiere la libertad en la pradera o en los bosques no hollados— y no puede existir la libertad allí donde . . ." El pensamiento se cortaba ante su propia audacia.

"Diferentes materias que se pudren y cuyos cuerpos, debido a la química de la naturaleza, son transmutados en briznas de hierba", decía otra nota, seguida más explícitamente por una fecunda sugestión: "Toma todo el arte y la ciencia del mundo, y desconciértalo y humíllalo con una brizna de hierba."

¿Qué genio —si no era locura— se elaboraba en esos apuntes eléctricos, expelidos como las radiaciones de un alma encendida? ¿Por qué sintió Walt, de pronto, la necesidad de anotarlos? ¿En qué meditaba? ¿Habría llegado el momento en que su inquietud espiritual entrara en ebullición? ¿O habrá escuchado la voz interior que le decía, sarcásticamente: "*Walt, tú contienes bastante, ¿por qué entonces, no le das salida?*" Seguían algunas páginas de la libreta absolutamente en blanco. Cuando escribió nuevamente fué para dar la respuesta con el acento y la forma del libro por el cual será siempre conocido:

"Yo soy el poeta de esclavos, y de los amos de esclavos
Soy el poeta del cuerpo
Y yo soy

Soy el poeta del cuerpo
Y soy el poeta del alma...

Yo soy el Poeta...

¿Te has imaginado que es hermoso nacer?
Te digo que sé que es igualmente hermoso morir;
Porque yo tomo mi muerte con los que mueren
Y mi nacimiento con el niño recién nacido."

Era un poeta. A la edad madura de veintiocho años, Walt había determinado por lo menos eso. No un conferenciante, no un actor, a pesar de sus muy hojeados libros de apuntador; no un periodista, aunque hubiese ocupado, durante un año, un puesto envidiable en un diario importante; ni siquiera un novelista, a pesar del anuncio de *Franklin Evans*. No era solamente un poeta, sino un nuevo género de poeta. Había luchado consigo mismo, como lo demostraba la vacilante repetición, antes de su franca declaración de hecho: "Yo soy el Poeta". Después de eso sólo necesitaba continuar, y así lo hizo, en la exaltada proclama de los cuatro versos sobre nacimiento y muerte. El borroneo secreto en la libreta de Walt precedía en diez años a la expresión concisa del misticismo trascendental de Emerson, con su "Brahma" que todos encontrarían tan desconcertante y grandioso:

"Si el rojo asesino cree que mata,
O si el asesinado cree que es asesinado,
No saben bien las sutiles maneras,
Yo permanezco, y paso, y vuelvo de nuevo...
Calculan mal los que me proscriben;
Cuando de mí huyen, soy las alas;
Soy el que duda y la duda,
Y soy el himno que canta el Brahmín..."

¿Cómo había llegado Walt a la espléndida convicción: "Yo tomo mi muerte con los que mueren. Y mi nacimiento con el niño recién nacido"? Por cierto que los Trascendentalistas habían dado gran importancia a la relación entre el hombre y la naturaleza y Dios, doctrina que, al hacer del hombre la esencia y cumbre de todas las cosas creadas, lo concebía también como una parte de la naturaleza, el reflejo físico del pensamiento de Dios. Y además, así como la naturaleza reflejaba a Dios, la mente del hombre se convertía en el espejo de la bondad celestial y del amor divino. Participando, como lo hacía, tanto de Dios como del mundo físico, el hombre, por lo tanto, se identificaba con las manifestaciones de la naturaleza y con el cuerpo y el espíritu de sus semejantes. ¿Acaso no eran todos un compendio de la esencia de la Deidad? ¿Qué es lo que hay de divino en un montón de ladrillos?", preguntó Emerson, contestando sucintamente: "Mucho. Todo".

Fuera de la órbita del Trascendentalismo, hasta donde concernía al movimiento en sí, Whitman pudo haber sentido su influencia sólo por reflejo, lo que presta más veracidad de la que los críticos están dispuestos a conceder a sus repetidas afirmaciones, a una edad ya avanzada, de que los ensayos y poemas de Emerson no tenían ninguna relación directa con el comienzo de Hojas de Hierba. Llegó a manifestarle a Burroughs que, hasta la época en que publicó la edición en cuarto, no había leído absolutamente nada de Emerson, aunque en el *Eagle* del 15 de diciembre de 1847 citó un párrafo de "Leyes espirituales", una de las conferencias de Emerson que, según admitió el mismo Whitman, era tan veraz como hermosa. No había nada en ese ensayo, sin embargo, que él no pudiera haber deducido de las palabras inspiradas del predicador cuáquero cuya personalidad influyó tanto en su crecimiento. Por cierto que en la época en que leyó las "Leyes Espirituales" ya había plantado en su libreta de apuntes el germen viviente de *Hojas de Hierba*. En un sentido general podría habérsele llamado a Emerson su maestro; pero su in-

fluencia irradió sobre el mundo intelectual sólo, como la luz del sol, que da un matiz a cada flor, cada uno en su especie. Walt Whitman, sin embargo, era un nuevo género.

Mucho tiempo atrás, cuando Whitman pensó en sí mismo por primera vez como el autor de un libro, había dicho con ingenua modestia: "Evitaría cuidadosamente el decir algo acerca de la mujer; porque corresponde a un modesto personaje como yo el no hablar sobre una clase de seres de cuya naturaleza, costumbres, nociones y conducta no ha podido reunir conocimiento alguno, ya sea por experiencia o por observación". Aun cuando sólo poseía entonces una noción incompleta del asunto, que antes habría omitido, ahora veía el sofisma que implicaba el excluir la mitad de la raza humana. El libro que proyectaba debía incluirlo todo, así como la naturaleza lo incluye todo. Entre muchos otros versos de su poema proyectado, escribió:

"Soy el poeta tanto de las mujeres como de los hombres,
La mujer no es menos que el hombre
Pero no es nunca lo mismo."

En esa ineficaz conclusión delató cuán insignificante era la seguridad que sentía respecto a la mujer. Pero el verdadero conocimiento de ésta habría de llegar aún a él.

Aunque por propia confesión no tenía experiencia alguna en cuanto al matrimonio, en su capacidad de redactor, no obstante, se encargó de ofrecer consejos no solicitados bajo el pretexto de un ensayo humorístico aparecido el día de los Inocentes de 1846: un año antes de que se eligiese a sí mismo como el poeta de las mujeres tanto como de los hombres. Bajo el título de: "Abigarrada es toda vuestra vestimenta", se explayó sobre el tema de lo tontos que son estos mortales, finalizando: "Como debemos detenernos en la categoría en alguno parte — concluimos con esa multitud (es un disparate no decirlo) de tontos solteros, los célibes y las doncellas que ya están en edad de casarse — pero que, a juzgar por las aparien-

cias, probablemente "morirán sin dar señales". Si la sabiduría es aprovecharse de los medios de felicidad más verdadera —un hogar, bienestar doméstico, hijos, y los mejores bienes— entonces el permanecer soltero es una gran tontería".

¿Por qué, podría preguntarse, no siguió entonces su propio consejo? Hombres mucho más jóvenes que él ya eran padres de familia en aquella época de casamientos prematuros. ¿Qué era lo que le impedía a él, un hombre robusto, que percibía un buen sueldo, asumir las responsabilidades que de modo tan vehemente recomendaba a otros? Contestó por su cuenta mediante una inocente generalización: "Existen algunos, sin duda, que no pueden ser culpados —a quienes circunstancias especiales mantienen ligados a la soledad—, pero la mayoría de ambos sexos pueden encontrar compañeros adecuados, si lo desean. Volveos, tontos, adquirid sensatez", finalizaba con repentina ligereza. "Comprad velas y camas cameras; construid una realidad en la vida y de paso prestad un servicio al Estado".

¿Cuáles eran las circunstancias a las que aludía, lo suficientemente válidas para impedir que la gente se casara? Que no eran ni sociales ni económicas lo manifestó claramente a través de la suposición de que "*la mayoría de ambos sexos puede encontrar compañeros adecuados*". Reconocía, no obstante, que ciertas circunstancias nada tenían que ver con la responsabilidad económica, pero eran lo suficientemente fuertes para constituir un impedimento para el matrimonio; causas físicas, tal vez, o más probablemente aun, psíquicas, puesto que la *incapacidad* de encontrar compañeros adecuados impedía la consumación que imponía a los solteros a quienes se dirigía. ¿Estaría él comprendido en la categoría de aquellos a quienes no debía culparse por permanecer solteros? En ese caso, ¿cuáles eran *sus* "circunstancias especiales"? ¿Había determinado ya ser el poeta entregado, unido únicamente a su poesía? ¿Había fracasado en su búsqueda de la compañera adecuada para él? ¿Acaso percibió en sí mismo alguna diferencia psíquica que lo separaba de la generalidad de sus semejantes? "Cons-

truid para vosotros una realidad en la vida", amonestaba, "y de paso prestad un servicio al Estado". ¿Sería que la crianza de niños constituía el argumento más convincente en favor del matrimonio? ¿Era únicamente un deber cívico? ¿Qué sitio ocupaba el amor romántico, que los poetas habían cantado siempre, en el proyecto de Whitman? ¿Por qué, ferviente patriota como era, no prestaba él "un servicio al Estado"? De haberse formulado estas preguntas debe de habérselas contestado satisfactoriamente, puesto que mucho tiempo después de aconsejar el casamiento a otros aún permanecía soltero.

El asunto, sin embargo, continuó preocupándolo. Diez meses después del artículo aparecido el Día de los Inocentes, publicó un breve párrafo, alarmante por su falta de relación con nada, a excepción, tal vez, de los propios pensamientos del autor: "¡Joven lector!, si gozas de buena salud, si tienes más de veintiún años, y nada que te "estorbe", ve y cásate".

En las oficinas del *Eagle,* a medida que los asuntos de política general iban ocupando el primer puesto, las diferencias entre el "patrón" Van Anden y su redactor tornábanse cada día más evidentes, especialmente con respecto al asunto del Abolicionismo en los territorios adquiridos. Desde el principio, como lo demostrara en sus editoriales, cuando el resto del Partido Demócrata vacilaba, Walt había sido un adicto a la Cláusula. Partidario leal, se había adherido al "standard" jacksoniano, salvando su conciencia como mejor podía sobre las discrepancias que comprobaba entre el ideal y la práctica en la obra de los Demócratas. Frente a la Cláusula, tanto el partido como su lealtad vacilaron. El "¡Bajad vuestros pies, Demócratas!" había resonado en vano para una mitad de los miembros del Partido Demócrata, como lo demostró claramente la convención que se reunió en Siracusa, en el verano de 1847, cuando, en sus acaloradas sesiones, la camarilla derrotó las propuestas del grupo de la Cláusula para alinear al partido junto a los defensores del Abolicionismo. Los Demócratas se dividieron en *Hunkers y Barnburners,* Conservadores e

"Incendia Graneros", por analogía con un agricultor que quemó su granero para destruir las ratas. *Hunker* representaba al demócrata inflexible que aceptó toda la rebanada de política del partido transmitida por la camarilla exasperada; *Barnburner* comprendía al exaltado disidente que destruiría al partido para eliminar abusos triviales. Un *Barnburner*, Whitman, no vió nada trivial en la cuestión del Abolicionismo y por consiguiente continuó usando su diario como una caja armónica para lo que él consideraba la política del buen partido. Van Anden le hizo una advertencia. Whitman persistió en sus actividades como *Barnburner*. El Abolicionismo, con sus derivaciones trascendentales, habíase tornado en algo demasiado serio para ser sometido a la lealtad de un partido.

En editoriales y posteriormente en verso, Whitman demostró la admirable pasión de que era capaz al tratar un asunto que comprometía sus convicciones. La esclavitud no debe extenderse por la tierra de los libres; la dignidad del trabajo no debe peligrar por los intereses de los propietarios de esclavos del Sur. Para Walt "el gran núcleo de trabajadores blancos", la espina dorsal de la nación, representaba uno de los factores más importantes de la gran democracia. La esclavitud los amenazaba haciéndolos competir con trabajos forzados. "Y esto —explicó— es lo que debe inducir a *los trabajadores del Norte, Este y Oeste, a rebelarse, como un solo hombre, en defensa de sus derechos, su honor* . . ." Debe espolear a los millones de trabajadores de América para que hagan sentir su importancia.

En medio de una soflama usual, como impelido por el cumplimiento de la misión poética recientemente confiada a su libreta de apuntes, Whitman irrumpió en una orquestación de sonidos sólo comparable con el arrollador hacinamiento de palabras sobre palabras, de *Hojas de Hierba*. "Que ellos proclamen entonces, en un tono tan recio como corresponde a su estupenda causa —exhortó a los trabajadores americanos— que su profesión *no* será hundida al miserable nivel de algo

que se halla apenas por encima de la brutalidad... Exigimos de cada mecánico del Norte, Este y Oeste — del carpintero de mangas arrolladas; del albañil con su paleta, del picapedrero de musculoso pecho, del herrero con su rostro cubierto de hollín, del armador de barcos de puños bronceados, cuyos tañidos resuenan tan alegremente en nuestros arsenales — de los zapateros y carreros y cocheros, y empedradores y porteros, y constructores de molinos, y peleteros y cordeleros y carniceros, y maquinistas, y hojalateros, y sastres, y sombrereros, y fabricantes de coches y ebanistas — del honrado aserrador y del peón albañil también, cuyos músculos les pertenecen — y de cada trabajador esforzado — que hablen con una voz cuya amplia resonancia proclame en todas partes que los *trabajadores* de los Estados Unidos libres, y sus problemas, no están dispuestos a ser colocados al nivel de los esclavos negros..."

Cualquiera que haya leído el editorial del 1º de setiembre de 1847, pudo gozar por anticipado del poder de catarata del léxico de Whitman: ese derramar e inundar de su inmensa emoción ante la vida, que rompía sus confines hasta llegar a un tono delirante. Ahora, por primera vez, en medio de la retórica de un apóstrofe político, aparecía el único poema que había publicado hasta entonces.

Ni Van Anden ni ningún otro de la facción conservadora vió motivo de regocijo, ya fuese en la forma o en el contenido de "Los trabajadores Americanos contra la Esclavitud". Durante cuatro meses más el refractario *Barnburner* fué tolerado en su puesto, y luego se encontró libre, de pronto, para explorar la ciudad como le pluguiese, sin la rutina de la visita diaria al sagrado refugio del *Eagle*. Ni las reyertas con Van Anden, ni la persuasión de políticos interesados lograron inducir al obstinado Walt a que recogiera la línea del partido. La colisión final sobrevino cuando atacó en un editorial la carta que el General Lewis Cass había enviado a Nicholson de Nashville, A. O. P., y en la cual el General, con ambicio-

nes hacia la Casa Blanca, rozó el tema peligroso de la extensión de la esclavitud, al abogar por el principio de autonomía local en el territorio adquirido.

"Todo esto podría suceder con una mejor demostración de cordura —escribió el perspicaz Walt el 3 de enero de 1848—, si el poder legislativo del Congreso, sobre todos sus territorios, no fuera tan supremo mientras *sean* territorios, como las Legislaturas de Estado sobre sus respectivos estados... ¿Existe un hombre cuerdo que diga que es beneficioso introducir la esclavitud de tal manera?"

Su franqueza le costó su cómodo "asiento"; pero no sin antes hacer bajar a puntapiés a un politiquero entremetido, por las escaleras del *Eagle*. Los diarios amistosos salieron en defensa del redactor despedido. Otros, con intereses políticos de por medio, se aprovecharon de la oportunidad para convertir al diario conservador en su piedra de afilar. Varias semanas más tarde, sin embargo, el *Tribune* contenía un anuncio a los efectos de que "el señor Walter Whitman, antes del *Eagle*", se haría cargo de un nuevo diario, que sería publicado por los *Barnburners*, en Brooklyn. Pero antes de que resultase algo de la proyectada empresa, Walt volaba hacia el Sur con alas libres y con una buena suma de dinero en el bolsillo.

Capítulo XI

¡OH, IMÁN - EL SUR!

Las circunstancias y los cambios comenzaron a hacerse sentir con la alborada del año 1848. Al principio, pese a las disputas con Van Anden, Walt había tenido escasas razones para temer por su puesto. De pronto se encontró en la calle, sin empleo y sin ninguna perspectiva de otro. No permitió, sin embargo, que esto influyera en sus placeres. Varias semanas después de aparecido su último artículo en el *Eagle*, durante un intervalo en el Teatro Broadway, se puso a conversar con un señor McClure, un sureño que se hallaba en Nueva York por negocios. Walt nunca vacilaba en dirigirse a cualquier persona con quien se encontrara, ya se tratase de un trabajador, en un "ferry", o del caballero adinerado que, a juzgar por su presencia en el *hall* de la ópera, debía de interesarse por las mismas cosas que él.

"Desconocido, si al pasar me encuentras y deseas hablarme,
¿por qué no habrías de hablarme?
¿Y por qué no habría de hablarte yo a ti?"

Después de las palabras de saludo, Walt descubrió que, aparte de la música, el desconocido compartía otro interés con él; pues, como el señor McClure se apresurara a manifestarle, había venido al Norte en busca de alguien que pudiese dirigir el diario que él y su socio, Hayes, estaban por fundar en Nueva Orleans. Walt y el señor McClure bebieron juntos

amistosamente. Cuando se despidieron esa noche, el señor McClure estaba convencido de que nadie sino Walt debía ser el director de *Crescent*. Walt no tenía nada que perder y mucho que ganar con el viaje al Sur. Además de un puesto bien remunerado —consideración secundaria para quien despreciaba las riquezas— tendría una oportunidad de conocer personalmente la amplitud de su bien amada América.

El diario debería empezar a publicarse en marzo. El 11 de febrero tomó el tren para Baltimore. No estaba solo. Como el señor McClure le había dado doscientos dólares para gastos de viaje, mucho más dinero del que requerían las modestas necesidades de Walt, llevaba consigo a Jeff, el hermano que lo adoraba. El muchacho tenía 15 años. Después de Eddie, Walt había demostrado un interés protector por Jeff, quien, a diferencia de los demás hermanos, gozaba del privilegio de tomar lecciones de violín pagadas del insuficiente presupuesto de la familia. Jeff, a su vez, respetaba a Walt con ese afecto simulador del hermano menor que ve en el de más edad todo lo que desearía ser.

Ninguno de los dos había viajado jamás lejos de su pueblo. El viaje a Louisiana asumió todo el encanto de una aventura. Los trenes, los pasajeros, el equipaje, la aglomeración y el ruido, las despedidas y las corridas para conseguir asientos — no había nada que Walt dejara de observar y registrar en su memoria casi fotográfica. Para él esto no era un simple viaje con el fin de ocupar un puesto en una ciudad distante. Era un viaje de devoción, un acto que lo acercaba más a la vastedad desconocida de América, la América que se convertiría en una parte de él, tanto como su propia carne. Había abandonado Nueva York, cada nervio hormigueándole ante la convicción de que era un poeta. No había un solo pensamiento en él que no volviera, de las impresiones recogidas y del momento vivido, hacia su secreta consagración a sí mismo. Llevaba consigo su libreta de apuntes. Todo en la vida debía encontrar un sitio en su gran proyecto, aunque hasta enton-

ces lo veía indistintamente, sin forma, exceptuando la sensación de su magnitud.

El viaje por ferrocarril hasta Baltimore duró un día. A las siete de la mañana siguiente cambiaron de tren para Cumberland, a ciento setenta millas de distancia. Los viajeros no perdieron nada del panorama. Durante muchas millas, como si siguiera el curso de un río angosto, interminablemente tortuoso, el tren, doblando donde él doblara, avanzaba dócilmente por las partes rectas. Walt se maravillaba ante la hazaña de ingeniería cuando, a medida que se internaban en la región montañosa, repentinas rocas, altas como los Alpes, se alzaban ora de un lado, ora del otro, en el yermo escenario invernal. ¡Qué ingeniosidad debían haber desarrollado para abrirse paso a través de esos poderosos contrafuertes de la naturaleza! La empresa rendía enormes ganancias, sin embargo, consideró el Walt de política sensata, que inmediatamente empezó a reflexionar en lo mucho que se hablaría antes de que el camino se extendiera hasta Wheeling.

El tren se detuvo en el *Ferry* de Harpen. No bien hubo frenado, la estación se convirtió en un pandemónium de gritos y un resonar de campanas, mientras un ejército de empleados de hotel hacía todo lo posible por convencer a los hambrientos pasajeros de que cenaran en tal o cual sitio especial. ¡Poco sabía Walt acerca del terreno que pisaba, o qué tragedia se desarrollaría allí! Con el tranquilo placer del viajero, él y Jeff comieron una cena sustanciosa por veinticinco centavos, y tuvieron tiempo de sobra para observar la variedad del paisaje, las bruscas colinas y las casas que se encaramaban, una encima de otra, hasta llegar a la cumbre.

A la caída del sol llegaron a Cumberland. Ciudad próspera, con sus diarios y hoteles florecientes, la caravana de carretas cubiertas con su cargamento para los mercados del Este, que llegaban en fila desde cientos de millas al Oeste, ofrecía un original espectáculo. Las caravanas enormes, pesadas, de vehículos cubiertos de lona, altos en cada extremo y bajos

en el medio, con sus yuntas de cuatro o seis caballos, ponían una nota extranjera en el paisaje americano. Walt nunca se había encontrado con una caravana en las llanuras, pero debía de parecerse a una procesión como aquellas, reflexionó. Un junco chino, que había visto expuesto en Nueva York hacía poco tiempo, presentaba el aspecto raro, ahuecado, de las carretas de Pennsylvania. Y todo esto en los Estados Unidos, a los que sólo había conocido desde la ancha entrada de Nueva York. Estremeciéndose ante la vastedad y variedad que ahora veía con sus propios ojos, su fe en América sintióse ratificada. Todo podía encontrarse aquí donde todo, no obstante, aún se hallaba por descubrir. El Viejo Mundo y lo mejor de él había sido asimilado hasta que todo formaba parte del Nuevo, y la belleza de los tiempos pasados viviente en alguna sutil variante que era, con todo, claramente americana.

Emocionado, Walt reconoció la fusión a medida que veía más del país cuya grandeza hasta entonces sólo había contemplado en su imaginación. Excitado por lo desconocido, que daba a su viaje la novedad de una excursión por regiones exóticas, no pudo olvidar ni un momento que su entusiasmo era perfectamente legítimo. Había pensado en los Alpes y en estepas, ante ciertos aspectos del paisaje americano. Bien. Pero había pensado en ellos tan sólo para demostrar que aquí también existían semejantes maravillas. Cuando llegara el momento en que él expresara "lo que era" América, lo haría en términos americanos. Teniendo presente esa determinación, hizo sus notas, empeñándose en una originalidad de estilo. La novedad era todavía demasiado fresca, sin embargo. La originalidad, aún no sazonada por una reminiscencia tranquila, dió a sus primeros esfuerzos una espantosa vulgaridad que apenas podía conciliarse con el poeta de la libreta de apuntes. "La noche que ahora cae en torno nuestro, como un manto muy amplio de paño fino (supongo que esa imagen, al menos, no ha sido utilizada por los poetas) y los montes Apalaches produciendo "algunos zapallos" (como dicen aquí), justo en-

frente de nuestras narices, subimos a las varias diligencias de cuatro caballos... en las cuales seríamos transportados por encima de los grandes cerros... Ascendíamos con mucho esfuerzo, y descendíamos con gran alboroto... por esas inmensas verrugas sobre el enorme seno de la naturaleza."

De Cumberland a Wheeling los coches avanzaron estruendosamente sobre los Apalaches, mientras los nueve pasajeros que transportaba cada uno pasaban el tiempo conversando. Walt habló, o, mejor dicho, escuchó a un patriarca lenguaraz que regresaba de Washington, adonde había ido para reclamar una recompensa que le debían hacía tiempo por la captura de un bergantín mercante británico durante la guerra con Inglaterra. El bergantín-navío había estado flotando en las aguas de Nueva Inglaterra. Lo había capturado y remolcado al puerto, con su balandro y tuvo la satisfacción de comprobar que el gobierno vendía su cargamento por miles de dólares. Como no poseía documentos de corsario, no recibió parte alguna de la venta, pero aún mantenía la esperanza, después de tantos años, de que Washington le daría su recompensa. "Pobre viejo", reflexionó Walt. "Si vive hasta conseguir que el Congreso le pague, será inmortal".

Admiró, sin embargo, el espíritu del hombre que insistía en sus derechos aun cuando era muy probable que su acto de heroísmo no conociera otra recompensa que la del olvido. Aparte de eso hablaba con sentido común de la guerra mejicana, recientemente terminada, y abogaba por pensiones de gobierno para los veteranos inválidos. Era un tema que tocaba de cerca a Walt, quien había escrito en el *Eagle*: "Si hemos de tener guerra, los soldados rasos, los *trabajadores* del ejército, deberían ser bien remunerados. Deberían cedérseles terrenos de las tierras del Gobierno en el Oeste..." Poblado de héroes, el Oeste produciría héroes, como este admirable anciano que había traído trece hijos al mundo. "¡Todos vivitos y coleando!", se admiró. Se estaba encontrando frente a frente con sus conciudadanos, hombres del Oeste,

incorruptos, y los amó por su hombría y por su hábito de pensar sin ayuda de nadie.

A cada diez millas, más menos, los coches se detenían frente a las largas y humildes fondas para cambiar caballos. Los pasajeros descendían tiesamente los estribos y se arrebujaban en sus sacos y mantos, alzaban la vista a las montañas circundantes, a los desnudos árboles invernales, y se apresuraban hacia ese gran agujero de luz en la vaguedad iluminada por la luna, que significaba un fuego acogedor en la posada. Las escenas en la sala de espera poseían para Walt un interés singular. ¿En qué otra parte tenía uno fuegos tan estupendos, tipos tan variados, como aquellos rollizos ganaderos descansando sobre los bancos o tendidos frente al fogón, mientras el resplandor rojizo ora los iluminaba, ora los dejaba de nuevo en la penumbra? Había aquí cuadros dignos de un gran pintor, "Un pintor *americano*" pensó Walt, "uno que, sin esforzarse continuamente por ser el segundo o tercero en *la imitación*, aprovecha ocasiones originales y verdaderamente pintorescas como éstas para sus telas".

Afuera la naturaleza yacía en un solemne hechizo. De pie en el extremo del porche de una fonda, Walt, con esa actitud que siempre fué suya, se convirtió en lo que veía. Era un espectáculo majestuoso. De un lado se erigía una roca imponente; por todas partes la tierra montañosa se alzaba hacia el estrellado cielo de invierno. "Un silencio de tumba se extendía sobre esta escena solemne; las montañas estaban cubiertas por sus blancas mortajas de nieve — y los árboles dominantes parecían negros y amenazadores; sólo las estrellas más grandes eran visibles, y brillaban con un resplandor diez veces mayor. En esos instantes uno siente que el corazón se eleva irresistiblemente hacia Aquel de quien estas augustas apariciones son apenas las más "mínima emanación". *La noche, el sueño, la muerte y las estrellas* ... Su yo íntimo respondía siempre a la grandiosidad de estas *apariciones*, las cuatro cuerdas universales de las que iba a extraer su música más noble.

Después de una parada en Uniontown, en la madrugada gris, los viajeros llegaron a Wheeling un domingo, ya bien entrada la noche. En el muelle, el "St. Cloud", las calderas listas y las lámparas encendidas, se hallaba pronto para el viaje de descenso por el Ohio a Nueva Orleans. Fatigados por el traqueteo de los coches, Walt y Jeff se retiraron inmediatamente a su camarote para un bien merecido descanso. El paquebote zarpó casi en seguida. Cuando, a las seis de la mañana siguiente, Walt se despertó al toque de la campana para el desayuno, descubrió que el vapor había recorrido una buena parte de la distancia a Cincinnati.

La luz del día y el haber dormido una noche entera le dieron energías para sus exploraciones. No pasó por alto ninguna parte del barco. Descontando a sus compañeros de viaje, encontró el "St. Cloud" ocupado por la más heterogénea colección de ganado que jamás se embarcara en un arca de Noé. Aparte de un perro, residente permanente del barco, topó con jaulas llenas de gansos, pavos y otros bípedos plúmeos, que elevaban sus protestas en un concierto discordante, secundado por el bajo profundo de numerosos cerdos. Durante las frecuentes paradas a que obligaba el cambio de cargamento (porque el "St. Cloud", un barco de carga, sólo llevaba pasajeros por cortesía), variaba la cantidad y el género de ganado. Muchos otros tipos de carga eran admitidos, sin embargo, en los diversos puertos — aquí, barriles de carne y manteca de cerdo; allí, bolsas de café, rollos de cuero, mercancías generales y otros artículos de primera necesidad. Familiarizado hacía tiempo con la vida de puerto de Nueva York, Walt calculó que el pequeño "St. Cloud", gracias a las tácticas comerciales de su sagaz capitán, conseguía transportar suficiente carga como para un transatlántico.

Disfrutó de la vida a bordo. Se levantaba con los demás, poco después de amanecer, comía en la mesa común, leía, y durante las largas noches hacía tertulia con los que fumaban en torno de la estufa. Las mujeres no se mezclaban con los

hombres. Más allá, en su parte del salón, permanecían sentadas la mayor parte del tiempo, sin hacer nada. — "¡Y por lo que pude descubrir, sin decir nada!"

Pero hasta las mujeres fueron arrancadas de su apatía cuando, al cruzar los saltos del Ohio, un poco más abajo de Louisville, el capitán decidió pasar sobre la "zona de ebullición" en lugar de tomar por el canal. Durante un trecho, el Ohio caía unos veinte pies en el curso de una milla. El intrépido capitán, guiando el barco por las aguas poco profundas, corría un gran riesgo. Más de una vez el casco rozó las rocas, mientras los timoneles se mantenían tensos; pero felizmente el "St. Cloud" realizó el peligroso pasaje sin contratiempos.

En Cairo, el turbio y amarillento Ohio cedía su sitio al "Padre de las Aguas". En esa confluencia se detuvieron el tiempo suficiente para que Walt expresase su decepción ante la ciudad que, a pesar del desembolso de dinero, seguía siendo un sitio húmedo, malsano. "Es dudoso que Cairo llegue a ser jamás "un gran temblor" (sitio de importancia), a no ser a la manera de un escalofrío", dijo irreverentemente, empleando un retruécano.

El resto del viaje prosiguió tranquilo, exceptuando las paradas en los puertos, que para Walt siempre eran de un enorme interés. Luego, una noche, en el Mississippi, bajo la fascinación de la oscuridad y del mar, escribió un poema, no en los nuevos ritmos que había confiado recientemente a su libreta de apuntes, sino en los trillados cuartetos de sus poesías adolescentes. Una nueva sensibilidad, una conciencia de lo por venir, casi un presentimiento recubría los versos, como si un impulso interior, o un deseo, o un miedo, se la hubiera manifestado en la noche misteriosa.

¡OH, IMÁN - EL SUR!

"¡Cuán solemne! ¡barriendo esta densa marea negra!
Sin benévolas luces allá arriba en los cielos;
¡Una lóbrega oscuridad a ambos lados,

Y una idéntica oscuridad total frente a nosotros!
Ahora, más cerca de la descendente orilla,
Se alzan de pronto extrañas sombras;
Formas de niebla y confusos fantasmas
Desconciertan los obstinados ojos del contemplador...
¡Oh, incansables aguas! Como el rápido sueño de la vida,
Siempre hacia adelante, siempre apresuradas,
Os parecéis a la muerte, a esta hora de la medianoche,
La vida de vuestras heladas gotas se hunde velozmente."

¿Qué voz interior le hacía una advertencia, y por qué esta insistencia en la muerte cuando, más libre que nunca, podía, si así lo deseaba, verter los "reprimidos ríos dolientes" de su ser en el insondable océano de la vida?

Unas cuantas paradas más, en Cincinnati, en Louisville, y el "St. Cloud", siguiendo la última curva del río, entró jadeando en el muelle de piedra de Nueva Orleans, fabulosa ciudad del Sur, ya muy tarde. Durante un largo rato, mientras los pasajeros y su equipaje eran desembarcados sobre los guijarros, el "St. Cloud" mantuvo sus luces en un resplandor de fiesta entre los espectros de los barcos anclados a su alrededor. Pero ninguna luz brilló con mayor promesa de aventura para los jóvenes viajeros que las lámparas difusas del barrio histórico de Nueva Orleans. Cuán lejos parecía hallarse Nueva York, donde, aun en ese mismo instante, el *Eagle* mantenía una disputa con el *Advertizer* acerca de la destitución de Whitman:

"Es verdad, como tú dices,
Echamos a Whitman,
Pero ese es asunto privado;
Mas ya que has hablado
Quiero que sepas, hombre, por esto
Que no tienes ingenio de sobra."

Las consecuencias de ese asunto privado fueron las más trascendentales en la vida de Whitman.

Capítulo XII

DESDE DOLIENTES RÍOS REPRIMIDOS

Cuando, en 1718, Jean Baptiste Lemoine, señor de Boinville, eligió la cañada de una triple curva del Mississippi como asiento de la ciudad a la cual dió el nombre del Regente de Francia, debe de haber poseído un extraordinario don profético para ver en ese pantano cubierto de sauces y palmitos enanos la capital de la provincia de Louisiana. Apenas más prometedora, como ciudadanos de la futura Nueva Orleans, parecía la ingobernable canalla de galeotes, aventureros y buscadores de oro que bajo su dirección despejaron la tierra, tanto de su vegetación dañina como de las muchedumbres de serpientes y lagartos que, desde la época de Adán, obedecían sin ser molestados el decreto bíblico de crecer y multiplicarse. A medida que la colonia afirmaba sus cimientos, el racimo de miserables chozas construídas por sus fundadores cedió su sitio a sólidas casas que mantenían el donaire de la arquitectura del Viejo Mundo. Más tarde, después del gran incendio de 1788 que redujo a cenizas la mayor parte de la ciudad vieja, resurgió embellecida sin perder nada de su antiguo encanto. Puesto que ocupaba una importancia estratégica y comercial, Nueva Orleans se extendió desde la cañada original, que le había dado el nombre de "Ciudad Creciente" por su curvada costa, hasta una extensa metrópoli que llevaba, como si fuese en el bolsillo, el "Vieux Carré", o el viejo rectángulo de la ciudad primitiva.

Hasta 1803 Nueva Orleans, con el resto de Louisiana, se había desarrollado bajo la influencia de Francia y España. Pero el 30 de noviembre de ese año, en la sala del concejo de la ciudad, el pueblo de Louisiana renunció a su lealtad al Rey de España, cuando las llaves de la ciudad fueron devueltas al prefecto colonial francés en una simbólica ceremonia. Tres semanas más tarde las llaves pasaron a manos de los comisionados de los Estados Unidos, por derecho de compra de un gran trecho de la provincia histórica.

La ciudad prosperó bajo el nuevo régimen, especialmente después que Louisiana fué admitida como un estado de la Unión. El barrio americano o *New City* se estableció al sudoeste, sin alterar el "Vieux Carré" con sus pintorescas casas, sus paredes estucadas y celosías de hierro forjado, los macizos candados y goznes de los españoles y las delicadas urnas, fuentes y estatuas de los franceses. Con los balcones cubiertos de rosas y enredaderas, Nueva Orleans se transformó en la digna residencia del magnate comercial, cuyo gusto guiado por el dinero y la moda también sucumbió a la gracia de lo que veía a su alrededor. "St. Charles Avenue" y "Canal Street", con sus hermosos edificios nuevos y su activo aspecto comercial, acentuaban más bien que dañaban el viejo encanto de la calle "Toulouse" y "Dauphiné", Unzaga, Salcedo y Casa Calvo, nombres que eran como las mayúsculas iluminadas en una página de historia. La historia, en realidad, había dejado testimonios aun más sólidos, como la plaza Lafayette y la estatua ecuestre de bronce de Andrew Jackson en la Plaza de Armas, que muestra al héroe en el momento en que hace su entrada triunfal después de la batalla de Nueva Orleans, en 1815.

Cuando Walt puso los pies en la ciudad histórica, en la noche del viernes 25 de febrero, sólo tuvo tiempo para encontrar una pieza para él y Jeff. Después de instalarse provisionalmente, al día siguiente comprobó que su hospedaje dejaba mucho que desear. Por lo tanto, se mudó algún tiem-

po después al hotel Frémont, en el distrito americano. No podía hallarse mejor situado. Del otro lado de la calle, el "St. Charles Hotel" rebosaba con las idas y venidas de visitantes de todas partes del mundo. *Rancheros* de Sud América se codeaban con artistas de fama mundial, atraídos por los teatros y coliseos bien concurridos, orgullo de la aristocracia criolla que había hecho de la ciudad la capital de la música en América. Al primer coliseo para tales espectáculos, el "Théâtre de St. Pierre", erigido en 1791, le había seguido el "St. Philippe", diecisiete años más tarde. El imponente edificio, copiado de los teatros de ópera del siglo dieciocho, en Francia, contenía plateas y dos filas de palcos donde las bellezas criollas y otros miembros de la sociedad latina y americana podían exhibir sus joyas junto al baluarte protector de sus acompañantes. Ninguna dama iba sola al teatro. Para proporcionar aislamiento, y también en consideración a los sentimientos de aquellas personas de luto que buscaban el consuelo de la música, el "Théâtre d'Orléans", instaló, al ser construído, unos cuantos palcos provistos de enrejado.

El arte de vivir se desarrolló en alto grado. Durante la temporada, mientras los carruajes de la sociedad congestionaban las avenidas próximas a los teatros, el distrito cercano a la Catedral de la calle Orleans, en el barrio viejo, hervía de gente de la ciudad que se dirigía a los famosos bailes de mulatos en el Convento de la Sagrada Familia. El edificio de ladrillos, que había sido transferido a una Hermandad de Negras, ponía su santidad a un lado en tal ocasión, y la alegría reinaba en obediencia a la tradición de Nueva Orleans de tolerarlo todo menos la intolerancia. "Vivir y dejar vivir," aunque no formulado, se convirtió en el precepto de vida entre un pueblo que había asimilado el gusto por los placeres de los franceses y el espíritu romántico de los españoles. El puritanismo por sí solo, con sus rigores y prohibiciones, era algo desconocido. Nueva Orleans, en realidad, había tomado tantas cosas del modo de vivir europeo, que durante la época de

vacaciones, miles de visitantes acudían de todas partes de América para asistir a los brillantes festejos.

La población por sí sola se bastaba para conferir a la ciudad un exótico encanto. Primero vinieron los criollos en quienes predominaba la raza europea, a través de la mezcla de sangre de los franceses, los franco-canadienses y los colonizadores de las Antillas francesas y españolas. Durante generaciones se habían mantenido aislados. Más tarde, los españoles de alta alcurnia se mezclaron con las criollas de Louisiana, pero la estirpe original conservó las antiguas características bretonas y normandas, pues los criollos no permitieron que la influencia española hiciese sino algunas grietas en su coraza conservadora. Mucho tiempo después que la Revolución Francesa hubo cortado cabezas aristocráticas, con peluca y todo, y substituído los calzones cortos por el pantalón proletario, el criollo de Louisiana se adhería aún a las modas de antaño. Ya bien avanzado el siglo diecinueve, la media de seda y las hebillas de plata, la peluca y el sombrero de pluma podían verse en los palcos de los teatros de ópera. Solamente después de introducida la modernidad anglo-americana, con la ola inmigratoria de los Estados, demostraron los criollos señales de ceder, y entonces tan sólo para suavizar la aspereza del elemento nuevo: el *Americain*.

Aquí y allá la huella española podía verse con asombrosa pureza en algún rostro oscuro, de ojos límpidos y facciones agudamente definidas, nítidas como el perfil de un camafeo. Más a menudo, se evidenciaba un vaciado europeo en el bronce de un rostro africano, como si un escultor curioso hubiese realizado experimentos con sus pátinas. Aunque las líneas de demarcación permanecían rígidas entre las clases, el cuarterón, resultado de la mezcla de las razas negra y blanca, gozaba de privilegios desconocidos para el resto de la población negra, con la cual, a pesar de una limitada libertad legal, estaba vinculado. Empero, hasta esas infracciones de casta eran aceptadas por el código de Nueva Orleans como una prueba de tolerancia social.

Walt se encontró en la mágica ciudad en plena temporada veraniega. Bailes, piezas de teatro, conciertos, procesiones carnavalescas que abarcaban un período considerable, conferían a Nueva Orleans un alborozo entusiasta que se comunicaba al juicioso holandés. Cada día traía sus aventuras. En la época de su llegada la ciudad se hallaba atestada por los hombres del General Taylor, relevados de los peligros de la guerra, que sacaban el mayor partido posible de aquellos placeres, sin igual en ninguna parte de los Estados Unidos. Los uniformes sencillos y las charreteras erraban por toda la ciudad. El derroche y la alegría, intensificados después de las privaciones de la campaña mejicana, se pusieron a la orden del día. Walt se mezclaba a las multitudes. Entre los estibadores, los negros, los boteros, los marineros de los malecones llenos de gente, encontró la vida sabrosa que excitaba su sangre. Hablaba con los tipos curiosos del mercado francés, con los vendedores ambulantes negros e indios que le parecían ejemplares admirables, con la apuesta mulata criolla, una noble criatura, de unas doscientas treinta libras de peso, que le servía su desayuno compuesto de un bizcocho y de una gran taza de un café maravilloso, vertido de una lustrosa cafetera de cobre cuyas proporciones igualaban a las de la vendedora. Muy temprano, como el aire que respiraba, absorbía la fácil tolerancia de la gente en torno suyo, junto con el conocimiento superficial del idioma francés que se convirtió para él en la llave de la liberación psicológica. La conciencia dominante aflojó su vigilancia, y Walt hizo en Nueva Orleans lo que veía hacer a los otros. Él, que alguna vez había condenado al café y todos los estimulantes, no sólo adoptó la costumbre de concurrir al quiosco de la mulata, sino que también comenzó a conocer las virtudes de los vinos importados y el suave cognac francés de las calmosas tabernas. Con frecuencia la "St. Charles" lo vió con sus "habitués", frente a los vasos de vino con azúcar, coronados de nieve y fresas, según la costumbre popular de Nueva Orleans.

Y empezó a fijarse en las mujeres, no como en Nueva York, donde el velo de un falso idealismo había empañado su vista, sino como su imaginación le mostrara a la seductora Margaret, de *Franklin Evans*. Veía su tipo por todas partes. Sus ojos miraban el rostro de las mujeres del mercado que caminaban con la majestad de reinas bajo las cargas oscilantes sobre sus cabezas. Alcanzó a verla detrás de una persiana. La contempló, más hermosa que nunca.

En la Vieja Catedral, entre otras como ella, beldades criollas de ojos oscuros, que llevaban sus libros de misa de cantos dorados "con un aire que parecía indicar que la belleza era parte de la religión". Más accesible podía encontrársela entre las vendedoras de flores, como aquella que se instaló al lado de donde Walt vivía, frente al "St. Charles Théâtre". En el artículo que le dedicó en el *Crescent* la llamó "Señorita Oscura Griseta". — "Su ordenada cesta de exquisitos ramilletes descansa a su lado, y tiene una sonrisa y un guiño para cada uno de los transeúntes que a su vez tiene un guiño o una sonrisa para ella." Walt, el del saludo siempre pronto, no podría, sin duda, corresponder con un desaire a quien se tomaba el trabajo de mostrar una simulada ligereza.

"Puede recomendar un elegante ramillete de flores con toda la gracia del mundo, y su estilo de "cómpreme una escoba" al dirigirse a sus conocidos tiene, por cierto, un algo muy cautivante. Posee bonitos ojos, una barbilla bonita y una boca por la cual daría miles más de una heredera envejecida y ajada. El "embonpoint" de sus formas está lleno de atractivos... El rojo de sus mejillas luce a través del velo, y su largo cabello lustroso es *casi lacio*." De nuevo la bastardilla enfática ante el detalle revelador: el cutis de Margaret "apenas alejado del blanco puro", y el cabello "*casi lacio*" de Grisette. Era aquí, entre las mujeres del Sur, con cuya sangre se había mezclado el sol tropical, donde Walt encontró la belleza capaz de ablandar su resistencia. Por algo opuso a su deseo el obstáculo de las diferencias raciales.

Sus colaboraciones para el *Crescent*, que hizo su primera aparición el día 5 de marzo, después que Walt hubo tenido amplias ocasiones para mirar alrededor suyo, mostraron el belicoso redactor del *Eagle*, de otros tiempos, con un humor tristemente suavizado. Se había hecho cargo de un puesto de responsabilidad, y tan bien remunerado, que él, que jamás pensara en acumular dinero, decidió ahorrar mil dólares a fin de adquirir una granja para su madre. Públicamente seguía despreciando el dinero, y aprovechó la muerte de Jacob Astor para predicar un sermón sobre la incapacidad de aquél para brindar una felicidad verdadera. ¿Qué dicha había existido en la mansión que ostentaba la chapa de "Mr. Astor"? ¡Uf! La casa le producía una especie de escalofrío cuando pasaba frente a ella, aun en verano... "Los asuntos domésticos del señor Astor nunca fueron felices", agregó al final.

El dinero, la felicidad doméstica, los temas de contrapunto producirían una música interesante en el artículo del soltero que había aconsejado el matrimonio a los otros. ¿Estaría ahora meditando en su propio casamiento? Y el plan de ahorrar dinero para una casa granja, ¿acaso era motivado por la esperanza de que podría llevar una esposa a vivir en el estrecho círculo doméstico del cual su madre constituía el centro?

Fuere lo que fuese lo que había comenzado a fermentar en él, empezó a hacerle extrañas jugadas en su trabajo, como notaron al poco tiempo los propietarios y demás redactores. Durante las dos primeras semanas Walt había dado completa satisfacción. En realidad, con su artículo en el cotidiano *Crescent*, defendiendo el desnudo en espectáculos como el de los "Artistas Modelos" del D. Collyer, había iniciado una controversia, lo que siempre constituía una señal de interés. Walt se había sostenido firme ante la oposición general en medio de un siglo intoxicado por las reformas, en que la vista de un tobillo femenino hacía sonrojar las mejillas masculinas. "La sola objeción que concebimos en cuanto a la figura desnuda, surge de una suposición de vulgaridad y grosería inten-

cionadas", afirmó, al defender su artículo contra el *Herald* de Mobile. "Nadie supondría que Eva en el Paraíso —ni Adán tampoco— ofendieran a la mente... Entre todas las obras de ese Poder que muestra así en los sistemas más estupendos y como en sus más pequeñas cosas, una armonía y perfección tan indecibles, nada puede compararse con la «obra maestra del cuerpo humano», ¡su obra final y consagratoria!" Había sido, por cierto, un asunto delicado el emprendido por el redactor de Nueva York, pero como no perjudicó en nada a la circulación del *Crescent*, McClure y Hayes no hicieron objeción alguna.

Durante algún tiempo le permitieron el libre uso de las tijeras para extractar artículos de los diarios de canje, que Walt entregaba más tarde a Jeff para que los vendiera en su propio beneficio; dejaron pasar, sin corregir con el lápiz azul, sus artículos de fondo y sus gacetillas; hasta permitieron que se publicaran sin comentario algunos apuntes de color local acerca de ciertos caracteres de Nueva Orleans. Luego, inexplicablemente, por lo menos para Walt, la actitud de sus jefes cambió. La cordialidad se convirtió en una extraña frialdad, y aunque no dieran razón alguna para ese cambio, hicieron lo suficiente mediante indirectas para indicar que ya no necesitaban su colaboración. Jeff, el pobre inocente Jeff, que efectuaba toda clase de trabajos por cinco dólares semanales, recibió todo el peso de su irritabilidad y le fué asignada una tarea mucho más pesada de la que Walt hubiera permitido. El muchacho no se encontraba bien. Además de sentir una nostalgia terrible en esa ciudad que no tenía para él las atracciones que brindaba a Walt, sufría también de los efectos de la región, notoria por sus epidemias de cólera. Walt, cuya salud era "de lo más excelente", y que, en realidad, se sentía mejor que nunca, notó la frialdad de los dueños del *Crescent* y se sorprendió sin explicárselo. No permitió, sin embargo, que ello afectara a su norma de vida, que lo instaba, no importa donde estuviese, a hacer que su trabajo contribuyese a su pla-

cer y su placer a su trabajo. Le gustaba Nueva Orleans. Era una ciudad donde no existían severas leyes puritanas, donde un hombre podía bailar y cantar los domingos sin que le recordasen que el Señor quiere reposo en su día; donde los teatros empezaban a las seis y media y duraban hasta bien entrada la noche; donde los asuntos de honor o del corazón eran arreglados románticamente en los "Robles de Desafío"; donde las mujeres, sin distinción de color, eran hermosas, y donde el amor era verdaderamente amor. Las mujeres y el amor, junto con el dinero y la felicidad doméstica, aparecían en sus artículos como temas frecuentes. Estaba angustiado por un fuerte trastorno emotivo. Dominado por él, tenía que hablar; pero, siendo Walt, hizo su confesión cautelosamente y en términos tan ajenos a su sentimentalismo, que hasta el día de hoy sus biógrafos se sienten poco dispuestos a utilizar esa pesada llave del secreto de su corazón. Su esbozo "Samuel Sensitivo", que apareció el 2 de mayo, y su artículo "Una Noche en el Baile de Terpsícore" del 18 de mayo, ofrecen los dos indicios más positivos; el primero en la descripción sentimentaloide de un mozalbete que suspira de amor, y el segundo en el relato en tono personal del encuentro romántico de Walt con una mujer casada en un baile de máscaras. Por sí solos constituyen cimientos demasiado frágiles sobre los cuales reconstruir su secreto. Sucediéndose como se suceden, y apoyados por otros datos, agregan pruebas a la aceptada teoría de un asunto amoroso en Nueva Orleans.

Fué su libreta de apuntes, la libreta con la cual no era necesario guardar reserva, la que recibió su íntegra confianza. Porque allí hablaba, no como Walt Whitman, el hombre accidental, sino como Walt Whitman el Poeta que, como él había escrito, poseía "la gramática divina de todas las lenguas". Lo que él contaba podía no ser creído por todos. Pero eso estaba bien. "Las verdades que yo te digo, o que digo a cualquier otro, pueden no ser comprensibles para ti, porque no las traduzco plenamente de mi lenguaje al tuyo. Si lo pudiera hacer,

y hacerlo bien, serían tan aparentes para ti como lo son para mí; porque son verdades". Por el momento, bastaba con que él mismo percibiera aquellas verdades.

Y las percibía con su corazón y su cerebro y cada uno de sus sentidos. Por el fabricante de prodigios de la experiencia física, que en Walt implicaba tanto el alma como el cuerpo, el gigante, agobiado por las cadenas del puritanismo y las convenciones, rompía ahora sus ligaduras para elevarse a la totalidad de su talla.

"Yo soy el poeta del pecado,
Porque no creo en el pecado",

escribió, envalentonado por su libertad. Generoso en sus ya no reprimidos poderes, hombre al fin, hubiera hecho potentes a todos consigo. Así como él había nacido de nuevo, quería que todos llegaran a la plenitud de su virilidad.

FUERZA

¿Dónde se halla uno malogrado, sarnoso, frío
— Extenuado en su vigor masculino?
¿Sin sustancia y de vacilantes rodillas?
Agárrate de mí fuertemente, débil hermano mío,
Para que yo te infunda firmeza y chorros de vida...
Tengo copiosas reservas y me sobran
Y te regalo de todo lo que tengo.
Y primero te doy de mi amor.

Él también había permanecido sin desarrollarse, hasta que en un lugar nuevo, lejos de influencias represivas, había tenido la fuerza de hacerse hombre. La intensidad de la experiencia convulsionó todo su ser. En su conciencia irrumpieron atrevidos conceptos, informes como terrones de lava arrojados desde las profundidades volcánicas en el estruendo de la erupción. Sus agitados sentidos clamaron por un alivio que solamente podía encontrarse en la expresión, después del flujo y reflujo de la pasión. ¿A quién si no a sí mismo podía el

poeta decir las verdades que había descubierto, hasta que, en su función de "traductor y ensamblador" las escribiera en el lenguaje de la humanidad? Ardiente como el oleaje del deseo, caótico como la pasión, escribió en su libreta el salmo de sus despertados sentidos, con palabras tomadas de lo concreto y de lo místico, hasta que apenas podía distinguir entre su cuerpo y su propia naturaleza, entre su alma y Dios.

"El más leve tirón de mí ha liberado todos mis sentidos menos el del sentir . . .
Se mueven acariciadoramente a lo largo de mi cuerpo,
Se abandonan y vienen con lisonjas a cualquier parte de mí que tocan.
A mis labios, a las palmas de mis manos, y a todo lo que mis manos retienen.
Cada una trae lo mejor que tiene,
Porque todas están enamoradas del contacto . . .
Un contacto ahora me lee en un instante una biblioteca de conocimientos.
Huele para mí como la fragancia del vino y ráfagas de azahar.
Tiene para mí el sabor de fresas y melones maduros, —
Me hablan con un lenguaje propio . . .
Los centinelas han desertado toda otra parte de mí,
Me han dejado indefenso al torrente del contacto,
Han venido todos al promontorio para atestiguar y ayudar en contra de mí.
Vago borracho por todas partes, y me tambaleo,
Me entregan los traidores,
Hablo desatinadamente y sin duda he perdido la cabeza,
Yo mismo soy el más grande traidor,
Yo mismo fuí el primero en ir al promontorio.

¡Suéltame, contacto, me quitas el aliento de la garganta!
Abre tus portones — tú puedes más que yo.

¡Feroz Luchador! ¿es que guardas tu apretón más fuerte para lo último?
¿Me aguijonearás más en la despedida?
¿Forcejearás hasta en el umbral, con espasmos más deliciosos aun que todos los anteriores?
¿Te duele tanto el tener que dejarme?
¿Deseas acaso demostrarme que aun lo que hiciste nada era comparado con lo que puedes hacer?
¿O te has confabulado con todos los demás para ver cuánto puedo resistir?
Pasa como quieras; toma gotas de mi vida, si es eso lo que buscas,
Pero pasa a alguien más, porque yo no te puedo contener ya.
Tenía yo más de lo que pensé,
No creí que era suficientemente grande para tanto éxtasis
O que un contacto pudiera vaciarme de todo."

Nunca un americano había descrito con tanta fuerza el lenguaje de los sentidos, tambaleándose aun en la embriaguez de la realización.

¿Quién era la mujer cuyo poder había derribado las compuertas de su resistencia, soltando los torrentes de su deseo? Sería alguna florista inculta, sabia únicamente en las cosas de la naturaleza, alguna con una boca "por la cual daría miles, más de una heredera" o la joven que describió en *Samuel Sensitive* — "de ojos brillantes, de rizos renegridos, lustrosos, muy morena"? ¿Sería la mujer casada, en el baile de máscaras, "aquella a quien he visto tantas veces en sueños y en la imaginación", o alguna Eva desconocida de sangre mixta — como las mulatas muy claras que solía recordar emocionado, en su vejez, cuando hablaba con el joven Traubel: "mujeres de cuerpos espléndidos — sin polizones, ni corsés, ni exageraciones de ninguna clase; grandes ojos luminosos y brillantes, el rostro de color aceituna vivo; de hábitos indolentes, aunque no haraganas, según definimos la haraganería en el Norte, fascinadoras, magnéticas, sensuales, ignorantes; siempre más

que bonitas — *bonita* es un término demasiado pobre para ser aplicado a ellas"?

No podría haber pertenecido a la aristocrática clase criolla. Sus mujeres se hallaban demasiado protegidas, y los límites de casta eran respetados con excesiva rigidez, para permitir un ascenso o un descenso. El sentimiento del honor en la familia era tan fuerte que más de un hombre fué retado a duelo en los "Duelling Oaks" por una sola mirada indiscreta dirigida a la mujer o a la hermana de alguien. En cualquier función social donde se reuniera la "élite", un hombre tan imponente, y tan evidentemente extraño como Whitman, hubiera sido el blanco no sólo de la coqueta, sino de su avisada acompañante. Se sentía, además, con la excepción de la ópera y el teatro, fuera de su elemento en las reuniones elegantes. En el baile —por cierto nada aristocrático— del barrio de Lafayette, donde creyó haber encontrado a la mujer de sus sueños, tanto lo irritó la formalidad de los guantes de cabritilla blancos, que en sus manos hizo estallar el par demasiado chico que llevaba.

Aun cuando Whitman, por otra parte, se hubiese enamorado de una mujer de buena familia, casada o soltera —como sostienen algunos de sus biógrafos apoyados en escasos testimonios— no hubiera podido llevar adelante su pasión sin que en seguida lo descubriesen. Cuarenta años después del acontecimiento, cuando la memoria del anciano ya divagaba, entre muchas otras cosas que eran contradictorias, manifestó que había experimentado un apasionado amor en Nueva Orleans, y que había terminado rápidamente en una "separación forzosa"... "La tragedia de su vida". Nunca dijo quién fué la mujer.

Pegada a una página de una de sus libretas de apuntes existe, sin embargo, una fotografía en daguerrotipo, de una mujer joven, atesorada amorosamente por el hombre que, antes de su muerte, se tomó el cuidado de destruir todos los testimonios íntimos de su permanencia en Nueva Orleans. Es una

muchacha de unos veinte a veinticinco años. Su rostro, de un molde inconfundiblemente sureño, está enmarcado por una lustrosa cabellera negra, partida al medio y cayendo en rizos a ambos lados. Sus "grandes ojos luminosos y brillantes" no miran al lente de la cámara, como en la mayoría de los primeros daguerrotipos, sino con una fervorosa intensidad, con reconcentrada intención, hacia alguien, tal vez Whitman, que debe de haberse encontrado de pie, a un costado, al tomarse la fotografía. Su frente es alta y ancha, la nariz delicada aunque de anchas ventanas, y el mentón firme. La boca ofrece un índice del rostro entero en el grosor de los labios y en la curva de tipo negro. A pesar del color marchito del retrato, se sabe que una boca como esa, que semejantes ojos y cabellos, deben haber correspondido a un cutis "de un color aceituna vivo". Bajo la chaqueta suelta y la ancha falda de frunces, usada por las mujeres que se negaban a dejarse esclavizar por el corsé de cintura de avispa, podría adivinarse un cuerpo fuerte, sensual, señalado por la espléndida y redondeada garganta y las poderosas manos con sus muñecas admirablemente flexibles. No es bonita. Es hermosa, con esa belleza magnética, sexual, terrenal de femineidad impoluta.

No es una mujer de las clases superiores; no es de casta criolla. Sus ropas, en su inelegante simplicidad y la baratura de la pardusca tela a cuadros, están tan alejadas de la moda del día como lo está ella, en su natural opulencia, de los maniquíes de modista, artificialmente apretados, que tanto irritaban a Whitman con sus "enormidades". Ella es, en resumen, la "negra clara" que describió con tanto ardor a su joven amigo. "Deslizo mi mano por los morenos melones de tus senos", dice una vívida nota de Nueva Orleans.

Existe otro indicio referente al estado social de la amada de Whitman. Inmediatamente antes de sus transportes embelesados acerca de la sensación física venían los versos desparejos:

"Sería fácil ser hermosa con un bello cutis y facciones regulares
Pero ser hermosa . . .
Sería fácil brillar y atraer la atención con suntuosos vestidos
Pero eclipsar a otras con muselinas de seis peniques . . ."

La oscuridad de un rostro del Sur no hubiese sido considerado un cutis bello en una época que admiraba la frente de alabastro y la garganta de cisne, seducciones que el bello sexo procuraba adquirir dedicando a ello horas enteras en la intimidad. Pero el ser hermosa en los cálidos tonos del sol, — esa era la verdadera hermosura para Whitman. En cuanto a los vestidos, en su muselina de seis peniques la muchacha del descolorido daguerrotipo eclipsa con su grave, reconcentrada pasión, las miles ilustraciones insípidas de los figurines.

Habiéndola encontrado, y a través de ella las fuentes de su fuerza, ¿por qué la dejó Whitman? ¿Quién o qué dictó la separación forzosa que fué "la tragedia de su vida"? Nadie lo sabrá jamás, pero uno puede tratar de extraer el corazón del misterio que su anormal vigilancia omitió en los testimonios que dejó, aunque hizo todo lo que pudo para que se perdiera la huella. "Lejos de su nido el frailecico se va, llorando . . ." Como el pájaro de Shakespeare él lloraba más allí donde no estaba su nido.

El cataclismo de su vida emocional desmejoró su trabajo en el *Crescent*, nunca demasiado bueno. McClure y Hayes encontraron muy poco, por cierto, en su redactor de New York que no pudiesen haber obtenido más económicamente allí mismo. La frialdad entre ellos y Whitman se convirtió en frigidez. Al poco tiempo hasta evitaron las conferencias que solían tener juntos acerca de la política y el manejo del diario. Perplejo ante su cambio de sentimientos, Walt procuró encontrar los motivos, pero evitó el más plausible. Ellos eran sureños, imbuídos de los prejuicios de clase. Los rumores acerca de su "liaison", no suficientemente clandestina, combinados con la mediocridad de sus trabajos en el *Crescent*, debe

de haberles hecho saltar sobre el primer pretexto para cortar las relaciones. Esa oportunidad llegó el 2 de mayo, cuando Whitman envió una nota solicitando un pequeño anticipo de su sueldo. No podían conceder más "adelantos" — contestó McClure fríamente, presentando un estado de cuenta de lo que Whitman ya había retirado.

Altaneramente Whitman les recordó que lejos de estar él en deuda con ellos, era todo lo contrario, y sugirió, sin la menor intención de que lo tomaran al pie de la letra, que si pensaban de esa manera estaría dispuesto a disolver la asociación. Con ofensiva presteza aceptaron su renuncia, rechazando objeciones que Whitman creyó necesario hacer. Tres días después él y Jeff estaban listos para abandonar Nueva Orleans.

La separación forzosa entre él y la mujer que amaba debe de haber ocurrido, sin embargo, antes de esto, porque tres días nunca hubieran bastado. Se separaron a la altura de su pasión. Aun cuando Whitman llegaría a vivir unos cuarenta y cuatro años más, el fuego de su primera y única experiencia de amor completo, generoso, puro y sublime (no hacía falta sacramento alguno para santificar una unión que él consideraba sagrada), se mantuvo encendido en él hasta el final, infundiendo vida, éxtasis, sublimidad y tolerancia al libro que, más que su propio cuerpo, era él mismo.

El motivo de la separación no se conocerá nunca. Tal vez la mujer tenía lazos que no podía cortar. Tal vez en consideración a la grandeza que ella presintió en él, se dió cuenta, con esa misteriosa sabiduría del "ignorante, analfabeto", de que él debía seguir solo su camino. Fuere cual fuese la razón, tenían que renunciar a una vida en común, a un hogar seguro, a los hijos. Hicieron el sacrificio. Una cosa resultó de ello. Con su renuncia a un amor, Walt se resolvió por el amor de muchos. Puesto que no podía pertenecer a ella, se daría a todos, hombres y mujeres.

"*Este es el aire común ... es para los héroes y los sabios*" —escribió antes de salir de Nueva Orleans.

"Es para los trabajadores y los graneros... es para los malvados tanto como para los virtuosos.
No quiero que quede excluída ni una sola persona...
Quiero que se invite a la prostituta y al ladrón...
No haré diferencia entre ellos y los otros."

Unos cuantos años más tarde, incitado por el pasado, y para dejar un testimonio de lo que por mucho tiempo había guardado para sí, escribió un poema, una semi-confesión del amor que transformó su vida. Pero aún no era lo suficientemente valiente para afrontar la verdad completa. Hizo de la experiencia de la pasión una experiencia de la amistad con un hombre. "Pero de toda esa ciudad sólo recuerdo ahora al hombre que vagó conmigo, por amor a mí..." Era el amor lo que importaba, sea cual fuese el molde, porque su exaltación iba más allá del sexo y se tornaba humanitarismo. Finalmente tuvo el coraje de anotar la verdad:

"Una vez pasé por una ciudad populosa, grabando en mi cerebro sus espectáculos, su arquitectura, sus costumbres, sus tradiciones, para un venidero uso. Pero ahora, de toda esa ciudad, sólo recuerdo a una mujer que conocí casualmente, que me detuvo por amor a mí."

"Día tras día y noche tras noche estábamos juntos — hace tiempo que todo lo demás olvidé.
Solamente recuerdo a la mujer que apasionadamente se abrazó a mí.
De nuevo erramos, nos amamos, nos separamos de nuevo.
De nuevo ella me tiene de la mano; yo no debo irme.
La veo junto a mí con labios silenciosos, triste y trémula."

Capítulo XIII

UN FINAL Y UN COMIENZO

Distinto del viaje al Sur fué el regreso al hogar, como distinto era el hombre del adolescente que lo había emprendido. El invierno habíase convertido en primavera; el pequeño y eficaz barco, *Pride of the West,* surcaba velozmente el agua tranquila, haciendo el viaje con mucha más rapidez que el mercante *St. Cloud.* Eso era entonces una ventaja. La escena ya no proporcionaba la excitación del descubrimiento. Walt tenía, además, otras cosas en que pensar. Jeff, ahora que se hallaba en viaje de retorno, se sentía mejor y más animado. Olvidaría la nostalgia de los últimos cuatro meses al contemplar a su madre, con su gorra blanca y sus ordenados cabellos negros. Ella tampoco había estado bien durante su ausencia. Durante mucho tiempo no habían recibido una sola línea de casa. Sería lindo estar rodeados, de nuevo, por objetos familiares y los rostros queridos, por las sencillas casas de madera de Brooklyn, el *Wallabout, Fort Greene* y los "ferries" que poseían encantos de sobra. Sería lindo volver a los "West Hills" y a las guaridas en forma de pescados del Paumanok, y excelente para Walt el recuperar el sabor saludable de las escenas de su infancia y conjurar el sortilegio del Sur.

Walt no se sentía bien, ya fuese por el balanceo del buque o por alguna otra causa, lo ignoraba. Existían bastantes motivos, aparte del simple movimiento de un barco, para provocar su desasosiego. Poseía un secreto que debía ocultar

a todos, especialmente a su madre. ¿Adivinaría ella lo que le había ocurrido durante los varios meses de su ausencia? ¿Notarían sus ojos perspicaces, inquisidores, que el Walt que regresaba no era el mismo Walt que había partido? El pecado se mezclaba a su inquietud. De no haberse alejado del dominio de Louisa, con toda probabilidad Walt podría no haber conocido el único amor que marcó el punto decisivo de su vida. En esa familia, cuando un hijo se casaba, se esperaba que trajese su mujer al hogar de su madre, al menos por algún tiempo, el nuevo injerto brotando del tronco primitivo como una parte de su propio ser. ¿Cómo podría Walt haber traído junto a Louisa a la mujer que había amado en Nueva Orleans? ¿Habría llegado Louisa a comprender lo que Hayes y McClure, hombres de mundo, no lograron admitir?

Una cosa sabía, sin embargo, y esto lo debe de haber comprendido plenamente cuando, ante los torrentes vertiginosos del Niágara, había exclamado: "¡Dios mío! ¡Qué espectáculo!" Allí estaba Walt Whitman. Rotas, por fin, las represas de su alma, estaba libre para verter lo que había retenido durante demasiado tiempo. Pensamientos, ideales, ambiciones, su ansia por ayudar a la humanidad, su humanitarismo, su orgullo del país, y más que nada su irreprimible amor; todo hervía y se precipitaba en su espíritu. Si sólo pudiera enjaezar su poder, si pudiera dirigir a un solo conducto ese oleaje que llevaba adentro, pondría en movimiento algún gran beneficio para el mundo. Por doloroso que fuera, su renunciamiento —fué la pena más profunda de su vida— le había traído, aunque él no lo supiera entonces, su mayor ventaja. Al perder, como hombre, la ocasión de ser feliz, su derrota le hizo descubrir el mundo. Psicológicamente, también, la experiencia había producido un bien enorme. Mediante su liberación sentimental, él mismo fué fecundado. El centro creador, que durante algún tiempo había encerrado tremendas potencialidades, latentes como las semillas enterradas en tumbas antiguas, adquirió vida por el éxtasis y el dolor; había

llegado el momento para que estallase. Una libreta de apuntes fué colmada. Ávidamente comenzó otra, anotando en ella, pensamiento tras pensamiento, como crecen las hojas, el follaje del árbol de su vida. "Realiza obras pletóricas, sazonadas, abundantes, naturales", se diría a sí mismo cuando viera clara su concepción. "Inserta cosas naturales, indestructibles, idiomas, características, ríos, estados, personas... Está lleno de *fuertes gérmenes sensuales.*" ¡Qué tesoro para el mundo a causa del fracaso amoroso de un hombre!

En su casa era como si la tierra nunca se hubiese alzado —como le había sucedido a él— para arrojarlo de su órbita. Louisa, su padre, sus hermanos, sus hermanas, eran como habían sido siempre. Antes de su llegada experimentó algunos momentos de inquietud. Pero cuando se encontró en Brooklyn, después de bajar el Hudson, fortalecido por el grandioso y variado paisaje, supo que se había preocupado innecesariamente. Nada había cambiado, y nadie notó ninguna alteración en él, a no ser el saludable color tostado de su rostro.

Al desplegar las páginas del *Advertizer* descubrió que nada había cambiado tampoco en la vida política de Brooklyn. Los feudos continuaban aún, dedujo, de la bienvenida que le dió el rival del *Eagle*. "¿A quién creen que encontramos, ayer tarde, en la vereda de Fulton Street, su rostro tostado sonriendo como una vasija de mimbre llena de partículas de madera, sino a nuestro amigo *Barnburner* en carne y hueso? ¡Rienzi ha regresado! Doña Rumor cuenta algunas cosas acerca de una próxima gaceta, en la cual tratarán del viejo conservadorismo sin guantes. Aten cabos y fíjense en lo que resulta."

Los rumores acerca de la gaceta habían comenzado, en realidad, al poco tiempo que Walt dejara el *Eagle*. Sean cuales fuesen los malos sentimientos que enfriaron las relaciones entre Van Anden y su ex redactor, el antiguo patrón de Walt no persistió en su rencor por mucho tiempo. Cuando el primer ejemplar del *Crescent* fué remitido, para mención, a los

diarios, el propietario del *Eagle* lo comparó favorablemente con su propio diario, percibió la mano de Whitman en algunos de los editoriales y concluyó con el deseo de que tanto Whitman como el *Crescent* prosperaran.

Ambas facciones, sin embargo, pronto sacaron a relucir sus hachas políticas, afiladas en la ya desgastada piedra del asunto del Abolicionismo. Los Demócratas y los *Barnburners* se aplicaron con vigor a la cuestión, utilizando como un pretexto el diario del Abolicionismo para el cual Walt empezó a recolectar fondos. Habiendo encontrado un defensor bien dispuesto y munificente en el Juez Samuel E. Johnson, firme en apoyar los principios anti-esclavistas y deseoso de que triunfaran en las inminentes elecciones, Walt alquiló oficinas en el subsuelo de 110 Orange Street, en el mismo edificio en que se hallaba el *Star*, de Alden Spooner; empleó un número de vendedores con pulmones de bronce y anunció el *Freeman*, que salió el 9 de setiembre de 1848.

"¡Abolicionistas! ¡Radicales! ¡Hombres de la Libertad!", exhortaba. "¡Todos aquellos cuyas gargantas no son lo suficientemente fuertes como para tragar a Taylor o Cass! ¡Venid y suscribíos al *Daily Freeman*! Estará lleno hasta el tope de los asuntos que importan algo..." No era posible equivocarse respecto a esa voz.

El *Freeman* se inició modestamente como un semanario. Más tarde, si triunfaba Van Buren, el candidato para la presidencia apoyado por la convención del Abolicionismo, podría ser estimulado a convertirse en un diario, según prometía el primer número. La facción opositora farfullaba de ira, pero podrían haberse ahorrado su enojo. El mismo día en que vió la luz el recién llegado, un incendio originado en un edificio vecino, se extendió a los contiguos, envolvió a una cantidad de manzanas cuyas casas de madera ofrecían excelente leña, y chasqueó hasta Orange Street. El *Freeman*, junto con el edificio, se fué en humo.

Pero una mera calamidad como un incendio no podía des-

animar a un *Barnburner* (radical) como Whitman. Otra imprenta fué instalada en Myrtle Avenue, y, a semejanza del fénix, el *Freeman* reanudó sus funciones. "¿Se dirá, acaso, que los amigos de los Principios Liberales le dan una ayuda mezquina y tibia? — desafió Walt. Y para poder atraer mejor la mayor cantidad posible de amigos, redujo el precio del diario de dos centavos a un penique. Lleno de entusiasmo entró en la campaña electoral, compuso sus editoriales y asistió como delegado, con el Juez Johnson, a la Convención Abolicionista de Buffalo. Desgraciadamente, a pesar de la valiente lucha de sus partidarios, Van Buren fué derrotado; pero lejos de fracasar junto con el candidato, el *Freeman* floreció y en la primavera de 1849 se convirtió en un cotidiano.

Soñando con su crecimiento, Walt lo alojó en locales más amplios. "Nos dicen, además —soltó el chismoso *Advertizer*—, que recientemente ha montado una imprenta en Myrtle Avenue... a la que tiene la intención de agregar un local y una casa-habitación de ladrillos — el primero mencionado para la venta de papelería y libros, y la otra, sin duda, para la instalación de una familia cuando se convierta en un recién casado."

Fué a su propia familia, a sus padres y hermanos a quienes Walt instaló en la nueva casa, y la insinuación del *Advertizer* de que asentaría el juicio como otros hombres, debe de haberle parecido una ironía al involuntario soltero. Continuó publicando el *Freeman* en sus oficinas más amplias. Tal vez hizo algunos pequeños negocios con libros en el local de ladrillos. Los volúmenes cuya crítica había realizado en el *Eagle*, formaron el núcleo de una buena biblioteca. Poseía la Biblia, en la edición ilustrada de Harper, la Vida de Johnson, de Boswell y las obras de Frederika Bremer, a quien estimaba tanto que si tuviese hijos, dijo, las novelas suyas serían los primeros libros que pondría en sus manos después del Nuevo Testamento. Poseía los poemas de Bryant, con quien solía salir a caminar, ambos con las barbas al viento, mientras

el poeta de más edad contaba al hombre casero episodios de sus viajes a Europa. A Carlyle lo tenía en un número de volúmenes: *Past and Present, Heroes and Hero Worship, Sartor Resartus.* "El hombre ejerce una especie de fascinación", había escrito Walt, admitiendo una influencia menor de la que sentía. Estaba también la *Autobiografía* de Goethe, que lo convenció de que podía escribirse un buen libro con el material extraído de la vida. "Qué ganancia, si pudiéramos dejar algunos de los tomos pesados... por la narración simple, fácil y veraz de la existencia y experiencia de un hombre de genio; cómo su mente se desenvolvió en sus primeros años; las impresiones que le ocasionaron las cosas; cómo y dónde y cuándo se despertó en él el sentimiento religioso; lo que pensó acerca de Dios antes de que fuese inoculado con ideas sacadas de libros, el desarrollo de su alma; cuándo amó por primera vez; la manera en que las circunstancias influyeron en su naturaleza..." La clase de libro, en resumen, que escribiría él. Tenía también el *Journeyman joiner* y otras novelas de George Sand, de quien diría más tarde que era un genio a la par de Emerson y Victor Hugo, y la *Biographia literaria*, de Coleridge — "ese hijo legítimo de la imaginería y verdadero poeta", lo llamó.

En conjunto había analizado más de doscientos libros sobre asuntos diversos. Debe de haber guardado la mayor parte de ellos, si no intactos, al menos en páginas sueltas que tenía la costumbre de arrancar para acumularlas como si fueran su tesoro particular. Un libro de esos, con el ensayo "*American Literature*", extraído con el propósito de retenerlo permanentemente, eran los *Ensayos sobre literatura y arte*, de Margaret Fuller, que lo habían impresionado profundamente, especialmente el tema del ensayo que había desglosado. En verdad, la persistente exhortación de la autora por una literatura puramente americana hizo repercutir en él una necesidad que siempre había sentido. Pero había recibido

sin duda algo como un presagio en su certeza de que América engendraría un día un genio "amplio y copioso como nuestros ríos; florido, lozano y vehemente como nuestras vastas praderas; arraigado en la fuerza como las rocas sobre las cuales desembarcaron los padres puritanos. Estamos seguros de que un genio tal ha de surgir y trabajar en este hemisferio." ¿Se habrá visto a sí mismo, con esa aceptación solemne del profeta-poeta consagrado, en su predicción? De cualquier modo tomó a pecho, si no la letra de sus palabras, al menos el espíritu de su profecía, y cuando llegó a describirse a sí mismo lo hizo repitiendo sus términos — "libre, salvaje, exuberante..."

No se perturbó, por lo tanto, cuando después de los laudatorios buenos deseos de Greeley, Bryant y el *Star*, que hablaron de él como de un hombre vigoroso e independiente, la política de partido empezó de nuevo a desempeñar su papel, para desenterrar antiguas contiendas y reavivar alusiones personales. Por motivos no del todo desinteresados, el *Advertizer* creyó oportuno, en esta ocasión, publicar las razones del rompimiento de Whitman con el *Eagle*: "Una de ellas fué su determinación de que el diario, mientras él lo dirigiera, no sería el órgano del viejo conservadorismo; la otra, que en una ocasión, al ser insultado personalmente por cierto político destacado, el señor Whitman lo echó a puntapiés, escaleras abajo. Estos dos hechos solemnes fueron la cabeza y la frente de su "incompetencia".

Puede ser que el *Eagle* reconociera el tono de Whitman en la frase "la cabeza y la frente" y tuvo sospechas de una colusión; tal vez le disgustara que sus asuntos privados fueran ventilados en un momento en que era patente para todos el éxito editorial del hombre a quien habían despedido. (¿Acaso no se jactaba Whitman de que el *Freeman* se vendía tres veces más que el *Eagle*?) Sea cual fuese la causa, la réplica que hizo en el número 19 de julio de 1849, reveló mal humor, despecho y exasperación. El hombre, aun más que sus partidarios, demostraba ser demasiado para los nervios editoriales del *Eagle*.

"Deberíamos suponer que a esta fecha el *Advertizer* ya habrá reaccionado contra la locura de mimar al señor Whitman" —comenzaba el artículo, diciendo además que el diario estaba forjando su propia ruina al invertir capital en Whitman—. "El señor Whitman vino aquí de las oficinas del *Star*, donde le pagaban cuatro o cinco dólares por semana; estuvo relacionado con el *Eagle* durante unos dos años... Despacioso, indolente, pesado, descortés, y sin principios firmes, representaba un obstáculo para nuestro éxito, y a pesar del disgusto que nos produce el efectuar cambios, encontramos que era absolutamente necesario hacerlo. El señor W. exclamó que lo perseguían, y de este modo atrajo el interés del *Advertizer*, del *Evening Post*, del *Globe*, etc., en favor suyo y gracias a sus buenos oficios obtuvo un excelente puesto en Nueva Orleans. —¿Cuánto tiempo permaneció allí? — Hasta que pudieron librarse de él decorosamente".

En el mismo tono el artículo analizaba la fundación del *Freeman*, finalizando con una declaración contraria a los hechos: "Ahora arrastra "su lenta longitud" mantenido por subvenciones particulares y sin manifestar ni tacto, ni talento, ni laboriosidad. El señor W. carece de principios políticos, y, para ser más exactos, de principios de cualquier índole... Quienquiera que lo conozca se reirá ante la idea de que haya arrojado a alguien a puntapiés, y mucho menos a un destacado político. Es demasiado indolente hasta para patear a un mosquito."

En realidad, el *Eagle* insistió demasiado en su exageración acerca de la indolencia de Whitman. Consiguió contribuir, sin embargo, a la leyenda de su incompetencia como periodista, leyenda que tardó setenta y cinco años en desbaratarse, cuando sus colaboraciones del *Eagle* fueron cuidadosamente coleccionadas por devotos especialistas. Los artículos solos, formaron dos volúmenes sustanciosos. Además de tales artículos y editoriales, imprimió numerosos cuentos cortos y poemas, algunos firmados, otros no. Hizo comentarios

teatrales y como crítico leyó y analizó libros que se extendían desde la poesía hasta la entonces innominada ciencia de la psicología. Con todo eso, se ocupó de proporcionar a sus lectores lo que él consideraba lo mejor en cuanto a alimento literario, y reimprimió poemas de Bryant, de Longfellow y de Whittier y cuentos cortos de muchos escritores contemporáneos. Todo esto, además de su selección de noticias extranjeras y locales, sus correcciones de pruebas y otras tareas que corresponden a un redactor. ¡Lento, indolente y pesado! Como otros, con menos prejuicios, el *Eagle* sin duda tomó la forma por el resultado. Nada en el mundo podría inducir a Walt a que se apurara. Con su mirada fija en la certeza de la eternidad, posó amorosamente su pie sobre la tierra, sabiendo que, como mortal, sólo viviría sobre ella el plazo que se le hubiera asignado.

En cuanto a la aseveración del *Eagle* de que carecía de principios políticos y de principios de cualquier otra índole, sus actos hablaban por él. ¿No había preferido perder su puesto antes de aceptar la política conservadora del *Eagle*? ¿Había dejado alguna vez de hablar con audacia en sus editoriales? ¿Acaso aun ahora no era una víctima de la ignominia por los mismos principios que el *Eagle* le negaba? Podía mantenerse muy bien alejado de la batalla, especialmente cuando se libraba en tales condiciones.

Desde aquella fecha comenzó a perder interés en el *Freeman*, su última tentativa de reforma política. En breve permitió que otro lo reemplazara en sus funciones de director, y el 10 de setiembre de 1849, se despidió altaneramente de la amargada arena. "Desde la fecha me retiro por completo del *Daily Freeman*, de Brooklyn. A aquellos que han sido mis amigos, aprovecho la oportunidad para ofrecerles las más fervorosas gracias de un corazón agradecido. A mis enemigos —y todos los *Old Hunkers* en general— los desprecio y los desafío para siempre. Walter Whitman."

Sabía por fin lo que estaba haciendo y lo hizo con una

finalidad. En adelante dedicaría su vida al trabajo para el cual había nacido. Durante demasiado tiempo había escuchado insinuaciones, cuchicheos a su alma, entidad tan real como el cuerpo grande que había conocido, hacía poco, la exaltación del amor. Ahora, con el cuerpo mismo templado para las aprensiones místicas, todo en él le hablaba de su obra. Empujado por la divina inspiración, que se agitaba y reagitaba en él, necesitaba prorrumpir en palabras. Debía hacer inteligible a sus semejantes la magnitud de su significado. Era grande en su propio derecho, porque él, con la humanidad entera, llevaba en sí la sustancia de la divina esencia. "Ni siquiera Dios —escribió en su libreta en un momento de impulso místico— es tan grande para mí como lo soy yo frente a mí mismo. ¿Quién sabe si yo también, con el tiempo, no seré un Dios tan puro y prodigioso como cualquier otro?" (Con fecha 15 de agosto de 1851, Thoreau, sin conocimiento alguno del hombre en Brooklyn o de las corrientes cósmicas que fluían a través suyo, hizo esta anotación en su diario: "Pueda yo quererme y reverenciarme por encima de todos los dioses que los hombres jamás hayan inventado. Pueda yo no permitir nunca que el fuego vestal se apague en mí." ¿Quién se atreve a hablar positivamente de influencias?)

Walt escuchó a su alma y respondió a sus caricias. Noche y día estuvo en comunión con ella, en los silencios oscuros de su cuarto, y afuera, bajo el cielo, en refugios que él solo conocía desde su infancia y que, de ahora en adelante, en plena génesis de su trabajo, buscaba para su impulso creador. Fué en alguno de esos lugares, o en alguna otra circunstancia, cuando obtuvo la revelación de su alma y desató su garganta para decir lo inefable:

"Recuerdo cómo nos tendimos una vez, en una diáfana mañana de verano;
Cómo apoyaste tu cabeza contra mis caderas y suavemente te volviste sobre mí,

Y separaste mi camisa del hueso de mi pecho, y hundiste tu lengua hasta mi corazón desnudo,
Y te estiraste hasta alcanzar mi barba, y te estiraste hasta sentir mis pies.

Rápidamente en torno a mí se elevó y extendió la paz y el conocimiento que sobrepasan todos los argumentos de la tierra,
Y yo sé que la mano de Dios es la promesa de la mía,
Y sé que el espíritu de Dios es hermano del mío,
Y que todos los hombres que han nacido son también mis hermanos, y las mujeres mis hermanas y amantes,
Y que un sostén del universo es el amor . . ."

Con las brasas de Moisés trazó la extasiada *inenarrabilidad.* Doquiera haya ocurrido, fué en un lugar de milagros. "Yo soy un místico-observador — en un trance — exaltación". Las palabras surgían de él como si fuese el médium de alguna fuerza oculta. El Espíritu había hablado. ¿Qué otra voz necesitaba?

Sin embargo, vino otra: la de la ciencia, tal como existía, y Walt era un hombre demasiado de su época para que esto no le afectara. Había trabado conocimiento con la frenología durante su permanencia en el *Eagle,* cuando recibió, entre los libros que llegaron para la crítica acostumbrada, una copia del tratado de J. C. Spurzheim sobre el asunto. El Johann Christoph, de extendida fama, ya no pertenecía al mundo de los vivos. Después de una carrera sensacional en Inglaterra y Francia, dando conferencias sobre el significado de las protuberancias cranianas, fué a Boston donde indirectamente influyó en los Trascendentalistas — y murió. Su obra había sido adoptada, sin embargo, por ávidos discípulos, y sus libros aparecieron repetidamente en nuevas ediciones. Whitman se hallaba tan convencido de lo que leyó en la *Phrenology,* de Spurzheim, que en su crítica del 16 de no-

viembre, 1846, comunicó su convicción como un descubrimiento. "La frenología, como deben confesarlo ahora todos los hombres que tengan los ojos abiertos, ha logrado al fin una posición, y una posición firme, entre las ciencias . . . Este gran volumen de Harpers, bien impreso, parte, desde luego, de la fuente de origen — del frenólogo más cauteloso, escéptico y prolijo, que es el doctor Spurzheim".

Siguiendo de cerca el interés despertado por la curiosa ciencia, llegaron los hermanos Fowler, Orson Squire Fowler, y Lorenzo Niles Fowler, con su socio, Samuel Roberts Wells, quien había establecido un "Gabinete Frenológico" en la calle Nassau 131, cerca de Beekhan. Whitman, de quien nadie podía decir que no mantenía los ojos abiertos, lo descubrió más o menos en la época en que leyó el libro de Spurzheim. El Gabinete se convirtió en un sitio tan popular como la "Colección Egipcia" del doctor Henry Abbott, en Broadway, donde Walt sostenía conversaciones interminables con el propietario, de quien supo, más que por cualquier libro, de las antigüedades de Egipto, su historia, religión y el simbolismo de las reliquias expuestas.

La colección del doctor Abbott pertenecía, sin embargo, a los muertos, mientras que el "Gabinete Frenológico", a pesar de las miles de calaveras, tanto humanas como de animales, de todas partes del mundo, tenía contacto con los vivos. Porque era mediante el análisis de tales calaveras, y la aplicación de los conocimientos que deparaban al cráneo de los vivientes, como podían descubrirse debilidades y capacidades, y extraer, de esa manera, el mejor partido posible de la vida.

Además de especializarse en la ciencia frenológica, los hermanos Fowler se extendieron a otros asuntos de interés para un hombre de mentalidad emancipada. Orson, por cierto, estaba convirtiéndose en una espina en el costado de las gentes respetables por su defensa del *reconocimiento* del sexo, mientras que Lorenzo se tornaba igualmente sospechoso por sus opiniones heterodoxas acerca del matrimonio. Con un inte-

lecto tan despierto como sus ojos, Whitman comprendió el valor de la cruzada de los Fowler, y por lo tanto, cuando recibió el libro de Lorenzo, titulado "Matrimonio", para ser criticado por él en abril de 1847, le pareció contemplar a la nueva Arcadia.

"Ha desaparecido la ingenua gazmoñería, la que se creía ofendida en cualquier discusión sobre el asunto, con el estilo simple, comprensivo, y perfectamente decoroso de este libro." Los Fowler también habían publicado libros sobre su especialidad. De su *Phrenology Proved, Illustrated and Applied*, escrita en colaboración, habían aparecido ya varias ediciones. En 1848 Lorenzo publicó por sí solo una *Synopsis of Phrenology*, para satisfacer sin duda la demanda por un manual conciso. Wells, asimismo, no había quedado atrás al dar un *Illustrated Annual of Phrenology and Physiognomy*.

Walt quedó pasmado ante una ciencia que podía literalmente abrir la mente del hombre y descubrir los secretos que la naturaleza guardaba allí ocultos. Mientras vagaba por el Gabinete examinando la hilera de calaveras relucientes, debe de haber tenido tantas ideas como las que asaltaron a Hamlet ante el espectáculo del pobre Yorick. ¿En esta gran cúpula, tan perfectamente engoznada, las suturas trazadas con el arte más delicado, qué mente habrá residido? Criminal o genio, ¿a quién pertenecía el alma que estuvo alojada en ella? ¿Sería cierto —como lo demostraban aquellos cuadros frenológicos colgados en las paredes—, sería cierto que todo individuo tenía su destino marcado sobre su cabeza? En tamaño pantagruélico, los mapas de la mente estaban allí dibujados — los dos perfiles y la parte posterior del cráneo. Las facciones eran líneas simples, como en un dibujo anatómico; el párpado de un ojo cerrado, el otro abierto. En el dibujo de la parte posterior un canal, como el Mississippi a través de los Estados Unidos, descendía por el medio. ¿Cuál era el significado de las líneas divisorias, que separaban una sección de otra, cada sección ordenadamente numerada y clasificada? "Sublimidad,

instinto de la alimentación, idealismo, maravillosidad, amatividad, inclinación a la ocultación, suavidad, benevolencia, esperanza, estima, cautela..." ¿Qué eran estas regiones de la mente, estos trechos de *terra incognita* que contenían tanto misterio como un continente inexplorado?

Walt no podía dejar de consultar el pronóstico. El mismo mes de julio, que lo había visto estigmatizado por el *Eagle* como "parsimonioso, indolente, pesado, descortés, y carente de principios firmes", buscó al oráculo frenológico en la persona de Lorenzo Niles Fowler, quien le hizo una interpretación de las protuberancias craneanas. Tan halagüeñas fueron las conclusiones, y tan de acuerdo con la concepción que de sí mismo tenía Walt, que desde entonces no se embarcó en empresa alguna sin fijar su recorrido de acuerdo con el cuadro frenológico. Sólo en un rasgo coincidía la lectura con el *Eagle*: incluía a la indolencia entre sus defectos más peligrosos. ¿Qué significaba una imperfección tan pequeña, sin embargo, contra la realidad grande, hermosa, arrolladora, la ineludible certeza que Lorenzo expresó con tan pocas palabras: "Es usted un poeta innato"?

Ese secreto, entre otros, había descubierto el frenólogo. El muchacho grande, que se había puesto de pie después de la "interpretación", el rostro reluciente de orgullo, podría presentar una peligrosa propensión hacia la voluptuosidad y al instinto de la alimentación, un temerario balance de voluntad animal y una gran estimación por sí mismo: pero era un poeta innato. Esa realidad había sido confirmada por una autoridad y respaldada por una autoridad aun mayor, la ciencia. Desde entonces no hubo manera de apartar a Walt del camino que la naturaleza había trazado para él en las finas e intrincadas líneas de su cráneo, y guiado por la estrella *polar* de su fe.

"¡Dadme los grandes árboles del bosque!" —exclamó a un joven componedor de su relación, poco tiempo después de su visita al Gabinete. "¡Dadme la catarata estruendosa —

dadme las montañas, el océano, la vertiginosa máquina a vapor, y los monarcas de la tormenta que surcan los mares — dadme estos para un poema! ¡Oh Madre Océano, ven a mis brazos! ¡Grandes robles de la selva, perdurad en mis venas!"

La naturaleza, que era Dios, había hablado, y Fowler había sido su profeta.

Capítulo XIV

DONDE SE TRATA DE MUCHAS COSAS

Muchos estaban contentos al ver finalizar el año 1849. De la misma manera que el año precedente había sido de disidencias en Europa, con tronos que vacilaban y revolucionarios que huían al exilio, 1849 fué extraordinario en América por sus violencias y catástrofes. El temido cólera, que muchas veces había estallado en Nueva Orleans, se extendió por todo el país durante la primavera, sin perdonar a ricos ni a pobres y convirtiendo los cementerios en campos arados para los millares de muertos.

La epidemia arreció con tal encono en el punto de partida, que ya no cabían más cuerpos en las bóvedas, y las víctimas fueron sepultadas en el terreno que antes sólo se consideraba adecuado para los pobres y los esclavos. Las ciudades se veían abarrotadas de familias enteras que se trasladaban a los suburbios huyendo de la plaga. Pero no existía seguridad en parte alguna. Los que esperaban permanecer inmunes evitando el contacto con los coléricos, se encerraban en sus casas, temerosos de andar por las calles. Los teatros y librerías, hasta las iglesias se hallaban cerrados, y la gente volvió a hacerse supersticiosa por miedo de la infección. El tabaco, considerado como un preventivo eficaz, proporcionó grandes ganancias a sus cultivadores, pues fué consumido no solamente por los hombres sino también por los niños y las mujeres, que no se avergonzaban de aparecer

con un cigarro en la boca. Otros masticaban ajo o lo llevaban en bolsitas ocultas en alguna parte de sus ropas. Las casas apestaban con el olor de la pólvora que se usaba para fumigarlas. Los umbrales, la ropa, los pañuelos, eran rociados constantemente con vinagre. El curandero y el charlatán estaban de parabienes, pregonando cada uno alguna cura, algún específico infalible. El "Vinagre de los Cuatro Ladrones", adecuadamente denominado, se popularizó tanto que varios millonarios nuevos surgieron después de terminada la epidemia.

Todos compraron el remedio, y todos se sintieron reconfortados, si no por el escozor en las fosas nasales, seguramente por la plausible historia con que los hábiles bribones adornaban sus botellas. Hace mucho tiempo, en Marsella, decía el relato, en el punto álgido de una feroz epidemia de cólera, se vió a cuatro ladrones que entraban y saqueaban las casas de las víctimas. Día y noche prosiguieron su nefanda práctica sin sucumbir a la peste. Un día el dirigente cayó en manos de la justicia, y mientras lo ataban a la rueda imploró al verdugo, diciendo que si le perdonaban la vida daría a conocer el secreto del remedio que a él y a sus compañeros los había protegido contra la plaga. La justicia detuvo su mano, el ladrón habló, y el "Vinagre de los Cuatro Ladrones" fué entregado al mundo.

La gente, no obstante, seguía muriendo; alcanzando la mortandad, solamente en Nueva York, a mil cuatrocientos en una semana, a mediados de julio. Cincinnati y St. Louis sufrieron más que todas; cada una de estas ciudades perdió arriba de seis mil habitantes. Ese mes, desde Cincinnati, Harriet Beecher Stowe anunciaba un fallecimiento a su esposo ausente: "Nuestro querido hijito se fué de nuestro lado... Acabo de verlo en su agonía, mirando su carita implorante sin poder aliviarlo, ni hacer nada, nada, para mitigar su atroz sufrimiento; nada sino rogar, en medio de mi angustia, para que se muriese pronto. Escribo como si no hubiese ninguna pena como la mía, pero en esta ciudad, sin embargo, como en la tierra de Egipto, casi no existe una casa que no tenga sus

muertos." Durante más de cuatro meses el grito de los conductores de los carros para difuntos resonó lastimeramente por las calles: "¡Saquen sus muertos!" "¡Saquen sus muertos!" Y los cadáveres de hombres, mujeres y niños eran amontonados sobre las carretas, apartándose de ellos los sobrevivientes mientras avanzaban por las calles con ruido sordo. A veces, cuando no había carros disponibles, podía verse el cuerpo de un estimado ciudadano sobre las varas de una silla de mano, y sólo un negro fiel para conducir al caballo hacia el cementerio con el improvisado carro fúnebre.

A mediados del verano el luto era tan general que el Presidente fijó el tercer día de agosto para ayuno y oraciones, a fin de que Dios "impidiera la pestilencia que anda en la oscuridad y la destrucción que consume al mediodía". Cuando se realizó finalmente el cómputo de los muertos, se descubrió que aunque el cólera no había respetado clase alguna, había azotado con más fuerza a los pobres de las ciudades, amontonados en sus mal ventiladas y míseras casas. Ni aun verdaderos ríos del "Vinagre de los Cuatro Ladrones" hubieran alcanzado para protegerlos contra la doble plaga de la peste y la indigencia.

Aquella primavera, antes de que la epidemia alcanzara su máximo en Nueva York, la muerte había andado a hurtadillas por las calles en los tumultos que estallaron frente a la Ópera de "Astor Place", construída mediante el desembolso de muchos millones por los acaudalados suscritores de la ciudad. Inaugurada triunfalmente en abril de 1848, apenas hubo llegado a oídos generales el eco de sus aves cantoras importadas, cuando los fundadores tuvieron que admitir el fracaso de su empresa. Sin terminar la temporada, y mientras los suscritores esperaban en vano los anunciados espectáculos de la ópera, transfirieron el teatro a Niblo & Hackett para el drama legítimo. Desde el comienzo el público se había opuesto al teatro de la Ópera, por su tinte de "snobismo". Las cosas no mejoraron bajo la nueva dirección, que aún proveía a la

clase de "guante de cabritilla". Tomando como pretexto la rivalidad que existía entre el trágico americano Edwin Forrest y el británico W. C. Macready, el pueblo se amotinó el 10 de marzo de 1849, asumiendo el tumulto las proporciones de una batalla con intervención de la milicia. Cuando fué sofocado el motín, la plaza en torno al teatro presentaba los cadáveres de veintiséis víctimas. Treinta y seis heridos fueron transportados a los hospitales. Casi veinte mil personas habían intervenido en los desórdenes. Nueva York nunca hizo las cosas a medias.

Pero —ya diferenciaría Mark Twain la emoción que produce una matanza al por mayor y un asesinato individual en la casa vecina— la impresión que produjo la riña en "Astor Place" no eran nada comparadas con el estremecimiento que recorrió la espina dorsal del país ante el crimen que cerró el año. A nadie podía extrañarle la violencia del Nueva York alborotado y populoso. ¿Pero Boston? ¿Quién hubiera asociado, ni en sueños, esa ciudadela del intelecto a uno de los más macabros asesinatos en la historia criminal de la nación? Lo peor del asunto fué que no sólo estaba implicada la gente de la casta "Brahmín", sino que el asesinato fué perpetrado en las mismas casas de cultura.

El viernes 23 de noviembre de 1849, el doctor George Parkman, un acaudalado anciano de Boston y uno de los fundadores del "Massachusetts Medical College", salió como de costumbre para ocuparse de diversos quehaceres. Con su levita oscura y su chaleco de seda púrpura, los cabellos grises cubiertos por un sombrero negro, era una figura familiar mientras descendía caminando por las calles. Ese funesto viernes fué el último en que cambió saludos con sus vecinos.

Como no regresara a su casa a la hora de costumbre, varios grupos salieron a buscarlo por toda la ciudad. Durante dos días rastrearon los alrededores y se ofrecieron recompensas por cualquier información. El único rastro definitivo que pudo hallarse fué que el doctor Parkman, entre sus entrevistas,

había tenido una con el doctor John W. Webster, Profesor de Química, en Harvard, y conferenciante en el "Medical College" de Boston. El Profesor Webster fué de lo más condescendiente durante el interrogatorio. Declaró deberle al doctor Parkman unos cuantos centenares de dólares. Su entrevista, en presencia del hermano del doctor Parkman, había sido motivada por asuntos de negocios, y en su transcurso, él y el doctor Parkman habían tenido una leve desavenencia, que fué prontamente aclarada. Mientras tanto, se proseguía la búsqueda en el "Medical College" y las casas vecinas, y el Profesor Webster fué de gran ayuda a la policía, a quien guió por sus propios aposentos. Ni un sólo indicio del doctor Parkman en ninguna parte. El caso era uno de los más desconcertantes que había tenido entre sus manos la policía de Boston.

Mientras el brazo de la ley seguía en busca de evidencias, Littlefield, el conserje del "Medical College", se hallaba ocupado en sus propias tareas de pesquisa. No en vano había escrito Poe sus historias de misterios. La disposición de la escena, en realidad, no podía ser más al estilo de Poe, ni más propia de un relato de horror. Allí estaba el salón de conferencias donde enseñaba el Profesor Webster; abajo, el laboratorio con sus alambiques, su horno y su sumidero; justamente atrás, un misterioso armario que daba a una bóveda, a través de cuyos ladrillos y cal se había filtrado el agua marina, aflojando la mampostería. Littlefield poseía su propia teoría. Durante una ausencia del profesor, rondó por todas partes, escudriñó aquí, golpeó allá, aumentando sus sospechas a medida que profundizaba más en su búsqueda. ¡Si pudiese penetrar en la bóveda! Pero el profesor era el único que entraba allí. Llevado por su curiosidad, Littlefield empezó a remover algunos de los ladrillos ya sueltos, trabajando de noche y siempre que tenía la certeza de no ser vigilado, mientras su mujer montaba la guardia.

Por fin abrió un boquete lo suficientemente grande para

poder inspeccionar su interior. Allí se encontraba el *corpus delicti*, o, mejor dicho, una espeluznante porción del mismo. Littlefield comunicó su hallazgo a la policía, y el Profesor Webster fué arrestado. Si existía alguna duda de que los huesos en la bóveda pertenecían al doctor Parkman, ésta fué disipada, según dijo un escritor, "gracias a la maravillosa y hermosa ciencia de la anatomía" que se puso a trabajar en ellos y en algunos fragmentos del cráneo que se encontraron entre las cenizas del horno. La dentadura del doctor Parkman y un alfiler de perla eliminaron cualquier titubeo respecto a la identificación.

Durante la primavera de 1850 el juicio del Profesor Webster eclipsó a todos los demás sucesos en los titulares de los diarios. Después de declararse *inocente*, hizo una confesión completa; pero la indignación pública no quiso saber nada de ninguna conmutación de la pena. Fué ahorcado en un elevado patíbulo, que le permitió contemplar por última vez la Universidad de Harvard, para la cual había sido nombrado por la recomendación de un personaje que era nada menos que el doctor Caspar Wistar. Recibió sepultura en la apacible cañada de "Mount Auburn", donde descansaban los restos del doctor Spurzheim, cuyas investigaciones habían contribuído a la "maravillosa y hermosa ciencia" que ayudó a condenar al asesino.

El año que señaló el medio siglo se inició y continuó lleno de contrastes. En Inglaterra y en Gales hizo estragos el cólera, después de haber sido dominado en América. La Reina Victoria fué obsequiada con el "Koh-i-noor", el diamante de las Indias Orientales, cuyos ochocientos quilates habían sido reducidos por los inexpertos de Europa al peso aun considerable de doscientos setenta. Wordsworth murió de vejez y Sir Robert Peel a consecuencias de una caída de su caballo. El primer telégrafo submarino fué tendido a través del Canal. Se cambiaron mensajes entre Inglaterra y Francia en medio del regocijo general; luego se rompió el cable. En Canadá se

inició un movimiento para la anexión de la América Británica por los Estados Unidos, pero Earl Grey, el Ministro de Colonias, lo reprimió madiante la amenaza de juicios por alta traición. Tal como estaban las cosas, la Oficina Colonial tenía suficiente trabajo con los levantamientos de los afganes en la India, y de los kafires en África del Sur. En la China, la rivalidad en cuanto al trono de los manchúes, junto con el fracaso de la cosecha de arroz y los levantamientos de la rebelión de Taiping, hizo que hordas de "coolies" abandonaran el país. Desembarcaron en California, donde aún resonaba el grito de *¡Oro!* Mientras muchos morían por reclamar su parte en Eldorado, en Oriente el profeta Mirza Alí Mohammed y sus adeptos sufrían martirios por la religión de Bab, que buscaba una vida espiritual mediante la pobreza y el amor.

Manifestaciones espirituales de un orden diferente, sin embargo, se estaban aprovechando de la credulidad del pueblo de América, cuando los "golpes Rochester", oídos por primera vez en 1847, fueron demostrados públicamente en Nueva York. Cierto Michael Weekman, que ocupaba una modesta casita en el pueblo de Hydesville, solía quejarse de que oía unos golpes en su puerta sin que encontrara a nadie al abrirla. De la puerta, los golpes se extendieron a otras partes de la casa, y finalmente se hicieron tan molestos que Weekman se marchó de ese lugar a una morada más tranquila. Poco tiempo después, John Fox y su familia se mudaron a la endiablada casa. Al principio nada de extraño alteró la paz del hogar. Pero desde marzo de 1848 la familia no tuvo ni un momento de descanso por culpa del inquilino invisible, cuyo principal entretenimiento parecía consistir en mantener día y noche sus nervios de punta. Después de algún tiempo los golpes asumieron un sonido más intencionado, se reconcentraron junto a la cama de dos de las niñas Fox: Margaret, de doce años de edad, y Kate, tres años menor. Una noche, se le ocurrió a Margaret, que no podía dormir, la idea de transformar el ruido en pasatiempo. Con sus dedos golpeó, tratando de imitar

el sonido de los golpes que oía; el agente invisible respondió en el acto. Poco a poco, con la ayuda de Kate, compuso un lenguaje en el cual se comunicaba con el "espíritu" — porque espíritu debía de ser, a juzgar por el "sí" categórico con que respondía a la pregunta.

La señora Fox fué admitida en el secreto y ella a su vez consultó al Rev. Padre Mr. Fishborough, ante quien las niñas hicieron una demostración del fenómeno. No cabía duda alguna. Kate y Margaret tenían el poder de hacer hablar a los espíritus. De Hydesville, la ya famosa familia se trasladó a Rochester, donde los golpes, lejos de interrumpirse en el vecindario poco familiar, no sólo aumentaron ante el público, sino que adquirieron una asombrosa maestría. Sólo era necesaria la presencia de las dos niñas para que los espíritus se tornaran casi ensordecedores. No había pregunta que no pudieran contestar, ninguna información que no pudiesen obtener del otro mundo. Cuando se hallaban suficientemente en vena, inclinaban traviesamente las mesas, trasladaban los muebles de un lado a otro del cuarto, con sus dedos invisibles hacían cosquillas a las mujeres, y les gastaban bromas a los señores de edad. Contestaban con tanta exactitud a las preguntas acerca de los asuntos más íntimos, que un creyente convirtió a una docena de escépticos. Hasta Rochester se volvió, en breve, demasiado pequeño para las hermanas Fox.

En mayo de 1850, fueron invitadas a ofrecer una demostración pública en Nueva York, ante un auditorio compuesto de señorones, periodistas, crédulos y descreídos. Otras invitaciones siguieron, a cien dólares la noche. Era un negocio lucrativo el servir de "médium", palabra inventada para aquella nueva profesión. Una hermana casada de las niñas descubrió que ella también poseía el don de atraer a los espíritus y junto con las otras dejó boquiabiertos a los neoyorquinos. N. P. Willis, invitado a una de las sesiones, se sorprendió ante la gente que vió allí. Estaba el Rev. Rufus Griswold, el incansable fabricante de aniversarios y enemigo de Poe; es-

taban el Rev. doctor Hawks, el doctor Francis, el doctor Marcy, Mr. Bigelow, del *Evening Post*, el doctor Ripley, que había descendido de la Utopía al periodismo en la *Tribune*, el General Lyman, Tuckerman, el ensayista, y dos escritores de primera calidad, Cooper y Bryant. Mientras se dirigía a la casa de Griswold, pues era allí donde tendría lugar la sesión, Willis vió a cuatro mujeres, las cuales supuso que serían las "golpeadoras", que buscaban el número de la casa. La señora de Fox era una matrona gruesa y juvenil; sus hijas, también regordetas, eran muy bonitas. Willis se sintió en seguida predispuesto en su favor, haciéndose el razonamiento de que, como era la primera vez que visitaban esa casa, no podrían haber atestado los cuartos de cómplices y martillos.

Agrupándose alrededor de una gran mesa, los espectadores aguardaron a que los espíritus se anunciaran, respondiendo a la influencia de las hermanas Fox. Al principio se negaron a dar señal alguna, lo que hizo que los escépticos se sonrieran mientras la palabra "impostoras" vagaba por sus labios. Pero, de pronto, desde alguna parte del cuarto llegó un suave golpeteo. Los espíritus se hallaban listos para responder a las preguntas que se les hicieran. Después de pronunciar, uno por uno, los nombres de las personas reunidas, se instó a los visitantes del otro mundo a que se comunicaran con ellos. Pero los espíritus eran obstinados. Perteneciendo a una casta antiliteraria, se negaron a tener algo que ver con el único poeta presente, pero respondieron finalmente a las preguntas que otros les dirigieron. Era un procedimiento despacioso, indirecto. Al final, sin embargo, aquellos que habían venido para mofarse se quedaron, si no rezando, preguntándose al menos si no habría cosas en el mundo no soñadas en su filosofía. Según lo resumió Willis, la demostración era "de suficiente extensión y responsabilidad como para merecer una seria atención". Surgieron golpeadores y mediums en todas partes del país, hasta que se produjo una verdadera epidemia de manifestaciones espiritistas.

Hombres como Horace Greeley sintieron flaquear sus convicciones lo bastante como para albergar una tímida creencia en el fenómeno, especialmente después que Kate Fox viviera una temporada en su casa. El Profesor Agassiz, por otra parte, calificó todo aquello de puro engaño. Desde una perspectiva histórica existía un gran incentivo en el hecho de que el "Espiritismo", como se llamó a ese culto, no hacía daño a nadie. Una erupción similar en Salem, en 1692, también dirigida por cierto número de muchachas, había llevado al cadalso a diecinueve acusadas de brujería. La humanidad estaba aprendiendo a salir a tientas de los callejones sin salida.

Whitman, que no era ajeno a nada, se sintió parte de cuanto ocurría. A más del poeta-profeta, era también el hombre corriente, el demócrata, ojos, oídos y lengua de esa inmensa entidad que había de expresarse en la palabra *clave*, para la cual no encontró ningún equivalente en inglés:

"*Canto a mi propio yo, una simple persona separada,*
Mas pronuncio la palabra Democrático, la palabra En-Masse."

Él era uno con ese "*En-Masse*". Si ocurría un asesinato, él era el actor y la víctima. Si el cadáver de un paria era llevado a la Morgue, él estaba allí para llorar sobre esa otra morada abandonada, que había sido el alojamiento de un alma. Encumbrados y humildes, según las contingencias del nacimiento, todos formaban parte de ese *En-Masse*, y el parentesco lo hacía amar a todos, tolerar a todos. "Los poetas son los mediums divinos" —sostenía—. "A través de ellos llegan los espíritus y el material para todos, hombres y mujeres."

Después de su despedida del *Freeman* cambió su régimen de vida. Ya estaba harto de política faccional y también, por el momento, de lo que llamaban vida intelectual. Estaba trabajando en sus poemas. Las anotaciones en sus libretas llenaban muchas páginas; las libretas aumentaban de número. Él mismo se fabricaba los cuadernos, mediante unas cuantas hojas de papel dobladas y sujetas con uno o dos alfileres.

Llevaba invariablemente en el bolsillo de su saco uno de esos cuadernillos. Había probado todos los otros, pero prefería los suyos. Simples y fáciles de plegar, eran de un tamaño que le permitía llevarlos siempre consigo. Además, podía ocultarlos fácilmente, entre otros papeles, una vez escritos.

No se quedaba en su cuarto para trabajar. Si se hallaba caminando por las calles y se le ocurría una idea, aunque fuese sólo una frase, se apartaba del gentío para anotarla. Si veía algo desde lo alto de un ómnibus que le sugería un tema, colocaba su libreta sobre sus rodillas y borroneaba con el lápiz. Como en su infancia, caminaba solo. La soledad era esencial para él, amante de las masas, cuando respondía a su alma. El buen compañero, el que daba la bienvenida al forastero, el camarada de pilotos y conductores de ómnibus era su "otro yo", el Walt del *En-Masse*, que se sumergía en la corriente humana, y emergía de ella revivificado para los arrobamientos que sólo podía conocer por el contacto con aquel otro, su yo espiritual. El amistoso optimista parecía tener, a veces, muy poco en común con el solitario. Pues, como todos aquellos que caminan solos, tenía sus momentos de tristeza, cavilaciones del alma sobre los abismos del yo. "Esta noche no estoy contento", anota cierta vez. "La melancolía se cierne en torno mío como un apretado manto. La angustia de mi corazón no es arbitraria y no duele; es más bien una apatía, semejante a la de un charco estancado. Y sin embargo, no sé por qué estaré triste."

Podrían haberse conocido los motivos, de no haber temido él confesarlos aun en sus cuadernos íntimos, donde sólo anotaba esa parte de su experiencia personal que permanecía enigmática para la mirada indiferente, o que eran de un interés tan objetivo que casi no dejaban nada entre líneas. Hasta en eso, a una edad más avanzada, su cautela ejerció su censura destruyendo muchas páginas. A pesar de su intento de mixtificar, es cosa sabida que Walt realizó más de un viaje al Sur, que lo atraía con el imán de su única pasión intensa.

Una prueba de ello permaneció oculta hasta después de su muerte, cuando el *Post*, de Cincinnati, el 20 de abril de 1892, publicó el poema conocido como "Isle of La Belle Rivière". Según explicaba una nota adjunta, Whitman había escrito el poema en la isla de Blennerhasset, y lo había entregado a su hospedero, el granjero Johnson, quien lo colocó entre las hojas de su Biblia, donde fué descubierto después de su muerte.

En su diario de viaje a Nueva Orleans, en 1848, Walt no había hecho mención alguna de la isla Blennerhasset. De haberse detenido allí en esa época, no podían existir motivos para ocultarlo, a menos que hubiese interrumpido el viaje de regreso — lo cual es poco probable dado que el viaje fué realizado con la mayor premura. Además, al final del poema aparecen las palabras "En Blennerhasset — edad 30". Por la evidencia íntima, el conjunto de imágenes, el estado de ánimo, su insistencia en la unión sexual y en la fertilidad —en Walt una como inevitable concomitancia— el poema debe de haber sido escrito después de un nuevo encuentro y de la despedida final con la amada. ¿Una criatura habría nacido de su pasión? ¿Y tuvo él que renunciar para siempre a la mujer y al niño en favor de alguien que tuviese derechos previos? Como todo lo que Whitman dejó que contiene un interés biográfico, el poema despierta dudas, más bien que las aclara:

"Desposada del moreno Ohio
Desnuda, pero de aspecto hermoso,
Vestida únicamente con la hoja,
Como lo estaba la inocente Eva del Edén,
El hijo del viejo Apalanche ceñudo,
Y de la Monongahela de blanco pecho,
Está casado contigo, y eso está bien.
Sus bronceadas caderas te cubren
En la época vernal de la primavera,
¡Y ved aquí! en el otoño viene el fruto.

Virgen de la naturaleza, el espíritu sagrado de las aguas te amortaja
Y estás preñada con los frutos
Del campo y de la viña.
Pero como la doncella Sabina de antaño,
La lujuria del hombre te ha violado
Y compelido a pagar tributo a los
Deseos carnales de la tierra.
La verdad y el romance forman tu
Entraña, tu memorable historia,
Desde el ciclo del indio,
Que se inclinó ante tu altar y te idolatró,
Hasta los oscuros días de aquel traidor
Que encadenó tu bello nombre a la infamia.
Adiós, Reina de las Aguas,
He dormido sobre tu pecho con la inocencia de una criatura,
Ahora te dejo librada
A los abrazos de tu señor reconocido."

Es de notar que Whitman escribió el poema en el canto llano exento de rima, que tenía tanto de su voz personal.

Ni este segundo encuentro, si es que existió, ni la segunda separación, eran necesarios para fortalecer a Walt en la carrera de que, en sus líneas esenciales, no se desviaría más. Ya en la primavera de 1849, el *Advertizer* había visto el cambio operado en él y lo interpretó como un deseo de ausentarse. Walt había empezado a construir edificios con su padre. Desde entonces, hasta 1855, continuó, más o menos regularmente, como lo hacía todo, menos sus escritos, en el oficio de constructor. Su libro se convirtió en el propósito fijo de su vida. Por desorganizado que apareciese en sus hábitos, esa misma desorganización le proporcionaba la libertad necesaria para cumplir su claro destino. Cualquiera podía escribir un libro. Pero tan sólo uno, en una época, podía ser un poeta-profeta. La ambición literaria en sí no significaba nada para Walt,

siempre impelido por un propósito moral. Había visto, además, su nombre en letras de imprenta con demasiado frecuencia para regocijarse con ello. ¿Quién sabe si cuando su trabajo se hallara listo para América, no lo entregara sin su nombre, como las palabras de la revelación? Cuando su alma sumergió la lengua hasta su desnudo corazón, extendiéndose hasta poseerlo totalmente, lo transformó en uno de la falange de los elegidos cuyas palabras habían cambiado civilizaciones. Conocía esa certeza, como sabía que había existido en él aquello que instaba a la revelación.

Puesto que debía hacer todo con consistencia, reemplazó la levita y el sombrero de copa del "dandy" por la indumentaria del labriego. Ya trabajase con su padre o fuese al teatro, aparecía ahora con el "overall" o el traje a rayas del carpintero, la camisa entreabierta y la cabeza protegida por el sombrero de alas anchas que llevaba como un cuáquero. Las personas que lo conocieron antes de su transformación, se escandalizaron de su nueva indumentaria. ¿Después de todo, qué es lo que podía ver la gente en ello sino afectación? ¿Cómo podían darse cuenta, sus conocidos de antes, de que su traje de jornalero era la ropa de dedicación, el traje de humildad que se ponía para servir a la poesía? [1] ¿Cómo habían de saber que el trabajo manual que resolvió realizar en esa época, quizás fué emprendido como parte de su consciente anhelo por parecerse a todos los héroes que Carlyle había seleccionado para su culto? Mahoma sólo había sido un hombre salvaje del desierto; Lutero, un hijo de minero; Shakespeare, un campesino de Stratford. Empero, todos ellos habían cambiado el mundo y el espíritu. ¿Acaso no fué Cristo el hijo de un carpintero? Él no veía irreverencia alguna en semejante comparación. Potente en el impulso mesiánico, debía vivir, hasta donde el siglo diecinueve lo permitiera, como un Mesías, casto, pobre,

[1] Ver el *Walt Whitman's Pose* de Esther Shephard para apreciar la influencia que ejerció sobre Whitman un personaje de "The Countess of Rudolstadt" de George Sand.

no reconocido como un individuo, sino entre los inmortales por la amplitud de su visión. Para el mundo externo, el Walt transformado tenía algo de ridículo. Su propio hermano George a menudo le preguntaba, realmente perplejo: "Dime, Walt, ¿en qué maquinaciones andas?" Seguro del mensaje a que debía responder, Walt no permitía que su espíritu se alterara.

Continuó escribiendo ocasionalmente para los diarios y de vez en cuando interrumpía sus trabajos de construcción para emprender una pequeña labor de imprenta en su propia prensa. Por lo general, no obstante, se esforzó por contemplar los acontecimientos contemporáneos *sub specie aeternitatis*, salvo en lo que concernía a su patriotismo. Entonces despertaba de su trance creador y azotaba a derecha e izquierda a aquellos a quienes consideraba como enemigos de la nación.

En 1850 pesaban sobre el país problemas de una seriedad mayor que la de costumbre. Durante la precipitación humana hacia el oeste, que siguió al descubrimiento de oro en el molino de Sutter, en 1848, y que aún atraería a miles de familias, California alcanzó tanta importancia que el Congreso se hallaba debatiendo su admisión en la Unión. En seguida alzó su cabeza la cuestión de la esclavitud y el abolicionismo. En el Senado, Henry Clay presentó un proyecto para una componenda que favorecía la admisión de California como un estado libre. La prensa se agitó en pro y en contra e hirvió en editoriales, polémicas y versos. Walt, que había visto claramente el problema, desde sus últimos editoriales en el *Eagle*, se enojó tanto al comprobar que los norteños se atrevían a debatir la cuestión, que escribió un canto, "Caras de pasta", para sus despreciables filas. Se lo envió a Bryant, quien lo consideró aceptable para el *Evening Post*, donde apareció como un "Canto para ciertos Congresales".

"Somos todos unos dóciles rostros de pasta,
Nos amasan con el puño,
Ellos, los arrojados señores del Sur;

Nosotros trabajamos mientras ellos escuchan;
Para ellos hablamos — o nos callamos la boca,
Para ellos giramos y nos retorcemos . . .
¡Principios! ¡Libertad! ¡Pamplinas!
Ignoramos dónde se encuentran.
El derecho de las masas —¡progreso!— ¡Bah!
Palabras que cosquillean y suenan;
Pero querer gobernar a "hombres prácticos"
Es asunto muy distinto . . ."

Doce estrofas de amargura y de epítetos, porque Whitman era implacable cuando se trataba de una causa justa. ¿Cómo podía no ser justa si todos los hombres de conciencia de la nación estaban del mismo lado?

Poco tiempo después del arranque de Walt, Daniel Webster, de quien el Norte había esperado un apoyo, pronunció su discurso del 7 de marzo, que sus partidarios no pudieron interpretar sino como una traición. La Ley de esclavos prófugos, adoptada al poco tiempo por el Congreso, demostró asaz terminantemente qué lado había sido favorecido por el discurso de Webster. Ahora, en la tierra de los libres, una multa de mil dólares y seis meses de arresto podía imponerse a cualquiera que albergara a un esclavo prófugo o lo ayudara a escapar. No sólo los abolicionistas, sino todas las personas de ideas sanas estaban horrorizadas. "Esta inmunda promulgación —escribió Emerson, el plácido, en su diario—, fué hecha en el siglo diecinueve, por personas que podían leer y escribir; yo no la obedeceré, por Dios". Una y otra vez volvió sobre asunto, viendo en el mismo un augurio doloroso para el país. "Todo lo que tengo y todo lo que puedo hacer —prometió— será dado y hecho en contra de la ejecución de la ley . . . La palabra *libertad*, en boca del señor Webster, suena como la palabra *amor* en boca de una cortesana." Las palabras no se escatimaron para condenar al dirigente descarriado, a quien se dirigió Whittier en su "Ichabod":

"¡Tan caído! ¡Tan perdido! ¡Apagada la luz que usó una vez! ¡Desaparecida la gloria de sus grises cabellos para siempre!"

La libertad estaba de luto. El pueblo sabía que si alguna vez había albergado Webster la esperanza de llegar a la presidencia, la había destruído para siempre.

Tan exasperado como Emerson, Walt escribió otro poema en el cual comparaba la traición de Webster a la de Judas, y lo envió al *Tribune*. Lo llamó "Blood-Money". El *Tribune* lo publicó, pasando por alto el hecho de que estaba escrito en el más extraño verso que sus lectores jamás hubieran leído. Pero Walt aún no lo había dicho todo. Unos cuantos meses más tarde produjo, con iracunda vehemencia, otro poema que llevaba el título bíblico de *Wounded in the House of his Friends* ("Herido en la Casa de sus Amigos"). Estaba cumpliendo con su deber mesiánico, azotando a los mercaderes de la Libertad en el Templo de la Democracia.

"Virginia, madre de la grandeza, —
apostrofó—
No te sonrojes por ser también madre de esclavos;
Podrías haber dado vida a peores esclavos —
Rostros de pasta, rastreros, piojos de la humanidad...
¡Levántate, joven Norte!
¡La sangre de nuestros padres fluye en las venas de cobardes!"

El poema de Walt fué publicado el 14 de junio, cuando la agitación había alcanzado el ápice. El 9 de julio murió el Presidente Taylor, y Fillmore, el Vice-Presidente, lo sucedió en el mando, encabezando su gabinete con Webster, en calidad de Secretario de Estado. La nueva ley de esclavos prófugos fué aprobada durante su mandato. Desde entonces fueron considerados como traidores a la causa abolicionista, y Fillmore perdió la oportunidad de ser reelegido, dos años más tarde, cuando los votos de protesta favorecieron a Pierce. La muerte, providencialmente, puso a Webster fuera de combate.

Antes de que la década 40 pasara a la 50, y que el continente entero se hallara unido por las caravanas de emigrantes en busca del Eldorado, ocurrió una muerte, apenas advertida, a no ser por los escritores. Edgar Allan Poe siempre había sido un amigo íntimo de la muerte. Veía su sombra en el rostro de la belleza, su dolor en el deleite del amor. Cuando en torno suyo todo el mundo se regocijaba ante el descubrimiento de un verdadero Eldorado, que vertía sus corrientes de oro a través del país, él lo buscó

"Por encima de las Montañas,
De la Luna,
Bajando al Valle de las Sombras."

Mientras pasaba por Baltimore, durante una elección local, cayó en manos de esos electores que votan varias veces, quienes lo embriagaron para obtener su voto y luego lo abandonaron, inconsciente, en la calle. Fué encontrado a la mañana siguiente y conducido al hospital, donde murió.

Más espectacularmente trágico fué el final de Margaret Fuller, en 1850, en las aguas llenas de restos de naufragios, junto a los Hamptons, en Long Island. Con frecuencia había contemplado Walt desde la costa aquellas profundidades traicioneras, recordando relatos de pérdidas fatales, presenciando una él mismo cuando el vapor "México" naufragó en 1840.

"Miro hacia donde el barco, impotente, se dirige de cabeza, oigo el estallido cuando choca, oigo los alaridos de espanto, se tornan más y más tenues.
Yo no puedo ayudar con mis dedos que se retuercen,
Sólo puedo apresurarme hasta las rompientes y dejar que me empapen y se hielen sobre mí.
Busco con el gentío; ni uno de la tripulación nos es devuelto vivo por las olas."

Por la mañana ayudó a levantar los muertos y colocarlos en fila en un granero. Era la misma historia, repetida cruelmente,

cuando el bergantín "Elizabeth" se hundió durante una tormenta. Margaret Fuller, que regresaba de Europa, como la Baronesa de Ossoli, con su joven esposo y su hijito de meses, pereció con los demás. Más tarde, cuando la marea depositó los cadáveres sobre la costa, Thoreau, llegado desde Concord, se inclinó sobre el cuerpo del marido de Margaret Fuller y arrancó un botón de su saco para llevarlo consigo. "El país se muestra con ella —escribió Emerson en su periódico— hasta lo último, inhospitalario. ¡Alma valiente, elocuente, sutil, culta, devota y constante!" Margaret Fuller no necesitaba otro epitafio.

Pero el mundo siguió rodando. Emerson volvió a sus conferencias y Thoreau a la práctica de no-conformidad, predicada por su maestro, al rechazar todo en la vida, gobierno y hombres, que no coincidiera con sus principios. Whitman continuó, pues nunca la había abandonado, la elaboración de su idea, trabajando más cuanto más ocioso parecía. Escuchó a Jenny Lind, en Castle Garden, cuando el "Ruiseñor Sueco" conquistó no sólo a Nueva York, sino al resto de América. Debe de haber estado allí también en 1851, cuando Louis Kossuth, el campeón de Hungría, pronunció sus patrióticas arengas mientras las luces se reflejaban en sus medallas y puntillas doradas. Cuando el yate "América" se llevó el trofeo en las regatas internacionales, su corazón debe de haber latido de orgullo — y debe de haberse estremecido de horror cuando cerca de cincuenta niños, "en toda su belleza e inocencia", según su relato, perecieron en un pánico al grito de ¡Fuego! que estalló en una escuela pública de New York.

El año siguiente, 1852, "La Cabaña del Tío Tom", de Harriet Beecher Stowe, no sólo colmó la promesa de Henry Ward Beecher de que desparramaría el libro "tan copiosamente como las hojas del Vallombrosa", sino que la mejoraría vendiendo millones de ejemplares, tanto en el país como en el extranjero. Empero, cuando apareció como folletín en el *National Era*, dos años antes, le había reportado a la autora

escasamente unos trescientos dólares, pasando casi inadvertido, a no ser por los abolicionistas. Luego, en 1853, tuvo lugar la Feria Mundial en Nueva York, modelada de acuerdo a la Primera Exposición Internacional de 1851, que auspició el Príncipe Consorte, en Londres.

Un descomunal edificio de vidrio y hierro surgió como por arte de magia, de la "Plaza Reservoir" [1], donde habían estado los depósitos de agua egipcios, que abastecían a la ciudad. Abovedado, con columnas y torrecillas en los rincones de los edificios que formaban una cruz griega, se hallaba coronado por la cúpula más grande hasta entonces vista en América. Desde agosto de 1852, cuando fueron aprobados los planos de los Sres. Garstensen y Gildemeister, hasta el día de la inauguración, las multitudes habían contemplado cómo surgía la maravilla, pero ninguno con más orgullo que Walt Whitman, "de Mannahatta el hijo". Porque la Feria Mundial no era un mero acontecimiento internacional, que soldaba la amistad entre naciones por las industrias de paz, sino la realización de América, la joven gigante que daba la bienvenida al mundo entero.

La mente de Walt no requería más que una leve transición para que la Feria se convirtiese en una creación suya, tanto como de América. ¿Acaso no era él un representante de la grandeza y de las aspiraciones de su país? Desde el día en que se abrieron los portones de la Feria, en medio del regocijo general, mientras rugían los cañones, repiqueteaban las campanas y el mismo Presidente Pierce iba a la cabeza del cortejo, montado en su negro corcel *Black Warrior*, Walt visitó y revisitó la muestra. "Aquí donde todos los climas sus ofrendas envían", como decía el coro inaugural, Walt encontró espacio para la expansión de su alma. Se regocijó ante la abundancia de América y su maravillosa industria, y comparó sus productos con las mercancías de los bazares trans-

[1] Ahora Parque Bryant, detrás de la "New Public Library".

atlánticos. Oro, hierro, acero, ejemplares geológicos, intrincada maquinaria, tallas en madera, un instrumento musical llamado "psalmodicon", pinturas de maestros europeos, esculturas, todo lo que la mente del hombre era capaz de concebir y ejecutar con los regalos de la naturaleza, llenaba los salones de la exposición. Aquí había un cuadro, contribución de la Reina Victoria, que mostraba al Duque de Wellington presentando un obsequio de cumpleaños a su hijo menor, el Príncipe Arturo. De Italia había venido una estatua de Colón en el mármol más puro, su mano derecha señalando la esfera terrestre, sobre la cual descansaba la izquierda. Thorwaldsen exponía su obra maestra en escultura, el gran grupo formado por Jesucristo y sus discípulos. Además, una jaula con unos Cupidos alados y cautivos, todo en mármol, provocaba exclamaciones de admiración entre las señoras.

Walt no permitió que nada se le escapara, ni siquiera el hecho bochornoso de que la policía de la Feria lo siguiera sospechosamente hasta que él les aseguró que era inofensivo. ¿Qué pueden haber pensado, en realidad, los representantes del orden, respecto al hombre incorrectamente vestido que, día tras día, se detenía como en un éxtasis frente al grupo de Thorwaldsen y elevaba la mirada hacia la cúpula central con su radiante sol dorado? ¿Cómo podían saber que en aquellos mismos momentos desplegaba su alma creadora a las instigaciones de Dios y del hombre?

Capítulo XV

HOJAS DE HIERBA

Apenas empezaban a brotar las hojas en la ancha avenida Brooklyn, en la primavera de 1855, cuando el taller de imprenta de los hermanos Rome despertó a una actividad inusitada, en el pequeño edificio de ladrillos rojos situado en la esquina de Cranberry y Fulton, con las imprevistas incursiones de Walt Whitman. Les había llevado éste un libro para imprimir, el suyo propio, e intervino con tal solicitud en su impresión que la rutina del taller se vió desorganizada. Otros dejaban sus manuscritos en manos de los impresores que lo componían y sometían pruebas para su corrección. No así Walt. Insistió en seleccionar los tipos, dió instrucciones explícitas acerca de la forma en que debían disponerse las líneas del texto y, para demostrar mejor lo que quería, se instaló ante la caja y compuso un par de páginas. De algo le servía su aprendizaje.

Janes y Andrew Rome permitieron a su amigo que se saliese con la suya. Conocían las exigencias de los autores, y por lo tanto no les sorprendió que el despreocupado Walt tampoco resultara una excepción desde el momento que el manto del poeta cubría su camisa abierta. Había exasperado a los impresores en el *Eagle* al insistir en revisar el párrafo más pequeño de sus artículos. ¡Pobre del atrevido que se atreviera a cambiar una sola coma! Si había sido voluble en cuanto a sus escritos de caminante, era minucioso hasta la excen-

ciedad con el trabajo de su espíritu. Porque había sido verdaderamente trabajo, como podía apreciarse con sólo echar una ojeada a la escritura de las páginas dispersas. En realidad, los impresores habían exhalado un suspiro de alivio cuando alguien acompañó de la tarea de descifrar su manuscrito.

Como si se tratara de un palimpsesto, escribía un poema una y otra vez, con tinta, con lápiz, rojo y azul, las palabras originales tachadas y subrayadas, la primera versión aquellas recubierta con la materia de la sugestión poética, a medida que se le ocurrían imágenes e ideas. Había algo en el aspecto de sus páginas que indicaba un crecimiento difícil, doloroso, como si cada poema, a semejanza del germen de un niño, se iniciara como la pequeña plántula de dos hojas que, después de largas temporadas, desarrollaba ramas y hojas, desarrollando al fin la creación perfecta. En él la imprenta no operaba al fuego rojo-blanco, dando forma a la idea mediante golpes rápidos, enteros, hasta la invención final y definitiva, cuando emergía completa. En su laboratorio mental no había fragua alguna. Más bien maduraba sus poemas con la lenta seguridad de la tierra, permitiendo que las tempestades de lluvia y sol dieran paso a la vida en el momento oportuno.

Walt, desde la primera vez en que se manifestaba como el vate, se hallaba convencido de que cada impulso de expresión le venía de un depósito ajeno a él, de una conciencia que podría llamarse la de Dios en el Universo. Una y otra vez hizo responsable a la Divinidad del nacimiento de sus poemas. "El Libro", escribió con letras mayúsculas, como si empezase escribiendo de la Biblia, "el libro es un producto, no simplemente de la literatura, sino de la más amplia ley y juego universales de las cosas y de la belleza cósmica, de las cuales la literatura, pese a la importancia que tiene, es sólo un fragmento", con la siguiente descripción que él mismo imprimió en la prensa de la calle Cranberry: "Walt Whitman, un americano, uno de los rústicos, un cosmos", estaba vinculado al occidental Walt Whitman, por la palabra indicativa

Cosmos, con el divino poder que le dictaba. Afirmó más tarde, de nuevo: "Un intenso designio constituirá la base de los otros — y ese ha sido el designio religioso" — aseveración que habría provocado el asombro de los cándidos impresores, de haberlo sabido, mientras terminaban de componer aquellas convulsiones espirituales a las que Walt dió el nombre de *Hojas de Hierba.*

Pese a lo que pensarán los demás, al semi-cuáquero Walt no le cabía la más mínima duda de que la voz de Dios hablaba a través suyo. Designó a su vocación poética: "Mi vocación mayor". "Por mandato de Espíritu", dijo de un plan que se le ocurrió para divulgar su mensaje en una serie de conferencias. Y, aguardó el mandato, receptivo como el Adán recientemente surgido para el aliento que le confiriera vida y voz. Desconfiando del intelecto, nunca se preocupó de ir en busca de la idea, sino que esperó más bien a que la idea llegara hasta él. Era en la quietud del ocio, mientras se reconcentraba en sí mismo para meditar, cuando invitaba al Espíritu.

Durante la gestación de *Hojas de Hierba*, su familia debe de haberlo sorprendido algunas veces en el estado de trance que procurarían explicar los amigos literatos que lo conocieron años más tarde. Pero su familia no dejó impresión alguna, salvo para describirlo como distinto a los demás. Walt, anotó con alguna frecuencia, sin embargo, la génesis de sus poemas. Escribió una vez en su cuaderno una nota sobre el estado de exaltación mística que precedía a la anunciación, — "un trance, empero con todos los sentidos alertas — sólo un estado de elevada y exaltada meditación — lo tangible y lo material con todas sus demostraciones, el mundo objetivo suspendido por un momento..." Era un estado parecido al de los místicos religiosos, tales como George Fox y Elias Hicks, mientras aguardaban que la Voz hablara por sus labios. A Walt nunca se le ocurrió compararse a ellos. Sabía que sus poemas eran meros susurros frente a su inspiración auténticamente divina.

No obstante la fe que tenía en los mismos, tuvo el poder

de hacerle renunciar a todo y aferrarse a ellos. Cinco veces elaboró, y destruyó, y elaboró de nuevo los doce poemas que se decidió a publicar finalmente, de su propio peculio. Mientras trabajaba con su padre, ya viejo y achacoso, era su libro lo que había estado construyendo, dejando que sus procedimientos sublimales funcionaran libremente; entretanto, el otro Walt Whitman, carpintero del barrio, martillaba los techos de las casas que se vendían rápidamente a buen precio. En las horas del mediodía, cuando desaparecía con su portaviandas y unas cuantas páginas arrancadas de algún libro de su predilección, no sólo alimentaba su cuerpo, sino que nutría también a su sueño.

El océano, con su rítmico flujo y reflujo, se mezclaba a las cadencias internas de sus cantos, otorgándoles la pulsación de las cosas vivientes, como si latiera en ellas el corazón de la naturaleza. Era el sonido que había oído de niño, la vibración a la cual nunca dejó de responder su intimidad. En otras ocasiones, mientras caminaba trabajosamente de un lado a otro sobre la dura y mojada arena, a solas con los elementos, recitando con su voz vigorosa los dramas de Shakespeare, lo que hacía era la comparación entre esas poderosas líneas y su nueva música, que tenía algo de la inspirada incoherencia de lo místico, junto con la prosa del periodista y el estilo exhortatorio del conferenciante.

Siempre había anhelado subir a la tribuna del conferenciante, a fin de poder impresionar más directamente a los hombres y mujeres de América, para bien de los cuales sentía haber venido al mundo. Después de elogiar en el *Evening Post* la exposición de cuadros realizada en el "Brooklyn Art Union" por los jóvenes artistas de la ciudad, en 1851, fué invitado para dirigirles la palabra. Dos de los expositores, Walter Libby y William Mount, habían dado en la tecla con sus cuadros de muchachos campesinos, americanos, de negros, de los paisajes que Walt conocía tan bien, y de escenas domésticas. Su arte se hallaba exento, observó regocijadamente,

del "sello de clase" que echaba a perder al de Europa. "¡Una bendición del sol, entonces, digo yo, para la raza de los jóvenes artistas!" — exclamó en un artículo publicado en el amistoso *Post*. "Porque el ahorro y la astucia que producen dólares, no representan todo aquello ante lo cual debemos inclinarnos, o que debemos anhelar, o colocar ante nuestros hijos como el alfa y omega (la suma total) de la ambición humana". Repitió el mismo mensaje en el discurso que pronunció en el "Art Union", donde habló sobre el tema de "Arte y Artistas" ante los jóvenes allí congregados. "En la vida que vivimos en esta hermosa tierra, puede haber, después de todo, algo más vasto y mejor que el vestir y la mesa, y que los negocios y la política". Se esforzó para que ellos, los creadores, percibieran ese algo más vasto y mejor, antes de que él lo entregara al mundo.

Los jóvenes artistas lo aclamaron con tal entusiasmo, contentos de tener tal orador de parte suya, que Walt se puso a escribir "barriles" de conferencias, como su madre los llamaba. Era una época propicia para los conferenciantes. Al desarrollarse el Oeste en ciudades y pueblos dispersos, aumentó la demanda de cultura para distraer las horas de ocio de la gente próspera. Surgió el liceo de conferencias. Emerson, en realidad, había sido un precursor en ese terreno, realizando la transición del púlpito a la tribuna con tanto éxito que creó, como alguien dijo, una nueva profesión. Para él la plataforma del conferenciante era en realidad el campo experimental de las ideas que publicó más tarde en sus ensayos.

Pisándole los talones, llegó una fila de oradores elocuentes, de lenguas de oro, que en las ciudades apartadas eran esperados ansiosamente, entre los meses de noviembre y abril, para que aclarasen los problemas de la época. Wendell Phillips, Beecher, Horace Greeley, Theodore Parker, cada uno tenía su círculo y cada uno su auditorio, recogido de los clubs de señoras que comenzaban a surgir desde Nueva Inglaterra hasta el lejano oeste del Mississippi. Y no faltaban mujeres, o con-

ferenciantes *hembras*, como las llamaban con escasa galantería, dispuestas a divulgar sus opiniones acerca de asuntos que variaban desde la adopción del traje bifurcado, hasta la lucha del momento, o sea la lucha en favor de los derechos de la mujer. La señora Amelia J. Bloomer consiguió abogar por las dos reformas a la vez, apareciendo vestida con el muy vilipendiado pantalón, mientras disertaba acerca de la superioridad de la mujer sobre el hombre. En 1855, sin embargo, la lucha por la reforma en el vestir había terminado en una derrota. Los derechos de la mujer, por otra parte, se extendieron tanto, que empezaron a fundarse colonias para el ensayo del "amor libre".

Walt se mantuvo apartado de lo temporal en sus temas de conferencia, prefiriendo lo universal en asuntos como la Democracia y la Religión, siempre con mayúsculas. "Walt —recordaba George— iba a escuchar a individuos como Father Taylor y Hicks, a quienes consideraba genios, pero se negaba a escuchar a hombres como Spurgeon y Beecher y Brooks". Si llegaban a sus oídos los alaridos de los propagandistas en favor de los derechos de la mujer, era sólo para superarlos impacientemente con sus propios gritos respecto a su ideal: el de una verdadera mujer, capaz, antes que nada, de criar una prole vigorosa, fuerte, afectuosa, sensata aunque inculta y copartícipe con su compañero en el placer y la responsabilidad. Sobre cada uno de los problemas que preocupaban a sus contemporáneos, poseía su propio punto de vista, siempre desde las alturas de sus poemas. En realidad, los temas principales de sus libros podrían haberse encontrado, con palabras ligeramente distintas, en las notas de conferencias que seguía preparando aun cuando su primer discurso no le había conducido a otro. Con una seriedad rayana en el ridículo, el aspirante a conferenciante anotaba amonestaciones dirigidas a sí mismo. ¿Había algún impedimento, después de todo, para que adoptara una carrera que le permitiera ser, como Emerson, un gran maestro y un poeta a la vez?

Sin desanimarse por la falta de ocasiones, no sólo elaboró los asuntos que lo afectaban íntimamente en interminables observaciones, sino que también aprendió por sí mismo el uso de la voz y del gesto eficaz, reforzando los consejos que se daba con el dibujo de una tosca mano, el dedo índice extendido, admonitorio. "Aparte de dirigirse directamente *a Ti*, otro rasgo importante de las conferencias puede muy bien ser — vigorosa aseveración... lanzada con fuego, o entusiasmo, o ira... Cada una de las emociones anotadas puede servir para la elocución de conferencias". Una indicación en cuanto a la manera de decir cierto pasaje manifestaba con involuntario humorismo: "Con energía y como una fruta o florecencia complementaria".

En medio de la excitación producida por la impresión de *Hojas de Hierba*, todo lo demás pasó a un lugar secundario. Además, el libro contenía todo, hasta una conferencia prolongando los poemas, y que era en sí misma un poema, aunque impresa en tipo pequeño, en dobles columnas de prosa corrida. Todo lo que Walt había pensado y sentido en el curso de sus treinta y seis años halló expresión en esas páginas, que no se parecían, conforme salían de la prensa, a las páginas de cualquier otro volumen impreso hasta entonces, con sus anchos márgenes y generoso sembrado de puntos. Proyectó el libro *in quarto*. ¡Él, que contenía multitudes, no quería saber nada de miniaturas! El libro era su Biblia y debía parecerse a una Biblia.

Poco tiempo antes del mes de julio, *Hojas de Hierba* se hallaba listo para su distribución. Impropio por su delgadez, atravesando cada hoja desiguales y entrecortadas líneas, sus noventa y cinco páginas, realzadas con mayúsculas, mantenían unidas por una encuadernación tan femenil que a primera vista podría habérsele tomado por una de las efusiones de las escritoras que entonces asolaban como la langosta el campo literario. La tapa de tela verde oscuro, adornada con un diseño de flores y hojas, se hallaba encuadrada por una

triple línea dorada que corría hasta el lomo. El título, también dorado, figuraba en el centro, con aquellas letras decorativas que las mujeres de la época usaban para bordar las moralejas con que pedían a Dios que bendijera su hogar. Extrañas raicillas descendían de las letras hacia abajo, y minúsculas hojitas triples brotaban de la G mayúscula de *Grass* y del resto del título. El nombre se hallaba impreso también en caracteres áureos a lo largo del lomo, esta vez en letras simples, y exornado arriba y abajo con flores y hojas y hasta con un helecho. En ninguna parte podía discernirse la menor insinuación de una hoja de hierba. *Greenwood Leaves* de Grace Greenwood y *Fern Leaves from Fanny Fern's Portfolio*, de Fanny Fern, podrían haber figurado al lado de *Leaves of Grass*, en la misma mesa de tocador, a no ser por su discordante tamaño. La semejanza, sin embargo, terminaba en la encuadernación, como descubrirían los incautos con una exclamación de asombro.

Whitman conocía a Fanny Fern, la hermana de Nathaniel Parker Willis, redactor del *Home Journal*, y a su libro, que había provocado, cuando apareció en 1853, el saqueo del cacharro (la alcancía) de porcelana en ochenta mil hogares. Sara Payson Willis, una mujer rolliza, rubia, picaresca, de cuarenta años, de boca y nariz grandes y ojos de un color azul de coronilla, había enviudado muy joven, fué divorciada poco tiempo después, y lanzada sobre el mundo literario con sus hijos. Ahora, en 1855, estaba por conseguir su tercer marido, James Parton, once años menor que ella. Parton, sub-director del *Home Journal*, fué el primero en responder a las vibraciones del Fanny Fern, y se retiró furioso cuando su hermano se rehusó a imprimirlos en la revista. El éxito que ella obtuvo, sin embargo, en un diario rival, y la oportuna publicación de su libro, que hizo que toda la generación llorara, pidiendo más *Fern Leaves* para renovar el diluvio, lo vindicaron por completo.

Fanny, a quien los hombres nunca fueron indiferentes,

sintió una gran atracción por el trabajador barbudo, amigo de James Parton. No es seguro que Walt haya correspondido a su interés, pero le brindó un motivo para que se sintiese halagada cuando hizo encuadernar su libro en un estilo tan similar al de ella. Es muy probable, sin embargo, que Walt, un creyente de las fuerzas misteriosas, haya querido obtener, por la magia de la imitación, un éxito tan grande para sus propias hojas como el que seguían disfrutando las de Fanny. De haber habido entre los dos algún vínculo de índole sentimental, los ideales de Whitman en cuanto a la amistad no lo hubieran estimulado más allá de los límites del honor. El asunto se vió complicado, desgraciadamente, por cuestiones de dinero, después que Walt tuvo necesidad de pedirle prestado a Parton. A su debido tiempo el caso se llevó a los tribunales, tal vez debido a la furia de la mujer desdeñada. Al menos Walt insinuó algo de eso cuando refirió su rompimiento con Parton. "Había otros elementos en la cuestión — rencor, celos, opacidades, tuvieron un gran papel; y si se me permite decirlo, mujeres: una mujer, con toda seguridad... ellas mantuvieron viviente lo que pensé que James Parton habría dejado morir."

Sea como fuese la complejidad del embrollo emotivo de 1855, no se había trocado aún en odio, pasión formidable en Fanny Fern, que había publicado, aquel mismo año, *Ruth Hall*, autobiografía, ajustando cuentas en un artículo con todos aquellos por quienes creía haber sido injuriada, inclusive su hermano. Aunque su novela no mereció la misma acogida que *Fern Leaves*, tuvo, sin embargo, una excelente venta. Pero no puede haber tenido entonces dificultades financieras, porque firmó un contrato en junio con el astuto Robert Bonner, del *Ledger* de Nueva York, que conocía una buena pieza literaria en cuanto la veía. Después de meses de esquivez por parte de ella, y de tentadoras ofertas de Bonner, Fanny consintió en escribir regularmente para el *Ledger* por el precio inaudito de doscientos dólares por columna. Walt o sus dis-

tribuidores se ocuparon, de una manera u otra, de que Fanny recibiera un ejemplar de *Hojas de Hierba* para que escribiese sobre el mismo. Ella sabría reconocer al autor por el retrato de la portada.

Walt tuvo alguna dificultad en conseguir un agente para la venta de su libro, porque los hermanos Rome, una vez impreso *Hojas de Hierba*, consideraron terminada su labor. Habían preparado entre ochocientos y mil ejemplares, algunos encuadernados y otros en hojas sueltas para ser forrados más tarde con papel verde o rosado. El corazón de Walt saltó de alegría al contemplar la obra por la cual justificaba su existencia. Mas, ¿cómo haría para introducir su libro en el público? No tenía ningún editor, no conocía a nadie que se ocupara de la mecánica de la distribución. Pero conocía a muchos de los libreros de Brooklyn. Llevando consigo unos cuantos ejemplares de *Hojas de Hierba*, en una bolsa, empezó a recorrer las librerías. Ninguno de los libreros quiso aceptarlos. Por fin dió con uno en Nassau Strett, que aceptó algunos ejemplares en consignación. Walt sufrió una sacudida de gratitud. Su libro estaba lanzado al fin. Pero sus esperanzas, que se habían elevado tanto, se derrumbaron al día siguiente. El respetable librero, atraído por la florida encuadernación dorada y el título que contenía la palabra tan popular entre las escritoras, lo había llevado a su casa para leer de noche. No tuvo que pasar de la primera página para sobresaltarse en un "ladrido salvaje":

"El humo de mi propio aliento,
Ecos, ondas y susurros cuchicheados... raíz de amor, hilo de seda, rama y viña,
Mi respiración e inspiración... el latido de mi corazón... la circulación de sangre y aire por mis pulmones,
El olfateo de hojas verdes y hojas secas, y de la costa y de las oscuras rocas del mar, y de la paja en el granero,
El sonido de las palabras vomitadas por mi voz... palabras

libradas a los remolinos del viento,
Unos cuantos besos ligeros... unos cuantos abrazos... un envolvente estirar de brazos[1].

Si leyó algo más del libro para reponerse del primer choque, le esperaba una decepción. Como un ciudadano de principios severos, no tuvo más remedio que decirle a Walt que no quería saber nada con aquellas "Hojas".

Por esa fecha Walt ya estaba acostumbrado a la prudencia de los libreros. Colocando de nuevo en su bolsa los ejemplares rechazados, y agregando algunos más de la edición, los transportó al depósito frenológico de Fowler y Wells. ¿Acaso no le habían dicho que era un poeta? Estarían dispuestos tal vez a vender "Hojas" junto con sus propios libros. Sin duda notarían con alguna satisfacción el uso de términos frenológicos en su poesía, y el tributo que hacía al frenólogo al incluirlo en su prefacio entre los "legisladores de poetas", diciendo que "su construcción sostiene a la estructura de cada poema perfecto". Fowler y Wells aceptaron *Hojas de Hierba* y, sin duda a instancias de Whitman, lo pusieron en venta el 4 de julio. El libro había sido escrito para la gran Democracia. Era una medida apropiada que lo hiciera llegar a manos del pueblo, en el día de la Independencia.

Fowler y Wells ofrecieron ese día atracciones especiales al público: en exhibiciones, lecturas y entretenimientos instructivos. Sin duda *Hojas de Hierba* ocupaba un sitio prominente, y Walt, pareciéndose a su retrato, rondaba cerca del mismo.

"*Tan seguro como se puede estar... el cuerpo recto, bien ligado, de miembros firmes,*
Fornido como un caballo, afectuoso, altanero, eléctrico."

Allí estaban él y su misterio.

---

[1] Las citas de este capítulo, excepto donde se indique otra cosa, son sacadas de la 1ª edición de *Leaves of Grass*. Los puntos suspensivos son las puntuaciones favoritas de Walt y no implican omisiones.

Estaban y esperaron en vano. A pesar de los anuncios de Fowler y Wells en los diarios ofreciendo los ejemplares encuadernados de *Hojas de Hierba* al precio de un dólar, y los de rústica a setenta y cinco centavos, y no obstante sus esfuerzos por tentar a los compradores, tanto en su depósito de Broadway como en su librería de la calle Washington, en Boston, no lograron vender el libro. Era un comienzo descorazonador para el que aseveraba en su prefacio: "La prueba de un poeta es que su país lo absorba con tanto afecto como él lo ha absorbido". Sin embargo, la firma continuó enviando ejemplares de obsequio a los diarios y revistas y a escritores distinguidos.

En su hogar, la familia de Whitman no pudo ofrecerle consuelo alguno. Walter Whitman se moría. "Una vez desaparecido el jefe de la familia, ¿quién ocuparía su lugar? Jesse no fué nunca muy inteligente. Walt, el segundo, debería sucederle. Pero él no había resultado lo que la familia consideraba un buen proveedor de lo necesario. Durante el auge de las construcciones podría haber ganado algún dinero de haber continuado dedicándose a esos trabajos. En lugar de ello se complicó en "el asunto de las *Hojas de Hierba*", como lo llamaba George, desatendiendo sus oportunidades y hasta rechazando buenos ofrecimientos de trabajo literario. Jeff, afortunadamente, se hallaba bien encaminado hacia una carrera lucrativa en las instalaciones de aguas corrientes.

En ocasiones, George amonestaba a Walt por su indiferencia ante las cuestiones monetarias, pero Walt interrumpía bruscamente la discusión, diciendo: "No hablemos de eso". George tenía entonces la suficiente cordura para dejar de golpearse la cabeza contra una fuerza inmutable. Tal vez Walt supiese lo que hacía, aunque George tenía sus dudas al respecto. Cuando Walt llevó *Hojas de Hierba* a su casa, George tomó el libro en sus manos, hojeándolo por un momento. "Yo... no he leído nada de él; no me pareció que valía la pena leerlo". Tampoco lo leyó Louisa, hasta más tarde, cuando

el *Hiawatha* de Longfellow, obtuvo tanta popularidad que un ejemplar del mismo fué a parar a la casa de los Whitman. Longfellow, sabía Louisa, era un buen poeta. Lo leyó, y luego leyó a Walt. Pero, según le confesó a George, el uno le parecía "casi tan confuso como el otro". "Si *Hiawatha* es poesía", dijo, "tal vez lo de Walt también lo sea". Walter Whitman probablemente nunca le echó un solo vistazo al libro. El constructor de sesenta y seis años, agotado de tanto trabajar, murió una semana apenas después de su aparición. Nunca había comprendido a Walt, ni Walt comprendió jamás al hombre severo, silencioso, cuyo cuerpo, sepultado en el "Evergreen Cementery", vivía aún en el suyo.

"Sus propios padres... ellos y lo de ellos se hicieron parte de él...
La madre con palabras suaves...
El padre, fuerte, confiado en sí mismo, viril, mezquino, iracundo, injusto,
El golpe, la palabra rápida y estentórea, el regateo tacaño, el cebo astuto.

Hojas de Hierba contenía las últimas palabras de Walt sobre el desaparecido.

Walt esperó ansiosamente las críticas. Había comenzado con esperanzas elevadas. Como una lluvia bienhechora después de una sequía, sus palabras descenderían sobre el suelo de América, para ser absorbidas por él y devueltas en maravillosos frutos. Había permanecido solo con su visión durante tanto tiempo, y la había vivido con tanta intensidad que, asimilando, como lo hacía, cada aspecto de la vida a su alrededor, había perdido, no obstante, todo sentido de la realidad. Había sufrido ante las reacciones de los libreros que consideraban a su libro indecente o inmoral, pero esto no lo había desanimado. Sabía que la indecencia y la inmoralidad habitaban sólo en las mentes que las veían. Lo que abrumó su espíritu fué la indiferencia de las gentes a quienes procuró alcanzar. Se puede luchar contra la oposición, pero no existe

poder alguno que pueda forjar un arma lo suficientemente poderosa como para destruir a la indiferencia.

Luego, de pronto, probablemente el mismo día en que leyó la primera crítica sobre *Hojas de Hierba*, recibió Walt una carta que compensaría cualquier crítica desfavorable por su magnífica aseveración. La nota en el *Tribune*, del 23 de julio, con sus restringidos elogios, había sido escrita, sin duda, por Charles A. Dana, cuya pluma amistosa había atemperado la censura. La carta fué enviada por un hombre a quien Walt, sin embargo, no conocía personalmente, aunque su nombre había sido durante mucho tiempo familiar en sus labios.

"Concord, Mass'tts, 21 de julio 1885.

"Estimado señor: no estoy ciego ante el valor del maravilloso obsequio de "Hojas de Hierba". Lo estimo como el exponente más extraordinario de ingenio y sabiduría que América haya dado hasta ahora. Me hace feliz el leerlo, así como nos hace feliz un gran impulso. Responde a lo que constantemente exijo a la naturaleza, que me ha parecido estéril y mezquina, como si un exceso de trabajo manual, o de agua en sus temperamentos, estuviese volviendo gordos y mezquinos a nuestros genios del Oeste.

"Le deseo felicidad en su idea libre y valiente. A mí me ha producido un gran alborozo. Encuentro cosas sin comparación expresadas de una manera incomparable, como lo deben ser. Encuentro el coraje de abordarlas, que tanto nos deleita, y que sólo una gran percepción puede inspirar.

"Lo saludo al comienzo de una gran carrera, que debe de haber tenido, sin embargo, un amplio primer plano en alguna parte, para iniciarse de tal manera. Me froté un poco los ojos, para asegurarme que este rayo de sol no era una ilusión; pero el sólido sentido del libro es una sobria certidumbre. Posee los mejores méritos, o sea, aquellos que fortifican y alientan.

"No supe anoche, cuando vi anunciado el libro en un diario, que podía confiar en que el nombre era suficientemente

real y alcanzable para la oficina de correos. Deseo ver a mi bienhechor y he sentido el ansia de interrumpir mis tareas y visitar Nueva York a fin de presentarle mis respetos.

R. W. Emerson."

Walt estaba exaltado, dijo George, al recibir la carta de Emerson, y con toda razón. Ni siquiera en sus sueños más fantásticos podría haber esperado una carta, y menos aun una carta como ésa, del único hombre de América cuyo elogio constituía el sello de la más alta aprobación. Era como si Dios hubiese hablado. ¿Pues no era Concord el Olimpo literario, y Emerson su Júpiter? Emerson, afortunadamente, no era un dios celoso. Consciente de su valor duradero, podía darse el lujo de ser generoso, aunque en realidad, a la luz de la historia literaria que abunda en más ejemplos de rivalidad que de aliento, la generosidad de Emerson podría parecer más divina que humana.

No vino él personalmente a ver a su "bienhechor". En su lugar envió a Moncure Conway como emisario suyo, un joven virginiano que había ido a orar ante el ara de Concord antes de embarcarse en su propia carrera literaria. Con *Hojas de Hierba* en las manos, para leerlas entre mar y cielo en su viaje a Nueva York, Conway se hallaba en un estado de ánimo excelente cuando descubrió, en un día abrasador de verano, al portento revelado por Emerson tendido en el césped sin sombra, cerca de su casa y mirando sin pestañear con sus ojos azules al sol de mediodía.

Con toda consideración hacia su huésped, Walt le hizo pasar adentro y lo condujo hasta su cuarto, a fin de no verse molestados por las atareadas mujeres de la casa a esa hora inconveniente. Conway observó a su alrededor. Ni siquiera el ermitaño Thoreau vivía con tanta sencillez. El cuarto de Walt, casi demasiado ridículo para él, carecía de todo lo que no fuese absolutamente necesario; un catre, una mesa de pino, un lavatorio, un espejo y dos dibujos de líneas en la pared, eso era todo. El poeta del pueblo no necesitaba más.

Fascinado por el hombre, Conway acompañó a Walt día tras día en sus andanzas. Fueron a nadar en torno a "Staten Island" y tomaron baños de sol en recluídas ensenadas. Conway admiró la perfección de ese cuerpo, grande pero garboso, y de formas armoniosas. La ropa tosca sólo contribuía a realzar su magnífica virilidad. Dondequiera que fuesen, los hombres sencillos, trabajadores, saludaban calurosamente a Walt y le estrechaban la mano con la mayor cordialidad. "Casi todos lo conocen y lo quieren", dijo uno de ellos al aristocrático virginiano. ¿Pero sabían algo aquellos hombres acerca del libro de Walt? ¿Lo habían visto siquiera? ¿Qué pensaron de la voz que indujo a declarar a Emerson: "Los americanos en el extranjero pueden volver ahora; un hombre ha nacido entre nosotros"?

Al aceptar a Walt Whitman, Emerson se hallaba reconociendo, tal vez, una sucesión trascendental, encontrando en el rústico de Brooklyn, cuya efigie aparecía tan airosamente en la portada del volumen, a su verdadero hijo literario. Porque el Trascendentalismo, tan amorosamente plantado en Nueva Inglaterra, no había fructificado a través de literatos creadores. Thoreau, el discípulo bien amado de Emerson —si es que se puede decir de ese espíritu independiente que se haya dejado influir ni siquiera por una autoridad como la suya—, más bien vivió que escribió su Trascendentalismo. Su enérgica negación de todas las formas de la tiranía, se enfrentó también contra la tiranía del intelecto. Cuando el "Brook Farm", creado para poner a prueba el Trascendentalismo, lo invitó a participar en el experimento, contestó con un NO enfático, alegando en su diario privado, como motivo "de su decisión", que creía mejor mantener una sala de soltero en el infierno que vivir en una casa de pensión en el cielo. No buscaba compañerismo alguno en sus exploraciones espirituales. Allí, como en los bosques que rodeaban el "Walden Pond", prefería vagar a solas. "Preferiría sentarme sobre un zapallo —dijo—, y tenerlo todo para mí, que ocupar un sitio apenas entre un

montón de gente, sobre un almohadón de terciopelo". Tosco, brusco, simple, tenía más en común con la vida salvaje que estudiaba con tanto placer, que con la humanidad para la cual, descontando unos cuantos individuos a quienes quería, hubiera sido un extraño. No constituía Thoreau una piedra sobre la cual podría el Trascendentalismo construir su templo.

Singularmente, la semilla había arraigado lejos del solar paterno. El adivino de Concord nunca había oído nada acerca de Walt Whitman. Hasta creyó que podía haber sido ficticio el nombre que figuraba en el anuncio del "copyright" y que aparecía disimuladamente en un verso de *Hojas de Hierba*. Y, sin embargo, he aquí un libro que además de muchas cosas, incorporaba la visión amplia, grande y comprensiva de la vida que, como una revelación popular, había surgido en Nueva Inglaterra.

Pero *Hojas de Hierba* era un libro demasiado grande para poder ser adaptado a cualquier categoría, aun la Trascendental. Más que el libro de una idea, era el libro de un hombre. Walt sugería, aquí y allá entre sus páginas, la palabra clave. En la edición de 1860, la mejor de todas, indicó la pista en un corto poema:

"Como Adán, al alba,
Saliendo de la enramada refrescado por el sueño,
Mírame donde paso, oye mi voz, acércate,
Tócame, toca mi cuerpo con la palma de tu mano mientras paso,
No tengas miedo de mi cuerpo."

Así despertó Walt Whitman al Nuevo Adán, no en el huerto del Edén, sino en el mundo maravilloso del siglo diecinueve, su cuerpo robusto provisto de amplios pulmones para el aire vital, sus sentidos aguzados para el placer, su imaginación despierta al milagro de la vida de cada día. No es un primitivo. Aunque sus ojos son frescos como el alba, son sabios con la sabiduría de los siglos. Un hijo de la verde

campiña, vecino de las aguas, se siente igualmente en su elemento en las ciudades del hombre. El pasado, el presente, el futuro, se hallan fundidos en él, como en todo ser viviente.

"Yo soy una culminación de cosas realizadas, y soy un incluidor de las cosas a realizarse,
El es tan duradero como la tierra, tan inmortal como las estrellas.
Y sé que soy inmortal,
Sé que esta órbita mía no puede ser abarcada por un compás de carpintero,
Sé que no pasaré como el "carlacue" de un niño, contado de noche con un palo quemado...
Mi pedestal está sostenido y ensamblado en granito,
Me río de lo que tú llamas disolución,
Y conozco la amplitud del tiempo.

El hombre y la mujer son sus semejantes, las razas son semejantes, ricos y pobres, encumbrados y humildes, el presidente y el esclavo participan igualmente de su amplia humanidad. El reverencia el cuerpo y reverencia el alma, porque:

El que carece de uno carece de ambos... y lo invisible se comprueba por lo que se ve,
Hasta que eso se hace invisible y recibe a su vez la prueba.

Y porque tanto el alma como el cuerpo son igualmente nobles:

Bienvenido sea cada órgano y cada atributo mío, y los de cada hombre robusto y limpio,
Ni una pulgada ni una partícula de pulgada es vil, y ninguna será menos familiar que las otras.

Porque como receptáculo del espíritu, lámpara de la luz interior, el cuerpo participa de la divinidad."

Y así, "barbudo, tostado por el sol, de cuello parduzco, imponente", Walt Whitman se largó al gran mundo que es su patria. Se recuesta y holgazanea a sus anchas, observando una brizna de hierba de verano.

"¿Qué es la hierba?, dijo un niño trayéndomela a manos llenas;
¿Cómo podía yo contestar al niño? ... Yo lo sé menos que él.
Pienso que debe ser la bandera de mi disposición, tejida de un material color verde esperanza.
O pienso que es el pañuelo del Señor,
Un regalo perfumado que alguien dejó caer intencionadamente,
Ostentando de alguna manera en sus picos el nombre del dueño, para que podamos ver y observar, y decir ¿de quién?
O pienso también que la misma hierba es un niño ... el recién nacido de la vegetación.
O pienso que es un jeroglífico uniforme,
Que significa, brotando del mismo modo en zonas anchas y zonas angostas,
Creciendo entre gente negra lo mismo que entre blanca,
Kanuck, Tuckahoe, Congressman, Cuff, les doy lo mismo, los recibo lo mismo.
Y ahora me parece el hermoso cabello sin cortar de las tumbas ...
El brote más pequeño demuestra que en realidad no hay muerte,
Y que si alguna vez la hubo condujo a la vida, y uno no espera el final para detenerla,
Y cesó en el momento de aparecer la vida."

Llega él, tendido encima de la carga hasta el granero campestre, y observa mientras el pasto seco de la cosecha es amontonado a brazadas sobre el henil combado.

"Yo estoy allí ... Yo ayudo ...
Salto de las vigas y recojo el trébol y la alfalfa,
Y doy vueltas carnero, y mis cabellos se llenan de pasto."

A través de toda la extensión de la pradera, lo llevan sus poderosas piernas. Ve las enormes bestias que se revuelcan entre los juncos. Observa el ganso silvestre que conduce su bandada a través de la noche.

"¡Ya-honk! dice, y lo hace llegar a mis oídos como una invitación."

Al aire libre, en el lejano Oeste, asiste al casamiento del trampero con la muchacha india, cubierto él con cueros, protegiéndole el cuello su barba y sus bucles, y ella con la cabeza descubierta y los largos cabellos descendiendo hasta sus pies. Observa a los muchachos desnudos que se bañan cerca de la costa, y ve a la mujer, frustrada, que los espía, deseándoles, detrás de los postigos de su ventana. Él está en todas partes, y no hay secreto para él en su amorosa identificación con todas las cosas que alientan.

Los lugares despoblados y los pavimentos de la ciudad conocen el paso del andariego. Hace suya toda experiencia. Al esclavo fugitivo que se detiene ante su casa lo esconde en un cuarto que sale del suyo; le cura las raspaduras del cuello y los tobillos y luego lo ayuda a pasar al Norte donde sabe que estará a salvo. En la ciudad se entretiene observando a los hombres que trabajan, y alegremente los acompaña en su trabajo.

"El carpintero desbasta sus tablas... la lengua de su garlopa silba su salvaje balbuceo ascendente...

El timonel coje el pivote, arroja hacia abajo con un robusto brazo...

Los diáconos reciben las órdenes sacerdotales, sus manos cruzadas ante el altar...

El impresor de diarios, de cabeza cana y mandíbulas flacas, trabaja frente a su caja,

Da vueltas a su mascada de tabaco, sus ojos empañados por el manuscrito..."

La felicidad y la tragedia, la paz doméstica y el tumulto, el mal y el bien, todo pasa ante él y todo se hace parte de él, que lo comprende todo y por lo tanto no puede condenar.

"El loco es llevado al manicomio por fin, un caso confirmado,

Ya no dormirá más como antes, en una camilla en el dormitorio de su madre...

La cuarterona es vendida en la plataforma... el borracho cabecea junto a la estufa de laberna...

El mocetón conduce el vagón expreso... Lo quiero aunque no lo conozco...

La hermana menor sostiene la madeja, la mayor la arrolla hasta formar una bola, y se detiene de vez en cuando para desatar los nudos,

La esposa de un año se está reponiendo y es feliz, hace una semana dió a luz su primer hijo...

La prostituta pasa arrastrando su chal, su sombrero se ladea sobre su cuello vacilante y cubierto de granos,

La muchedumbre se ríe de sus juramentos obscenos, los hombres se mofan y se guiñan el ojo.

(¡Desgraciada! Yo no me río de tus blasfemias ni me burlo de ti.)

El Presidente tiene consejo de ministros, lo rodean importantes secretarios...

Año tras año se aglomera la indescriptible muchedumbre... es el Cuatro de Julio... ¡Cómo saludan los cañones y las armas pequeñas!

Desde el principio hasta el fin, en un bajo profundo y solemne, que resuena por encima de los cantos de la vida revelada, dándoles coherencia, rugía su himno de la democracia.

Porque la democracia, según dijo él en su prefacio, era la fuerza de la nación. "Los mismos Estados Unidos constituyen esencialmente el poema más grande... Otros estados se evidencian con sus diputados... pero el genio de los Estados Unidos no es mejor o más amplio en sus autoridades o legislaturas, ni en sus embajadores o autores o universidades o iglesias o salones, ni siquiera en sus diarios o inventores... pero siempre más en la gente común... El terrible significado de sus elec-

ciones —el Presidente que se saca el sombrero ante ellos, no ellos ante él—; estos también son poemas sin rima. Aguardan el gigantesco y generoso tratamiento digno de ellos."

Humildemente, el hombre a quien aun entonces vilipendiaban como a un egoísta desvergonzado, habló de la poesía digna de América, no realizada aún, y sus poderosas palabras ahogaban con su estruendo los silbidos de aquellos que se llamaban poetas. Porque era la democracia lo que le daba el aliento para expresarse. Surgiendo del círculo de acción de un gobierno en el cual el individuo era independiente aunque correlativo de las masas; en el cual formaba, en realidad, la fuerza de aquella unión de hombres y mujeres libres, la democracia se convirtió en el santo y seña de una sociedad perfecta al alcance de la realización de todos. El poeta podría estar entre los primeros que concibieran esa era del alma, pero ofreció la realidad a cada uno diciendo: "Ven a nosotros en condiciones iguales. Sólo entonces podrás comprendernos. Nosotros no somos mejores que tú. Lo que incluimos tú incluyes. Lo que gozamos tú podrás gozar. ¿Supiste que podía haber sólo un Supremo? Nosotros afirmamos que pueden haber innumerables Supremos, y que uno no hace contrapeso al otro como tampoco la vista de uno hace contrapeso a la de otro... y que los hombres pueden ser buenos o grandiosos sólo por la conciencia de la supremacía que existe en su interior."

Capítulo XVI

EL POETA HABLA POR SÍ MISMO

Ni el vulgo ni los críticos aceptaron la invitación generosamente formulada por Walt. Al contrario, la mano extendida fué golpeada airadamente, y los virtuosos desviaron la vista cuando el nuevo Adán llegó con su ofrenda. Los escritores de ambos sexos levantaron las manos al descubrir a semejante intruso en su decoroso jardín y lo ahuyentaron a fuerza de pinchazos de sus plumas. De los cincuenta ejemplares de *Hojas de Hierba* de que Fowler y Wells lograron deshacerse —por el recurso del obsequio, pues eran contadísimos los vendidos—, muchos fueron a parar al fuego, y otros arrojados a través de las ventanas sobre el inofensivo transeúnte.

Walt no hallaba placer alguno en las críticas que llegaban a sus manos. Por más que la primera hubiese sido amistosa, rozaba apenas el verdadero espíritu de sus poemas. El *Criterion*, de Nueva York, le era resueltamente hostil. Después de denostar al poeta y sus poemas, concluía con una amenaza: "Dejamos, pues, esta acumulación de inmundicias a las autoridades que seguramente... deben poseer facultades para suprimir tanta obscenidad". El *Intelligencer*, de Boston, insistía en el tema, agregando su propio juicio respecto al procedimiento a emplearse con "el patán de Brooklyn" que ofendía el recato público. "Nos atrajo el título muy curioso de esta obra, para buscar la obra en sí, y lo que consideramos ridículo

en el título quedó eclipsado por una heterogénea masa de ampulosidad, de egotismo, de vulgaridad y de disparates. La bestialidad del autor se manifiesta en la descripción que hace de sí mismo, y no podemos concebir una recompensa mejor que el azote, frente a semejante violación del decoro. Este libro no debe figurar en ningún sitio donde la humanidad exija algún respeto, y el autor debería ser arrojado a puntapiés de toda comunidad decente, pues se halla por debajo del nivel de una bestia". Y esto a pesar de la aprobación del sabio de Concord, cuya carta fué publicada por Dana, en el *Tribune* del 10 de octubre, como un rasgo de amistad hacia Walt.

El pensamiento, desgraciadamente, avanza con alas lentas, y la tolerancia apenas si se arrastra. ¿Cómo iba a comprender el crítico de Boston que en el poema a sí mismo, Walt cantaba el elogio del hombre; más aun, del mismo que lo vilipendiaba?

"Yo me alabo,
y lo que me atribuya, tú podrás atribuírtelo,
pues cada átomo mío también te pertenece."

La mente mezquina, incapaz de elevarse, de trascender el espíritu esencial, se revolcaba en su propio elemento, y encontraba su imagen en los charcos estancados cuando Walt la instaba a mirar hacia arriba. ¿Cómo, si no, pudo dejar de advertir la divinidad conferida en las fervorosas reiteraciones del poeta?

"Soy el compañero y el camarada de la gente, todos tan inmortales y tan insondables como yo;
Ellos no saben cuán inmortales son, pero yo lo sé . . .
Sé que soy majestuoso.
No importuno a mi espíritu para que se vindique o sea comprendido,
Veo que las leyes elementales no se disculpan nunca."

En los centros de la cultura más antigua de Inglaterra,

Hojas de Hierba no conoció mejor acogida. "¿Es posible —preguntaba el *Critic*, de Londres— que la nación más remilgada del mundo acepte un poeta cuyas indecencias apestan?... Admitimos sin reservas que (Whitman), a semejanza de cualquier animal, es aficionado a la naturaleza y a la libertad; y no sólo eso, sino que su tosca mentalidad es capaz de apreciar algunas de las bellezas de la naturaleza... Pero Walt Whitman conoce tanto de arte como un cerdo de matemáticas. Sus poemas... carecen de todo ritmo y a nada se asemejan más que al grito de guerra de los pieles rojas". Imitando a su primo de Boston, el crítico británico propone el látigo del verdugo para el hombre que —según expresa modestamente— "escribió la página 79 de *Hojas de Hierba*".

Inútil decir que los lectores que consiguieron un ejemplar del libro se encargaron de leer esa página, aunque no leyeran ninguna más. ¿Qué era lo que tanto irritaba al timorato crítico? Un himno de alabanza al cuerpo de la mujer.

"Esta es la forma femenina,
Emana un nimbo divino desde la cabeza a los pies,
Atrae con una innegable atracción feroz.
Voy hacia su aliento como si yo no fuera más que un impotente vaho... todo cae hacia un lado menos yo y ella,
Libros, arte, religión, tiempo... la sólida visible tierra... la atmósfera y las orladas nubes... lo que se esperaba del cielo o se temía del infierno ya se ha disipado,
Filamentos locos, brotes indomables salen de ella... la réplica también indomable,
Cabellos, seno, caderas, arqueadas piernas, negligentes manos caídas — todo difuso... lo mío también difuso,
Reflujo aguijoneado por la creciente, y la creciente aguijoneada por el reflujo... carne de amor distendiéndose y deliciosamente torturando..."

Desde un comienzo Whitman había dejado claramente establecido que el pudor no figuraba en la contemplación de

la obra de Dios: el cuerpo, receptáculo del pasado y puerta del futuro. Así como Eva fué creada para Adán, a fin de que la vida perdurara sobre la tierra, así la mujer era el arca de las cosas futuras, en espera tan sólo de "los límpidos chorros de amor enorme y ardiente" que su compañero aporta a la prolífica consumación. Era tan simple como todo eso, y tan sagrado. Whitman describía la extasiada unión de hombre y mujer, de una manera tan concreta, que aun cuando rebajase al misticismo, enriquecía a la poesía.

En la primera parte de su libro, sin embargo, ya había dado expresión, tornándolo cósmico, al hecho omnipotente, que en el último poema referido permanecía aislado. Pero el crítico ignorante no había vislumbrado la grandeza de concepción de Whitman; sus oídos, demasiado sordos para algo que no fuese el "grito de guerra de los pieles rojas", se mantenían cerrados a la música que el poeta había aprendido en sus solitarios paseos nocturnos, cuando —él mismo una parte del eterno misterio— la tierra y el mar y el cielo le enseñaron los elementales, aunque universales, ritmos de la creación.

"*Yo soy el que camina con la noche tierna y creciente;*
Llamo a la tierra y al mar que la noche apenas retiene.

¡Estréchate contra mí, noche de seno desnudo! ¡Estréchate contra mí, magnética noche sustentadora!
¡Noches de vientos del sur! ¡Noche de grandes y escasas estrellas!
¡Quieta noche cabeceante! ¡Enloquecida noche desnuda, de verano!
¡Sonríe, oh voluptuosa tierra refrescada!
¡Tierra de los árboles soñolientos y líquidos!
¡Tierra del alejado ocaso! ¡Tierra de las montañas coronadas de niebla!
¡Tierra de la vítrea fusión de la luna llena, matizada de azul!
¡Tierra de resplandor y sombra jaspeando la corriente del río!

¡Tierra del límpido gris de nubes que por mí son más claras y resplandecientes!
¡Tierra acodada y extendida! ¡Opulenta tierra de florecidos manzanos!
¡Sonríe, porque llega tu amante!
¡Pródiga! ¡Tú me has dado amor! . . . por eso yo a ti te doy amor!
¡Oh, apasionado amor indecible!
¡Impulsiva que me estrecha y a quien estrecho!
Mutuamente nos lastimamos como se lastiman el desposado y la desposada."

El modo con que Whitman encara la cuestión sexual presenta, no obstante, un problema para el psicólogo. Desde un principio insistió en el elemento sexual en su obra; de lo contrario, dijo, "todos estamos perdidos, sin redención". En su expresión más exuberante residía una honda sustancia religiosa, una exaltación que se liberaba a través del ser físico, únicamente porque Dios lo había señalado como el instrumento por medio del cual debía manifestarse el misterio. Nunca pudo sobreponerse al prodigio de la procreación, cuya fuerza veía explícita en cada hecho natural, desde la hoja de hierba que crece en silencio, hasta las múltiples estrellas. Su primera experiencia completa de ese milagro había transformado su vida. Por eso tuvo que escribir sobre él, acaso porque nunca más podría revivirlo del todo.

La conciencia del pecado, sin embargo, que provenía tanto de su sentido ético como de una eludida responsabilidad, lo obligó a sobrestimar lo que una naturaleza libre y pagana hubiese aceptado tal como era: una fuerza impelida hacia su incontestable consumación. Whitman tuvo que darle una finalidad y esa finalidad constituye la base de su edificio de la democracia. El amor romántico ocupa escaso sitio en su orden social, así como no hay cabida para el amor enfermizo. En su sistema, la humanidad ha alcanzado la perfección en

salud y en fuerza. Sus mujeres son de una casta atlética, capaces de engendrar una raza de héroes; sus jóvenes se yerguen, Adanes del alba, antes de que el pecado haya llegado a perturbar la carne, o a desfigurar, por el arrepentimiento, el rostro del espíritu. Pertenecen a una democracia lograda, en la cual los lisiados y los ciegos han perecido en una aún no proclamada teoría de la supervivencia del más apto.

Sin ninguna preparación para tan robusto evangelio, América se escandalizó, acaso más por la letra que por el espíritu. Aun *New England*, que había enviado al poeta la primera palabra de aliento, aprobó, de todo corazón, a Wendell Phillips, quien dijo que *Hojas de Hierba* contenía todas las hojas... menos la de parra. Ante los audaces requerimientos del poeta, las castas doncellas puritanas advirtieron que sus rostros se cubrían de rubor. Tímidos célibes como John Greenleaf Whittier arrojaron prestamente el libro al fuego. Aún no, aún no... Las palabras de este Mercurio eran demasiado acerbas después de las canciones de los seudo-Apolos.

A pesar de ello, los juicios críticos seguían apareciendo, y cada uno descubría una falta, si no en la forma, en el contenido. Hasta la originalidad de Whitman fué atacada. El *Putnam's Monthly* juzgó su obra como "una mezcla de Trascendentalismo de Nueva Inglaterra con la bellaquería de Nueva York". El *Crayon* atacó su optimismo idealista, arguyendo que "ya que para Walt Whitman todas las cosas son buenas, ninguna es mejor que otra y, por ende, no existe ningún ideal, ninguna aspiración, ningún progreso hacia cosas mejores". El *Eagle*, de Brooklyn, que hizo las paces, temporalmente, por orgullo ante la hazaña de un ex empleado, se sintió obligado a pronunciar algunas censuras, después de manifestar que quienes leyesen *Hojas de Hierba* "estarían de acuerdo en que es un libro extraordinario, lleno de bellezas". Para el autor sensible, tenía más importancia la crítica adversa que las palabras benévolas, pues ¿a quién puede gustarle que le digan que el libro sobre el cual ha esperado edificar el futuro, es una

mezcla de "ampulosidad, filosofía, ingenio y prosaísmo, como jamás se le había ocurrido concebir a hombre alguno"? Había poco bálsamo para sus heridas en los elogios que comenzaron a infiltrarse, a medida que los tímidos críticos, sintiéndose alentados ante el público encomio de Emerson, razonaron que puesto que un hombre como él tomaba la delantera, ellos bien podrían seguir sin riesgo la misma senda.

Fanny Fern, cuando por fin publicó su crítica en el *Ledger* en mayo del año siguiente, logró su objeto. Pero ella no necesitaba el ejemplo de Emerson para dar alas a su pluma en elogio del hombre de quien seguía enamorada. Su esbozo acerca de él, publicado tres semanas antes en su sección, "Ojeadas por debajo de una Sombrilla", había delatado algo más personal que un aprecio literario.

"Aquí viene Walt Whitman... El cuello vuelto de su camisa deja al descubierto su garganta muscular, los hombros echados hacia atrás como si sus pulmones aun no tuviesen suficiente espacio ni en ese hermoso y amplio pecho suyo. Escuchad su voz, sonora, profunda y clara... ¡Me importa un ardite la frenología! Dejad que llegue a mis oídos la *voz* de un hombre o de una mujer, y yo os diré de qué material están hechos sus dueños".

Su crítica era una alocución rapsódica sobre el libro, el autor y el pueblo de América. Desenfrenada, puesto que era su corazón quien dictaba las palabras, era lo suficientemente perspicaz para saber que no se necesitaba ser una mujer enamorada, para descubrir —a pesar de las imperfecciones— los méritos que poseía *Hojas de Hierba*. Podía escribir con autoridad, no sólo porque conocía al hombre, sino porque lo comprendía. Algunas partes de su artículo revelan, en verdad, una simpatía tan profunda con sus propósitos que, inconscientemente, imita el estilo de Whitman.

"Bien bautizado; lozano, robusto y crecido para las masas... *Hojas de Hierba*; sois indeciblemente deliciosas después de los parnasianos exóticos, forzados, tiesos... Walt Whit-

man, el mundo afeminado tenía necesidad de ti... Walt Whitman, el mundo necesitaba un "americano nativo", de una casta acabada y perfecta; enamorado de *mujeres*, no de *damas*; de *hombres*, no de *caballeros*. Necesitaba un hombre que tuvise el coraje de manifestar sus ideas fuertes y honestas frente a la pusilámine y aduladora aristocracia republicana; hombres de diccionario, hipócritas, camarillas y credos; necesitaba un hijo de la bandera nacional de gran corazón, incorrupto, con confianza en sí mismo, intrépido... Un espectáculo digno de verse, este glorioso americano nativo, que, una vez terminada su labor diaria de formón y cepillo, los dedos endurecidos por el trabajo, manejaba él mismo los tipos para imprimir las páginas que, desde entonces, hombres sabios y buenos se han deleitado en apoyar y honrar..." Luego, con una audacia sorprendente en una mujer de la época, lo defendió con argumentos apasionados contra los cargos de sensualidad que habían coloreado a casi todas las críticas sobre el libro.

Whitman, sin embargo, ya había hablado por sí mismo, aunque bajo el disfraz astuto de la tercera persona. No importa hacia donde mirase, la acogida dispensada a sus poemas distaba mucho de la que había esperado. No solamente las de Fanny Fern, sino otras "Hojas" se habían vendido por cientos de miles durante los últimos cinco años; las suyas no se vendían nada. Él sabía, empero, que mientras las otras ya se marchitaban junto con la temporada que las vió nacer, las suyas, profundas en experiencia humana, perdurarían mientras existieran hombres y mujeres que se identificaran con ellas. ¿Acaso no había ratificado su confianza en su obra la inteligencia más poderosa de América? De alguna manera, no importaba cómo, debía hacerlo valer ante el pueblo.

En su mente ya no había ninguna cuestión de ética. Y así fué cómo el hombre que había escrito en el *Eagle* en términos que nada tenían de vacilantes, contra la práctica de la alabanza excesiva, compuso artículo tras artículo sobre los poemas y sobre sí mismo. Fowler y Wells se hicieron cómpli-

ces de la treta de Walt cuando imprimieron, en su *American Phrenological Journal*, de octubre, 1855, lo que era ostensiblemente una apreciación objetiva de Tennyson y Whitman; "Un poeta inglés y un poeta americano".

"Siempre se reserva para los poemas de segunda categoría que complazcan al publicarse", empieza diciendo astutamente el anónimo autor ante las codiciadas uvas que Tennyson estaba disfrutando. Después de algunas improvisaciones torpes sobre el tema favorito de que la lealtad a lo extranjero significa la muerte para la literatura americana, y de que Tennyson no es ninguna excepción a la amenaza por ser "el bardo del tedio y de la aristocracia y su combinación en el amor", irrumpe: "Una voz extraña, entretanto, echa las otras a un lado y exige para su dueño el puesto que sólo se otorga después de que el sello de muchos años haya estampado con su aprobación las exigencias del genio sobresaliente y más altanero. ¿Cree usted que los más altos honores de la tierra se obtienen tan fácilmente?", pregunta a Walt Whitman con disimulado reproche. "¿Cree usted que la ciudad y el campo han de rendirse ante el vehemente egoísmo de su recital de usted mismo?" Citando un pasaje de *Hojas de Hierba*, se explaya luego sobre las cualidades de su poesía en contraste con la poesía del pasado e inquiere, no del todo retóricamente: "¿Y qué será de las filas de rimadores melancólicos y de frac, y de todos los confiteros y tapiceros del verso, si el hombre de rostro curtido que avanza... representa en verdad al poeta natural e íntegro?"

Sería difícil hallar un esfuerzo más chacabano por ocultarse. Allí no aparecía tan sólo la mano de Esaú, sino su voz también. Afortunadamente para el escritor anónimo, el prólogo en prosa de *Hojas de Hierba* había sido leído por escasos y no demasiado perspicaces lectores, pues si no los críticos de tijera hubieran caído, incontinenti, sobre un lobo tan torpemente disfrazado. El disfraz de Whitman dejó grietas aun más anchas en el artículo que publicó en la *Democratic Re-*

view. En ese no buscó ningún punto de partida, sino que se zambulló, con toda audacia, en un mar de alabanzas.

"¡Al fin un bardo americano! Uno entre los toscos, grande, orgulloso, afectuoso, que come, bebe y engendra; la indumentaria varonil y libre; el rostro, de barba, tostado por el sol, sus actitudes fuertes y erguidas; su voz trae esperanza y profecía a las generosas razas de jóvenes y viejos. Cesaremos de simular y seremos lo que realmente somos. Comenzaremos una literatura atlética y desafiante . . ." Con confianza en sí mismo, los ojos altivos, asumiendo para sí todos los atributos de su patria, Walt Whitman pone el pie en la literatura, hablando como un hombre que ignora que alguna vez existió semejante cosa como un libro, o un ser que fuese escritor. Cada movimiento suyo tiene ese libre juego del músculo de alguien que nunca supo lo que es sentirse en presencia de un superior. Cada palabra que sale de su boca acusa un repudio silencioso y una oposición a antiguas teorías y formas. Cada frase anuncia nuevas leyes . . . Hace un uso audaz y nativo de su cuerpo y alma . . . El mismo Walt Whitman niega singularidad en su trabajo; anuncia la llegada, tras la suya, de grandes sucesiones de poetas, y que él sólo levanta el dedo para dar la señal . . . ¡En buena hora llega usted, Walt Whitman!"

Se necesitaba ser un hombre de un extremo egotismo, o de una absoluta inconsciencia, para escribir sobre sí semejante artículo, y otro más que implicaba una crítica de *Hojas de Hierba*. Hasta la simulación quedaba eliminada cuando Whitman, desnudo, como en su prefacio, se pavoneaba entre la tímida muchedumbre, golpeándose el pecho y llenando la atmósfera con la novedad, la autenticidad y la importancia de sí mismo.

Había un mundo de diferencia, no obstante, entre la egolatría estentórea de Whitman y el amor propio de una Margaret Fuller que había escrito en términos categóricos: "Conozco ahora a toda la gente que vale la pena conocer en América y no encuentro talento alguno comparable al mío".

En ella, la egomanía trasladaba al individuo del nivel del suelo al pináculo del yo; en Whitman, la glorificación de sí mismo tenía el propósito ulterior de presentar un ideal alcanzable al hombre común. Aquí no había un aislamiento, sino más bien una consolidación. Si Whitman, el profeta, no hubiese carecido de un sentido humorístico, habría visto lo absurdo de su actitud, por necesaria que fuese para su propósito. Pero aun en esto tuvo que aceptar una derrota. Cuanto más gritaba para llamar la atención sobre su originalidad, tanto más huía la gente del loco. Absorto en su misión, Walt olvidó que la gente siempre se aparta de la tosquedad del profeta, cuando no le arroja piedras. Tenía conciencia, sin embargo, de su propia debilidad. En un artículo sobre el egoísmo, recortado de una revista, escribió, en grandes letras: "Ver lo que procede y CUIDADO".

Fowler y Wells, al menos, tenían suficiente confianza en él para conservar su libro y tratar de atraer a los compradores mediante la reproducción, en sus revistas, de comentarios laudatorio. *Life Illustrated,* una de las más populares publicadas por ellos, llevaba la crítica de Fanny Fern en un lugar notable, y para demostrar que Whitman no carecía absolutamente de amigos en el exterior, publicaron también el artículo favorable sobre *Hojas de Hierba* del *Leader,* de Londres. En la hospitalaria revista encontraron sitio artículos escritos por el mismo Whitman, sobre temas generales, aunque no firmados, que se hicieron más frecuentes después de la bendición de Fanny Fern, muy admirada por los editores.

Mientras tanto Whitman estaba haciendo el inventario de sí mismo y preparando poemas para una segunda edición que Fowler y Wells pensaban publicar. Pensaba mucho en Emerson. Ahora, junto al material de lectura que llevaba en sus excursiones habituales a Coney Island, incluía en la canastita que contenía su merienda un volumen de los ensayos de Emerson y su toalla. No había contestado a la carta de Emerson. No hubiera podido contestarla adecuadamente den-

tro de los límites de la correspondencia ordinaria. Quería hacer mucho más que enviar la nota de agradecimiento convencional, pero deseaba hacerlo de tal forma que Emerson no sintiera que él, Walt, le estaba demasiado agradecido. Admitió tener "un algo de Emerson en el cerebro".

¡Pero que nadie cometiera el error de creer que le debía nada a Emerson como fuente de inspiración de *Hojas de Hierba*! Durante mucho tiempo, como le manifestó a John Townsend Trowbridge, "yo estaba a punto de hervir, de hervir, de hervir; Emerson me hizo romper el hervor". Eso era todo. Emerson simplemente había estimulado el fuego que ya estaba encendido, conduciendo sus pensamientos al punto de ebullición. Al adánico Whitman le era intolerable admitir que pudiese haber existido otro antes que él.

Y así, mientras ensayaba sus nuevos poemas al aire libre, junto a los árboles, las estrellas y el océano, también construía el mito de que, como otra Minerva, había surgido plenamente armado de la mente de Dios. Pero todavía quedaba esa carta por contestar. Tenía escrúpulos de conciencia al respecto. Después de que Dana la publicara, sin pedir permiso a Emerson, se le había hecho notar a Walt que aquello no debió hacerse. Culpable, echó la culpa a su amigo, pero sabía bien que, de no haber querido que se publicara, no habría dejado la carta en manos de Dana; o, de haberlo deseado, podría haber explicado que no era para la publicación. Honesto en su labor, había algo de tortuoso en su ansia de fomentarla.

Se le ocurrió contestar públicamente a Emerson en la siguiente edición, que apareció en el verano de 1856. Era un libro pequeño, compacto, y sin el prefacio original, pero conteniendo veinte poemas nuevos. Como era un cuidadoso granjero, Whitman había utilizado el material del descartado prefacio para el largo poema "Mientras Yo me Hallaba Sentado Solo junto a la Orilla del Ontario Azul", y para varios de los más cortos. De nuevo fueron distribuídos los ejemplares para la

crítica, provocando reacciones más violentas que antes. No sólo fué atacada virulentamente la nueva edición, sino que el sentimiento público llegó a tal extremo que durante algún tiempo pareció que iba a llevarse a cabo la amenaza de persecución. ¡Con razón no habían puesto los editores su pie de imprenta en la portada!

Ahora, por fin, pagaba Walt su deuda a Emerson; una deuda reconocida con dificultad y sólo después de una prolongada lucha con un yo que admitía, de mal grado, cualquier influencia. "He aquí treinta y dos poemas", comenzó en una carta abierta a Emerson, "que le envío, querido amigo y Maestro..." Había escrito la palabra, sin duda, con ese alivio espiritual que sigue a la confesión. Pero habiéndola escrito, sentía haber cumplido con su deber en el reconocimiento que el término implicaba. Todo lo demás lo confiaba a su propio valor solamente, y al valor de los futuros poetas que, empleando su propia obra como trampolín, saltarían a alturas aun mayores.

"Yo soy el maestro de atletas;
El que a mi lado extiende un pecho más ancho que el mío
prueba la anchura del mío,
Honra más mi estilo aquel que aprende por sí mismo a destruir
al maestro".

Emerson, a lo más, había sido su trampolín. No tenía la menor sombra de una duda de que en su salto había dejado atrás al maestro.

Pero ¿cómo explicar los ejemplares aún no vendidos de la primera edición de *Hojas de Hierba*? No entraba en la naturaleza de Walt el confesarse derrotado. En su optimismo sostenido por la fe, no se dejó amilanar por su momentáneo fracaso. Llegaría el desquite y esta era su ocasión. Desmintiendo a los hechos, para engañarse a sí mismo, trató de engañar a Emerson. "La primera edición... tenía doce poemas. Imprimí mil ejemplares que se vendieron fácilmente; estos treinta

y dos poemas los he hecho estereotipar, para imprimir varios miles de ejemplares. Debo encontrar placer en hacer poemas. Me he propuesto otro trabajo, el conocer la gente y los Estados, cara a cara, para confrontarlos con una vigorosa lengua americana; pero el trabajo de mi vida es hacer poemas... Unos cuantos años más y la venta, término medio, de mis poemas será de diez o veinte mil ejemplares — más, seguramente. ¿Por qué he de apurarme o transigir?"

¿Adivinó Emerson, al leer las palabras jactanciosas, el sentimiento trágico que había tras de ellas? Y mientras leía, ¿habrá perdonado, como perdonó el abuso de confianza que significó la publicación de su carta, seguida de una cita de la misma en letras doradas en el lomo del libro: "Lo saludo al comienzo de una admirable carrera", y su nombre impreso?

"¡Dios mío, Dios mío!" —exclamó, cuando un amigo le informó de esa falta de delicadeza. "Eso estuvo mal, muy mal. Era simplemente una carta particular de felicitaciones. Si hubiese tenido la intención de que se publicara hubiera ampliado mucho los *peros* — hubiera ampliado los *peros* —" Y luego permaneció silencioso, mientras contemplaba, por la ventana, la naturaleza que no excluye a nadie, sino que, más bien, admite a todos en su promiscua acepción. Whitman era una fuerza de la naturaleza. Debía haber sido para él también, aun cuando, conociéndolo más de cerca, pudiese resultar demasiado elemental para ser cómodo.

Sin atreverse a confesarlo, Emerson sentía, sin embargo, un cierto orgullo de abuelo por el rústico vástago de Whitman, y hablaba de él dondequiera tuviese una oportunidad de ser bien acogido. Ahora, sin embargo, cuidaba de "ampliar los *peros*", para evitarse un posible apuro. Cuando se puso a la venta la segunda edición le escribió a Thomas Carlyle: "El verano pasado, apareció un libro en Nueva York, un monstruo estrambótico, que no obstante tenía ojos terribles y la fuerza de un búfalo, y era indiscutiblemente americano — que pensé enviarle; pero el libro obtuvo tan poco éxito

entre los pocos a quienes lo mostré, y se hallaba tan desprovisto de lo que dictan las buenas costumbres, que nunca lo hice. Pero ahora creo que se lo mandaré. Se llama *Hojas de Hierba*... Cuando le haya echado una ojeada, si usted cree, como tal vez ocurra, que sólo se trata del inventario de un almacén hecho por un rematador, puede usted encender su pipa con sus páginas".

Nadie sabe qué uso le dió en esa época el sublime dispéptico al "estrambótico monstruo". ¿Habrá percibido en él, a semejanza de Emerson, un parecido consigo, cuyo evangelio, ahora doblemente alejado, retornaba a él, más grande y poderoso, como el estruendo del océano que los separaba? No escribió a Whitman. Tampoco éste lo esperaba. No hubiera sido razonable, aun para una persona de ilusiones tan elásticas como las de Whitman, esperar otra "carta de Dios caída en la calle". Se sabe, sin embargo, que Carlyle leyó el libro, pero no quedó del todo satisfecho, principalmente por su énfasis en la grandeza. "No puede gustarme. Todo parece decir: "Yo mismo soy un gran hombre porque vivo en un país tan grande". Pero yo sé de grandes hombres que viven en rincones muy pequeños de la tierra. ¿Estaría pensando en Craigenputtock — y en sí mismo?

A pesar de sus mentiras a Emerson, Walt sufrió la angustia del más amargo desaliento. Sabía que su libro era lo suficientemente grande para valerse a sí mismo; empero, no podía dejarlo solo en pos de su verdadero camino. La opinión de Emerson significaba mucho, pero no era todo. Quería una señal por parte del hombre común. No vino esa señal. En una agonía del espíritu, después de las primeras críticas furiosas, se fué solo para luchar con una duda que, por primera vez, se alzaba imponente contra el resplandor sobre el cual había clavado su vista, obstinadamente. ¿Se equivocaba él al esperar, o se equivocaba el mundo al condenarlo?

Durante el resto del verano y el otoño, se encontró frente a frente consigo mismo, en la soledad del *Peconic Bay*, in-

terrogándose, irresoluto, extrañamente feliz empero, en medio de esos paisajes saludables. Entonces llegó la respuesta, confirmada por la voz de la naturaleza en la que confiaba por encima de todas las cosas. Regresó a Nueva York, resuelto a proseguir, como había empezado, a su manera. Un cumpleaños llegó y se fué, y lo pasó, como hacía siempre, en meditación y autoanálisis. Porque en tal día el cuáquero nunca dejó de aportar austeras resoluciones, promesas de mejoras, proyectos para el adelantamiento de su "empresa poética" contra las destructoras negaciones que seguían llegando del mundo hostil.

El 21 de junio de 1856 no le quedaba ni una pizca de duda acerca de la importancia de su obra. "Me parece perfectamente claro y concluyente que debo concentrar mis energías en *Hojas de Hierba*", anotó en su libreta de apuntes, "sin apartar ninguno de mis recursos, fuerza, interés, de la ejecución de cualquier otra cosa — de cualquier otro libro". Con fabulosa entereza se unió a su creación, que era a la vez su producto y su compañera.

El poeta tenía una fuerza de voluntad demasiado grande, casi, para el hombre. La gente nunca cesaba de preguntarse por qué no se casaba. Podía, si lo deseaba, ganar lo suficiente para mantener una familia, ya fuese como periodista o impresor, y con toda seguridad como carpintero. La señora Abby Price, una mujer cuya amistad apreciaba, le preguntó un día a quemarropa: "Walt, ¿ha estado usted alguna vez realmente enamorado?"

Tomado por sorpresa, Walt titubeó un largo rato antes de responder, y entonces dijo: "Tu pregunta, Abby, lo perturba a uno".

Nada más. Pero comprendiendo que había que dar una respuesta a una interrogación tan directa, sacó de mala gana algo de su bolsillo y lo mostró a la señora de Price y a su hija Helen que se hallaba junto a ellos. Era la fotografía de una mujer joven.

El hombre no había olvidado — ni el poeta tampoco.

Pero había hecho de su recordada pasión un tema universal, presagiado en su primera edición, en su manera de tratar el asunto sexual, y desarrollado ahora sin reprimir ni hechos ni palabras. "El Poema de la Procreación" [1] chocaba por la franqueza con que trataba de un tema que siempre se abordaba evasivamente. Fué ese el poema, entre otros, que provocó el mayor alboroto, a pesar de su perogrullesca ingenuidad. "Todo faltaría si faltara el sexo". En letra negra la objetable palabra *sexo* provocaba, por sí sola, estremecimientos de horror en la gente que hablaba de *miembros* y *senos*, y cubría las patas de los pianos con castos pantalones. El escribir abiertamente sobre el acto de la procreación, en un libro que las mujeres podían leer, era cometer el pecado imperdonable. Por una mera figura gramatical fué severamente censurado Charles Sumner cuando, en su debate sobre Louisiana, habló del Estado como de "un niño sietemesino, engendrado por la bayoneta, en criminal conjunción con el espíritu de casta". ¿Cuál debería ser el castigo para un hombre que se presentó como el esposo elegible de las mujeres de sangre ardiente ("Me apartaré de las mujeres impasibles") a fin de engendrar niños para América?

Ignorando el propósito de Whitman, de revelar un hombre completo en el nuevo orden espiritual que preveía para los Estados, el lector sólo podía encontrar un misterio profanado, y a todo sexo femenino colocado al mismo nivel que el de aquellas proscritas de la calle. Ni aun espíritus tan amplios como el de Emerson podían admitir un pasaje como el que sigue:

Ese soy yo, mujeres, me abro camino,
Soy austero, acre, grande, inflexible, pero os amo,
No os lastimo más de lo que os es necesario,
Yo vierto la materia para engendrar hijos e hijas apropiados para estos Estados, presiono con un músculo lento y vigoroso,

[1] Más tarde titulado "Una mujer me espera".

Me afirmo eficazmente, no escucho ninguna súplica,
No me atrevo a retirarme hasta haber depositado lo que durante tanto tiempo se ha acumulado en mí . . ."

o del "Yo espontáneo", una lista anatómica tal como:

"*Pensamientos de amor, jugo de amor, olor de amor, rendición de amor, trepadoras de amor y la savia trepadora,*
Brazos y manos de amor, labios de amor, pulgar fálico de amor, pechos de amor, vientres apretados y pegados juntos con amor."

Whitman el poeta no era nada sino honesto, no obstante las decepciones que pudiera ocasionar el hombre. No podía ponerse en duda su franqueza que, aun hoy, prohibe en algunas partes la plena aceptación de *Hojas de Hierba.* Pero el individuo es un mundo complejo, lleno de tumultos interiores desmentidos por el pacífico aspecto de la superficie. Es cierto que Walt escribió de sí mismo con dolorosa desvergüenza, revelando lo que otros ocultaban, para que la conmoción abriera los ojos a la gente. En su preocupación por el cuerpo delató, no obstante, algo de la atormentada imaginación del ascético, como si, a semejanza de Antonio en el desierto, el poeta viera desenrollarse repetidamente frente a sí la procesión de las tentaciones. Él no era peor ni mejor que ningún otro. Confesó:

"*Yo también tejí el viejo enredo de la contradicción,*
Fuí charlatán, me sonrojé, me resentí, mentí, robé, mezquiné,
Engañé, sentí enojo, lujuria, deseos ardientes que no me atreví a manifestar . . .
No estaban ausentes de mí el lobo, la víbora, ni el cerdo . . ."

Pero el público sólo creyó en la peor mitad de la confesión, perdiendo de vista el motivo de unidad con la humanidad, que lo obligaba a hacer tales admisiones.

Fowler y Wells no notaron merma alguna en su existencia de ejemplares de *Hojas de Hierba*, mientras las voces amenazadoras aumentaron, en cambio, de volumen. Temerosos de que el libro afectara seriamente su reputación, como así también a su negocio, lo abandonaron. El poeta de América se encontró sin editor.

Capítulo XVII

EL AMOR A LOS CAMARADAS

Durante los cuatro años que siguieron, por lo que se refiere al público en general, *Hojas de Hierba* podría no haber sido escrito nunca. Poco a poco los sabuesos de la prensa suspendieron sus ladridos, y la virtud femenina, resguardada por el *Lady's Book,* de Godey, permaneció serena en su tocador. La primera edición había desaparecido, nadie sabía cómo, con excepción de unos cuantos ejemplares que llegaron a Inglaterra en la bolsa de un vendedor de libros ambulante. La segunda acumuló polvo. El manuscrito original estuvo durante varios años en la imprenta de los hermanos Rome, y luego desapareció, probablemente para avivar el fuego o mantener al trapero. La publicación del libro había sido una pérdida en todo sentido.

Obstinadamente y en secreto, Whitman continuó trabajando. Todo lo que concernía a la nación afectaba a su libro. Por eso, aunque había dejado de participar activamente en la política, tomó a su cargo el hablar ocasionalmente a sus conciudadanos. La corrupción en los sectores más encumbrados provocaba su ira, aunque, por lo general, su temperamento no era de tiro rápido. Por consiguiente, a pesar de la promesa que se había hecho de no distraer sus energías, robó algunas horas para escribir un folleto durante la campaña presidencial de 1856, apoyando la candidatura de John Charles Frémont, el *Pathfinder,* contra sus opositores demo-

cráticos. Un ancho abismo se interponía entre el discurseador demócrata político de su juventud y el "Republicano Negro" en que se convirtió, pero supo salir del paso gracias a sus principios, que sólo conocían la lealtad hacia su propia noción del bien.

En "The Eighteenth Presidency!" no escribió ningún discurso político irreflexivo, ni agitador. Lo planeó con todo cuidado, pesando las palabras tan escrupulosamente como para sus poemas. Después de todo, no era simplemente el ciudadano personal quien hablaba, sino el poeta. "A los Redactores de la prensa independiente" —exhortó—, y a las personas acaudaladas." "Propagad y reproducid esta Voz mía para bien de los trabajadores". A fin de que los defensores que buscaba no tuvieran dificultad con su letra, él mismo tiró algunas pruebas del artículo.

Desgraciadamente, el redactor y el hombre acaudalado no querían saber nada con el "The Eighteenth Presidency!" por su peligrosa franqueza contra los propietarios de esclavos del Sur y sus incitaciones comunistas a los trabajadores para que hicieran valer sus derechos de ciudadanos. "El Presidente consume mugre y excrementos en sus comidas diarias; le gustan, y trata de obligar a los Estados a que los consuman", estalló. "Los almohadones del Presidente no son otra cosa que inmundicia y sangre. Los pavimentos del Congreso también son sangrientos... Ahora... los delegados de los políticos han presentado para el décimooctavo período a Buchanan, de Pennsylvania, y a Fillmore, de Nueva York, candidaturas separadas, pero ambos moldeados para seguir y equipararse al período décimoséptimo; ambos separatistas, ambos viejos políticos, ambos juramentados a las teorías de partidos especiales, y de todos los otros, teorías que obstaculizan y trastruecan los propósitos principales de los fundadores de estos Estados... Pero otro poder también ha surgido. Una nueva raza aparece copiosamente, con paso resuelto, para pronto confrontar a los Presidentes, a los congresos y a los par-

tidos; para mirarlos a la cara severamente y no tolerar tonterías; jóvenes americanos, el producto y la prueba de estos Estados..."

En ellos fundó su sueño de la perfecta democracia futura, y a ellos se dedicó. "No tengo miedo de decir que entre ellos trataré de inculcar mi nombre, Walt Whitman, y que tendré en lo futuro mucho que decirles. Percibo que sus mejores ideas aguardan, no pronunciadas, impacientes de que se les dé forma". De sus filas, las filas de los trabajadores, los mecánicos, granjeros, jornaleros, debe venir el hombre que redima estos Estados. "Me agradaría sumamente ver a algún herrero o botero americano, heroico, sagaz, bien informado, de cuerpo sano, de edad mediana, barbado, descender desde el Oeste a través de los Apalaches, para entrar en la Presidencia". Más allá de lo que él imaginara, iba a verse cumplida la esperanza del profeta-poeta.

Por el momento debía comer, como Hamlet, el aire, saturado de promesas; las páginas de pruebas yacían a un lado, con otros escritos suyos, para ver la luz mucho tiempo después de su muerte. El soñador, sin embargo, debe transigir con la realidad. El verano siguiente, para contribuir a mantener la olla familiar, tomó el puesto de redactor del *Daily Times*, de Brooklyn. Pero los asuntos del sustento diario no debían eclipsar su objeto supremo. Para mantener tal propósito siempre a la vista, se dirigió nuevamente a sí mismo una amonestación en sus meditaciones privadas: "La Gran Construcción de la Nueva Biblia. No distraerme del fin principal — la vida misma — los Trescientos Sesenta y Cinco. — Debería estar listo para 1859". Era entonces el mes de junio de 1857.

Mientras tanto, el amante de la vida se sumergió con *gusto* en la tarea de vivir. La gente lo notaba dondequiera que fuese con su atavío pintoresco. La ropa de carpintero alternaba con otra de sus indumentarias: una chaqueta de paño azul oscuro abierta en el cuello, el pañuelo rojo flojamente anudado, las

altas botas de montar dentro de las cuales acomodaba sus pantalones y el audaz sombrero de anchas alas. Sus hábitos de redactor siguieron como siempre. Subía y bajaba por las calles, iba y volvía por las avenidas, tan familiarizado con los corrompidos *Five Points,* donde pululaban los vicios de toda índole, como con los salones menos exigentes que comenzaban a descubrirlo. Fiel a su promesa, escribió acerca de lo que veía y sentía. Las prostitutas que ofrecían sus cuerpos entre las calles Houston y Fulton, cerca de Broadway, no provocaron en Walt ni un solo artículo de desprecio. Entre aquellas desdichadas, algunas eran "meras muchachas que, en circunstancias alentadoras, podrían ser mujeres respetables y felices", y él hizo un alegato, lleno de sensatez, solicitando una inspección, por parte del Estado, de las casas de prostitución, que su realismo reconocía como un mal necesario y demasiado común bajo el sistema social contemporáneo. Se tornó más franco contra la esclavitud y criticó menos a los defensores de la abolición. Como en sus folletos, atacó la corrupción de la política, las camarillas y clases y reafirmó su fe en la bondad y el poder de la gente común. Demasiado humano, al fin, también ajustó cuentas con Fanny Fern, por cuya instigación, como él lo pensaba, había sido arrastrado a los tribunales por el dinero que debía a su marido. "Queremos una raza de hombres y mujeres salidos de nuestras escuelas, no de pedantes y marisabidillas", escribió sobre el asunto de la educación. "Una mujer genuina vale una docena de Fanny Ferns". ¡Pobre Fanny, que había sido la primera de su sexo en defenderlo!

Sus placeres no habían cambiado. Cuando se inauguró la Academia de Música en "Fourteenth Street", él estaba allí para hacer comentarios sobre la arquitectura, las luces redondas como la luna, las ventanas arqueadas. Notó apreciativamente que la acústica no dejaba nada que desear, aunque deploró que no se hubiese prestado la misma atención al arreglo de los asientos; desde una mitad del teatro era imposible ver el

escenario. Concurrió a la Ópera tan asiduamente como de costumbre, sin perder ninguna función en la que cantara la maravillosa contralto Marietta Alboni. Tan profundamente lo conmovió, especialmente en "Norma", por su interpretación de la escena de la sacerdotisa con sus hijos, que suplantó su pasada admiración por el tenor Bettini, cuya voz solía impresionarlo hasta las lágrimas. La había incluído, sin mencionar su nombre, en *Hojas de Hierba,* y se hallaba planeando un homenaje apropiado a ella en la próxima edición — "A Cierta Cantante". De la misma manera que empleaba el francés, aprendido tan imperfectamente en Nueva Orleans — para exasperación de los figurones de las universidades — le gustaba emplear en sus poemas los términos de la literatura musical: "Ningún delicado *dolce affetuoso* yo... Escucho *bravuras* de pájaros... Canto los interminables *finales* de las cosas; tal es el recital que os traigo". Estas y otras palabras constituyeron un imperdonable pecado literario para los relamidos escritores con su establecida dicción poética. A Walt le producían un placer ingenuo.

El amplio círculo de relaciones que tenía entre los conductores de diligencias había aumentado en el curso de los años hasta incluir casi dos generaciones. En tiempo de lluvia o de frío podía vérsele sentado en el piso alto del ómnibus. Cuando un pasajero tiraba de la cuerda de parada, sujeta al pie del conductor, y pagaba su pasaje empujando su dinero por un orificio redondo colocado enfrente, Walt lo tomaba y devolvía el cambio correspondiente. "Ah, yo era famoso por eso", rememoraba, cuando ya habían pasado sus días de viajes en ómnibus. Si uno de sus amigos se hallaba enfermo, Walt ocupaba su sitio detrás de los caballos para que el hombre no perdiera sus jornales. Sabía cómo guiar un ómnibus en medio del tránsito, gozando con la sensación de poder que ello le proporcionaba, como le había gustado timonear los *ferryboats* de Brooklyn hasta que, una noche, mientras iba manejando el timón, casi sufrió un grave accidente. Dejó de timonear después de eso;

pero, para resarcirse, se constituyó en un protector extraoficial de los conductores de diligencias. Ayudaba a sus familias necesitadas, concurría a los entierros cuando, como ocurría con frecuencia, morían repentinamente; juntaba suscripciones para enfermedades inesperadas y ayudaba a atender a los hombres hasta que estuvieran curados. En el Hospital de Nueva York, al cual eran trasladados los accidentados graves, era bien conocido por los cirujanos a quienes ayudaba en el vendaje de heridas. Aprendió a hacerse insensible frente al espectáculo de la sangre y de las lastimaduras horribles, y sabía cómo aliviar el dolor mediante palabras alentadoras. Los médicos se maravillaban ante su extraño poder, y pasaban por alto los reglamentos en vista del bienestar que aportaba a los pacientes. Pero, bromeando a medias, hablaban de él entre ellos como del "Santo". El "Acariciador de la Vida" estaba haciendo su aprendizaje como apaciguador del sufrimiento y de la muerte.

Whitman estaba haciendo más, sin embargo. En sus experiencias de devoción hacia sus semejantes, ponía en práctica su evangelio de la función creadora del amor a los camaradas. Privadamente, en la elaboración de los "Trescientos Sesenta y Cinco", estaba agregando el cálamo aromático a *Hojas de Hierba*. La idea le vino como un resultado de los anhelos de su propia naturaleza inclusiva. Para él la amistad era una pasión tan fuerte, tal vez más fuerte, que el amor. Necesitaba la presencia física del ser querido; lo daba todo y no excluía emoción alguna de su expresión. Era ilimitada en su rumbo tocante a la construcción de "la nueva ciudad de amigos", pero tan intensamente personal como una congoja. Conocía la violencia, los celos, la amargura de la traición y los transportes de una comunión perfecta. Para él la "adhesividad", como denominaba al amor camaraderil entre camaradas, según la jerga del frenólogo, era una realidad de la naturaleza, tan universal como el instinto de volar en el pájaro, y el de unirse en el hombre y la mujer. El sexo, forzosamente,

constituía una parte de ella, como debía ser en cualquiera de un tal altamente sensual, aunque místico, carácter como el suyo. Era un caso en el que los extremos no sólo se tocaban sino que formaban una unidad indisoluble. Siempre había considerado al sexo como el mismo centro del ser; el negarlo ahora en un contexto que anunciaba un nuevo orden espiritual, era negar a Dios. Ese fuego de pasión que convertía al mundo material en llamas no debía serle rehusado al alma.

Cuando dió forma temprana a su ideal de afecto varonil, por consiguiente, escribió, como en la versión de 1856 del *Song of the Broad-Axe*, con audaz sexualismo:

"Sus formas se elevan, las formas de hombres maduros de cuerpo entero!
Hombres taciturnos pero amantes, habituados al aire libre, y a los modales del aire libre,
Expresando su ardor en naturales formas, dando la vieja respuesta,
Tomad lo que tengo entonces (diciendo gustosamente), tomad el pago por el que os acercasteis,
Tomad las lágrimas blancas de mi sangre, si eso es lo que buscáis."

Más tarde omitió ese pasaje, pero no la convicción de que en el cariño de camaradas, tanto como en la pasión de hombres y mujeres, hallaban alimento las raíces del amor universal. Porque mientras la unión física de los amantes renovaba la raza, el amor entre camaradas que para él tenía una perfección negada al amor entre los sexos, constituía una promesa de la era del espíritu que amigos y amantes heredarían por igual.

Eligió la planta del cálamo, o cálamo aromático, como su símbolo del afecto varonil, como había elegido la hierba humilde, tupida, desparramada, para representar las numerosas filas de la humanidad. Con frecuencia había visto crecer al cálamo en manojos apretados, brizna contra brizna, cada una

ayudando a sostener a las otras como iguales unidos en el sostén común. Las raíces, levemente teñidas de rojo, exhalaban una frescura delicada que persistía después de haberse marchitado la hierba, como persistía la amistad en la memoria aun después de la muerte.

Escribió:

"He aquí mis hojas más frágiles, y sin embargo las más duraderas.
Aquí les doy sombra a mis pensamientos, y los escondo, yo mismo no los revelo.
Y sin embargo, me revelan a mí más que todos mis demás poemas."

Sobre esta insinuación se ha urdido, en colores predominantemente oscuros, toda una serie de conjeturas. ¿Era Whitman un homosexual, y el "amor por sus camaradas" sería otro nombre para la homosexualidad? Se han escrito tratados en pro y en contra de semejante interpretación de los "Poemas del Cálamo", logrando pocos alguna conclusión aceptable. Whitman era un hombre excepcional. Todos los que lo conocieron tenían algo que decir acerca del notable efecto producido por su sola presencia física en aquellos que lo veían por primera vez. Una lectura inicial de su libro siempre resultaba una experiencia. Los hombres le hacían confidencias y las mujeres lo amaban.

Thoreau, que fué a buscarlo a Brooklyn con Amos Bronson Alcott, a fines del 1856, reveló el inquietante choque que produjo ese encuentro sobre su perfectamente equilibrado intelecto, en la carta que envió a un amigo. "Es como si las bestias hablaran", dijo de los poemas sexuales de Whitman, cerrando con esta extraordinaria contradicción: "Deberíamos regocijarnos grandemente en él. En ocasiones sugiere algo más que lo humano... Es tremendamente bueno... Es un gran tipo". El locuaz Alcott que, por una vez en la vida, dejó hablar a los demás, lo resumió como el "mismo dios Pan".

Thomas Cholmondeley, el corresponsal de Thoreau, encontró a Whitman "más avanzado que yo en aquel Oeste, que el Buda a mi zaga en el Oriente", aunque deploraba ver "a un caballero tan completamente dejado de lado".

Discípulos jóvenes e impresionables, que lo conocieron durante los años trágicos de la nación, lo consideraban como a otro Cristo. En verdad William Douglas O'Connor no veía irreverencia alguna en pintarlo de esa manera en un cuento. John Burroughs, un joven serio de veintiséis años, cuando conoció a Whitman, confió a su diario el extraño hechizo que le produjo el hombre. "A pesar de la belleza y la expresividad de sus ojos, cuando los inclina sobre mí, veo, en ocasiones, algo en ellos que casi me hace retroceder. No lo puedo explicar — si es más o menos que humano. Es como si me mirase la Tierra — muda, anhelante, implacable, impúdica, inhumana." A un amigo le escribió: "Lo quiero mucho. Cuanto más lo veo y hablo con él, tanto más significa para mí... Walt lleva en sí todos los tipos de hombre, no hay uno que haya quedado afuera".

Cuando Emerson, que finalmente había aclamado al portento, lo vió cara a cara, descubrió que su propia sangre, rarificada por seis generaciones de ministros puritanos, lo recorría nerviosamente ante el vigoroso compañero y su "ruidosa sociedad de bomba de incendios". El hijo del Trascendentalismo poseía una mezcla demasiado perturbadora de la casta común para el hombre de estudio. Algo sorprendido, Emerson desaprobaba en este caso las funciones de la naturaleza, y miraba con enojo la elección antiliteraria de compañeros de Whitman. "Me llevó allá y se portó como un chico, como si nunca hubiese habido nada parecido". ¿Pero cómo había de saber Emerson que entre los vasos de cerveza y la tripulación de la bomba de incendios Whitman festejaba el misterio de la fraternidad universal? De Cristo a alborotador, la paradoja de Whitman seguía su curso.

Burroughs ha dejado numerosos testimonios de cómo se

sintió inmediatamente ligado a Wale en una espontánea explosión de amistad tipo Cálamo. "Quiero a todo y a todos", escribió. "El otro día vi a un soldado que se detuvo en la calle y lo besé. Me besa a mí como si fuese una muchacha". Simplemente, sin recargar la cinta, Burroughs relató lo que a la vista del mundo podría parecer una conducta dudosa. Wale, como debieron aceptarlo todos sus amigos, no encontró nada de malo en dar pruebas físicas de su afecto a miembros de su propio sexo. Las cartas que escribió a su protegido Peter Doyle son pródigas en besos y abrazos. Dado que el amor era para él una fuerza tan necesaria a la vida como el mismo aire, e igualmente más allá del bien y del mal, él lo confería a todas las cosas que respiran, no haciendo distinción alguna donde no la hacía la naturaleza. No había nada humano que él no pudiese adorar con su cuerpo como en un casamiento místico. En ese hecho solemne y reverente estaba fundada su moralidad entera.

Que conocía la existencia de una desviación sexual, tal como la homosexualidad, en la época en que se hallaba componiendo sus "Poemas de Cálamo", es muy dudoso. No podría haber escrito tan desnudamente si una absoluta inocencia no hubiese guiado su pluma; ni hubiese demostrado una conmoción tan histérica, mucho tiempo después, cuando el persistente John Addington Symonds exigió una respuesta explícita a lo que consideró como inferencias homosexuales en aquellos poemas. "Muchas veces pienso sobre el Cálamo", musitó un anciano muy perplejo — "tal vez quiera decir más o menos lo que yo mismo pensé; tal vez yo no sepa lo que quiere decir — tal vez nunca supe. Mi primer instinto contra todo lo que escribe Symonds es violentamente reaccionario — todo es por el no, no, no. Entonces interviene el pensamiento de que tal vez yo no conozca mi propio significado". Cualquier duda que tuviese sólo concernía a la interpretación. En cuanto al hecho mismo la respuesta era concluyente: "No, no, no."

Para los recelosos, sin embargo, Whitman dejaba bastante cebo en la franqueza de su expresión. El hombre que había violado los rigurosos tabús de su época denunciando, desde las azoteas, los misterios más privados, no iba a ponerle sordina a su canto en el mensaje que consideraba básico para su evangelio. Que la gente hiciera lo que quisiese de él en su limitado día. Ya llegaría el momento de su justa interpretación. Por consiguiente se reveló a sí mismo en el poema:

"Tierra, mi semejante,
Aunque pareces tan impasible, amplia y esférica allí,
Ahora sospecho que eso no es todo;
Ahora sospecho que hay algo feroz en ti pronto a irrumpir,
Porque un atleta se haya enamorado de mí, y yo de él,
Pero hacia él hay algo feroz y terrible en mí pronto a irrumpir,
No me atrevo a decirlo con palabras, ni siquiera en estos cantos."

Había dicho bastante para ser condenado por aquellos de mente positivista que olvidaban que el poeta, especialmente cuando era también un profeta, trata al modo apocalíptico. En los poemas que trataban del amor entre los sexos, que estaba compilando y ampliando para el grupo de "Enfants d'Adam" presentó un retrato de sí mismo como un dios fálico, un Príapo sembrando descendientes por doquier. Las mujeres que lo conocían veían, sin embargo, en él, a un hombre reservado, manso, algo sentimental, que llevaba en el bolsillo el retrato de su querida. Había en él tanto de homosexual como de libertino.

Examinados de cerca, los hechos revelan una personalidad fuera de lo común, altamente sensible, templada por la naturaleza para responder al incentivo de belleza sensual y espiritual, siempre inseparables en él. Aunque de barba frondosa y aficionado a exhibir "el herbaje perfumado" de su pecho, tenía una piel tan blanca y rosada como la de su madre. El musculoso cuerpo unía al vigor masculino la gracia indolente de una mujer. Despreciaba el atletismo, prefiriendo haraga-

near a voluntad y flotar —no nadar— en las mareas de la vida tanto como en las del mar. Con el coraje de hombre, poseía la suavidad de una mujer, lo cual lo hacía un ayudante perfecto junto al lecho de un enfermo. Mientras escribía sin rubor acerca del cuerpo y sus funciones, era tan extremadamente casto que se tomaba más molestias que una niña para ocultar su desnudez, aun delante de los de su propio sexo. Todo en él indica una dualidad anómala, con todo lo que ello implica, pero de homosexualidad no había nada. La mejor negativa no se encuentra en los breves poemas incluídos en el grupo de Cálamo, sino en "Enfants d'Adam":

"Yo soy aquel que sufre de un amor amoroso;
¿Gravita la tierra? ¿Acaso toda la materia, sufriente, no atrae a otra materia?
Así atrae el cuerpo mío a todos los que encuentro o conozco."

En ese *todos*, y en el concepto whitmaniano del cuerpo como parte de Dios reside la respuesta. "No estoy satisfecho ahora con una mera mayoría" —escribió en otro poema—. "Debo tener el amor de todos los hombres y de todas las mujeres". Que aquel que pueda, interprete literalmente la inmensidad de un amor semejante.

Durante el tiempo en que Walt dejó de llamar la atención pública, había entrado en un círculo que le dió, por fin, una medida de la admiración que su ego requería. Charles Pfaff, un suizo-alemán rotundo, de buen humor, aficionado a la jovialidad y respetuoso de la erudición, había abierto, a mediados del año 50, una cervecería en Broadway, cerca de Bleecker, en pleno corazón de la ciudad. El servicio era inmejorable. Hermosas muchachas alemanas servían la cerveza; los mozos sabían cuándo debían ser solícitos, y al menor gesto llegaba una fuerte taza de café, bien caliente, para ahuyentar el letargo alcohólico. En cuanto a los panqueques alemanes, la calidad del licor y la madurez de los quesos, un continuo desfile de clientes atestiguaba su excelencia. Todas las noches

resonaba el comedor subterráneo con el ruido de cuchillos y tenedores, en contraste con el contrapunto de los pasos en el piso alto. Pero sólo cuando Henry Clapp, que acababa de regresar de París, vió las posibilidades del sótano de Pfaff, alcanzó éste su verdadera función como punto de cita para la bohemia de Nueva York.

La palabra, en su connotación artística, era nueva para América. Para Henry Clapp, recién llegado de las "Murgeritis Parisienses", que habían estado irrumpiendo en toda clase de cenáculos desde la aparición de *Scènes de la Vie de Bohème*, era el ábrete sésamo del reino de los buenos compañeros. Reuniendo en torno suyo a los hombres de letras de su relación, formó la primera bohemia de Nueva York, de la cual se convirtió en el príncipe reconocido. Conocido familiarmente como Charlie, Pfaff se agrandó con la importancia que adquirió su sótano. De todas partes de la ciudad venía gente para contemplar a las celebridades. La casa de Pfaff figuraba tanto en el plano como el Jardín de Niblo. Charlie irradiaba calor como las panzudas botellas de Haut-Graves y Bonnes Sauternes, Malvoisie Royale, Beaune y Volnay, mientras las frases de ingenio volaban entre las mesas, o algún poeta, impaciente por conseguir un auditorio, leía lo último que había escrito entre trago y trago. Los modales franceses y el espíritu de Francia echaron raíces bajo el pavimento de Broadway.

Solícito por el bienestar de su bandada literaria, Charlie Pfaff les facilitó una alcándara para ella sola, a lo largo de una mesa angosta, en un nicho abovedado que se hallaba situado directamente debajo de la acera y a regular distancia de la comunidad del comedor. Allí los poetas podían beber y hablar hasta la madrugada, observados, aunque sin ser molestados, por los curiosos que concurrían tanto para echar una ojeada a aquellos exaltados, como para disfrutar de los generosos brebajes de Charlie. George Arnold, John Swinton, Charles Stoddard, Ned Wilkins, el envidioso Willie Winter y el byroniano Fitz-James O'Brien se sentaron frecuentemente

a la larga mesa, dándose tono cuando la respetabilidad invadía su cueva en la persona de Thomas Bailey Aldrich o el Ohioano, W. D. Howells. Pero el más observado por todos los observadores y el favorito de Charlie Pfaff era el bardo barbudo que venía casi todas las noches para solazarse en buena compañía.

"¡Ah, allí viene el obsceno cachorro de la selva!", así era saludado Walt burlonamente, por uno de la concurrencia, que citaba un pasaje de un artículo poco lisonjero. Sonriendo con su modo lento, tranquilo, y saludando, sin duda, con un gesto perpendicular de la mano, ocuparía entonces su sitio entre ellos. Sentíase a sus anchas en la atmósfera cargada de humo, aunque nunca tocó el tabaco, y olvidando sus antiguas prédicas de "*Franklin Evans*" con algún fortuito jarro de cerveza, bebido lentamente, como la copa de la fraternidad. Algunas veces, después de una visita al Hospital de Nueva York, rodeado de viejos y espléndidos olmos, a corta distancia de allí, llevaba a sus amigos los médicos, y en ocasiones, a algún visitante de la plaza fuerte de Boston, para hacerles ver por sí mismos que, aunque los Bracmanes no querían saber nada de Walt Whitman, aquí al menos no le faltaba estimación.

Henry Clapp casi parecía haber fundado el *Saturday Press* con el solo objeto de imponer a Whitman entre el público hostil. Había algo de quijotesco en la defensa que el pequeño, tenso, musculoso, volteriano e ingenioso Clapp hacía del solemne y leonino Whitman, que avanzaba pesada y lentamente hacia la inmortalidad. Pero no era una relación aduladora por parte de Clapp. Tenía un espíritu demasiado independiente, y una bifurcada lengua de relámpago, cuyos destellos llegaban a todo el país. Millones de personas se rieron cuando él comentó, al acordar el "Union College", en la década siguiente, una LL. D. honoraria al General Grant: "No es que el General necesitara un grado, pero la universidad necesitaba un Grant."

"Walt, tú incluyes todo", le dijo una vez a Whitman, con un tono entre burlón y serio. "¿Qué tienes tú que decirle a la chinche?" Era una crítica grosera, pero tal vez justificada por la promiscua tolerancia del poeta. Walt contestó con su sonrisa afable de siempre, sabiendo que una burla como esa no era nada comparada con el devoto cabildeo del editor del *Saturday Press*.

El semanario de los "Bohemios" había sido lanzado en 1858, un año después que los mandarines de Boston sacaron el majestuoso *Atlantic Monthly*. Como redactor del *Times*, de Brooklyn, Walt se había fijado algo arrogantemente en el primer ejemplar, comparando al recién nacido *Monthly*, no muy favorablemente, con el rollizo, adolescente *Harper's Magazine*, que se abría paso con sus caricaturas, sus figurines, chistes y publicaciones inglesas por entregas. Pero entonces, además del poema "*Brahma*" de su "Maestro" Emerson, el *Atlantic Monthly* había incluído los nombres de escritores a quienes Walt consideraba no sólo como filisteos, sino como enemigos. Al león aguijoneado podría perdonársele un rugido.

Era contra la escuela de Boston, la *bête noire* literaria de Clapp y de su grupo, contra quien iba dirigido el *Saturday Press*. Atrevido, agresivo, sin ninguna consideración por la larga barba de la tradición, los irreverentes partidarios de Clapp lo pellizcaban cordialmente en cada número. No querían saber nada de la pesadez erudita, de manera que la hacían explotar de risa. No toleraban ninguna pompa, por respetable que fuese su nombre. Alineados, con sus bien afiladas flechas, apuntaban y daban en el blanco — y las camisas almidonadas se desinflaban. El estilo mordaz de Clapp, aprendido de los *feuilletons franceses*, tenía el sabor de lo nuevo en medio de lo estereotipado de la época. Además no conocía el miedo, y alentaba a la juventud.

Durante algún tiempo pareció que el *Saturday Press* podría suplantar al *Atlantic Monthly* como la ansiada meta del escritor. Desgraciadamente, como todas las cosas de-

masiado intensas, se consumió. Pero no antes de haber gritado el nombre de Whitman desde el portavoz editorial. "Anunciamos a un gran filósofo", proclamó el *Press* con un acento inquietantemente familiar, — "tal vez un gran poeta— un hombre original por todos conceptos. Es Walt Whitman". Aun en la mano de Clapp, Walt había guiado la laudatoria pluma con su jovial falta de consideración por la ética literaria.

"Aquellos eran tiempos felices en el sótano de Pfaff
Donde los bebedores y los reidores se juntan para comer y jaranear
Mientras por la vereda, justo encima, pasan los millares de pies de Broadway."

Reclinándose en su asiento, Walt observaba las figuras extrañas y conocidas que descendían desde la calle: hombres de negocios, artistas, actores a quienes había admirado en el escenario y unas cuantas mujeres que, mofándose de las convenciones, se unieron como iguales del sexo opuesto, en la camaradería del arte. Daisy Sheppard, olvidada ahora, y Agnes Franz, se consideraban bohemias, pero la reina elegida que los hombres adoraban y sus esposas temían, era la brillante y misteriosa Ada Clare.

Los "pfaffianos" la adoraban. Considerándola como la "nueva mujer", Walt le dió su bendición y sus consejos. Henry Clapp la aceptó como una talentosa Musette, en su bohemia. También aceptó su pasado, que incluía un asunto con un famoso pianista, un viaje clandestino a París, donde había bebido las aguas de la fuente murgeriana, y un niñito, su hijo, de tres o cuatro años. A las preguntas de sus admiradores, que sólo la conocían por sus versos incandescentes, Clapp solía contestar concisamente: "Es joven, bonita, soltera y tiene un hijo". Cuando lo presionaban acerca del niño, contestaba que creía que era un asunto inmaculado.

La misma Ada no poseía tal reticencia. Filósofa del amor,

como se llamaba a sí misma, era una maestra acabada en esa rama del saber, sin que le escasearan bien dispuestos secuaces. "Ada Clare —dijo un hombre que la conocía— es virtuosa a la manera francesa, es decir, tiene un solo amante a la vez". Ella no lo negó. Se vanagloriaba, al contrario, del ejemplo de emancipación que estaba dando a su sexo, y escandalizó a las virtuosas presentándose con su niño como "la señorita Ada Clare e hijo". Walt aprobaba su conducta. Pero hasta él tuvo que ponerle freno a la libertad audaz de Ada, cuando incitó a un enamorado sin experiencia, que residía en el campo, a que sedujera a la muchacha con quien se hallaba comprometido. "Te hará bien. Aprenderán algo los dos, y luego podrás volver a mi lado", dijo ella. Walt la sermoneó severamente por su cinismo, lo cual debe haber sonado de una manera extraña viniendo del enaltecedor de la emancipación sexual.

Pero en aquel tiempo Walt tenía razón al meditar sobre las consecuencias de su propia fugaz llamarada de amor-pasión. Había sido en la vida de la muchacha de Nueva Orleans lo que el pianista en la vida de Ada Clare. En el verano de 1859, escribió, reprochándose a sí mismo: "Ha llegado el momento de ponerme en campaña, primero para obtener dinero suficiente para vivir y proveer a M." Al poco tiempo el *Saturday Press* publicó un poema de la magia que sólo él podía tejer, una endecha de amor y separación, hecha intolerablemente punzante por el perfume de las lilas y el descorazonado canto del pájaro que llama en la noche a su compañero. El perfume de las lilas, las estrellas, y el pájaro que se lamenta — con todo ello hizo el poeta belleza de su pena personal.

"*¡Oh estrellas nacientes!*
Tal vez aquella a quien tanto deseo se elevará, se elevará con alguna de vosotras.
¡Oh garganta! ¡Oh temblorosa garganta!
¡Suena con más claridad a través de la atmósfera!
Atraviesa los bosques, la tierra,

En alguna parte, escuchando para apresarte debe estar la que deseo.

¡Sacudíos, cantos de alabanza!
¡Solitarios aquí los cantos de alabanza de la noche!
¡Cantos de amor solitario! ¡Cantos de la muerte!
¡Cantos bajo esa luna rezagada, amarilla, menguante!
¡Oh, bajo esa luna allí donde desciende hasta entrar casi en el mar!
Oh temerarios desesperados cantos.
¡Pero suavemente! ¡sumérgete bien hondo!
¡Suavemente! déjame murmurar apenas,
Y espera un momento, mar de ronco sonido,
Porque en alguna parte creo haber oído a mi compañero, respondiéndome,
Entonces tenuemente, debo permanecer silencioso, silencioso, para escuchar,
Pero no silencioso del todo, porque entonces tal vez no viniera inmediatamente a mi lado.

¡Aquí mi amor!
¡Aquí estoy! ¡aquí!
Con esta nota apenas sostenida me anuncio a ti,
Este suave llamado es para ti, mi amor, para ti..." [1]

Una vez más, con los mismos elementos extraídos del corazón, iba a cantar el dolor del país.

---

[1] De "*A Word Out of the Sea*", ahora "*Out of the Cradle Endlessly Rocking*".

Capítulo XVIII

WALT ENTRE LOS BRAHMINES

En la primavera de 1860, fué Concord alterada en su calma filosófica por la noticia de que Walt Whitman iría a Boston para realizar la tercera edición de *Leaves of Grass* en la imprenta de Thayer y Eldridge. Siendo la parte de América de donde había salido la primera nota encomiástica del poeta, Concord le aguardaba para agasajarlo. Emerson, Thoreau y Alcott, que lo habían visitado en su ciudad natal, pensaron que lo correcto sería invitarlo a sus casas, pero las mujeres se opusieron, desde la tímida señora de Emerson hasta Sofía, la hermana de Thoreau. Los hombres no tuvieron otra alternativa que sacar el mejor partido posible de una situación difícil. Correspondió a Emerson ocuparse del asunto con el tacto necesario: fué personalmente a ver a Whitman.

"Cuando la gente quiere conversar en Boston —dijo con un dejo de astucia—, van al parque público. Vayamos allí". De modo que recorrieron, bajando y subiendo entre los olmos, toda la calle Beacon. Hablaron durante casi dos horas de una tarde fresca aunque soleada. Más exacto sería decir que Emerson habló, mientras Whitman, firme en su opinión del asunto que discutían, afianzó sus fuerzas contra el filósofo de Concord.

Emerson no aprobaba la inclusión del grupo de los "Enfants d'Adam" en la nueva edición de "Hojas de Hierba". No era que estuviese escandalizado por los poemas —era un hombre

demasiado universal para no reconocer en el sexo la fuerza motriz de la existencia—, pero tenía sus dudas acerca de la sensatez de incluir aquellos poemas en un libro destinado a la aceptación general. Con lengua de oro, magnético, argumentó sus puntos certeramente utilizando el intelecto y la emoción para que "su hijo trascendental" entendiese lo que para él era tan claro. Whitman escuchaba casi vencido por la estrategia lógica acumulada contra él; se le antojó un cuerpo de ejército en formación: la artillería, la caballería, la infantería. Cada punto establecido por Emerson le parecía incontestable. Pero cuanto más hablaba Emerson, más fuerte hacíase la convicción en Whitman, mientras la voz que surgía de su alma y que siempre escuchaba, le indicaba que debía desobedecer y seguir su propio camino.

"¿Qué tiene usted que contestar a estas cosas? —inquirió Emerson, al final. Después de un instante de silencio, Whitman contestó bruscamente: "Aunque no puedo contestarles, siento con más seguridad que nunca que debo mantener mi propia teoría... Creo, con más fuerza que nunca, si es posible, que esos trozos deben quedar."

"Muy bien —dijo Emerson—. Vayamos a comer, entonces". Y a cenar fueron a la "American House". ¡Qué espectáculo para "Beacon Street", aquel día de primavera, cuando el sabio de Concord, con movimientos resueltos, parecidos a los de un pájaro, en vano procuraba desviar al despacioso Walt de su obstinado camino!

Aquellos eran tiempos de tensión en el país. Como un sismógrafo, sensiblemente alerta, desde el comienzo, a la peligrosa cuestión de la esclavitud, *New England* previno el próximo cataclismo. Cuatro años antes, Charles Sumner, senador de los Estados Unidos por Massachusetts, había sido agredido en el mismo Congreso por el sureño Preston S. Brooks, a causa de su discurso en favor de la admisión de Kansas en la Unión, bajo una constitución de estado que prohibía la esclavitud. El hombre de cabello canoso salió medio muerto

de las manos de su agresor; pero, después de dos años de un doloroso restablecimiento, había sido reelegido para el Senado, donde sostenía con más vigor que nunca la lucha por una nación de hombres libres.

Sólo unos cuantos meses antes, en el otoño de 1859, durante el alocado e idealista designio de capturar el arsenal, libertar a los negros y destruir la calamidad del país, John Brown había sido arrestado con un puñado de partidarios, en el "Ferry de Harper". Un anciano terrible, barbudo, apasionado en su rectitud, John Brown dió su batalla con el poder de su personalidad. Implacable como una piedra, no reconociendo en sí mismo debilidad alguna, no la toleraba en los otros. Sus palabras incendiaban las mentes. En todo el país, pero sobre todo en Nueva Inglaterra, la conciencia de la nación se inflamaba ante el ejemplo de aquel hombre. "¡Piensen en él! — ¡en sus raras cualidades! Se requieren siglos para hacer un hombre como este, y siglos para comprenderlo . . ." Thoreau estalló en cólera mientras John Brown yacía en la cárcel aguardando la muerte por traición. "Tal vez el sol no vuelva a alumbrar a un hombre semejante sobre esta tierra extraviada. El hombre en cuya elaboración entró el material más costoso, el diamante más puro; enviado para ser el redentor de aquellos que se encuentran en el cautiverio; y todo el provecho que podéis sacar de él, es colgarlo al extremo de una soga."

Thoreau y otros hombres como él protestaron inútilmente contra la condena de Brown. En vano Frank Sanborn y Theodore Parker conspiraron secretamente para ayudarlo en la prisión. Brown debía morir. Antes de su ejecución un número de predicadores del Sur, en pro de la esclavitud, ofrecieron darle consuelo y oraciones. Brown los rechazó diciéndoles que las oraciones de los defensores de la esclavitud serían una abominación para Dios.

—¿Quiere que le dé un pañuelo? —preguntó el comisario cuando Brown se hallaba de pie sobre la plataforma con la

cuerda alrededor del cuello—. ¿Quiere que le dé un pañuelo y le permita dejarlo caer como una señal?

—No. *Estoy listo en cualquier momento* —contestó el indómito anciano—. Pero no me hagan esperar interminablemente.

Parecía haber hablado por el Norte en la trágica divergencia que había estado dividiendo a la nación durante tanto tiempo. "Estoy listo en cualquier momento. No me hagan esperar interminablemente".

En marzo de 1860 habían sido ahorcados los últimos hombres de John Brown. El cuerpo del mártir yacía consumiéndose en la tumba, pero su espíritu seguía adelante en las filas de hombres libres que no podían descansar hasta que no estuviese vengada la causa por la cual había muerto. Dondequiera que la abolición tuviese simpatizantes —y ya eran una legión desde la publicación de "La Cabaña del Tío Tom"— el incidente del "Harper's Ferry" tuvo como consecuencia manifestaciones y juicios. En la época de la visita de Whitman, Boston se hallaba reconcentrada en torno al viejo Palacio de Justicia, donde se estaba juzgando a Frank Sanborn, el maestro de Concord, por su participación en la incursión de John Brown.

A pesar suyo, Whitman fué arrastrado al tumulto. A pesar suyo, porque, como ocurrió siempre en el transcurso de su vida, su libro constituía su principal inquietud. Cuando leyó en su casa la noticia referente a la captura y el encarcelamiento de John Brown, el asunto lo impresionó, pero no tanto, según manifestó, como para quitarle el apetito. Había visto en el asalto una amenaza a la Unión, y aunque admiraba el coraje de John Brown, le preocuparon las posibles consecuencias. "Si las cosas siguen en este tren —escribió en una nota de ese período—, se abre ante nosotros una asombrosa perspectiva; la Unión se halla amenazada de un destino tan horrible como insólito, algo que jamás le ha ocurrido a otra nación — es probable que se salve para morir."

En Boston, sin embargo, los sucesos por sí mismos sobrepasaban todo respeto hacia la Unión. Desde la época en que Garrison abogara por el negro, Boston había prestado atención a sus razones y las había llevado a la práctica. Aquí el negro, como pudo comprobarlo Walt con ingenuo asombro, era una persona. Ningún puesto que pudiera alcanzarle estaba vedado a su raza. Era aceptado como un hombre libre entre los libres. "He visto a uno trabajando ante una caja de imprenta, sin que se hiciese distinción alguna entre él y los componedores blancos. Noté otro también (y jamás he visto un africano más negro ni más motudo), empleado en el Edificio del Estado, aparentemente, un escribiente o suboficial de alguna clase". En los restaurantes vió entrar a negros que tomaban asiento donde lo hubiera. "Y a nadie le importa; y menos que a nadie —observó con satisfacción—, a los mecánicos y los obreros."

A pesar de eso, cierto desconcierto ante las condiciones que no prevalecían en su propia ciudad le llegaba a través de su consciente y generosa aprobación. "En cuanto a mí, soy demasiado un ciudadano del mundo para sentir el menor escrúpulo al respecto. Los negros de aquí, son, sin duda, de un orden superior — tan buenos para el trato como el hombre término medio de "nuestro propio color". Hay un abogado negro, llamado Anderson ... que ejerce aquí en Boston, muy hábil y tan bueno como el mejor. Y en Worcester, figuran ahora en la lista de jurados. A este paso, reinará la igualdad antes de mucho tiempo." Pero quedaban aun los "trescientos cincuenta mil dueños de esclavos" que no renunciarían a una propiedad tan valiosa sin derramamiento de sangre.

Lo que vió y la gente que conoció en Boston, transportaron a la acción su latente simpatía por la causa abolicionista. No hacía mucho, había conocido en la oficina de Thayer y Eldridge a un fogoso irlandés que publicaba en ese momento una novela abolicionista titulada *Harrington*. Simpatizó con el joven, William Douglas O'Connor, y escuchó de buena gana

su entusiasmo inflamable. Excitados por el juicio de Sanborn, sus amigos de Concord, sin duda, le transmitieron algo a él. Una mañana de abril, por lo tanto, cuando el césped reverdecía en el parque público y los brotes de los olmos brillaban al sol con reflejos bermejos, Walt se dirigió al viejo Palacio de Justicia y ocupó un asiento junto a la entrada, con un grupo de amigos de Frank Sanborn que habían convenido rescatarlo de las autoridades federales si el juicio resultaba en su contra. Con su llamativa chaqueta verde y la garganta desnuda, Walt estaba lejos de ser el conspirador ideal, pero se hallaba preparado a unir su fuerza a la de los otros si el tribunal no fallaba justicieramente.

Esta experiencia y la adoración de Boston por John Brown, hicieron ver a Walt la grandeza de aquel hombre, que no había reconocido en la cocina de su madre, en Brooklyn; porque su imaginación, con la cual sentía más que con el corazón, estaba conmovida, y el poeta exaltado. Por ese proceso psíquico, que lo hacía participar en cuanto pudiese concebir poéticamente, pagó su tributo a John Brown en el fecundo "año de meteoros, año caviloso".

"*Cantaría cómo un hombre anciano, alto, de cabellos blancos, subió al cadalso en Virginia,*

(Yo estaba cerca; silencioso permanecí con los dientes apretados; observé;

Yo estaba muy cerca — muy junto a ti — anciano, cuando sereno e indiferente, pero temblando por la edad y tus heridas abiertas, subiste al cadalso)."

Esta era su verdadera respuesta: el poeta había hablado.

Mientras tanto, la nueva edición adquiría forma, dándole Thayer y Eldridge, "un par de jóvenes yanquis, hasta entonces unos muchachos modelos", mano libre en la impresión del libro. Durante casi tres horas diarias permanecía junto a la caja en la imprenta de Rand, ocupándose de que todo se hiciera de acuerdo a sus direcciones. Al principio el capataz

puso dificultades ante sus exigencias extravagantes y le dijo con bostoniana franqueza que estaba loco. Pero Walt no aceptaba consejo alguno acerca de la manera de vestir a un niño. Cuando el trabajo quedó terminado y el grande y hermoso volumen listo para el público, Walt tuvo la satisfacción de hacer que el capataz se retractara. "Es la pieza tipográfica más nítida y más hermosa que ha pasado por mi imprenta" — dijo. Whitman, en una carta a Jeff, lo consideró de "primera clase" aunque creía que la podría haber hecho mejor aun. "Es extraordinario". Pero afortunadamente, Thayer y Eldridge creían que todo lo que él hacía estaba bien hecho.

Los jóvenes editores, "muchachos emprendedores", tenían grandes esperanzas en el libro que habían tenido el coraje de imprimir sin omitir una sola de las palabras que habían ofendido en las ediciones anteriores. En realidad, los mismos poemas que habían suscitado la tormenta de críticas habían sido agrupados tanto en señal de desafío como de audaz autoaseveración. "Creo en el regocijado y procreante amor de hombres y mujeres", parecía decir el poeta. "Tómalo, es sagrado". Y se detenía en su santidad explayándose en pormenores fisiológicos, y hablando donde otros poetas habían guardado silencio.

"Canto la fisiología desde la cabeza hasta los pies..."

había de explicar en una inscripción posterior.

"De Vida inmensa en pasión, pulso y fuerza,
Jubilosa, porque la acción más libre se formó bajo las leyes divinas,
Yo canto el Hombre Moderno."

Tal había sido su anhelo desde las primeras instigaciones del espíritu. En favor de su realización había emprendido un curso de educación, propia de toda la existencia, aunque él lo negara, buscando en los libros, pero más aun en la vida, las afirmaciones para su moderna Biblia. Innumerables ma-

nuscritos atestiguan la seriedad de su propósito, siendo cada elaborado garabato un testigo de que no hizo nada, ni pensó en nada, que no tuviese algo que ver con la ejecución de su tarea. En la contemplación de su libro hizo caso omiso del presente, aunque tenía bastante experiencia de la suerte que persigue a los "principiantes", y pudo escribir para sí mismo este frío consuelo:

"Como hay algo de implacable en sus destinos en todo momento,
Como todos los momentos se equivocan en la elección de los objetos de su adulación y recompensa."

Sabía que en su época, tal vez hasta mucho después, sería mal entendido. Por lo tanto, no permitió que ninguna consideración lo detuviera en su curso. Esto lo percibía claramente, a pesar de las numerosas confesiones esotéricas, de las confusiones intencionadas, de las verdades a medias y de los misterios que entretejió en su gran designio. Aquellos que se hallaban prestos para el mensaje lo verían revelado. Los otros tendrían que esforzarse hacia él como él mismo se había esforzado en sus años improductivos, hasta su madurez, cuando al fin su alma pudo sumergirse en su corazón desnudo. Para ellos escribió las furtivas alegorías que guardaban el secreto más audaz de su fe; a ellos dedicó sus poemas de "Calamus", que habían surgido de la fuente de inspiración con anterioridad al grupo Adánico. A ellos se entregó en cuerpo y alma en la transubstanciación de su libro. Allí, también, la palabra de su doctrina era el amor.

"Ni resultarán victoriosos los candidatos a mi amor (descontando muy pocos a lo sumo),
Ni harán bien solamente mis poemas — harán mal en la misma medida, tal vez más,
Porque todo es inútil sin aquello que podéis adivinar muchas veces sin acertar — aquello que yo insinué,
Por lo tanto liberadme, y emprended vuestro propio camino,"

hasta la época de completa comprensión. Porque él era camarada de Cristo y sabía que "el mismo precio inexorable debe aún pagarse por la misma gran adquisición", mediante retorcidos significados, injurias, y a veces martirio.

Walt, sin embargo, era apenas un mártir mientras exploraba las calles de Boston en los momentos de ocio, probando la dureza del pavimento de guijarros y de extrañas piedras nefríticas. Las calles Sumner y Franklin espiaban al fenómeno a través de los postigos. La calle Milk, centro de los pañeros, se asombraba de su viveza muscular. Beacon Hill lo olfateaba despreciativamente con un gesto altanero, mientras que la calle Washington lo hacía todo a la vez. "Causo una inmensa sensación . . .", cantoneaba Walt ante Abby Price. "Cada persona aquí se parece tanto a todas las restantes — y yo soy Walt Whitman!" La exclamación era propia de él.

Conoció a gran número de personas con algunas de las cuales simpatizó, lamentando, sin embargo, la "estrechez" bajo la cual vivían los bostonianos. "¿Qué dirá la gente?" Se empeñó en hacerles ver que a él eso no le inquietaba. ¡Él era Walt Whitman! Le hubiese gustado, no obstante, que fuesen un poquito más hospitalarios. Cuando salió de Brooklyn había supuesto que sería invitado a cenar por sus amigos de Concord. La antipatía de las mujeres de Concord, sin embargo, le borró tales perspectivas. Se vió obligado a comer siempre fuera. "¡Oh, Jeff, los gastos tremendos que he tenido aquí —gimió el soltero desamparado— viviendo en la forma en que lo he hecho; alquilando una pieza y comiendo en los bodegones, a siete centavos por una taza de café, diez y nueve centavos por un bife — y tanto que me gustan el café y los bifes!" Su madre debió haber venido a Boston para darle alojamiento.

Los asuntos monetarios se estaban convirtiendo para Walt en una secreta preocupación. No por él mismo. Años atrás, mientras preparaba su manifiesto en prosa para *Leaves of Grass* había hecho un presupuesto de las necesidades del poe-

ta, y eran verdaderamente modestas —"Una pequeña suma puesta aparte para el costo del entierro — unas cuantas tablas de chillas en torno, ripias encima, y un lote propio de suelo americano — unos cuantos dólares para proveer la ropa y la comida simple del año — y luego en marcha". Las tablas de chillas y las ripias eran, por supuesto, para albergar a su madre, porque ella siempre figuraba en sus planes. La idea de un hogar para ella había sido el acicate de sus economías en Nueva Orleans y el ancla de su apasionada inquietud. Era la roca hacia la cual se dirigía en busca de solidez después de la tormenta emocional, con el desesperado grito: "¡Oh, cómo ansío el día en que podamos tener nuestra apacible granjita y estar juntos de nuevo!" Una vez fallecido su padre, deseaba, más que nunca, brindar a Louisa un hogar que fuese de ella, para que pudiera cuidar de él y de Eddie, y de los demás niños en la medida que lo necesitaran; porque la sólida unidad de familia que Louisa había mantenido se estaba desintegrando debido a una serie de circunstancias dramáticas.

Eddie, naturalmente, nunca sería otra cosa más que lo que era. La ciencia no podía hacer nada por él. Pero Jesse, el primogénito, también había estado dando señales de un peligroso desorden mental, que le impelía a accesos de violencia. Walt procuró no alarmar a la familia con sus temores, ni perder él mismo su entereza cavilando demasiado, pero vió bien claramente el final que esperaba al desdichado. "Las grandes leyes no atesoran astillas, ni se aferran a los centavos sueltos", así universalizó la tragedia personal, agregando más tarde, cuando Jesse tuvo que ser internado en un manicomio: "Yo conozco para mi propio consuelo las grandes leyes que vaciaron y quebraron a mi hermano". Pero aquella referencia a su hermano quebrantado sólo había sido hecha para sí mismo.

Con la excepción de George y Jeff, a los demás niños no les había ido muy bien. George, sin embargo, tenía sus propios problemas. Esperaba casarse algún día, y como era de

ideas prácticas [1], deseaba poner de lado un poco de dinero por su propia cuenta. Jeff, que se había casado con Mattie, con el sueldo de noventa dólares mensuales que ganaba como aprendiz de ingeniero en las aguas corrientes de la ciudad, también debía mantener a una criatura, una hija eufónicamente llamada Mannahatta, "una palabra, líquida, sana, indócil, musical, suficiente en sí misma", como cantó Walt en su poema del mismo título.

De las hermanas de Walt, se sabe poco de la mayor, Mary Elizabeth. La otra, Hannah, casada con Charles L. Heyde, un pintor de paisajes, había ido a vivir con él en Burlington, en Vermont. El casamiento había sido tempestuoso desde el comienzo y un motivo de inquietud para Walt y Louisa que vieron cómo la muchacha orgullosa y vivaz se esforzaba por llevar una vida tolerable con un hombre egoísta, vanidoso y brutal, que se encontraba con demasiada frecuencia bajo la influencia del alcohol. El hecho de que Heyde había recibido una buena educación no mejoró la situación, porque ejercía su capacidad literaria solamente para probar su superioridad sobre todo otro miembro de la familia, tan por debajo de él en la escala social, incluyendo a Walt, cuyo libro se había apresurado a caracterizar de "irregular, desordenado, indiferente o desafiante —los instintos animales más bajos—, ninguna responsabilidad o sentido moral, o principios". Por amor a su hermana, Walt soportó a su difícil cuñado, aplacando las aguas revueltas con sus calmosos consejos y, lo que era más importante aun, ayudando al presupuesto de la familia con obsequios de dinero. En su viaje de regreso desde Boston, siguió hasta Burlington, observando, tal vez con un dejo de tristeza, el apacible paisaje rural y los caballos que tascaban los campos cubiertos de pasto a la espera de la siega.

---

[1] Algunas autoridades declaran que George se casó antes de estallar la Guerra Civil. No se casó, sin embargo, hasta 1871. Fuente: una carta inédita de Jesse Whitman corrigiendo el error de acuerdo a una anotación en la Biblia de la familia.

Por el otro hermano, Andrew, Walt no logró hacer nada, ni lo hubiera conseguido ningún poder en la tierra. Murió unos cuantos años más tarde a consecuencia de una tuberculosis que lo había agobiado, dejando a su mujer, Nancy, y sus niños pequeños desprovistos de todo sustento. La familia ayudó a la viuda tanto como lo permitieron sus escasos fondos. Pero la moral de Nancy se quebró en la lucha por mantener el alma en el cuerpo. Tomó por el camino que su mundo llamaba el más fácil, y mandó sus niños a mendigar por las calles. Con su ternura hacia todos los parias, Walt nunca se olvidó de los desafortunados en su propia familia, y cuando los demás hacía ya mucho que ni la nombraban siquiera, él la incluyó en su testamento.

Cuando se publicó la nueva edición de *Leaves of Grass*, Walt ya no tenía que cavilar en aquellas penas. En realidad, tuvo un gran motivo de regocijo cuando sus editores yanquis no sólo demostraron su confianza en el libro, mediante la publicación de una importante edición, sino que consiguieron también suscitar un vivo interés por el mismo. Su hazaña lo sorprendió, pues contrastaba con la reserva de los otros bostonianos de cuello duro y del eterno ofrecimiento de "Mis respetos". Thayer y Eldridge sabían que no tenían respetos que ofrecer en *Hojas de Hierba* y por consiguiente se dedicaron a ensalzarlo en tremendos anuncios, exageradamente elogiosos, que sobrepasaron a todo lo que *Ned Buntline* o el *Ledger* habían jamás perpetrado en Nueva York. Por primera vez Walt se sintió abochornado por la publicidad. Con el pretexto de hacer algunas correcciones en el manuscrito se llevó los anuncios a su hospedaje y los arrojó al fuego. Le gustaba más el folleto de citas extraídas de críticas favorables que se distribuía con los ejemplares de *Hojas de Hierba*. Su permanencia en Boston había sido en general provechosa, a pesar del alto costo del café y del bife. En cuanto a prestigio, podría haberse considerado un triunfo. *El Atlantic*, al que había tratado tan caballerescamente,

aceptó un poema suyo, "Bardic Symbols", publicado sin su nombre en el número de abril de 1860. Paumanok y él mismo eran los temas, pero humillados en la magnitud de la naturaleza ante la cual el yo era como espuma, arenas, fragmentos, y el poeta se veía obligado a ser

"Salvador ahora, de que en medio de las habladurías cuyos ecos recaen sobre mí, no he tenido una sola vez la menor idea de quién o qué soy yo,
Pero que ante todos mis poemas insolentes mi yo verdadero se mantiene aún intacto, no narrado, enteramente inaccesible."

Por fin tenía Walt editores —y editores altamente respetables— para su libro. Ya no le era necesario tratar de vender ejemplares a libreros mal dispuestos. Era él un poeta tan digno como Longfellow del interés de una firma. Quién sabe, tal vez pudiera vender tanto como el otro. ¿Qué pensaría Emerson al comprobar que resultaba un profeta tan timorato? Sin la omisión de una sola línea, ni siquiera de una sola palabra, de los poemas básicos, el libro se abría paso lentamente, como un ejército con banderas, en su ataque al puritanismo. Los críticos empezaron a escribir elogiosamente a su respecto. Estaba forjando amistades entre las gentes. Los editores continuaron propagando la obra con fervor, desoyendo, en la reacción del público, sermones como el del *Post*, de Boston, que no suministraban material alguno para su lisonjero folleto. "La hierba es el regalo de Dios para el sano sustento de sus criaturas, y su nombre no debería ser profanado para calificar, tan impropiamente, a estas hojas impuras y fétidas, hojas de las plantas venenosas del egoísmo, la irreverencia y la lujuria que corren desenfrenadamente haciendo alarde de su impudicia... ¡Dolor y vergüenza para la Tierra de la Libertad si su corriente de literatura ha de fluir de este modo de las inmundas fuentes de la corrupción licenciosa! ... La conclusión más caritativa a que podemos llegar es que tanto las *Hojas* de Whitman

y el elogio de Emerson comparten un origen común en la locura ambiente". Como un eco, el *Literat Gazette*, de Londres, y otros defensores de los principios reinantes, recogieron la invectiva del *Post*.

No obstante, sin que él lo supiese, Walt había sido durante algunos años el objeto admirado de un selecto círculo de artistas izquierdistas y poetas de Londres: los Pre-Rafaelistas, sobre los cuales había descendido, de entre todas las mutaciones, en la forma de un presente de Navidad. William Bell Scott, un melancólico pintor y poeta de la periferia Pre-Rafaelista, había visto *Leaves of Grass* por primera vez en una librería de segunda mano, entre los volúmenes que habían viajado a través del océano en la bolsa de un corredor. Había llevado el libro a su casa y lo había leído, y a punto de estallar con la excitación de haber hecho un descubrimiento, se apresuró a comunicarlo. Como era época de Navidad, mandó un ejemplar de obsequio a William Michael Rossetti, con la advertencia: "Borre media docena de líneas y media docena de palabras, no haga caso en absoluto del autor, y lea como se leen los libros que expresan la vida humana igual que la Biblia". *Hojas de Hierba* —dijo— crecería entonces de una manera maravillosa.

William Michael no perdió tiempo en compartir su tesoro con su hermano Dante Gabriel, el centro de transmisión. Desde ese momento cada persona del círculo tuvo el libro entre manos, lo leyó y aprendió de memoria los versos eléctricos. Más de una noche Dante Gabriel leyó en voz alta partes del mismo, en el estudio de *Chatham Place*, su voz entonando los versos con la virtuosidad de un cantante de ópera, mientras que el instable y pequeño Swinburne expresaba su júbilo con alaridos, revoloteando a sus costados sus alargadas manos, como alas de su entusiasmo. Desde el instante del descubrimiento, el interés del grupo creció hasta convertirse en culto, mientras marcaban el paso con su profeta. Oportunamente les llegó la edición de 1860. "¿La ha visto?", se preguntaban los unos

a los otros. "Hay un nuevo poema en el libro... sobre dos pájaros en la playa —comunicó Swinburne fuera de aliento, al literato Lord Houghton— que considero realmente la cosa más hermosa y maravillosa que he leído durante años y años. Podría escribir sobre él diez páginas más, pues hay una habilidad tan bella y un poder tan sutil en cada palabra del mismo, pero no quiero abrumarlo."

En esta edición de *Hojas de Hierba* la poesía de Whitman alcanza su forma más poderosa y perfecta. Contiene todos los poemas germinales que hacen de su libro lo que es. Desafiante, viril, sano de cuerpo y alma, con una voz que reverbera a través de los continentes, canta su canción de humanidad, su alabanza de la democracia, extendiéndose hasta incluir al mundo entero. Porque él mismo es el mundo. Toda América se halla absorbida en él, los pueblos de la tierra, las distintas razas, se unen dentro de él en la sangre común de la humanidad. Es tan ilimitado como el universo y tan completo. Pero lo son también todos los hombres bajo su dispensa. Sus camaradas por sí solos no le bastan. Tan insaciable como generoso, debe poseer a toda la humanidad en su abrazo cósmico. "Pensé prolongada y seriamente sobre vosotros antes de que nacierais", así habla con amor a ti y a mí y a aquellos que estarán aquí cuando tú y yo hayamos partido.

Con la edición de 1860 se terminó el edificio. De allí en adelante sólo podría agregar apéndices. Porque los cantos que escribió posteriormente, cuando la Guerra Civil le hubo dado otra clase de profundidad, produjeron un estremecimiento distinto. Su juventud había realizado su obra. Más tarde, aunque se esforzó por recuperar el antiguo éxtasis, nunca alcanzó el mismo y grande "climax". Los nuevos poemas iban a pertenecer a un orden distinto de grandeza.

Capítulo XIX

TOQUES DE TAMBOR

Cayó el telón, se apagaron los mecheros de gas en la Academia de Música, en "Fourteenth Street", y el público se volcó en la calle, en la noche del 13 de abril de 1861. Nada había alterado la complacencia que se obtiene con una representación excelente. Whitman, que gustaba de la ciudad de noche, se encaminó al oeste, hacia Broadway, y ya iba en dirección al sur, hacia el Ferry, cuando por las aceras irrumpió, de pronto, el tropel de los vendedores de diarios que corrían frenéticamente de un lado al otro, gritando con incoherente pánico. Walt compró un extra y se dirigió a la casa de Niblo para leer las noticias bajo las luces resplandecientes. Otros ya se habían agrupado allí, y mientras leían, la ansiedad anublaba sus rostros. Los transeúntes que aún no habían visto los diarios, uniéronse a la muchedumbre para preguntar, con voz aprensiva, lo que ocurría. Alguien leyó el telegrama en alta voz: "Separatistas del Sur en el puerto de Charleston, habían hecho fuego contra Fort Sumter y la bandera". Sin decir palabra la gente se miraba; sus semblantes aparecían severos bajo las lámparas de medianoche. Luego se dispersaron lentamente. ¡Ah! ¿Qué significa esto?

Aun con anterioridad a la elección de Lincoln, el 6 de noviembre, cinco meses antes, la gente habíase dado cuenta de que se aproximaban tiempos amargos a medida que el Sur, estado tras estado, empezaba a desoír a la autoridad constituí-

da. El Gobierno Federal, no obstante, sólo se hizo cargo de la gravedad de la situación después que la posición de Carolina del Sur, al asumir su derecho a las fortalezas del Gobierno, dió un indicio de lo que en Washington podría esperarse de otros estados rebeldes. El 20 de diciembre se separó Carolina del Sur. El 22, su convención nombró tres delegados que debían dirigirse a Washington para tratar la entrega de todos los fuertes, almacenes y fortificaciones dentro de los límites del Estado, al Estado mismo. Los hombres nunca vieron al Presidente. El mismo día en que debían haber presentado sus demandas supieron que el General o Alcalde Robert Anderson, que comandaba el fuerte Moultrie, viendo que no podía defenderlo contra las fuerzas del estado que se disponían a arrebatárselo al Gobierno, había transferido secretamente su posición al fuerte Sumter, más resistente y mejor pertrechado. Las autoridades del Estado protestaron enérgicamente ante Washington, pero el Gobierno se negó a ordenarle a Anderson que volviera a Moultrie y a una destrucción segura. Mientras tanto, las fuerzas confederadas, al mando del General G. T. Beauregard, comenzaron a armar baterías para destruir el fuerte de Sumter. El primer incidente ocurrió cuando el vapor "Star of the West", enviado con provisiones y refuerzos para Anderson, fué atacado por las baterías confederadas antes de que pudiera llegar al fuerte. Ansiosamente recibió Buchanan las alarmantes noticias, pero creyó que sería mejor contemporizar. Sólo faltaban dos meses para que finalizara su período.

El nuevo Presidente de los Estados Unidos no dejó duda alguna acerca de su posición ante el conflicto en su discurso inaugural del 4 de marzo. "En la medida de mi capacidad —declaró— me ocuparé... de que las leyes de la Unión sean fielmente respetadas en todos los Estados... El poder que se me ha confiado será utilizado para mantener, ocupar y poseer la propiedad y los lugares pertenecientes al Gobierno..." No recurriría a la fuerza innecesariamente, agregó Lincoln, pero la propiedad de los Estados Unidos debía ser amparada.

De acuerdo con ello, a principios de abril, ordenó el envío de una flota para socorrer al Fuerte Sumter. El General Beauregard exigió, en seguida, la rendición del fuerte, y como el General o Alcalde Anderson rehusara, amenazó atacar. El 12 de abril, por lo tanto, a las cuatro de la madrugada, las baterías confederadas abrieron fuego, continuando su bombardeo hasta la tarde siguiente. Anderson y sus hombres devolvieron valientemente tiro por tiro, mientras pudieran prestar servicios los cañones de casamata. Pero no podían competir con los poderosos obuses del enemigo. Durante dos días rugió la batalla. Al segundo día, los tiros al rojo de los cañones de Beauregard incendiaron las barracas de madera dentro del fuerte, poniendo al depósito en grave peligro. Con un heroísmo increíble, los oficiales y hombres pudieron dominar el fuego y continuar combatiendo, pero en la mañana del 14, un domingo, mientras se desmoronaban las paredes del fuerte bajo el bombardeo implacable de los Confederados, se rindió la guarnición. A la vista de la flota salvadora, fué abatida la bandera nacional y en su lugar enarbolada la bandera de Carolina del Sur.

Anderson no había perdido ni un solo hombre a sus órdenes, ni dió parte de baja alguna Beauregard, a pesar del violento encuentro; pero la chispa se había arrimado a la nación enardecida. Era la guerra, la guerra civil, como lo pronosticó Lincoln, tristemente, en el umbral de sus cuatro años trágicos. En el Norte los sentimientos se hallaban exaltados, el patriotismo mezclándose a la indignación ante el insulto a la bandera nacional que había sido arrancada de sus propias murallas. Hasta aquellos que se habían inclinado a culpar de la crisis a la fanática política abolicionista, y habían justificado, hasta el máximo de imparcialidad, a los estados que se separaban, apoyaban ahora al Presidente y a la Unión. Había llegado el momento de actuar en defensa propia. La Unión debía prevalecer.

"En vuestras manos, mis descontentos compatriotas, y no en las mías, está el problema trascendental de la guerra civil",

había dicho Lincoln antes de que se disparara un solo tiro. "El Gobierno no os atacará. No podéis tener conflicto alguno de no ser vosotros mismos los agresores. Vosotros no habéis elevado ningún juramento al cielo para destruir al Gobierno, mientras que yo tengo el muy solemne de preservarlo, protegerlo y defenderlo". Como un amigo, como un padre más bien, Lincoln se había dirigido a los separatistas. Éstos habían respondido con un acto de violencia. Haciendo frente en el Congreso a una mayoría políticamente opuesta, el Presidente tomó el timón para la más tormentosa travesía que realizara hasta entonces el buque del estado.

Whitman, cuyo juicio político había llegado a coincidir exactamente con el de Lincoln, quedó fuertemente impresionado por la tremenda calma que precedió a la tormenta, cuando el sencillo Presidente electo, vestido de negro, se detuvo en el "Astor House", de Nueva York, en su viaje a Washington. La ciudad, como de costumbre, se había volcado en las calles para ver al personaje que pasaba. Pero aquí no había ninguna figura encantadora, ninguna Jenny Lind o condecorado Kossuth, o el niño Albert Edward, Príncipe de Gales, que había sido mandado sólo seis meses antes por su soberana madre para cimentar los buenos sentimientos entre América y Gran Bretaña. Lincoln, con su sombrero de tubo de chimenea y su rostro castaño oscuro, cuyo humor singular iluminaba impidiéndole parecer una máscara trágica, no respondía al ideal de héroe nacional que algunos hubiesen podido forjarse.

Desde lo alto de un ómnibus, Whitman había observado el desfile de los carruajes. Lincoln descendió, se detuvo un instante en la acera, y levantó la vista hacia el hotel. "Y entonces, después de estirar con alivio los brazos y las piernas, se volvió durante más de un minuto, para escudriñar lenta y jovialmente a la vasta y silenciosa muchedumbre. No hubo discursos —ni cumplidos— ni bienvenida; por lo que pude oír yo, no se dijo una sola palabra". Sólo un silencio torvo. Pero Lincoln no permitió que esto lo impresionara. "Miró con

curiosidad a ese inmenso mar de rostros, y el mar de rostros devolvió su mirada con idéntica curiosidad. En ambos había una mezcla de comedia, casi de farsa, tal como pone Shakespeare en sus tragedias más sombrías".

Una tragedia sombría y de hondas repercusiones se inició con el primer tiro en "Fort Sumter"; una tragedia que se extendió por todo un continente, envolviendo a ricos y pobres, a libres y esclavos; un drama terrible que ignoró la unidad del tiempo en los cambios de estaciones, torturantes de sol y de nieve; que recorrió lo mismo cadenas de montañas y ríos trabados por el hielo, que caminos en que los hombres eran víctimas del tremendo calor tropical. Al norte y al sur, el pueblo se levantó y se armó, cada uno para defender lo que entendía que estaba bien. En la aldea y en la ciudad, en la avanzada del Oeste y en el puerto de la metrópoli, los hombres abandonaron sus tareas para armarse. Entre ellos marchaba George Whitman, reclutado como soldado raso en el batallón 51 de Voluntarios de Nueva York, la División Decimotercera. Se iniciaba como "un hombre de treinta días". Cada soldado de la división llevaba un pedazo de soga sujeto al cañón de su fusil, para el lazo corredizo con que conduciría a su pueblo a un rebelde prisionero sureño.

Porque, a pesar de la ola de indignación que los había barrido de sus hogares, los Norteños combatientes no podían creer que Carolina del Sur pronto atrajese a la secesión a Virginia, Georgia y otros Estados. "En sesenta días todo habrá concluído" — predijo un funcionario nacional. Walt, también, se inclinaba a compartir el mismo optimismo. Una semana antes de la batalla de Bull Run, escribió a George, de vuelta en Brooklyn con una breve licencia: "Todos nos alegramos de que el 13 vuelves a casa — especialmente mamá... Aquí todos creemos que la rebelión ha abortado, aunque la guerra continúe todavía durante varios meses.

Pero pasaron los meses y la sublevación, lejos de ser sofocada, cobró mayores bríos. A medida que las tropas del

Norte caían en el desaliento y el fracaso, el llamamiento de voluntarios, que obtuviera una acogida tan generosa al principio, resultó completamente estéril. El Gobierno tuvo que recurrir a la conscripción. El pueblo sospechaba que se necesitaría un año, tal vez dos, para dominar a los rebeldes, y esta perspectiva aterraba a quienes anteponían al patriotismo sus propios intereses. Una siniestra evacuación se inició para eludir el servicio. En las ciudades, las oficinas de pasaportes apenas podían hacer frente a la repentina premura que llevaba a Europa a miles de hombres físicamente capaces. Para miles de otros todos los caminos conducían a Canadá — al menos hasta que al Sur se le ajustaran las cuentas. A fines de 1862 fué necesario promulgar leyes especiales para retener en el país a los hombres que no habían cumplido los 60 años.

Al primer toque patriótico, Walt había acogido con regocijo la prueba que le sería impuesta al buen barco *Libertad.*

"Bienvenida la tormenta — bienvenida la prueba...
Así ahora veré de que está hecho el viejo barco",

dijo alegremente. Había visto cómo Manhattan, despertada en mitad de la noche con las noticias llegadas del Sur, "exasperada, golpeó con puño cerrado el pavimento". A los primeros golpes de tambor había visto:

"Los hombres jóvenes alineándose y armándose,
Los mecánicos armándose (la paleta, la garlopa, el martillo del herrero arrojados a un lado con precipitación),
El abogado abandonando su oficina y armándose, el juez dejando el tribunal,
El conductor abandonando su carreta en la calle, bajando de un salto, arrojando las riendas bruscamente sobre el lomo de los caballos...
Se reúnen partidas en todas partes, de común acuerdo, y se arman,
A los nuevos reclutas, muchachos algunos, los ancianos les

enseñan cómo llevar sus equipos, abrochar las correas cuidadosamente,
Armándose al aire libre, armándose en las casas."

Pero Walt Whitman, de cuarenta y un años y físicamente apto, no se armó ni entonces ni cuando el Norte sangrante lanzó sus gritos de desesperación por cada hombre que pudiese llevar un fusil. Ni siquiera cuando los cuatro mil muertos y heridos del primer gran encuentro enrojecieron las orillas del Bull Run, demostrando que aquello no era una sublevación, sino una guerra, se unió Walt a su hermano George en las filas de los Nacionales. No obstante, al igual que George, él también era soltero y, por lo tanto, libre para combatir. Jeff, por supuesto, tuvo que mantenerse en su puesto para proveer el sustento de su mujer y su hijo. ¿Qué razón tenía Walt para no alistarse? Tal vez sólo hubiera podido responder que su conciencia le impedía atentar contra la vida de nadie. Walt nunca había sido un belicoso. Su gran fuerza era como la inmóvil proeza de un atleta de mármol, todo en la forma. Conociendo sus deficiencias, Walt hizo bien al no comprometerse en algo para lo cual era incapaz. El poeta dió la mejor explicación acerca de sí mismo:

"Excitado e iracundo, pensé ganarle al rebato, y emprender una guerra implacable,
Pero pronto me fallaron los dedos, mi rostro se inclinó y me resigné
A sentarme junto a los heridos y aliviarlos, y a velar los muertos silenciosamente."

Inesperadamente llegó la llamada, pero fué comprendida y obedecida *incontinenti*... Una mañana, a mediados de diciembre de 1862, después del desastre de la primera batalla de Fredericksburg, mientras examinaba las listas militares en el *Herald*, de Nueva York, Walt encontró el nombre de su hermano George entre muchos otros, y la información de que

estaban transportando los heridos del campo de batalla a los hospitales de Washington. Walt había visto la cara de su madre —¡cuán intensamente había de describir un rostro de madre parecido a aquel en: "¡Vuelve de los sembrados, padre!"—; había percibido sus pasos apresurados que vacilaban ante la infausta nueva. En medio de una hora empaquetó sus escasas cosas, colocó algún dinero en su billetera, y abordó el "ferry" desde Manhattan a Jersey City, donde compró su boleto de ferrocarril para Washington.

¿Cómo hacer para encontrar a George, en el caso de que aún viviera? Washington era una ciudad desconocida para él. Pero llevaba un nombre en su cartera, el de William Douglas O'Connor, con quien había cimentado una amistad cuando estuvieron juntos en Washington, ocupándose de la impresión de sus libros. *Harrington*, a pesar de su justa cólera —y O'Connor podía excitar su temperamento irlandés, hasta una magnífica polémica— había llegado demasiado tarde para ser eficaz en la lucha abolicionista. La Guerra Civil había estallado, arrastrando en su ola destructiva no sólo la novela de O'Connor y *Leaves of Grass*, sino también a la floreciente firma de Thayer y Eldridge. Tanto O'Connor, el autor fracasado, y Charles W. Eldridge, el socio menor, habían encontrado un puesto en Washington: O'Connor en la división de faros y Eldridge en la oficina del contador.

Cuando Walt llegó a Washington en una noche fría de diciembre, no podía haberse encontrado más desalentado y solo. En el agolpamiento producido al cambiar de coche en Filadelfia, alguien le había robado la cartera, y ni siquiera contaba con el dinero preciso para dirigirse a casa de O'Connor. Afortunadamente, al pedir indicaciones, se dió cuenta de que podía fácilmente ir caminando hasta 394 L. Street, cerca de la Fourteenth, y allí se anunció, no demasiado tarde para una calurosa acogida. Nellie O'Connor fué conquistada en seguida por el poeta de *Leaves of Grass* cuyo elogio Williams había cantado desde su primer encuentro. Whit-

man, decidió ella, se instalaría con ellos en su departamento de dos piezas hasta encontrar a su hermano. Mujer dulce y hermosa, enaltecía valientemente, mediante actos de bondad, la pena por la muerte de su hijo, ocurrida hacía pocos meses. Encontraba consuelo en su hijita, pero le quedaba la angustia de su gran dolor.

El exiguo sueldo de O'Connor apenas alcanzaba para mantener a su familia, pero se ingenió para hacerle un pequeño préstamo a Walt. Esa noche ya era demasiado tarde para hacer algo con respecto a George. Temprano, al día siguiente, Walt recorrió los hospitales. A medida que se llenaban los edificios sanitarios, se tomaba posesión de las iglesias y residencias privadas. En los salones de gobierno, cuyas paredes pintadas al fresco y sus arañas de cristal habían brillado sobre escenas de júbilo, gemían los hombres en sus estrechas camillas que, con desoladora frecuencia, constituían su lecho de muerte. Pesada e incesantemente avanzaban por las avenidas las caravanas de ambulancias tiradas por caballos, con su cargamento de heridos y moribundos. En los desembarcaderos, con cada vapor que llegaba de los frentes de batalla, las planchas de descarga formaban un lecho de agonía para los hombres destrozados, tendidos sobre las mantas del ejército, las cabezas, brazos y piernas vendados con trapos sangrientos, los ojos vidriosos implorando a los enfermeros, que se tornaban indiferentes e insensibles, a medida que aumentaba el número de heridos. Mientras aguardaban pacientemente su turno, los soldados producían poco alboroto; pero, de vez en cuando un grito de dolor atravesaba la atmósfera, y los ojos de mirada fija se cerraban con fuerza cuando las heridas se reabrían al colocarse el cuerpo sobre la camilla. Muy a menudo los hombres, enfermos de diarrea, la calamidad de la vida del ejército, debían permanecer donde se hallaran hasta que se encontrara un hospital. En las afueras de Washington se construían barracas a toda prisa. Desde los sitios elevados que dominaban una extensión de tierra, Walt divisaba los grupos desordena-

dos, bajos y blancos, que eran los campamentos, y los contornos de carpas de convalecientes que bordeaban la ciudad, en cuyo centro el enorme casco de la cúpula del Capitolio se elevaba por encima del montón de hierro y vidrio.

Durante dos días recorrió Walt los hospitales. Examinó esperanzadamente las listas fijadas en las puertas, pero en ninguna parte pudo hallar el nombre de George. Debía de estar muerto, o no tan herido como para ser internado en un hospital. Decidió ir a Fredericksburg. Con la ayuda de O'Connor obtuvo un pase para Falmouth. El 19 de diciembre dió con el campamento del 51, y con su hermano, que se sorprendió de verlo allí. La herida de George no había sido seria — solamente una incisión en la mejilla, debido a un fragmento de granada. "Uno podía meterle una astilla en la boca, a través de la herida —le dijo Walt a su madre, de quien sabía que era lo suficientemente abnegada para soportar ese detalle—, pero se ha cicatrizado sin dificultad".

Walt pasó nueve días en el campamento de su hermano, alojándose con otros cinco en la carpa de uno de los capitanes. Tenía buenas noticias para Louisa. Como consecuencia de su actuación en Fredericksburg, George había recibido su nombramiento de capitán. "Cuando escribas, dirígete al Capitán George W. Whitman". Tenía otra información, no tan agradable, para su madre: "Me quedaré aquí (en Washington) por el momento; por lo menos el tiempo suficiente para ver si puedo obtener un empleo o alguna cosa". Había contemplado demasiadas angustias para no comprender que su puesto estaba allí.

O'Connor vino de nuevo en su ayuda. Recordando que Eldridge tenía un empleo en la oficina del contador, fueron a verlo juntos. En aquella época Washington se hallaba atestada de buscadores de empleos. Filas de solicitantes rodeaban los edificios públicos; los funcionarios en el poder debían encerrarse en un impenetrable incógnito para eludirlos. Walt tuvo suerte, por lo tanto, al obtener un puesto por horas con

el jefe del departamento de Eldridge. Además, un puesto por horas era exactamente lo que él quería. Proveería a sus necesidades, y le dejaría tiempo para efectuar el trabajo de su elección — porque ahora sabía cuál debía ser su tarea frente a la adversidad del país.

Solamente necesitaba pasar unas cuantas horas en la oficina del mayor Hapgood, un cuarto agradable con vista al Potomac y al verdor de los árboles, que ignoraba que existiese algo como la guerra en las ordenadas estaciones de la naturaleza. El resto del tiempo le pertenecía para invertirlo a su antojo. Se ofreció como misionero de hospital.

Tal vez la idea se le ocurrió después de ver el trabajo realizado por los delegados de la Comisión Sanitaria de Washington y la "United States Christian Commission", la primera proveyendo a las necesidades de los hospitales, la segunda dando consuelo espiritual a los heridos. Quizás hizo su aprendizaje durante algún tiempo como delegado de la "Comisión Cristiana", a pesar de su aversión por los curas y el formalismo en la religión. No hace mención de ninguna afiliación por el estilo en su minuciosa crónica de los años de la guerra. Existe, sin embargo, en la Biblioteca del Congreso, entre el material referente a Whitman, uno de los folletos formularios proporcionados por la "Comisión Cristiana" a sus servidores. En la contratapa aparece, con la letra inconfundible del poeta, "Walt Whitman, Misionero de los soldados en los hospitales, campamentos y campos de batalla". ¿Habría encontrado el folleto, y lo adoptó para su uso, siguiendo las indicaciones impresas que le parecieron buenas y mejorando otras? Es más razonable suponer que Whitman sirvió como delegado oficial. Seguramente que él mismo no se habría tomado la molestia de hacer poner su nombre, con el de la Comisión, en el libro [1]. Si en realidad trabajó a las órdenes de esa organi-

[1] Para un relato completo de la conexión de Walt con la "Christian Comm." ver el "Abraham Lincoln y Walt Whitman", de W. C. Barton Indianapolis, 1928.

zación, no lo hizo empero por mucho tiempo. Lo mismo que en su poesía, Whitman debía hacerlo todo a su manera, sea lo que fuese lo que intentara.

Por cierto que, en este caso, era la mejor manera. En Nueva York, mientras atendía a los accidentados en el hospital de "Pearl Street", se había habituado al dolor, aunque sin insensibilizarse. Luego, en las márgenes del Rappahannock, en el campamento de su hermano, había recibido su bautismo de sangre al cuidar de los heridos de Fredericksburg, en "Lacy House", una hermosa mansión de ladrillos que había sido convertida en hospital de emergencia. Todas las camillas se hallaban ocupadas. Tendidos sobre el suelo, retorciéndose en la agonía de heridas aún no cuidadas, hallábanse los soldados que esperaban el alivio de alguna cama que la muerte dejase vacante. Afuera, en el patio, largas formas derechas yacían inmóviles, lado a lado, bajo las mantas del ejército. En los campos esperaban las tumbas recién cavadas, para ser marcadas, igual que las otras, con un nombre borroneado en una duela de barril. "Una de las primeras cosas que vi en el campo —escribió Walt, en una de sus primeras cartas a su casa—, fué un montón de pies, brazos y piernas... bajo un árbol en frente de... Lacy House". Estaba destinado a presenciar otros espectáculos más angustiosos en la terrible, lastimosa purga que es la guerra.

En la agonía de su país el hombre, Walt Whitman, se encontró a sí mismo, al brindar la inagotable dádiva de su amor a sus dolientes semejantes. Era amplio el vaso para recibirlo, más profundo que el océano e infinito como la vida, como el sufrimiento mismo. El amor personal había sido demasiado limitado. Tal vez fué más sensato de lo que imaginara cuando, después de su breve éxtasis, se había apartado de la felicidad, aunque fuese para conocer un arrepentimiento nostálgico que le duraría toda la vida. ¿Cómo podría haber malgastado su enorme amor en usos meramente domésticos? La mujer lo había comprendido, feliz, acaso, en la creencia de que le había dado lo que él más anhelaba: una liberación para su

reprimida falcultad creadora, y soltura. En el cómputo final de los amores de su vida, Walt olvidó su deuda con la mujer. Pero habló sinceramente cuando dijo que su amor por su madre y por los soldados heridos de la guerra habían sido los grandes amores de su vida. En una completa fusión psicológica, ambos se hallaban en su apogeo durante los tres años que dedicó al servicio.

No transcurría un solo día sin que escribiera algún trozo de las extensas cartas que enviaba a Jeff, a Mattie, a quien quería tanto como a una hermana, y con más frecuencia a su madre. Tenía ahora un cuarto propio en Washington, le dijo, en "Sixth Street", no lejos de "Pennsylvania Avenue" y el Capitolio. A menudo vió pasar al Presidente. La pieza en sí era tal vez demasiado exigua, pero tenía una buena vista y sería un buen alojamiento durante el invierno puesto que se hallaba bajo la azotea. La señora anciana que dirigía la casa le gustaba. "Hay una niñita de cuatro o cinco años. La oigo a veces llamar "Abuelita, Abuelita", exactamente como lo hace Hat; me hizo pensar en seguida en ti y en Hat". Durante su ausencia había vuelto a ser tío de nuevo, porque Mannahatta, o Hat, tenía ahora una hermanita, California[1], como la llamó Jeff, honrando al Oeste igual que había hecho con el Este, con esa amplitud de perspectiva que había adquirido de Walt. El orgulloso tío reaccionó ante nuevo tributo. Adivinando un poco la decepción de los padres, porque la criaturita no fuese un varón, los había consolado: "Estoy seguro, por la descripción de Jeff, de que es una noble criatura — y en cuanto al hecho de que sea una niña, tanto mejor. No estoy seguro de que la casta de los Whitman no dé mejores mujeres que hombres".

Todo lo que ocurría entre los suyos le interesaba. Quería conocer cada detalle de sus vidas. Cuando Louisa le contó que el sueldo mensual de Jeff había sido reducido a cincuenta dó-

[1] A California luego la llamaron Jessie.

lares, una disminución de casi la mitad, montó en una cólera épica, que presentaba su lado cómico en la carta que envió de respuesta: "Linda época esta para reducirle los jornales a un hombre; mezquinas cabezas de zapallo que son... Creo que después de haber permanecido Jeff en las instalaciones de aguas corrientes de Brooklyn, desde el principio, y haber sido tan leal y verdaderamente valioso para ellos, el reducirle el sueldo a $ 50... Viejos, mezquinos pelafustanes". Pero hizo las paces con los viejos mezquinos y pelafustanes, cuando Jeff le hubo explicado los motivos de la reducción.

Era fácil de notar que la familia no lo pasaba muy bien, aunque Jeff le mandase a Walt pequeñas contribuciones para los soldados heridos e hiciera colectas entre los ingenieros de la instalación de aguas corrientes. Isaac Van Anden envió también su contribución por intermedio de Jeff. A Walt le preocupaban las economías que estaba haciendo su madre, y protestó cuando supo que se privaba de comida por los otros. "Madre, no debes hacerlo mientras dispongas de un centavo", suplicó. "Espero que cuatro o cinco veces por semana, al menos, tendrás un bife de vaca o carnero, o bien algo substancioso para la cena". Al mismo tiempo estaba orgulloso de ella, y decía con jactancia: "La patriota más grande de la familia es mi vieja madre. Siempre quiere tener noticias de los soldados, y daría su último céntimo a cualquiera de estos que lo necesitara". La alentaba en sus visitas con Mattie a los heridos de Nueva York. Hacía bien a los muchachos, le aseguraba, el ver a una mujer, aunque fuese anciana, junto a sus lechos. Sabiendo que a ella le complacería recibir a cualquiera de los soldados que estuviese con licencia, les daba libremente su dirección. "Trátalos tú como sabes hacerlo, sin ceremonias —le decía, para tranquilizar sus preocupaciones de ama de casa—, y si llegaras a tener cualquier cosa para comer y quisieras invitarlos con un bocado, no temas hacerlo".

Le escribía sin la menor afectación, de la misma manera en que acostumbraba hablar siempre, empleando las palabras

usuales que tenían entre ambos, el lenguaje familiar, sin barniz, con el uso antigramatical, pero íntimo, del verbo. Para la mujer sencilla no instruída, aquel era el hijo que verdaderamente conocía y nunca le pareció más cariñoso que cuando mantenía con ella sus charlas sinceras en su propio lenguaje inculto. "Madre, ¿no extrañas a Walt, holgazaneando por allí, y mandándose mudar a Nueva York al terminar la tarde? ... Bueno, madre, cuando llegó el paquete, me alegré muchísimo —y los sacos también, gastados como están, nos vienen muy bien— y la torta, querida madre, casi soy como el chico que la puso debajo de la almohada y se despertó durante la noche y comió un pedazo. Le llevé una buena tajada a un joven herido de quien tengo una buena opinión, y le hizo mucho bien — es seca, pero tanto mejor, porque la come con té y resulta sabrosa. Comí un pedazo con él, y tomé un poco de té de su taza, sentado al lado de su camilla".

No era Louisa, sin embargo, una pobre abuela vieja, a quien había que entretener con charlas triviales. Con un hijo en el frente y el que más quería arriesgando su vida en las salas de fiebre palúdica, en medio de casos de viruela —siendo él el único de los voluntarios que cuidaba de los pacientes— y en presencia de heridas que hacían desfallecer a los hombres más fuertes, tenía que mostrar ella el material de que estaba formada. Walt conocía su fuerza y el fondo de sabiduría de su mente sin cultivar, y, por lo tanto, cuando se trataba de asuntos graves, le hablaba como a un igual. Sus cartas forman casi una historia de aquellos años de prueba, de tiempos terribles para los hombres de elevado carácter.

"El señor Lincoln ha hecho tanto bien como puede hacerlo un ser humano", defendía al agobiado Capitán cuando los demás estaban todos en su contra. Lo creo todavía un presidente bastante bueno. Aquí, en Washington, me doy cuenta de que ha sido una gran cosa el haber impedido que se arrojen al suelo a los Estados Unidos y se les corte el cuello. Y ahora no me cabe duda que echará por tierra a la Secesión y le

cortará el cuello — y no he tenido duda alguna desde Gettysburg". O bien: —"¡Ah, cómo están desertando los conscriptos y sustitutos allá en el frente y en camino a ésta; no se oye nada sobre el asunto, pero es increíble! Se están formando muchas *tropas negras*" —observó, después de haberse descubierto que los negros eran dignos de combatir por su libertad. "Hay aquí un regimiento muy bueno, negro como el alquitrán; van de aquí para allá, llevan el uniforme regular; no toleran tonterías". Cierta vez describió una de las ignominiosas procesiones de la guerra. "Madre, mientras he estado escribiendo esto un gran número de prisioneros del Sur, creo que unos mil por lo menos, han pasado por la "Pennsylvania Avenue", bien custodiados. ¡Pobres hombres! Muchos de ellos eran apenas muchachos — daban ganas de llorar; parecían de nuestra carne y sangre también; algunos heridos, todos miserablemente vestidos, todos sucios y en harapos — muchos de ellos jóvenes excelentes. Madre, no puedo expresarte lo que siento al ver marchar a esos prisioneros".

Y luego la agonía moral, la duda de pesadilla que llenaba las noches sin sueño de los hombres que pensaban: "Madre, después de todo, el corazón se harta de la guerra, cuando se ve lo que realmente es; de tiempo en tiempo me siento tan horrorizado y asqueado — me parece como si fuera un gran matadero, donde los hombres se carnean mutuamente, luego siento cuan imposible parece retirarse, de nuevo, de esta contienda, hasta que no hayamos conseguido lo que queremos, (es cruel verse arrojado así de la Ceca a la Meca en el juicio propio)."

En la Casa Blanca, otro espíritu también era torturado al pensar en la causa por la cual combatía el Norte y el terrible precio de la contienda. De muchas maneras Whitman, que había presagiado su llegada, experimentó su agonía. Conforme las huellas del sufrimiento tornaban rígido el rostro del Presidente, los ojos de Whitman reflejaban las escenas de angustia en medio de las cuales circulaba. Eran los ojos de un

hombre que había visto el infierno, pero que tenía visiones del bien espiritual derivado de ese mismo dolor.

"¡Allons! ¡En medio de luchas y guerras!
¡La meta que fué marcada no puede revocarse!"

No, aquella meta, la conservación de la Unión, no podía ser revocada. Pero la carne podía tener un límite para el sufrimiento; el espíritu torturado terminaría por rebelarse.

—¡Esta guerra debe terminar! —exclamó Whitman un día a su amigo O'Connor, al volver del hospital.

—¡Pero la cuestión aún no ha sido resuelta! ¡La esclavitud no ha sido abolida! —le recordó el abolicionista.

—¡No me importan los negros! —estalló Whitman—. No me importan los negros en comparación con todo este sufrimiento y la ruptura de la Unión...

Era la exasperación de la angustia que hacía saltar sus nervios, demasiado tensos. Pero el hombre que exclamó que no le "importaban los negros" era uno de los pocos que se aventuraban hasta los campamentos de negros para cuidar a los enfermos recién operados o con heridas putrefactas. Habíase desarrollado en él una a modo de indiferencia compasiva ante los cuadros aterradores. Con mano firme, lavaba y vendaba, pero muchas veces, en su casa, o en sus paseos solitarios, sintió náuseas y tembló al recordar lo que había visto.

Al principio su salud fué excelente. Mientras recorría las salas, los ojos de los enfermos, algunos de ellos imberbes, lo seguían; las pupilas vidriosas se iluminaban de placer; las manos se extendían débilmente para tocar la suya. "Walt" se oía desde todos los rincones de la sala. "¡Ven aquí, Walt!" "¡Por aquí, Walt!" Pues él llevaba consigo muchos pequeños lujos en su mochila colgada al hombro, y un consuelo en cada fibra de su generosa estructura, rebosante de amor. Cuando cualquiera de sus muchachos tenía que hacer frente al bisturí del cirujano, era Walt el que se hallaba siempre dispuesto a sujetarle las temblorosas manos.

Durante el verano caluroso de Washington llenaba los bolsillos y la mochila de naranjas para los calenturientos labios. A veces llegaba con helados, o pequeños frascos de jalea que hacía la señora de O'Connor. Entre aquellos que lo necesitaban, distribuía libros, diarios, estampillas y papel de carta; y a otros, demasiado enfermos para moverse, les escribía sus cartas —a las madres, preparándolas para lo peor; a las novias, con quienes nunca llegarían a casarse. A veces, cuando no lo necesitaban para algún servicio grave, solía reunir a un grupo de convalecientes en torno suyo, lejos de los otros que necesitaban tranquilidad, y les leía, o les recitaba un poema entretenido, o jugaba con ellos al juego de las "Veinte Preguntas", que nunca dejaba de divertirlos. No les regateaba nada; ni su tiempo, ni su ternura, ni lo poco que ganaba. Por amor a sus "darlings" solicitaba contribuciones. Emerson le mandó una pequeña suma, y otros en Nueva Inglaterra siguieron su ejemplo. Desde Brooklyn, antiguos amigos periodistas le remitían su óbolo. Pero la mayor parte de sus fondos los obtenía de cartas de la guerra que escribía para el *Times*, de Nueva York, el *Eagle*, el *Union* o cualquier otro diario que quisiera publicarlas.

"He aquí una escena característica de una sala de hospital", dice una comunicación al *Times* del 11 de diciembre de 1864. "Es un domingo a la tarde... Estoy cuidando un caso grave, que en este momento se halla en estado de semi-letargo. Cerca de donde me encuentro sentado hay un rebelde doliente del 8º de Louisiana... Ha estado aquí mucho tiempo, mal herido, y recientemente le amputaron una pierna. No progresa mucho. Justo frente a mí se halla acostado un joven soldado enfermo, que duerme, con su ropa puesta, y parece muy agotado..." Es un relato formal, escrito para la prensa. A su madre le hizo el relato usual, directo, humano. "Un soldado que fué traído aquí hace unos quince días, está muy mal con fiebre tifoidea... Me dedico a él especialmente, porque lo encontré en lo que parecía un estado agónico, debido a negli-

gencia y a un viaje horrible de unas cuarenta millas, malos caminos y gran velocidad; y luego, cuando llegó aquí, como es un simple muchacho de campo, muy tímido y callado, y no se quejó para nada, lo desatendieron. Llamé la atención de los médicos sobre su caso, llamé al orden a las enfermeras, lo hice bañar en alcohol, le di unos trocitos de hielo, y le puse hielo sobre la frente; le dolía terriblemente la cabeza, y su cuerpo parecía de fuego... No quería morir, y yo tuve que mentirle sin repulsión, porque creía que no lo sabía todo..."

Cuidaba a unos y otros, sin hacer distinción alguna entre los soldados del norte y del sur. Para él, que tenía una fe inextinguible en la fraternidad, todos eran hermanos. "¿Era valiente un lado? El otro era igualmente valiente". Los cuerpos mutilados, sangrantes, todos reclamaban la misma atención para su sufrimiento por parte del curador de heridas. Ni siquiera los desechos de cadáveres amontonados en gran número en los patios de los hospitales le producían una sensación repulsiva. Porque sabía:

"La bala no puede matar lo que verdaderamente eres, amigo mío,
ni la bayoneta apuñalear lo que realmente eres".

El "dios increíble" que residía en cada uno no podía ser destruído por ningún arma de guerra.

Para sí mismo no quería nada fuera del amor de sus camaradas, los soldados. Eso solo era premio suficiente por la escualidez en que vivía: por la fiebre palúdica que contrajo en las salas de hospital, por la herida ponzoñosa de su mano, que se produjo mientras ayudaba al cirujano a amputar un miembro gangrenado; por los horrorosos días en que vió su brazo viviente inflamado e hinchado, las venas que le llegaban hasta el hombro, como serpientes rojas; por el gradual desgaste de su energía que lo hizo salir de la guerra como un hombre deshecho, con heridas invisibles harto más graves que las que pudiera haber recibido de haber luchado, como su hermano, en

el frente. Pero tenía el amor que anhelaba por encima de todo lo demás, la prueba final de sus poemas del "Cálamo".

"No creo que ningún hombre haya querido a otro como yo, y algunos de estos pobres hombres enfermos y moribundos y yo nos amamos" —dijo a su madre—. "En los hospitales —escribió a Abby Price—, en medio de los jóvenes americanos, no podría describirles los mutuos afectos, y cómo son de profundos y tiernos estos muchachos. Algunos han muerto, pero el amor de ellos persistirá mientras yo respire". Ese amor perduró. Años más tarde, casi las últimas palabras que se oyeron de sus labios fueron una afirmación de su ideal "Cálamo": Nunca pesé lo que di contra lo que obtuve, pero estoy satisfecho con lo que obtuve. ¿Qué es lo que obtuve? Bueno — obtuve a los muchachos, al menos los muchachos, miles de ellos; ellos eran, son, serán míos. Yo me entregué a ellos, yo mismo: obtuve a los muchachos. Luego obtuve *Leaves of Grass*. A no ser por esto podría no haber tenido nunca ... el libro acabado".

Porque, hasta entonces, sólo había puesto en sus poemas su yo jubiloso y amante de la vida y a los Estados Unidos avanzando hacia la primera fila entre las naciones. Había cantado sus cantos de América, y de él mismo: al americano, encontrándose con el mundo, como le gustaba decir, en igualdad de condiciones. Ahora tenía que encontrarse a sí mismo y probar por la prueba más suprema su propia validez. La prueba del cuerpo había sido hecha. Le tocaba ahora al espíritu. Desde el momento en que había encontrado a medianoche bajo las luces de Broadway, leyendo la noticia del disparo hecho contra "Fort Sumter", había sabido que el corazón de la Unión era el blanco y que su sangre fluiría en el sacrificio de sus hijos. Por esa herida y por la sangre derramada, América se sabría viviente, y sabría también que cada gota era suya, y preciosa.

Antes de que Walt iniciara la búsqueda de su hermano herido, había escrito un puñado de poemas sobre la lucha

americana, que había dejado en su casa. Pensó en ellos, de nuevo, solamente después que sus canciones marciales fueron ahogadas por los gemidos de los moribundos, y luego escribió a su madre para que vigilase que nada le ocurriera al "librito manuscrito de *Toques de Tambor*". Mientras tanto había agregado algunos poemas más, escribiendo a la luz del vivac, mientras velaba a los moribundos, a veces en las calles, aislándose en algún portal, las lágrimas rodándole por las mejillas mientras escribía. Había cantos sobre las vigilias en el campo durante la noche, viendo morir a un muchacho valiente, justamente cuando el alba hacía su aparición.

"A mi camarada lo envolví en su manta, cubrí bien su figura...
E inmediatamente, y bañado por el sol naciente, deposité a mi hijo en su tosca tumba, su tosca tumba".

Había poemas en que se escudriñaba a sí mismo. ¿Debo cambiar mis cantos triunfantes? ¿Debo aprender realmente a cantar las frías endechas de los frustrados? ¿Fracasaría la prueba de América?

Pero mientras contemplaba los rostros de los muertos sabía que ellos también habían sido los constructores de América, cimentado con su sangre la hendidura entre el Norte y el Sur; y que, en adelante, la nación se mantendría firme sobre cimientos más resistentes que el bronce: la sagrada sangre de los héroes del Norte y del Sur. Porque cada hombre que había mirado el rostro de la muerte había aprendido a decir

"Mi enemigo está muerto, un hombre divino como yo mismo está muerto".

Capítulo XX

EL BUEN POETA GRIS Y PETER DOYLE

En abril de 1865, Walt estaba en su casa, con su madre, tanto por restablecer su salud como para tratar de que se imprimiera "Toques de Tambor". El verano anterior su salud se había agotado. Dolores de cabeza, y períodos de una languidez profunda, dieron las señales de alarma, pero él seguía caminando por las calles abrasadoras de Washington, de hospital en hospital, con su mochila al hombro y su dolorida cabeza resguardada por su sombrero y su sombrilla; todo un "perfecto Japonés" según dijo él mismo jocosamente. Pero se necesitaba algo más que una sombrilla para protegerlo de todo género de enfermedades, mientras eran traídos a las barracas de los hospitales miles de cadáveres vivientes después de tres años en el frente. Los médicos terminaron prohibiendo a Walt que continuara en las salas y obligáronle a tomar una licencia. Ese otoño mandó un sustituto y volvió por unas cuantas semanas a Brooklyn, donde empleó una gran parte de su tiempo en hacer propaganda para la reelección de Lincoln.

De nuevo en Washington, hizo otra tentativa, con la ayuda de sus amigos, para obtener un puesto mejor remunerado que el que tenía con el Mayor Hapgood. Esta vez, quizás en reconocimiento del apoyo que había prestado a la elección, se le asignó un empleo en la Sección India del Departamento del Interior, a mil doscientos dólares por año, más dinero del que jamás había ganado en su vida. Al poco tiempo fué au-

mentado su sueldo a mil seiscientos, proporcionándole no sólo lo suficiente para los soldados convalecientes, a quienes continuó visitando mucho tiempo después de que Lee se rindiera a Grant, en el Palacio de Justicia de Appomattox, sino también para su madre y Eddie, y para Jesse, ahora internado en un manicomio.

Toques de Tambor no fué tan afortunado como la tercera edición de *Leaves of Grass* en encontrar editor, una cuando era una trascendental oportunidad, y no contenía palabra alguna que pudiese ofender a nadie. El *Atlantic Monthly*, que había aceptado uno de sus poemas en 1860, no disponía de espacio para los que envió de *Toques de Tambor*. De nuevo se convirtió Walt en su propio editor. El delgado pero conmovedor librito estaba a punto de salir cuando Walt y su madre leyeron la noticia que horrorizó al mundo entero. El Presidente Lincoln había sido asesinado.

Con ejemplares de *Toques de Tambor* y un volumen de *Leaves of Grass*, que aún corregía, forrado en papel azul, en un cajón de su escritorio, Walt volvió a su puesto en la Sección India, y meditó sobre la muerte del bueno y grande hombre al que había visto muchas veces, pero con quien nunca había hablado. Se acordó de Lincoln descendiendo la Avenida Pennsylvania en su raído birloche, con su pequeño hijo al lado, seguido de una multitud de civiles con inmensas bufandas amarillas sobre los hombros. Se acordó de otro día, un año antes, cuando el ejército de Burnside marchó a través de Washington. Durante tres horas había esperado al regimiento de George, mientras pasaba fila tras fila de soldados tostados por el sol y sudorosos, el equipo a la espalda, las ropas gastadas y manchadas, pero con sus fusiles limpios y relucientes como la plata. Sobre una plataforma baja, que no sobrepasaba a las demás, había estado de pie el Presidente con el General a su lado, sacándose el sombrero mientras pasaban los regimientos y saludando a las tropas negras igual que a las otras. Walt recordó también la recepción de clausura, la

noche del sábado de la segunda recepción inaugural, cuando los terrenos en torno al Capitolio bullían de gente. Impelido por la corriente, Walt se vió empujado a través del Cuarto Azul, del enorme Cuarto Este, tapizados como salones de recibo, hasta la sala de recepciones. En alguna parte tocaba una banda naval. Fué entonces cuando Walt divisó a Lincoln —vestido de negro, con guantes de cabritilla blanca y una levita parecida a un martillo de uña— estrechando las manos de la interminable procesión, "con un aspecto de desconsuelo, como si diera cualquier cosa por hallarse en otra parte". Otro día también, durante una visita que hizo a John Hay en la casa del Presidente, Walt lo había visto, a escasa distancia, conversando con un hombre que parecía ser un amigo íntimo. Nunca se habían hablado, el Presidente y el poeta, pero siempre se habían saludado con la cabeza. Lincoln puede, o no puede haber dicho, "Bueno, se parece a un hombre", al ver pasar a Whitman por la calle, pero es indudable que su devoción por la Unión y su fe en la democracia eran iguales.

Y ahora el Presidente —y el Capitán a quien había aclamado en el timón del barco *Libertad*— estaba muerto, asesinado por la bala del asesino. Walt había leído en los diarios, cómo, en la noche del 14 de abril, el Viernes Santo, Abraham Lincoln había ido con su señora a "Ford's Theatre". Mientras se hallaba sentado en el palco del proscenio, disfrutando del papel que Laura Keene representaba en una divertida comedia, recibió un tiro en la espalda disparado por John Wilkes Booth, que saltó luego a la escena, renqueó hasta los bastidores y huyó en su caballo, que se hallaba atado a la entrada del escenario. Pero ninguno de los relatos en los diarios pudo compararse en vivacidad con el informe ocular del joven amigo de Walt, Peter Doyle, el guarda de un tranvía de caballos que había estado en el teatro durante el atentado.

El pequeño teatro estaba repleto. Desde su asiento en el paraíso, Peter —que a pesar de tener solamente diecinueve años, había combatido con el ejército Confederado durante

toda la guerra y que recientemente había sido puesto en libertad bajo palabra— observó con más interés el rostro del Presidente que la pieza. "Oí el tiro de pistola" —contó luego—. "No tenía idea de qué se trataba, qué significaba; fué un ruido sordo más bien. En realidad no supe nada de lo que había ocurrido hasta que la señora de Lincoln se echó hacia adelante en el palco y gritó: "Le han dado un tiro al Presidente!"... Vi a Booth en el antepecho del palco, lo vi saltar por encima, vi cómo se le enganchó un pie, que se le torció; lo vi caer sobre las tablas. Se levantó, gritó algo que no pude oír debido al barullo y desapareció." Peter había sido uno de los últimos en salir. Como se demorase con un puñado de espectadores, uno de los soldados que recorría el teatro en busca de cómplices del asesino, entró en el paraíso y, al verlo, exclamó: "¡Salga de aquí! ¡Vamos a incendiar este maldito edificio!" Peter contestó sumisamente: "En ese caso, saldré". Ya había tenido violencia de sobra.

Aun cuando Pete hubiese oído el teatral *Sic semper tyrannis* de Booth, el hijo sencillo, inculto, de un herrero irlandés, no habría comprendido una sola palabra. El relato que hizo de los acontecimientos de esa noche iban a inspirar a Whitman, no obstante, a escribir la famosa conferencia que pronunció en muchas ocasiones cuando llegó a una edad avanzada.

Se habían conocido en el tranvía en el cual Pete trabajaba. Era una noche tormentosa. Whitman, que acababa de salir de Burroughs, subió al vehículo. Llevaba echada sobre los hombros la manta que usaba en vez de sobretodo. Su chaqueta azul, abotonada para protegerse de la lluvia, le daba el aspecto de un capitán marino. "Él era el único pasajero", dijo Pete al relatar el primer encuentro. "Era una noche solitaria, y pensé entrar para charlar con él. Algo en mí me llevó a hacerlo, y algo en él me atrajo de esa manera... No descendió al final del viaje, al contrario, volvió todo el camino conmigo... Desde aquel momento fuimos excelentes amigos." O'Connor, duro y afilado como un diamante, el pensativo

Burroughs, John Hay, Eldridge, los soldados con quienes Walt continuó cambiando correspondencia durante muchos años — y ahora Pete Doyle, que no poseía ninguna cualidad intelectual, sino su juvenil simplicidad y un corazón afectuoso. Con todos los hombres y todas las clases Whitman practicó su amistad del "Cálamo" y la halló saludable.

En su escritorio en la Sección India, Walt tenía tiempo de sobra para sus obligaciones y para la revisión de *Hojas de Hierba.* Todos sus amigos eran muy considerados. John T. Trowbridge, quien le había procurado sus recomendaciones, mantenía sobre él su mirada solícita. El Juez William T. Otto, ayudante del Ministro de Justicia y J. Hubley Ashton, también en la misma oficina, lo cuidaban y lo elogiaban ante su jefe el Secretario del Interior, John P. Usher, cada vez que se presentaba la ocasión. Fué el juez Otto, que tenía tan alta opinión del poeta como del "curador-de-heridas", quien le había obtenido un aumento apenas tres meses después de su nombramiento. Pero justamente en la época en que Whitman tenía mayores razones para estar contento, el destino entretejía obstáculos políticos en que iba a tropezar cuando Usher, el Secretario del Interior, renunció y el Senador James Harlan lo sucedió en el cargo.

Astuto abogado y político, James Harlan era también un hombre de rígidos principios que no sufrió desviación alguna de la línea de estricto metodismo que había predicado desde el púlpito en la ciudad de Iowa. Escoba nueva, creía en la necesidad de limpiar su departamento de empleados superfluos, especialmente en vista de que miles de soldados desmovilizados y viudas clamaban para que se les concedieran puestos en oficinas de acuerdo a la recomendación del Congreso. Examinó su departamento, redactó sus notas, y el 30 de junio de 1865 hizo circular cierto número de comunicaciones, una de las cuales decía concisamente: "Los servicios de Walt Whitman, de Nueva York, como empleado en la Sección India, no serán necesarios a partir de esta fecha."

La destitución cayó como una bomba sobre Whitman y sus defensores. Le gustaba la atmósfera de la Sección India, con sus románticos visitantes, los indios norteamericanos del Oeste que venían con sus plumas y su pintura, y sus cascos de calaveras vacías de búfalos, para sentarse en el suelo y esperar su turno. También apreciaba las comodidades de su oficina, mucho más agradable que su deslucida pieza de pensión. Más que nada le gustaba su empleo, un "asiento" más encantador aun de lo que había sido su posición en el *Eagle*. Ahora, repentinamente, después de sólo cuatro meses, lo despojaban del mismo. El juez Otto, O'Connor y Ashton, entre otros, deseaban saber por qué razón.

El día siguiente del despido de Walt, Ashton se fué en coche hasta la oficina de Harlan y concertó una entrevista. ¿Por qué había despedido a Walt Whitman el nuevo Secretario del Interior? ¿Habían descubierto que desatendía sus obligaciones, o que era incompetente?

—No, no era ese el motivo —había contestado el señor Harlan.

—Entonces, ¿cuál es la razón? —preguntó Ashton.

—Whitman es el autor de *Hojas de Hierba* —fué la sorprendente respuesta.

—¿Es esa la razón?

Ashton apenas podía creer a sus oídos.

—Sí, esa es —afirmó Harlan, quien seguidamente se lanzó a dar explicaciones. Había estado revisando su departamento una noche, cuando se topó en la oficina de Whitman con un ejemplar de *Hojas de Hierba* forrado en papel azul. Las páginas, según pudo notar al volverlas, estaban nutridas de marcas y correcciones. Perplejo y un poco sorprendido por algunos de los pasajes señalados, llevó el libro a su propia oficina para examinarlo con más detenimiento. Y allí encontró material tan injurioso que decidió despedir al escritor.

Ashton defendió al poeta, explicando su propósito al es-

cribir *Hojas de Hierba*, pero Harlan no quería convencerse. Whitman tenía que ser un libertino, para poder escribir tales cosas, insistió, y *Hojas de Hierba* era un libro indecente que debería ser quemado públicamente. De nuevo defendió Ashton a Whitman, ensalzando esta vez las virtudes del hombre, su trabajo entre los heridos, su falta de egoísmo. Pasados unos instantes, Harlan dijo: "Ha modificado usted mi opinión acerca del carácter personal del señor Whitman, pero me atendré a mi decisión. Es inútil, señor Ashton" — agregó, rechazando las protestas del intercesor. "No quiero tener en este departamento al hombre que escribió *Hojas de Hierba*, aun cuando el mismo Presidente lo ordenara. Renunciaría yo mismo antes que tomarlo de nuevo."

Ashton no podía hacer nada ante una rigidez de tal naturaleza, de modo que se dirigió apresuradamente a la oficina del Ministro de Justicia, James Speed, tratando de ver si podía conseguir algún otro empleo para Walt en el Ministerio de Hacienda.

Pero entonces un temible campeón salió en su defensa, al saber por Ashton las razones de la destitución de Whitman. No había nada que le gustase más a O'Connor que una pelea, exceptuando a Walt Whitman, y aquí tenía una oportunidad de servir a su amigo al mismo tiempo que practicaba su deporte favorito. Durante un mes se entregó a una terrífica danza bélica, a pesar de que Walt había obtenido, mientras tanto, otro empleo en el Departamento de Hacienda, con un sueldo tan bueno como el anterior. Durante dos semanas O'Connor revolvió su biblioteca en busca de ejemplos literarios, antiguos y modernos, para refutar que constituyese un crimen idolatrar el candor perfecto, como lo había idolatrado Whitman, y para justificarlo mediante argumentos tan incontestables como el de que si *Hojas de Hierba* y su autor eran condenados por indecentes, también debían condenarse las grandes obras del mundo, incluyendo la Biblia. "Sostengo —desafió en su polémica— que el expulsar

a un autor de un puesto público y exponerlo a la injuria pública, únicamente porque ha publicado un libro que nadie podría tachar de inmoral sin declarar inmorales a todos los demás grandes libros, significa imponerle un castigo al pensamiento y obstruir la libertad de las letras."

El ardiente folleto, sobriamente titulado *El Buen Poeta Gris*, fué publicado por Bunce y Hutington, de Nueva York, en enero de 1866. Wendell Philipps lo consideró el trozo más brillante de literatura polémica del siglo diecinueve. Sanborn, en una crítica anónima en el *Commonwealth*, de Boston, reprendió al desventurado secretario, con la observación de que, considerando la naturaleza de algunos de los *bon-mots* del Presidente Lincoln, uno se preguntaba cómo un hombre como Harlan podía haber aceptado un cargo a sus órdenes. Los defensores de Whitman se alinearon detrás del manifiesto de O'Connor y al repetir "*¡El Buen Poeta Gris! ¡El Buen Poeta Gris!*", impusieron a Whitman un título que hizo un *Blake Jehovah* del titán americano. Gris era —había empezado a encanecer antes de cumplir los treinta— y bueno, aunque lo negaran todos los Harlans del mundo, y un poeta para aquellos que tenían la perspicacia de descubrirlo bajo sus numerosas formas. Pero en 1866 era aún, en espíritu, el obstinado revolucionario que no suavizaría por nada del mundo, el tono valiente y juvenil de sus poemas evangélicos. "No me atrevo a hacerlo. No me atrevo a omitir o alterar lo que es tan genuino, tan indispensable, tan elevado, tan puro." No era un buen poeta gris el que había robado el fuego sagrado de los dioses. No había llegado a serlo todavía.

Una vez apaciguado el tumulto de la guerra de palabras, Walt se puso a trabajar como antes. Estaba contento en el nuevo puesto que, en fin de cuentas, se redujo a un cambio de escritorio bajo un jefe más amable. Tenía una linda oficina en el edificio de la Tesorería, que pertenecía a una serie de siete piezas. El gabinete más grande contenía una biblio-

teca de muchos volúmenes, la mayoría de ellos referente a leyes, pero había alrededor de seiscientas obras diversas con las cuales no tardó en familiarizarse. En la oficina del Ministro de Justicia, espaciosa y bien amueblada, podía contemplar con orgullo los retratos de los patriotas de la época de Washington, que contribuyeron a formar la América, cada uno a su modo. Más que todos le gustaba su cuarto, cuya gran ventana al sur formaba un marco para el cuadro vivo de arroyos y colinas, de jardines y árboles, y de botes navegando por el río. Como poseía un juego de llaves y conocía a los porteros del edificio, veteranos mutilados de la guerra, podía ir a su oficina a deshora y también los domingos. En realidad era más un hogar para él que su pieza en la casa del jefe de la Oficina de Pasaportes, donde no podía ni trabajar ni dormir, pues los tabiques eran muy delgados y muy sonoros los ronquidos de sus compañeros de pensión. No podía protestar todas las noches, dejando caer un canto rodado de cincuenta libras en el cuarto frontero al ocupado por los roncadores, como había hecho en cierta ocasión, después de dar vueltas en la cama durante horas sin poder dormir. De manera que permanecía lo más tarde posible sentado a la mesa de su oficina, escribiendo a la luz de una espléndida lámpara astral —lujo del que nunca había disfrutado antes— un memorial dedicado al Presidente mártir.

Se mezcló a la vida de Washington, sin olvidar, no obstante, a los soldados convalecientes que, ahora que la guerra había terminado, no recibían la misma atención que antes. Walt hacia su recorrido varias horas al día y toda la tarde los domingos, cuando solía llegar con pipas y tabaco, y una enorme torta, hecha especialmente por una mulata que tenía un puesto en el mercado. A veces lo acompañaba Burroughs con buñuelos y pastelillos hechos por su mujer, Úrsula, que no sentía el menor afecto por los poetas y "garabateadores" en general y por Whitman en particular. "Walt Whitman, poeta y persona" —decía ella, refiriéndose al libro que Bu-

rroughs se hallaba ocupado en escribir acerca del amigo predilecto. El énfasis sarcástico de Úrsula encerraba mucho de su irritación femenina, tal vez celos del hombre que tanta fascinación ejercía sobre los maridos, tanto sobre el suyo como el de Nellie O'Connor. No obstante, cosía camisas para Walt, cortándolas de dimensiones adecuadas a su gran tamaño y hacía sus mejores tortitas de harina para el desayuno de los domingos, a los que él llegaba invariablemente tarde, sonriendo y sin disculparse. No había modo de reformar al poeta y *persona*.

Pero tanto Walt como Burroughs anticipaban con placer aquellas mañanas de los domingos cuando solían alejarse de la casita de ladrillos rojos en el "Capitol Hill", con sus ordenadas hileras de papas y su vaca en el corral. Lentamente, al paso que corresponde después del desayuno, vagaban hasta dejar atrás la Casa Blanca. Entonces Walt desenterraba de su agujero, detrás de un viejo cerco de postes, una piedra lisa y redonda, para lanzarla de una mano a otra, mientras caminaban, en la misma forma con que lanzaban, en su conversación, versos e ideas entre uno y otro. En el camino de vuelta, Walt colocaba la piedra en su sitio, hasta la próxima vez.

Con Pete Doyle también solía pasar horas agradables paseando en el "Viejo 14" hasta Georgetown y vuelta, pasando por el Círculo, la casa del Presidente, la de Willard, Capitol Gate, la Colina, escenas tan familiares para él como los hitos de Broadway. Al atardecer, y luego de dejar Pete su coche, daban juntos a menudo largos paseos a pie, llegando, a veces, hasta Alejandría. Felices avanzaban como camaradas, por el camino, el empleado de la Tesorería en su traje azul y el guarda de tranvía. Walt era todo ternura hacia el muchacho. "Querido Pete, querido hijo, mi amado muchacho, mi joven y amado hermano", decía, dirigiéndose a él, y el simple Pete retribuía el afecto que anhelaba el hombre de más edad. Hablaban juntos de toda clase de cosas, rodeando Walt los hom-

bros de Pete con su brazo, mientras el rostro juvenil fruncía el ceño al mirarlo, en un esfuerzo por comprender.

"Existe una hostilidad bastante fuerte contra mí y *Hojas de Hierba*, entre ciertas clases —le confió, tratando de tender un puente sobre la brecha que los separaba—, que no sólo es una gran confusión de disparates y palabras duras sin sentido o significado, lo cual, entre paréntesis, creo que es tu opinión al respecto". —Y Pete, demasiado honesto para fingir, no lo contradecía.

"No sé adónde quiero llegar", solía decir, revelando en esas cándidas palabras la falta de comprensión del género que Walt amaba y glorificaba, sabiendo que llegaría el momento del despertar.

A fuerza de repetirle todo pacientemente, Walt hízole ver lo que quería decir. "Todos los demás pueblos en el mundo han tenido sus representantes en la literatura"; Pete repitió por fin la bien estudiada lección. "Aquí hay una gran raza sin representantes. Él se encargaría de suplir ese representante. Era también su propósito hacer entrar en su libro un verdadero ser humano. Esto nunca se había hecho antes." Hasta allí pudo comprender Pete, pero nada más.

Walt nunca parecía cansarse en sus excursiones, lo que no acontecía con Pete, después de su día de trabajo. Mientras recorrían milla tras milla, Walt cantando trozos de óperas, recitando, o hablando sobre las estrellas para entretenimiento de su joven amigo, el muchacho, agotado cuando por fin llegaban al "ferry", del otro lado de Alejandría, decíase a sí mismo: "De aquí no paso. No daré un solo paso más". Pero no podía hacer nada contra el infatigable Walt. Cruzado el río, caminarían de vuelta por el otro lado, la Calle 7, donde se despedían.

"Querido hijo —le escribió Walt tiernamente, después de uno de aquellos paseos—, desde el domingo último, casi puedo verte amodorrado y cabeceando, volviendo tarde a casa —especialmente mientras esperamos allí, en la calle 7, y yo te

cuento algo grave sobre los cuerpos celestiales— y en medio de todo me doy vuelta y te encuentro profundamente dormido, tu cabeza sobre mi hombro como un pedazo de madera; un terrible elogio a mis poderes de conferencista . . ."

Sin darse cuenta de ello, Walt halló en Pete no sólo un desahogo para su adhesividad, sino también para su deseo de despertar una mente no contaminada por los prejuicios. ¿Podría imponer sus teorías a este representante de los poderes incultos? Le enseñó aritmética y le dió un libro de geografía que le recomendó estudiara a menudo. También le compró un diccionario de bolsillo. "Con quince minutos de escritura todos los días —decía, alentándolo, a Pete— y corrigiéndola con la ayuda del diccionario, estoy seguro de que serás un lector correcto y escribirás perfectamente dentro de un año o menos." (Con Pete usaba el mismo lenguaje que empleaba con su madre.)

A veces Pete le hacía preguntas que lo deleitaban al demostrarle que hasta un cierto punto estaba penetrando en aquella mente virgen. "¿Existe un más allá? —inquirió Pete un día, preguntándose cuál sería la respuesta de un hombre que nunca iba a la iglesia y que parecía no "favorecer a los predicadores". Walt pensó durante un instante, y luego dijo: "Debe de haber algo . . . no puede existir una locomotora sin alguien que la conduzca". En otra ocasión le dijo a Pete que si una persona era realmente buena, y Pete sabía que para Walt todas las personas eran buenas, no podría ser destruída en el otro mundo ni en éste.

Cierta vez, cuando Walt, como de costumbre, dió dinero a un mendigo, Pete, que tenía su opinión propia acerca de los vagabundos, preguntó: "¿No crees que eso está mal?"

—No, nunca está mal, Pete —contestó Walt.

—¿No lo gastará en bebida? —insistió Pete.

Walt sacudió la cabeza:

—No, y si lo hiciera no importa. Porque mejor es dar a una docena que no necesita lo que se les da, que no dar a

ninguno, y pasar por alto a aquel que debería ser alimentado.

Durante años continuaron los dos su sencilla relación basada en la belleza de la humanidad común, despreocupados por las barreras de clase u ortodoxia. "Tuyo por toda la vida, querido Pete, y también la muerte", finalizaba una de las cartas que Whitman le escribió. Y Pete era sincero. "Nunca pierdo al viejo por un solo minuto", decía cuando él también se había vuelto viejo. "Cuando estoy en dificultades —en alguna crisis— me pregunto: "¿Qué hubiera hecho Walt en las mismas circunstancias?", y no importa lo que decida, sé que Walt hubiera hecho lo mismo que yo."

En 1866, Walt terminó sus poemas sobre la muerte de Lincoln. Como *Toques de Tambor* había aparecido ya, y como los poemas de la Guerra Civil no hubiesen sido completos sin un digno homenaje al "querido comandante", Whitman publicó un folleto separado con las nuevas producciones y lo insertó en los ejemplares restantes del libro, convirtiéndolo así en la segunda edición. El pequeño volumen fué bien recibido, pero fué la "Continuación de *Toques de Tambor*", los cuatro poemas sobre la muerte del Presidente, lo que le afirmó en el corazón de la gente con más arraigo que el obtenido por *Hojas de Hierba.*

Un ritmo palpitante, como el redoble de los tambores de difuntos, acompañó al solemne *"Hush'd Be the Camps Today"*, cuando el ataúd del mártir fué colocado en su bóveda. En contraste con él, los tres versos rimados de "¡Oh, Capitán! ¡Mi Capitán!" cantaron su congoja con la voz excitada del pueblo, incrédula al principio, luego trágicamente convencida de que su Capitán yacía abatido, frío y muerto, sobre la cubierta del buque, acercándose al puerto por fin, ya conseguida la victoria después de tan dura lucha. En el simple ritmo de balada latía el corazón del pueblo. Sabían que la angustia del poeta era la suya propia, y el poema se hizo parte de ellos. Años más tarde, cuando Harper y Brothers pidieron permiso para imprimirlo en su *Fifth Reader*,

Walt, entonces un anciano de setenta años, que había esperado en vano que *Hojas de Hierba* arraigara en el pueblo de América, como había ocurrido con ese poema, exclamó exasperado: "Es "Mi Capitán" de nuevo, siempre "Mi Capitán"! ¡Los lectores de escuela han llegado hasta eso! ¡Dios mío! ¿Cuándo me comprenderán de una vez?" Era la impaciencia del mero hombre. Como uno del grupo de los precursores, debía haber recordado como reacciona la gente ante ellos, aunque sin conocerlos.

El triunfo de su hazaña no reside, sin embargo, en el popular "¡Oh, Capitán! ¡Mi Capitán!", sino en el largo treno "*When Lilacs Last in the Dooryard Bloom'd.*" [1]

Extrañamente reminiscente, la endecha recupera el sentido de "Una Palabra sacada al Mar". Ahora es con la nación con quien se identifica el poeta, y el dolor de la nación, su propio dolor y el del mundo por siglos venideros, el que vierte con belleza incomparable. Como los temas de una sinfonía, los motivos íntimos que nunca dejaron de sacar chispas de su imaginación —la trinidad de las lilas florecientes, la estrella cayendo en el oeste y el pájaro oculto gorjeando su canto— se mezclan y se funden en la música más sublime, a medida que sus valores emocionales alcanzan anchura y profundidad ante el "pensamiento de aquel a quien quiero", ahora envuelto en la muerte. Son objetos íntimos, familiares, estos símbolos, pero en su vulgaridad reside el milagro, el milagro también del uso que Whitman hace de ellos en un poema cuya simplicidad pertenece al arte más elevado. Lilas, estrella y pájaro enredados en el salmo de su espíritu. Pero ahora penetran también en los corazones de aquellos que han oído el nombre de Lincoln, y traen con ellos la esencial expresión de la creencia del poeta en la belleza de la muerte, tan íntimamente conocida por él como la portadora de paz en las salas de hospital y los campos de batalla. Extático, el

[1] "Cuando las últimas lilas hayan florecido a la entrada del huerto".

pájaro canta su villancico al oscuro visitante, y el alma del poeta, armonizando con las almas de sus camaradas en la noche, resuena:

"Ven hermosa y consoladora muerte,
Ondula en torno al mundo, llegando serenamente, llegando,
A todos, a cada uno, durante el día, durante la noche,
Tarde o temprano, delicada muerte.

Alabado sea el insondable universo,
Por la vida y por el placer, y por los objetos y los curiosos conocimientos,
Y por el amor, el dulce amor — ¡alabanza! ¡alabanza! ¡alabanza!
Y por los seguros y envolventes brazos de la fría muerte ceñidora.

Madre sombría deslizándote siempre cerca con apagados pasos,
¿Nadie te ha cantado un cántico de plena bienvenida?
Entonces yo lo canto para ti, te glorifico por encima de todo,
Te traigo un canto para que cuando verdaderamente debas venir, vengas sin cavilar.

Aproxímate, fuerte liberadora,
Cuando así sea, cuando te los hayas llevado, cantaré regocijadamente a los muertos,
Perdidos en tu amoroso océano flotante,
Bañados en el diluvio de tu deleite ¡oh, muerte!"

Es la gran aceptación final. Aunque Whitman no hubiese escrito otra cosa que ese treno, su nombre perduraría para siempre.

Mientras tanto, restableciéndose el país de las heridas de guerra, Whitman terminó de corregir el ejemplar de *Hojas de Hierba* que tanto habían ofendido a Harlan, y en 1867 publicó la cuarta edición, incluyendo todos los poemas que

había escrito hasta entonces. No eran todavía los "Trescientos sesenta y cinco", pero se estaban erigiendo los días en su etapa poética. Le estaba llegando un cierto reconocimiento también, fomentado por la devoción de su pequeño pero activo círculo de admiradores. Burroughs, en el año del crecido *Hojas de Hierba,* tenía ya listas las *Notas sobre Walt Whitman como Poeta y Persona* que tanto habían incomodado a su mujer. Pero aunque su trabajo realmente llevara su nombre, era, en realidad, fruto de Whitman. El libro, cuyo modesto tamaño desmentía su contenido, hablaba solamente a la minoría. Los demás, acertadamente, se contentaron con conocer a Whitman por la genuina expresión de los poemas de guerra, donde el gran corazón del hombre hablaba para todos.

Poco tiempo después de la contribución de Burroughs a la fama personal del maestro, O'Connor publicó en *Putnam's Magazine* un cuento de guerra titulado "El Carpintero". La semejanza del protagonista con Whitman era patente para todos, aunque no pocos desaprobaron que se comparara al autor de un libro "obsceno" con el Carpintero de Nazareth, por muy virtuoso que se hiciera aparecer al curador-de-heridas en la idealización de su admirador. El culto a Cristo y al buen poeta gris había comenzado y O'Connor iniciaba los dos.

La señora de Whitman, en Brooklyn, se mantuvo al tanto de la creciente fama de su hijo. Leía todo cuanto él le mandaba y le hacía saber lo que pensaba. Declaró gustarle el libro de Burroughs, no reconociendo en él la mano de Walt, pero prefería la defensa de O'Connor. El mismo Walt, sin embargo, como era comprensible, obtuvo el mayor placer del cumplido espontáneo que se le prodigó en las memorias publicadas del conde refugiado Adam de Gurowski, una figura hacía tiempo bien conocida en Washington. "La encarnación de un genio genuino y original —escribió el conde— tan sólo Walt tiene en su corazón y en su mente un altar para la gente anónima, heroica." El buen hombre habló y

murió. Agradecido por el breve, pero bienvenido homenaje, Walt se unió a "todos los radicales" que acompañaron al viejo revolucionario a su tumba.

Las cartas continuaron circulando regularmente entre Walt y su madre. En 1867, Jeff, Mattie y los niños fueron a vivir en St. Louis, donde había sido llamado Jeff para ocupar un puesto en su ramo de ingeniería. Louisa permaneció sola por un tiempo con George y Eddie. Luego George se casó. La americana patriota estaba orgullosa de su hijo soldado que había combatido durante los cuatro años de la guerra, que tenía heridas que mostrar y cuentos que relatar de su vida de prisionero en los campos confederados, y que había regresado con el grado de oficial. Su orgullo por él, sin embargo, no era nada comparado con el que sentía por su favorito. Vivía solamente por sus cartas, pero más aun para esa época en que cesaría toda correspondencia y ella y Walt vivirían bajo el mismo techo —el suyo propio— con Eddie. Impacientemente esperaba las cartas de Washington — dando propinas al cartero para que no demorara en entregarlas— y no porque el dinero que contenían constituyese casi el único ingreso de una anciana mujer y su desvalido hijo. George y Jeff no estaban de acuerdo en que manejase una casa. Pero a medida que avanzaba en años y se volvía algo criticona de la gente, se apegaba a su independencia. Tal vez algún día, cuando Walt decidiera radicarse en algún sitio, construiría la casa de la cual habían hablado siempre — y le envió sus planos para la misma.

En la mayoría de sus cartas, con su letra clara, firme, que Walt conocía tan bien, le escribía acerca de su obra de él, así como de las actividades de la dispersa familia. A diferencia de George, el cual, cuando hojeó por fin *Hojas de Hierba*, se convenció de que era "un libro raro", Louisa había llegado a tener una certera intuición de lo que Walt estaba tratando de realizar. Los ojos de éste se llenaban de lágrimas al leer sus cartas patéticas, de ignorante, tan llenas de orgullo,

pero con todo, tan preocupadas por aquel extraño hijo poeta que nunca había inspirado el respeto de un señor Longfellow o un señor Bryant. —"el libro para Mary vino viernes y la galaxia hoy con la balada de sir ball" —le escribió ella—. "yo me había olvidado todo lo de la pieza hasta que la vi y entonces tuve que pensar donde había oído sobre ella y entonces recordé qué pieza era ésta firmada — espero que nadie creerá que tú la escribiste Walt." Él había tenido tantas dificultades por lo que escribía. De nuevo, "bueno Walt — le informaba ella—, tengo el susurro de muerte celestial está aquí sobre la mesa al lado mío lo he leído muchas veces... sentí que debía retenerlo porque me gustó era tan solemne." Con frecuencia, sin embargo, el "canto del grillo" de sus preocupaciones domésticas resonaba por encima de su orgullo por él. —"no sé lo que haría Walt si no fuese que tú piensas en mí parece como si todos los demás hijos e hijas tienen que atender sus propios asuntos lo cual es perfectamente natural George y loo y Jeff insisten en que levante la casa y no solamente insistieron sino que casi me ordenaron les dije que quedaría aquí este invierno si vivo ninguno de ellos lo quieren tener a edd Walter y pronto se cansarían de pagar su pensión y no somos un gran gasto para nadie excepto tu walter querido."

Finalmente, se vió obligada a vivir con George y su mujer, quienes se habían establecido en Camden, Nueva Jersey. Eddie fué mandado a "una casa de pensión". Walt enviaba con regularidad su contribución para el mantenimiento de su hermano.

Se hallaba ahora establecido en Washington. Su trabajo no era motivo de queja para nadie y le proporcionaba no sólo los medios de cumplir con sus numerosas obligaciones, la mayor parte de ellas contraídas por él mismo, sino también un lugar adecuado para su sosiego y estudio. Porque estudiaba asiduamente, por mucho que se esforzara por mantener en secreto su deuda con los escritores del pasado en su pre-

tensión a la originalidad. Los grandes albumes de recortes que mantuvo durante su vida entera, como fondos de reserva a los cuales pudiera recurrir para su poesía, atestiguan el alcance de su curiosidad: geografía, literatura oriental, Goethe, y otros escritores alemanes, Carlyle, Dante, Tasso, George Sand, los dramaturgos griegos, todos tenían un puesto en su tesorería literaria que resguardaba celosamente hasta de sus amigos más íntimos. Nunca debía permitir que se dudara de su genio prístino; su independencia del pasado no debía ser discutida. Tenía en realidad algo de "la furtividad de una vieja gallina". Y astutamente un poco del cuco. Pero siempre empollaba águilas.

El Washington de postguerra era una ciudad estremecedora. A Walt le gustaba sentir el pulso de la nación, y el pulso estaba allí, bajo la Cúpula, coronado por el Genio de la Libertad — el mismo genio que había descubierto durante la guerra, tendido en los terrenos del Capitolio, desmembrado como la Unión. Conocía a muchos de los hombres que conducían el destino de los re-Unidos Estados. Estaba el senador Garfield, con su gran voz varonil, que siempre lo saludaba diciendo: "Después de todo, no sólo para crear". Y el Presidente Grant que salía de la Casa Blanca para pasear solo, para hacer sus visitas matutinas a cierta dama, su cigarro en la boca, sus piernas cortas pavoneando enérgicamente sobre el pavimento. Pete Doyle lo paseaba a menudo en su tranvía y solía hacer señas a Grant para que subiera, por divertir a Walt. Pero el Presidente siempre sacudía la cabeza. Más tarde, de regreso, solían verlo reclinado junto al alféizar de la ventana de la "anciana dama".

Los dos camaradas se reían, pero no del mismo modo, pues Walt, en la intimidad de su aislamiento, se escribía frenéticas advertencias contra los peligros de una excesiva amatividad. La escritura por sí sola, con sus guiones y mayúsculas, demostraba la perturbación de su espíritu.

"Abandono engañoso, infantil, de mí mismo, imaginando

lo que en realidad no existe en otro, pero que está todo el tiempo en mí mismo solamente; totalmente engañado y engañado por mí mismo y mi propia debilidad —RECORDAR DÓNDE SOY MAS DÉBIL, y más defectuoso. Con todo, mantener siempre un comportamiento y espíritu bondadoso hacia 16. PERO DEJAR DE PERSEGUIRLA".[1]

¿Se referiría a las dolorosas ilusiones de la Esperanza, representada por el cuadro frenológico de Fowler como una mujer de la sección craniana, que llevaba el número 16, o se estaría amonestando a sí mismo contra una super-interpretación de la conducta de una tentadora hechicera de carne y sangre a quien debía forzarse en no perseguir más?

La nota que seguía, más enfática aun, implicaba una fascinación más fuerte que la que hubiera podido ejercer una Esperanza etérea, por muy tentadora que fuese.

"RENUNCIAR ABSOLUTAMENTE para siempre desde la hora presente, esta *persecución* FEBRIL, FLUCTUANTE, *inútil, indecorosa* de 164 — en la que he perseverado *demasiado tiempo* excesivamente *demasiado* — tan humillante — *Debe venir por fin* y sería mejor que fuera ahora mismo — (*No hay posibilidad de que sea un éxito*) QUE DESDE ESTA HORA NO HAYA VACILACIÓN ALGUNA, ni QUEBRANTOS — absolutamente desde ahora (NI UNA VEZ en ninguna circunstancia) — *evitar verla, o encontrarla* o cualquier conversación o explicación — O NINGÚN ENCUENTRO DE NINGUNA CLASE, DESDE ESTA HORA Y MIENTRAS VIVA, Julio 15, '70."

No debe haber querido decir que no debía continuar engañándose al perseguir la esperanza de que su obra tendría

---

[1] El Profesor Edward Hungerford, en su ingenioso artículo "Walt Whitman y su cuadro de protuberancias" en la "American Literature", Volumen II, págs. 350-384, interpreta "16" como significando a la Esperanza que los cuadros frenológicos representaban como una mujer. El artículo en sí es convincente, pero hasta el Profesor Hungerford admite que otra cita sigue inmediatamente más abajo (ver abajo) que se refiere a una mujer que no tiene nada de figurado.

eventualmente éxito. Había tenido decepciones en profusión, es cierto, pero aun cuando se hallaba escribiendo esas frenéticas notas a sí mismo estaba preparando la quinta edición de *Leaves of Grass* ("Hojas de Hierba"), que publicó en 1871. Si la esperanza fuese la abstracción supuesta, hubiera necesitado un subterfugio más imaginativo del que era capaz Whitman, o cualquier hombre, para permitirle "mantener siempre un espíritu y un comportamiento bondadoso hacia 16", o para "evitar verla, o encontrarla, o cualquier explicación o conversación". Hubiera implicado una participación activa que una abstracción no podía dar nunca. Además, si se refería a la esperanza de su obra, él que tenía fe en su inevitable triunfo, calculando en cuadrillones de años, no habría escrito "Es imposible que tenga éxito". Tampoco habría delineado para su propio adelanto, poco después de escribir la última nota, el croquis de un "magnífico carácter calmoso", lo que no podía pretender para él en medio de las angustias de la pasión — cuyas "emociones, etc., son completas en él, ya fuese correspondido o no su amor, amistad, etcétera, etc. . . ."

El 16, o 164, a quien no debía perseguir más era una mujer, una mujer casada en Washington cuyo marido la vigilaba con celos y sospechas. Nellie O'Connor hizo mención de este asunto amoroso cuando escribió un artículo para el *Atlantic Monthly* sobre Whitman, tal como lo había conocido en Washington.[1] Gracias a las confidencias que le hizo Walt, hasta proporcionó una descripción de esta "abstracción" excesivamente tangible, como una persona agradable, asaz hermosa, de cabellos y ojos castaños, muy femenina, y dulce, y suave. Walt la había conocido y amado unos cinco años antes. Acerca de ella había escrito:

---

[1] Ver el *Atlantic Monthly* de junio, 1907. Firmó el artículo Ellen M. Calder después de su segundo casamiento. Las referencias a la mujer, omitidas en el artículo publicado, pueden encontrarse en el *Uncollected Poetry and Prose of Walt Whitman*, del Profesor Emory Holloway.

"Desde el agitado océano de la muchedumbre llegó suavemente hasta mí una gota,
Susurrando, te amo, antes de mucho moriré,
He venido desde muy lejos sólo para mirarte, tocarte,
Porque no podía morir hasta haberte contemplado una vez.
Porque temí que después quizás pudiera perderte.

Ahora nos hemos conocido, nos hemos mirado, estamos a salvo,
Vuelve en paz al océano, mi amor,
Yo también soy parte de ese océano, mi amor, no estamos tan separados,
¡Contempla el gran círculo, la cohesión de todo, cuán perfecto!
Pero en cuanto a mí, a ti, el irresistible mar nos ha de separar."

Capítulo XXI

LA AMIGA MÁS NOBLE

Whitman seguía luchando aún contra la amatividad de su temperamento, complicada por sus numerosas amistades del "Cálamo", cuando recibió, a mediados de setiembre de 1871, una de las cartas más extraordinarias que le hubiesen enviado nunca. Poco tiempo antes, el cartero le había entregado una lisonjera invitación del Instituto Americano, para que leyera un poema el día de la apertura de su exposición anual. Habíase tambaleado ante el honor que se le confería, pero escribió su poema, entregándolo el 7 de setiembre, y no era él, por cierto, uno de los menos interesados entre el público que llenaba aquel gran edificio, parecido a un granero, que alojaba la maquinaria industrial de más reciente desarrollo en "Estos Estados".

"Después de todo, no sólo para crear, o para fundar,
Pero para traer tal vez desde lejos lo que ya está fundado",

recitó a los miles de oyentes, alzando la voz para alcanzar a las filas de trabajadores a quienes estaba destinado el poema. No era uno de los suyos mejor logrados, a pesar del fervor democrático con que había aguijoneado a su Pegaso. Demasiados catálogos, demasiada maquinaria obstruían su vuelo. Los escasos centenares de trabajadores escucharon respetuosamente, especialmente cuando mencionó "el trabajo manual para cada uno y para todos... el martillo y el serrucho,

(descosido, o corte transversal)", pero, en general, salieron sin que se hubiese operado en ellos cambio alguno, por la misma puerta por donde habían entrado.

Walt disfrutó, sin embargo, del espectáculo de sí mismo, otro Lowell en el equivalente de la "Oda de Conmemoración", y escribió al *Chronicle* de Washington, anónimamente, esta agradable descripción: "Sus ademanes fueron al comienzo fríamente tranquilos, pero pronto se hizo sentir su magnetismo y todos quedaron conmovidos. Su gran figura se hallaba vestida de gris, con camisa blanca, sin corbata, y su barba sin tonsurar como siempre. Su voz es magnífica, y merece compararse a la par con los océanos de la Naturaleza y la música de las selvas y colinas". Whitman no era mezquino nunca...

La carta que tenía en la mano, como la del Instituto, contenía también una invitación, pero de una naturaleza tal que Whitman se encontró por primera vez confundido y asustado. No había leído nunca nada semejante dirigido a él, ni a cualquier otro. Era como si fuese algo soñado, aunque el sobre en sí no tenía nada de raro, con su estampilla inglesa y la escritura extrañamente familiar. Se dió cuenta al leerla que el remitente era una mujer, una viuda que había compartido una vida feliz con su esposo — pero, como escribía ella: "Hasta el final mi alma vivió aparte y sin compañero, y su alma vivió aparte y sin compañera".

Hasta allí un poeta podía leer con ecuanimidad. Uno de sus lectores solicitaba por su confesión el consuelo de una respuesta. Pero la carta no se detenía allí. "Llegará el día —continuaba diciendo— en que el hombre comprenderá que el alma de una mujer es tan cara y necesaria a la suya, y tan distinta de la suya como el cuerpo de ella del suyo. Eso es lo que me ocurrió después de haber leído sus libros durante varios días, no — horas. Era el alma divina que abrazaba la mía. Nunca soñé antes de eso lo que significaba el amor; ni lo que significaba la vida. Nunca había vivido antes;

ninguna palabra sino aquella de un nuevo nacimiento puede insinuar siquiera el significado de lo que me aconteció. En mayo de 1869, llegó la voz de allende el Atlántico — hasta mí — Oh la voz de mi compañero; debe ser así — mi amor se eleva de las profundidades del dolor y pisotea a la desesperación. Yo puedo esperar — cualquier período de tiempo, una vida entera, no, muchas vidas — yo puedo sufrir, yo puedo atreverme, puedo aprender, crecer, trabajar, pero nada en la vida o la muerte puede arrancar de mi corazón la certeza apasionada de que algún día oiré a esa voz diciéndome, ¡Mi compañera!"

Walt se acordó entonces de la remitente, la señora Anne Gilchrist, la inglesa cuyo artículo "La opinión de una mujer sobre Walt Whitman" había aparecido en el *Boston Radical*, en mayo de 1870, sin firma. Todo había sido extrañamente complicado. En 1867, con el permiso de Whitman, William Michael Rossetti había editado *Hojas de Hierba* para el lector británico — sin modificar nada en el texto, pero omitiendo completamente los asuntos que Rossetti consideró demasiado audaces para Inglaterra. El libro obtuvo popularidad y le trajo muchos lectores a Whitman. Un día, en 1869, durante una visita a Ford Madox Brown, Anne Gilchrist encontró un ejemplar de la edición Rossetti de Whitman y lo llevó consigo a su casa.[1] La lectura del mismo cambió toda su existencia. "Me tiene enteramente hechizada", escribió a William Michael. Una y otra vez leyó los estimulantes poemas, y porque tenía que expresar a alguien el efecto que le causaron, envió una carta extensa y franca a William Michael, analizando minuciosamente sus emociones, y defendiendo al mismo tiempo la pureza de intención del propósito de Whitman contra los ruidosos filisteos que, en Inglaterra como en América, se habían alzado para atacar al poeta a quien ahora

[1] Para conocer el lugar que Anne Gilchrist ocupó en el círculo Pre-Rafaelista y sus relaciones con Whitman, leer *Poor Splendid Wings*, de la autora, Boston, 1933.

consideraba ella su dios. William Michael, que conocía las costumbres del mundo literario, la invitó a desarrollar su carta hasta formar un artículo en loor de su divinidad, y lo envió a América.

Anne Gilchrist esgrimía una pluma versátil. Cuando su esposo, Alexander Gilchrist, falleció dejando inconclusa su *Vida de William Blake*, Anne la completó y se ocupó en hacerla imprimir. Antes de eso había publicado algunos artículos en periódicos eruditos, sobre asuntos científicos, que los hombres ensalzaron atribuyéndolos a obra de una pluma masculina. Tocaba el piano y hacía un pan tan sabroso y digestivo que Jane Welsh Carlyle, su vecina en *Cheyne Row*, se presentó para que le diera lecciones. El pan de Anne, parecía, era el único alimento que apaciguaría al león que le roía las entrañas al dispéptico Thomas. Aparte de su práctica de buena vecindad, Anne conseguía también sacar adelante a sus cuatro hijos, a quienes estaba cuidando entonces de fiebre escarlatina, de la cual se contagió su esposo, muriendo y dejándola inconsolable.

Había sido el suyo un matrimonio por amor. A los diecinueve años Anne perdió un hermano querido, con quien había compartido todos sus intereses. Pero al poco tiempo, como si fuese en compensación, conoció a Alexander, que a la sazón estudiaba Derecho. Lo mismo que ella, él bebió profundamente en los escritos de los Trascendentalistas y la poesía de Blake. Amaba la naturaleza tanto como ella, y solía permanecer sentado, oyéndola soñadoramente cada vez que tocaba el piano. Él era su ideal de virilidad. Con los ojos centelleantes de amor, ella lo hallaba, según sus confidencias a su amiga Julia Newton, "absolutamente grande, noble y hermoso, tanto en intelecto como en corazón". Se casaron en febrero de 1851 y formaron su hogar en Guildford, disfrutando juntos de las cosas de que consistía su vida — escribiendo y oyendo música todos los días, y dando paseos por la agradable campiña de los alrededores. De noche leían en alta voz.

En Guildford nació Percy, su primogénito. Luego vino Beatrice. En 1856, se mudaron a Londres, donde alquilaron una pequeña casita al lado de la de los Carlyle. Allí nacieron sus otros hijos, Herbert y Grace.

A semejanza de las casas vecinas en esa calle apacible, sombreada, la de ellos se convirtió en un centro de intensa vida intelectual. Alexander publicó su vida de William Etty, y luego se puso a trabajar en su biografía de Blake. Supo que Dante Gabriel Rossetti, ese frecuentador de librerías apartadas, poseía un precioso ológrafo de Blake. Alexander le escribió. Generosamente, Rossetti no sólo depositó el manuscrito en sus manos, sino que lo puso en contacto con sus numerosos amigos: el severo W. B. Scott, Ford Madox Brown, Ruskin, la hermosa y patética Lizzie Siddal, a quien Gabriel adoraba sin que pudiese su errante corazón decidirse a casarse con ella, William Morris, juguetonamente llamado *Topsy*, y Ned Jones, que no había llegado a ser todavía Edward Burne-Jones. Hasta 1861 los Gilchrist vivieron su vida feliz, productiva, y de pronto sobrevino la tragedia.

Una vez desaparecido Alexander, a Anne le resultó imposible continuar en Cheyne Row. Contaba entonces treinta y tres años de edad, y tenía cuatro niños pequeños y una exigua renta. Pero poseía muchos objetos hermosos que ella y Alexander habían coleccionado: muebles finamente tallados y piezas de la porcelana azul que Dante Gabriel Rossetti y Whistler estaban poniendo de moda, delicadas chucherías que tenían por único objeto la belleza, un cuadro de Reynolds, y el maravilloso "*Elijah in the Fiery Chariot*", de Blake. Amontonó todos esos tesoros y junto con su piano los llevó a una pequeña quinta con techo de tejas, cercada de clemátide blanca, en la cumbre de una de las colinas de Surrey. Circundaban el valle suaves pendientes; frente a la casita pasaba murmurando un arroyo. Era un sitio parecido al que ella y Alexander habían compartido en los primeros años de su matrimonio.

"El espíritu de Alec está conmigo siempre", escribió mien-

tras trabajaba en el libro que la muerte interrumpió, "preside mi hogar, me habla en cada escena tierna, frecuenta el apacible valle..." Pero esto no mitigó el anhelo de vivir en su cuerpo ardiente y joven aún. Aquí cuidó de sus hijos y escribió sus artículos, y aquí fué donde llevó consigo el libro funesto que Ford Madox Brown le había regalado.

Desde ese instante vivió bajo un hechizo. Whitman, o mejor dicho, su concepción de Whitman, según lo veía en sus poemas, obsesionaba sus días y sus noches. Pensaba en él durante sus paseos a pie, guardaba su libro bajo la almohada mientras dormía. Existía un hombre, por fin, capaz de satisfacer su sed profunda y desesperada de una vida completa, que absorbía cada fibra de su cuerpo sensiblemente despierto, cada pensamiento en su mente. A semejanza de Blake, cuya poderosa presencia la había engolfado, he aquí otro que poseía el mismo misticismo, todo envolvente, sus percepciones de las cosas visibles e invisibles, su amor hacia todos los seres. Pero mejor que Blake éste se hallaba vivo, y accesible mediante un viaje de quince días a través del océano.

Su salud resintióse por la concentración de su anhelo. El año que publicó su "Opinión" se hallaba tan enferma que, creyendo morir, llamó a sus hijos junto a su cama y les habló de su amor — o de lo que sus mentes prematuras pudieran comprender acerca del mismo. Debe de haber sido, más o menos, en la época en que Whitman, paseando un día en los tranvías de Brooklyn, se encontró con Helen Price y le preguntó si había leído el artículo. La joven contestó negativamente, y entonces Whitman le resumió el asunto. Al decirle Helen que sin duda tendría deseos de conocer a la mujer que lo había escrito, respondió Whitman: "No. Eso no importa mucho. Ni siquiera sé su nombre". Luego, después de una pausa, agregó: "Pero ha sido un gran consuelo para mí".

Ahora esa mujer le escribía: "Oh, ven, ven, querido mío, mira en estos ojos y verás el alma aspirante y ardiente que hay en ellos desde hace tiempo. Fácilmente, fácilmente, apren-

derás a amar todo el resto de mí por amor a ello y me abrazarás contra tu pecho para siempre".

Walt no supo qué contestar, en medio de su pánico; de modo que mantuvo un silencio prudente. Su trabajo, los poemas que lo libraban a todos los hombres y mujeres, lo requería así. ¿Cómo podría rendirse, aun a un alma hermana que había demostrado una comprensión tal? Anne Gilchrist no se menospreciaba — como tampoco se menospreciaba Walt. Había sido una Lady Godiva, más grande aun que Godiva. "Porque ella separó el velo de un cuerpo de mujer por una buena causa, y yo del alma de una mujer por una gran causa". No era que Whitman no estuviese agradecido, sino que ningún poder en la tierra pudo jamás convencerle de que nadie pudiera servir aquella gran causa mejor que él. Sumo sacerdote y dios, debía preparar él mismo el incienso para el altar, aun cuando el mundo se ahogara en su humareda.

Laureado no oficial, dirigente de la Unión, estaba ahora publicando sus trabajos, con intervalos frecuentes, en libros pequeños y en folletos. La quinta edición de *Hojas de Hierba* (1871), con su bosquejo de "*Passage to India*" y otros poemas, fué seguida por la prosa de *Democratic Vistas*, una censura arrogante, pero no obstante afirmativa de la democracia, redactada en parte como una contestación a *Shooting Niagara*, una denuncia escrita por Carlyle, el antiguo vecino de Anne Gilchrist. Whitman, de mirada tan penetrante como el águila nacional, vió la corrupción en los círculos políticos después de la guerra, y la nube espiritual que parecía haber descendido sobre el alma misma del pueblo; pero eso, según él lo consideraba, era sólo un mal transitorio. La democracia no podía morir; hasta la desastrosa guerra, tan recientemente librada, había sido emprendida por la voluntad del pueblo, por su propia elección, para atacar aquello que amenazaba la unidad nacional. Los seres más pacíficos en la tierra, los menos dispuestos a la disciplina marcial, se habían lanzado a las armas —él los había visto—, no por la conquista, no para

repeler una invasión, sino por la "*vida, la seguridad de la bandera*". ¡Que Carlyle atacara la teoría de América! La gente misma probaría su verdad eterna: la gente, llena de contradicciones cuando se la consideraba en conjunto, pero, ¡cuán grandiosa cuando se hallaba animada por ese ideal! La democracia podría parecer desorden para sus críticos, y el derecho al voto una cosa insignificante. ¡Pero qué diferente el iniciarse en la vida social un hombre emancipado, uno igual a los otros, según las leyes de la democracia!

"Porque —aseveraba Whitman—, la democracia también es ley, de la clase más estricta, más amplia". Entonces, en un destello intuitivo, iluminó el corazón de su grandeza. "Insuperable democracia, tentadora certidumbre de que sólo ella puede ligar y siempre anhela ligar, a todas las naciones, a todos los hombres, de no importa cuántas y qué distantes naciones, en una fraternidad, una familia... No esa mitad solamente, el individualismo, que aisla. Hay otra mitad, que es adhesividad o amor, que fusiona, liga y agrega, forjando la camaradería entre las razas, y fraternizando a todos". Esta verdad la escribió en *Democratic Vistas* y la repitió en los poemas de su madurez. El poeta de América había alcanzado sus verdaderas dimensiones. Empezando con la creencia de que la casta americana tenía raíces propias en un nuevo orden de humanidad, separada de cualquier otra raza y poseedora de sus virtudes específicas, se dió cuenta al fin de que no hay ninguna humanidad nueva, ninguna generación recién nacida, sino que todas las razas y todos los hombres son vástagos del árbol de la vida, cuyas profundas y amplias raíces abarcan todo el mundo. Aquí como en el universo, lo que une y sostiene es el amor, bajo el más amplio de sus nombres: la Democracia.

Sus escritos de post-guerra evidenciaron este nuevo brote de su espíritu. Lo que había perdido de la audaz espontaneidad que hizo de *Hojas de Hierba*, de 1860, el libro desafiante que es, su libro más individual, lo recobró en su visión gene-

rosa del mundo. Ya no era América solamente, el hombre solamente, sino el mundo entero, y toda la humanidad. "¡Pasaje a la India! ¡Pasaje, oh, alma a la India!" — exclamó en el poema inspirado por la apertura del Canal de Suez y el ferrocarril transcontinental en América. "¡Pasaje a más que la India!" concluyó el antiguo cantor de "¡Pioneers! ¡O Pioneers!", señalando no solamente la conquista del Oeste, sino del universo del espíritu, cuyas sendas se hallan abiertas para todos, cuyos descubrimientos abarcan el espacio y el tiempo. Y de nuevo el mensaje:

"¡Pasaje a la India!
He aquí, alma, ¿no ves tú el propósito de Dios desde el principio?
Que la tierra sea abarcada, conectada por redes,
Que las razas, los vecinos, se casen y sean dados en matrimonio,
Que los océanos sean cruzados, lo distante aproximado,
Que las tierras sean soldadas."

Aquí, como en el magnífico "*Proud Music of the Storm*", hizo oír los imponentes sonidos del órgano, que serían escuchados sólo una o dos veces más en el diapasón más grandioso y luego un final.

Por consideración a su trabajo, si no por otra razón (que otras existían quedó demostrado por las notas de su diario), no pudo contestar a Anne Gilchrist. Hacía mucho tiempo, joven y en la plenitud de sus fuerzas, había renunciado a la mayor felicidad que todos los hombres conocen; no podía aceptarla ahora.

Durante más de un mes no volvió a tener noticias de Anne Gilchrist y supuso que ella habría recapacitado sobre su imprudencia, cuando volvió a caer en sus manos, de nuevo, otra misiva ardiente. "Pruébame por esta vida, mi amor" — suplicaba. "Comprueba si yo no podría vivir de tal manera, crecer de tal manera, amar de tal manera, que cuando muera tú digas: "Esta mujer ha llegado a ser una parte de mí mismo . . .

Somos ella y yo juntos en una unión nueva, divina, perfecta que forma la única identidad completa".

No ignoraba que debía contestar. La mujer cuya única crítica de sus poemas había consistido en lamentar que él violara el fuerte instinto de silencio que tenemos acerca de ciertas cosas, había roto por sí misma aquel silencio. En su respuesta, sabiendo que la flor de su amor había brotado de la parte más vital de Anne, debía proceder con cuidado a fin de no dañarla en su propia vida. Empero tenía que dar una contestación concreta a su inequívoco ofrecimiento: "Soy todavía suficientemente joven como para darte hijos, querido, si Dios quisiera bendecirme de esa manera." Whitman escribió su carta en noviembre de 1871. Cuánto tiempo le llevó, a él, tan cauteloso, componer su respuesta, nadie lo sabe. No podría haber escrito con mayor tacto o delicadeza —y sutileza— al rechazar la ofrenda situándola en un plano muy distinto al de Anne.

Había estado esperando un estado de ánimo adecuado para contestarle, decía, y también que disminuyera su trabajo. "Deseaba dedicarle un día, una especie de día de descanso dominical o un día sagrado, separado de los demás . . . Debo al menos demostrar sin más demora, que no soy insensible a tu amor. Yo también te envío mi amor. Y no quiero que te sientas decepcionada porque te escribo ahora tan brevemente. Mi libro es mi mejor carta, mi respuesta, mi explicación más verdadera entre todas. En ella he puesto mi cuerpo y mi espíritu. Tú comprendes esto mejor y con más amplitud y claridad que nadie. Y yo también comprendo plena y claramente la carta amante y femenina que ha suscitado. Es suficiente el hecho de que exista realmente entre nosotros una relación tan bella y delicada, aceptada por los dos con regocijo."

El estilo marcadamente pomposo lo señaló pisando cautelosamente sobre el borde de la profunda intención. Una palabra de más o de menos y estaba perdido, y esa mujer noble, generosa y extraviada, se perdía con él.

Pero Anne no quiso comprender "la explicación más verdadera de todas" que podía encontrarse en su libro, que tenía para ella, ahora, un significado más hondo y personal que el que había visto cuando escribió su *Opinión*. Le contestó sobre ese punto: "¿Sabes tú, acaso, querido amigo, lo que significa para una mujer, lo que significa para mí, el comprender estos poemas? Significa... que en adelante no le queda más remedio que vivir y morir procurando ser digna de compartir la vida de este hombre divino..."

Walt se encontró con un antagonista parejo en la perseverancia. Contra la estratagema de ella, que el amor inspiraba, él sólo poseía su cautela. ¡Pluguiera a Dios que le pudiera servir de algo en esta ocasión! Él no se hallaba enamorado de Anne, y en esto residía toda la diferencia. Al contrario de ella, no le era posible enamorarse de un ideal y perseguirlo con pasión, aunque ese ideal se hallaba incorporado a un ser humano. Prefería *Hojas de Hierba*, su desposada, sus hijos, su obsesión. Por respeto, pues, a su obra, al principio le contestó sucintamente a Anne, y luego nada, en absoluto.

Se necesitaba algo más que el silencio para impedir que Anne enviara sus llameantes bandadas a través del océano. Ella también estaba fascinada por *Hojas de Hierba*, en la persona de Walt Whitman. "¡Oh, no podría vivir si no creyese que tarde o temprano no podrás menos que extender tus brazos hacia mí!...", exclamaba mes tras mes, luego año tras año, interpretando las mismas reticencias de él como signos favorables. "Puedo esperar mucho, esperar pacientemente, saber bien, darme cuenta con más amor en realidad, que esta alma mía sin alas, nublada, a medias desarrollada, tiene que pasar por una iniciación larga, muy larga antes de que pueda conocer la tuya y responder a la tuya en igualdad de condiciones... Pero viviré y moriré esperando y esforzándome por conseguirlo."

Mientras tanto llegaban otras comunicaciones de Inglaterra, indicando que muchos, aparte de Anne Gilchrist, habían

sentido el poder de *Hojas de Hierba*. Swinburne, durante el desastre de la Comuna en París dirigió un poema "A Walt Whitman en América", como un canto allende los mares para los vencidos, en el crepúsculo del terror. Su simpatía por los revolucionarios confirió una grandeza inusitada a su música, pero debió recurrir para su inspiración a aquella

> *"... alma de alas potentes con proféticos*
> *Labios ardientes de los latidos*
> *de sangre de la canción."*

que lo había despertado con los salmos a la libertad, hacía mucho tiempo, cuando apenas había ensayado su propia voz. El poema de Swinburne significó una victoria para Whitman. El viejo mundo se estaba volviendo hacia el nuevo.

Alguien más le escribió en 1872. John Addington Symonds, un joven poeta y universitario, que procuraba encontrar, por intermedio del "Cálamo", un sendero que lo sacara del laberinto en que lo habían extraviado sus estudios del griego. ¿Qué significaban en realidad las canciones del sagrado amor por los camaradas? ¿Ofrecía Whitman una exaltada camaradería por la viril amistad que los helenos enaltecieron? "¿Son entonces realmente tan puros y amantes y nobles y generosos y sinceros los hombres libres de su tierra?", preguntó. "¿Me será permitido alguna vez interrogarlo y aprender de usted? Creo saber lo que ha sido el amor del hombre por el hombre en el pasado. Lo que es aquí, ahora, lo sé también — ¡ay de mí! Lo que usted dice que puede ser y será lo percibo indistintamente en sus poemas. Pero esto apenas me satisface — tantos deseos tengo de aprender lo que usted tiene para enseñar."

Desconcertado por preguntas tan complicadas, Whitman recurrió a su acostumbrada evasiva de ofrecer su libro como su propia explicación. A Symonds no se le podía dar de lado descortésmente, como tampoco a Anne Gilchrist. Él persistió en su interrogatorio y, al no recibir ninguna respuesta satis-

factoria, ofreció una explicación propia en un poema: "El Amor y la Muerte: Una Sinfonía", dedicada al hombre que se la había inspirado.

La distancia entre el "Cálamo" y el poema de Symonds sobre los dos amantes, Cratinus y Aristodemus, era tan grande como el Atlántico":

"nobles valientes hermosos
De idéntica juventud y honor...
Vasto era el amor entre ellos — profundo y amplio...
Siete veces había sido probado y purificado
Por anhelos, y por angustias, y por lágrimas."

Si Whitman pudo sacar algo en limpio de los melifluos versos con sus invocaciones a *Phoibos Apollon* y sus clásicos letreros, si leyó las largas efusiones hasta producirse el doble suicidio de estos dos jóvenes excesivamente, excesivamente sensitivos, solamente podría haber llegado a la conclusión de que en Symonds, con toda certeza, *no* se hallaba la intención suya. Cautelosamente, muy cautelosamente, entretuvo a su peligroso interrogador, alimentándolo con promesas durante dieciséis años, y entonces solamente para presentar el misterio más impenetrable de su vida. En una nota marginal a un crítico que opinó que "el beso del camarada, el brazo alrededor del cuello" de la amistad del "Cálamo" no existía entre los hombres, y que los poemas de evangelio eran "simplemente repugnantes", Symonds podría haber leído la verdadera contestación de Walt: "Sí, "repugnantes" para los petimetres y eruditos artificiosos y señores relamidos de los clubs; pero los hombres sensatos y heroicos, de pura raza, encontrarán en ellos la voz más profunda, en sus corazones, plantada por Dios".

En América, sin embargo, los mismos eruditos a quienes despreciaba se habían dado cuenta de que Walt Whitman representaba la voz de la nación. Al menos eso fué lo que él pensó, con inmensa satisfacción, al ser invitado a leer uno de sus poemas en la función de apertura anual del *Dartmouth*

College. De haber investigado el motivo verdadero, habría descubierto que la invitación le fué enviada como una travesura por parte de los estudiantes radicales que creyeron que al tentar a un león tan poco ortodoxo despojarían en algo de su rectitud a los solemnes congregacionalistas de la Facultad. Las *United Literary Societies* habían actuado juntas por lo tanto, y Walt Whitman se encontró, en junio de 1872, de pie en la plataforma que Emerson, nada menos, ocupara en una ocasión memorable, muchos años atrás. Tenía en su mano un largo poema nuevo, impreso en letra clara para sus ojos que solían humedecerse fácilmente por la emoción; y la voz que había descrito tan extensamente, empezó entonando:

"Como un pájaro fuerte de libres alas,
Jubiloso, los espacios más amplios, abriéndose hacia el cielo,
Tal es el pensamiento que tendrá hoy por ti, América,
Tal es el recitado que traería hoy para ti.

Cortésmente escucharon los estudiante la enumeración de lo que el poeta traería o no traería; la Facultad movió la cabeza agradecidamente al reconocer los nombres de Maine, Illinois, Texas, Tennessee y otros lugares en el mapa; pacientemente oyeron todos la exhortación al Buque de la Democracia, "Navega, navega como mejor puedas", y el catálogo de las virtudes de la Unión. Luego, cuando Whitman llegó a *The Future only holds thee and can hold*, irrumpieron en un aplauso aliviado. No fué un comienzo regocijante, y Walt no ignoraba que el poema que leyó no habría de ser considerado como uno de sus mejores. El águila se estaba cansando en su vuelo; la fuente de energía comenzaba a agotarse.

Físicamente, también, estaba fallando. La barba de la cual estaba tan orgulloso se había vuelto casi blanca, como sus cabellos. Las cejas espesas, en pico, parecían aleros cargados de nieve. Pesaba doscientas diez libras, pero el cuerpo demasiado pesado no tenía vigor. Los mareos que hacían vacilar en torno suyo a la sólida tierra, sobrevenían con mayor frecuencia.

No obstante cumplía con su trabajo en la oficina de la Tesorería y en sus horas de ocio, con la luz benévolamente proporcionada por el Gobierno, leía y trabajaba en *Hojas de Hierba*. Ni el viento ni el mal tiempo lo podían confinar en casa.

La noche del 23 de enero de 1873 fué una de las más tormentosas de aquel invierno. La lluvia y la cellisca caían con fuerza aguijoneante en la oscuridad helada. Walt, tentado no obstante por la idea del fuego confortable que podía hallar en su oficina, desafió a la tormenta y encaminóse al edificio de la Tesorería. No se sentía con ganas de escribir, de manera que cuando el fuego ardía alegremente, tomó el *What Will He Do With It?* de Bulwer y se instaló para una o dos horas de agradable lectura. Mientras leía, las letras se empañaron ante sus ojos. Una sensación de desasosiego le hizo abandonar el libro varias veces; pero lo tomó de nuevo y se esforzó en leer. Así pasaron las horas, hasta que, ya muy tarde, se levantó para volver a su alojamiento, a cierta distancia en la misma calle. No se dió cuenta de nada anormal, y se sorprendió cuando uno de los serviciales guardas le preguntó qué le ocurría. "Parece usted muy enfermo", dijo, y se ofreció a acompañarlo hasta su casa.

"No, yo puedo ir solo perfectamente", declinó Walt.

El hombre insistió, y al negarse Walt de nuevo a ello, bajó los escalones de la Tesorería junto con él y se quedó parado en la puerta, alumbrándolo con su linterna hasta verlo desaparecer en su casa de pensión.

Walt ascendió dificultosamente los escalones hasta su pieza, donde se desvistió y se fué a la cama. De pronto, hacia las tres o cuatro de la mañana, se despertó y encontró que no podía mover el lado izquierdo. No sentía dolor alguno; ni siquiera se sentía particularmente incómodo, pero su brazo y pierna permanecían inertes. De algún modo se durmió de nuevo, y quedóse dormido hasta la mañana siguiente. Cuando trató de levantarse, advirtió horrorizado que no podía moverse. No llamó pidiendo ayuda. Permaneció allí tranquila-

mente, hasta que, varias horas más tarde, entraron algunos amigos que inmediatamente mandaron buscar un médico. Era lo que temían. Walt había tenido un ataque de parálisis. Los años pasados en los hospitales con el consiguiente desgaste de su salud y plétora de emociones, cobraban a la postre su tributo.

Pete Doyle fué quien lo atendió, alternando con algún otro de los humildes amigos de Walt. Lo acomodaban tan bien como podían hacerlo, y siguieron las instrucciones del doctor W. B. Drinkard que le aplicó la electricidad, de última moda entonces para devolver la vida a los miembros inanimados. O'Connor, el defensor de la reputación de Walt, no estaba allí. Los había distanciado una diferencia de opinión acerca de la vieja cuestión del Abolicionismo. Tampoco se hallaba John Burroughs al lado de su cama. Semanas antes del ataque de Walt, había sido mandado a otro puesto en Middletown, Nueva York, como inspector de banco para el Estado. Pero Úrsula compensó su ausencia. Al enterarse que el "poeta y persona" se hallaba imposibilitado en una pieza de casa de pensión, fué allí para cuidarlo y cuando, un mes más tarde aproximadamente, pudo salir Whitman de la casa, lo sacó para pasearlo en coche. Él disfrutaba de los paseos como un niño. Pero confesó sus temores acerca de su verdadero estado. No había sido solamente un ataque a los músculos, sino también al cerebro. Olvidando el antiguo prejuicio, Úrsula lo consoló y mantuvo a su marido al tanto de la mejoría de Walt. Burroughs le estaba agradecida por sus bondades con su amigo predilecto. "Quiéreme a mí, quiere a Walt", decía.

Aunque podía apenas sostener su pluma, Walt escribió a su madre, a fin de que no se alarmara al ver una escritura ajena. Le dijo la verdad sobre su estado, pero también le hizo creer que había mejorado más de lo que las circunstancias le autorizaban a decir.

La infortunada anciana tenía más pena de las que podía sobrellevar. Jesse murió en 1870. Luego, mientras se hallaba

reaccionando de la conmoción producida por el ataque de Walt, recibió noticias de St. Louis comunicándole que Mattie, la esposa de Jeff, había muerto de tuberculosis. No obstante, le escribió esperanzadamente a Walt, y Walt puso en sus cartas toda la ligereza de ánimo que le fué posible. "El sol resplandece luminoso y alegre esta mañana — y en mi ventana del este tengo un lindo rosal vigoroso — veo que tiene dos rosas abiertas... — siento que llegaré a estar tan bien de salud como de costumbre, queridísima madre — y entonces sin duda obtendré — alquilaré o compraré o construiré una casita aquí, con sitio bastante para que podamos vivir tú, Ed y yo..."

Ese sueño, uno de los más modestos y desinteresados que hombre alguno pueda haber soñado jamás, no habría de realizarse nunca. Sólo dos meses más tarde, cuando podía apenas andar arrastrándose con la ayuda de un bastón, fué llamado a Camden, junto al lecho de su madre. Llegó a su lado tres días antes del fin. Si la muerte de Mattie lo había angustiado, era ahora como si hubiese muerto una parte de sí mismo. "Es la nube más grande de mi vida", escribió a Pete.

El día del entierro fueron recibidos en el *cottage* de George todos aquellos que habían ido para ver por última vez a la sencilla y buena mujer que había sido la más grande inspiración de un poeta, y después de América, la madre de su alma. Se hallaban reunidos todos en la sala de recibo, aguardando al sacerdote. Desde el cuarto interior donde Louisa yacía en su ataúd, llegaba intermitentemente un ruido sordo, un golpe que hacía vibrar el piso. Alguien espió por la puerta entreabierta y vió a Walt, sentado solo junto al cadáver de su madre, con las manos ceñidas a su bastón y el cuerpo inclinado. De tiempo en tiempo levantaba el bastón y lo dejaba caer pesadamente. Había estado así, expresando a golpes su desesperada angustia, durante toda la noche.

Después del entierro de Louisa, Walt guardó las cosas que habían sido de ésta. En un sobre escribió "Las últimas líneas

de mi Madre", y colocó en el mismo su patética despedida: "adiós mis bienamados hijos, adiós, he vivido más allá de todo consuelo en este mundo; no se lamenten por mí mis bienamados hijos e hijas; adiós, mi querido, adorado Walt". Su nombre había sido la última palabra que escribió. Su postrer pensamiento había sido para él.

Walt cumplió con un encargo verbal que ella le había dejado, al redactar de nuevo el testamento que con toda prudencia había hecho después de su ataque. "Lo poco que tengo para dejar", escribió a Pete, "lo he dejado principalmente a mi hermano lisiado Ed, pobre hombre. Pete —agregó— te he dejado $ 200 y mi reloj de oro, pero será mejor que lo gastemos juntos, y estoy seguro de que así lo haremos..."

Pero los buenos tiempos, las largas caminatas habían terminado. En adelante "el Whitman mudo, obscuro —el apodo que Burroughs había dado a Pete— acompañaría a su amigo sólo en andanzas imaginarias. Walt ya no podía ir a ninguna parte sin el gran bastón negro que Pete le diera. Cuando regresó valerosamente a Washington, unas cuantas semanas después de la muerte de su madre, para reanudar su trabajo en el edificio de la Tesorería, sus amigos comprobaron con demasiada claridad que aquí, también, había terminado todo. Eldridge, que lo miraba ir de un lado al otro dolorosamente, como una ruina física de lo que había sido, dudó que llegara a recobrar la salud y tuvo miedo de un nuevo ataque. "Su poder mental, escribió a Burroughs, parecía tan vigoroso como siempre, pero apenas podía caminar una cuadra sin detenerse para descansar". El médico, sin embargo, esperaba poder restablecer su salud de un modo relativo y eso, para el hombre agotado, constituía un áncora de salvación. Desgraciadamente lo llevaba al puerto a la fuerza. Durante un año el Gobierno le guardó el puesto, tomando un sustituto, pero finalmente Walt tuvo que aceptar su despido. George construyó una nueva casa en Stevens Street, con un cuarto en ella para su hermano. Allí fué a vivir Walt.

La señora de Gilchrist, alarmada por la noticia del ataque sufrido por Walt, anhelaba más que nunca estar a su lado. Tanto su amor como su imaginación le decían lo que debía estar soportando, las preguntas que desfilarían por su mente. Cada noche, cuando se retiraba a dormir, daba vuelta su rostro hacia el cielo del oeste, el hogar de su "gran luminoso corazón de Amor". No podía ella tolerar la vida sin la esperanza de que algún día estaría junto a él, pese a lo enfermo y lo agotado que estaba. "Tal vez si mi mano estuviera en la tuya, querido Walt, mejorarías más pronto", decía para consolarlo. "Más querida y más dulce esa suerte aun que el haber sido tu desposada en la plena floración de fuerza y gloria de tu juventud".

Los años se deslizaron, la juventud se convirtió en recuerdo, y todavía Anne contemplaba hipnotizada el sueño que se había convertido en la estrella fija de su vida. Con la regularidad de las estaciones cambiantes, la llegada de la noche y el día, sus cartas continuaron su curso hacia el oeste, recibiendo en contestación una tarjeta postal, un diario con algún informe sobre la salud de Whitman y alguna nota escrita de su mano. Cuando hasta esto le resultó demasiado abrumador, se le ocurrió un código propio: una palabra subrayada en la dirección significaba una mejoría en su salud; ninguna, que seguía en el mismo estado. Cuando salió en el *Harper's Magazine* su poema "The Prayer of Columbus", se ocupó de que ella recibiera un ejemplar. Esperaba él tal vez que ella leyera su propia tragedia en la oración de aquel "anciano golpeado, arruinado... enfermo y próximo a la muerte... descargando un corazón pesado". Porque en las palabras que puso en boca de Colón, era su propia fracasada aventura espiritual la que narraba con noble fortaleza, mientras miraba hacia el pasado y el futuro y contemplaba sobre las olas distantes buques más grandes, y oía en el aire antífonas en nuevos idiomas, saludándole. Cantaba desde las profundidades de la desesperación, pero su espíritu se mantuvo impávido en la inefable luz que le había indicado su camino.

"Extraña luz indecible, alumbrando a la misma luz,
Más allá de todos los indicios, descripciones, idiomas:
Por ello, oh, Dios, que sea mi última palabra, aquí de rodillas,
Viejo, pobre y paralítico, Te doy las gracias."

Fué en realidad su última palabra, y una palabra sublime, como debía ser un canto de cisne. En el prolongado crepúsculo de los años que le quedaban iba a cantar muchos cantos menores; pero la potente voz estaba debilitada, la música era apenas un eco.

Durante siete años la Eloísa inglesa envió sus apasionadas misivas a un Abelardo indiferente. Sus hijos ya eran grandes. Percy, el primogénito, estaba por casarse. Herbert tenía ya casi veinte años. Su anciana madre, a quien cuidó siempre, había muerto. No había nada que la retuviese en Inglaterra. Un día de enero de 1876, Whitman, al abrir una de sus cartas, leyó con algún azoramiento la noticia de que había comprado pasajes para ella y sus tres hijos menores, y que se embarcaba rumbo a América el 30 de Agosto. "¡Oh, pueda yo estar llena de un dulce consuelo para el alma y el cuerpo de mi *Amado*, durante toda la vida, durante y hasta después de la muerte", reforzó su anuncio en otra carta.

Tal estado de cosas exigía una inmediata atención. Ya no podía él enviarle una postal simplemente. "*Mi querida amiga*", le escribió. "*No apruebo tu traslado a América. Veo tantas cosas aquí de las que no tienes la menor idea — la crudeza, la escasez sociales y de casi toda otra clase, aquí (al menos en apariencia).*" ¡Qué tormento le debe de haber costado escribir tales palabras sobre su adorada América! ¡Con qué presteza las retiró con su oportuno paréntesis! Pero debía evitar la temeraria empresa a cualquier costo, hasta recurriendo a la mentira si fuese necesario. Y mintió desesperadamente. "*Si yo me mejorara lo suficientemente como para viajar podremos hablar de ello en Londres todavía.*"

Él sabía, y sabía ella, que no era cierta ninguna de las

palabras que dijo. Pero Anne sabía también que, a menos que lo viera, la búsqueda espiritual que daba un fin a su vida se vería frustrada, lo mismo que la de él. Con su moblaje tallado y su piano, con sus tres hijos y el "*Elijah in the Fiery Chariot*", para indicar el camino, se embarcó en la elevada aventura.

Cuando Whitman la vió por primera vez en el otoño de 1876, ella era una mujer de cuarenta y ocho años, sin un solo hilo plateado en los cabellos oscuros que encuadraban como alas un rostro sencillo, iluminado por unos ojos intensos, inteligentes. Su voz y su conversación lo embelesaron. "No tuviste necesidad de recortar el ala de tu pensamiento", dijo, como un tributo hacia ella. Por parte de Anne, sus esperanzas, al menos en cuanto al hombre exterior, no se vieron frustradas. Whitman —escribió a William Michael Rossetti— respondía plenamente al ideal que se había formado por sus poemas. Pero era demasiado tarde para el amor que ella le hubiera brindado. Ante la hermosa pero arruinada realidad no podía pensarse ni remotamente en tener algún dulce consuelo fuera del que pudiera encontrarse en el resplandor del crepúsculo de sus vidas. De manera que pasaron juntos un año de esas vidas en una íntima comunión de espíritu. Todos los días Whitman tomaba el "ferry" hasta Filadelfia, donde la señora de Gilchrist había alquilado una casa, y allí solía pasar horas apacibles con ella, con los niños que lo adoraban, y con los amigos que se reunían en torno a ellos. Edward Carpenter, quien los visitaba, habló de "una especie de cuarto del profeta" que la señora de Gilchrist mantenía siempre listo para su "Amor", que gradualmente se convirtió, con una disminución de pasión pero un aumento de amistad, en "Querido Walt", y "Querido amigo". "Mi amiga más noble", la llamaba él.

Transcurrido ese año, la señora de Gilchrist se fué de Filadelfia para realizar peregrinaciones a Concord y Boston. Luego pasó algún tiempo en Nueva York. Al cabo de tres años, pensó de nuevo en Inglaterra, en su hijo Percy y su

mujer — y en un nietecito de diez meses. Tal vez su sitio estaba allí. Walt, cuya salud había mejorado, no necesitaba ya de ella. Anne se embarcó en viaje de regreso en junio de 1879. Las cartas que le escribía a Walt se hicieron menos frecuentes cada vez. Lo que más a menudo mencionaba en ellas era su nieto. En lugar de las postales y los diarios que solía mandarle antes, Wale le enviaba ahora pequeños mapitas, en los cuales marcaba con tinta azul su reciente itinerario a través de las Montañas Rocosas.

Cada uno había vuelto a lo suyo.

Capítulo XXII

¡HASTA LA VISTA!

El crepúsculo fué largo pero no estéril. *Hojas de Hierba* continuó creciendo. En 1876 Whitman, que conocía a un impresor amigo en Camden, sacó la sexta edición, en dos volúmenes; el segundo, *Dos Arroyos*, contenía sus apuntes de guerra, *Democratic Vistas*, y los trozos circunstanciales que había escrito. A diferencia del volumen de 1871, los nuevos se vendieron bien en América, pero mejor aun en Inglaterra, donde la edición Rossetti había abierto la puerta a una buena acogida. Temeroso, sin embargo, de que la flamante edición sufriera el mismo destino que las anteriores, Whitman gestionó a comienzos del año la aparición de un artículo auspiciado por la bien conocida voz de Jacob, que deploraba que no se le conociera en América. El *Athenaeum*, de Londres, lo extrajo del *West Jersey Press*, y pronto, con la ayuda del tábano Robert Buchanan, quien, tal vez arrepentido de haber herido mortalmente a un poeta [1], deseaba reparar el daño ayudando a otro, despertó a toda la Inglaterra literaria del abandono en que se había dejado a Whitman. Durante unas cuantas semanas una acrimoniosa controversia entretuvo a Inglaterra y América sobre el verdadero estado del caso; luego se apaciguó dejando a Whitman más

---

[1] En su salvaje ataque contra D. G. Rossetti, "The Fleshly School of Poetry" en la *Contemporary Review*, de octubre, 1871.

rico en unos cuantos cientos de dólares, gracias a las suscripciones que empezaron a afluir. Le agradó ver en la lista de Inglaterra los nombres de Lord Houghton, Edward Dowden, Tennyson, Ruskin y George Saintsbury, además de sus leales Pre-Rafaelistas.

En 1879 halló otra fuente de ingresos y la realización de un sueño hacía tiempo acariciado, al pronunciar por primera vez su conferencia sobre Lincoln en el aniversario del asesinato del Presidente. Todos los años, durante el resto de su vida, habría de leer la conferencia, en Filadelfia, en Boston, convirtiéndose la ocasión, a menudo, en una demostración de la lealtad de sus amigos que veían en esto una manera diplomática de ayudar al poeta que envejecía sin ofender su orgullo. En una de esas lecturas, Andrew Carnegie pagó $ 350 por un palco, enviando con su cheque la siguiente nota: "Cuando el *Pall Mall Magazine* hizo una subscripción para el señor Whitman, sentí deshonrada a la democracia triunfante. Hasta ahora Whitman es el gran poeta de América."

Lo que Carnegie sabía, América no lo había descubierto aún cuando James R. Osgood y Compañía, de Boston, publicaron, por propia iniciativa, la séptima y más homogénea edición de *Hojas de Hierba* en 1881-2. Whitman había leído con alguna desconfianza la carta del señor Osgood invitándole a permitir que su libro fuese impreso en su casa. Consentiría, contestó Whitman, siempre que no se le exigiera hacer ninguna supresión o expurgo. Tal vez recordara con nostalgia el largo, largo paseo bajo los olmos del parque público, cuando había defendido, aun en contra de Emerson, su derecho a escribir poesía como le pluguiese. El ofrecimiento de veinticinco centavos como derechos de autor, por cada ejemplar que se vendiese, tenía, sin embargo, un sonido plateado para el poeta que, en su temor de pasar apuros, comenzaba a sufrir un tanto la manía de poseer cosas. Envió el manuscrito que proyectaba publicar él mismo, de nuevo, en Camden. Después de unas correcciones sin importancia, que no afectaban el

espíritu de las *Hojas*, el libro fué mandado a los impresores. Whitman, como de costumbre, lo siguió prestamente, deteniéndose ante las cajas y corrigiendo las pruebas con el mismo tierno esmero que había desplegado cuando el nacimiento de su cachorro, en 1855. Durante los dos meses que permaneció en Boston tuvo tiempo de sobra para meditar bajo los mismos olmos de antaño. Pero era ahora un hombre caduco, apoyado sobre un bastón, arrastrando una pierna dolorosamente, mientras avanzaba cojeando.

Pero habían sobrevenido cambios mayores en los hombres que conociera. Thoreau había sufrido, hacía tiempo, la mutación final. Cuando Emerson pronunció sobre su tumba, el breve panegírico fúnebre, había aludido a él, a Whitman, aunque sin mencionar su nombre, entre los tres que más habían influído sobre el muerto. Los otros habían sido John Brown y un guía indio que Thoreau había conocido en los bosques del Maine.

También se había operado un cambio en Emerson, que había afectado más bien al cerebro brillante de otros tiempos que al cuerpo, aún vigoroso. En las horas que Whitman pasó con él observó el color fresco de su rostro, que mantenía aún su expresión de dulzura, la mirada clara y penetrante. Pero la luz tras de ellos se había nublado. A Frank Sanborn lo encontró igual, aunque envejecido. ¿Le habrá repetido Sanborn alguna vez cierto comentario desfavorable que el Maestro le hizo, de que *Hojas de Hierba* se parecía a una mezcla de *Bhagavad-Gita* y el *Herald* de Nueva York? Pero entonces, Whitman habría notado que Emerson había visto con toda claridad en 1855.

La nueva edición se inició con gran estruendo. En pocos meses se habían vendido dos mil ejemplares. El interés se mantuvo activo en la venta, cuando, al 1º de marzo de 1882, Oliver Stevens, el Fiscal del Distrito de Boston, bajo la instigación de la "Sociedad para la Supresión del Vicio", escribió al editor una carta oficial diciendo que tenía la intención

de iniciar un juicio contra *Hojas de Hierba* de acuerdo a los estatutos que perseguían la literatura obscena. El señor Stevens también mandó una lista de pasajes objetables, y mencionó particularmente a "Una Mujer me Espera", "Una Prostituta Cualquiera" y "El Retozo de las Águilas", un poema que Whitman había escrito sobre una descripción que le suministrara John Burroughs.

Hubo cambio de correspondencia entre Osgood y Stevens, y el asunto fué llevado al autor por el editor, quien le envió, a modo de tanteo, una lista de las objeciones. Whitman se encolerizó. "La lista, entera y por partes, es rechazada por mí", contestó en tono de desafío, "y no ha de tenerse en cuenta bajo ninguna circunstancia". Aun cuando el señor Stevens le expresara su complacencia si el poeta consentía, aunque fuese solamente a la omisión de "A una Prostituta Cualquiera" y "Una Mujer me Espera" —la misma supresión impuesta a William Michael Rossetti— Whitman se mantuvo firme. ¿Iba a renegar ahora de sus principios por la olla? ¿Iba a terminar su lucha de un cuarto de siglo en una innoble componenda? ¿Debía conceder a un Fiscal de Distrito lo que había negado a Emerson? ¡Nunca!

Ante una resistencia tal, Osgood no tuvo más remedio que entregarle a Whitman las planchas en lugar de los derechos de autor, y de nuevo abrió sus brazos el poeta a su inoportuno hijo. Prestamente imprimió una pequeña edición, que él mismo vendería en Camden. Rees Welsh y Compañía, de Filadelfia, cuyos asuntos pasaron a manos de David McKay, se ofrecieron, no obstante, a correr con el riesgo de un juicio, y hacia fines de setiembre reapareció *Hojas de Hierba*, dignamente publicado por un editor. La primera impresión de tres mil ejemplares se vendió en un día, batiendo un "record". El Fiscal del Distrito había conseguido con su censura todo lo que no habían logrado las maniobras de Whitman.

Los distinguidos visitantes extranjeros se hallaban ahora tan impacientes por contemplar al poeta de América como

por oír el estruendo del Niágara. Ambos pertenecían, por igual, al Nuevo Mundo. Antes de que su enfermedad llevara a Whitman a Camden, Lord Houghton lo había visitado, tanto para su propia satisfacción como para justificar el entusiasmo de su protegido Swinburne. No había sufrido decepción alguna, a pesar del pronóstico de los literatos de Boston de que no encontraría ningún punto de contacto con un rufián de Nueva York. Whitman, en verdad, no era ninguna flor de cultura libresca, no era un producto de invernáculo más de lo que lo eran las papas de la cena que compartió con su huésped señorial. De regreso en Londres, Lord Houghton felicitó a Swinburne por su discernimiento. Pero ¡ay de la consistencia del juicio humano! Precisamente cuando Whitman estaba disfrutando del sabor de la fama en su país, Swinburne se revolvió en su contra. Cierto que Swinburne había dejado de ser hacía tiempo el poeta del "éxtasis y de las rosas". Theodore Watts se había ocupado de eso cuando arrancó al demonio pelirrojo de los vicios de Londres y se lo llevó a viva fuerza a Putney, con el propósito de reformarlo.

Como todas las cosas a que Swinburne se entregaba con exceso, la reforma se le subió a la cabeza. Todo lo que antes había admirado se convirtió en hiel, y en ella mojó su pluma cuando, instigado por Watts, escribió un artículo sobre el arte de Whitman en el *Fortnightly*. ¡Qué transformación! Ya no "iba dulcemente perfumada de hojas de pino y hierbas" la musa del titán que él había sido uno de los primeros en aclamar, sino que se convirtió en "una vendedora de manzanas borracha, tendida indecentemente entre el fango y la basura del arroyo de la calle, en medio de los desperdicios podridos de su volcado puesto de frutas". Swinburne tenía entonces otros cantos que cantar en su papel recientemente adoptado del poeta de la inocencia. El tintineo de los sonajeros, que constituía ahora su música, emitía apenas un débil sonido contra el torrente. John Burroughs, cuando fué llamada su atención sobre el artículo de Swinburne, exhaló un suspiro de

alivio; había sospechado a medias que había algo de malo en Whitman para despertar el entusiasmo de un admirador tal. Whitman, por su parte, se contentó con la exclamación que agregó un nombre más a los muchos que habían sido dados a Swinburne: "¿No es un simulacro del demonio?"

Edward Carpenter siguió a Lord Houghton, y luego llegó el primero del grupo de discípulos que se congregara en torno al buen poeta gris. El doctor Richard Maurice Bucke, un alienista, era el director de un manicomio en Londres, Canadá. Durante años había sido un lector de *Hojas de Hierba*, en el cual creyó discernir las manifestaciones de la "conciencia cósmica", una fuerza que, según él, ocasionaría, eventualmente, un grado de evolución más elevado. Al principio lo habían desconcertado los poemas de Whitman. Pero a medida que los leyó y permitió que su significado se filtrara a través de su subconsciente, creyó advertir en el poeta los signos por los cuales uno debe conocer al precursor. Sobre todo para comprobar esta creencia, en 1877 hizo un viaje a Camden. Al hacer averiguaciones sobre el profeta, no le sorprendió el descubrir lo poco que era conocido Whitman en su propio país. Esto era como debía ser. La guía de Camden, sin embargo, lo llevó a la huella segura cuando encontró en la lista a "Whitman, Walt, Poeta, 431 Stevens Street".

Mientras lo esperó en la sala de la casa del Coronel George, el Doctor Bucke se dió cuenta de que el dinero contribuía poco a su simple confort. A los pocos minutos, Walt descendió pesadamente las escaleras, apoyándose sobre el pasamanos y avanzando a pasos lentos, como una criatura. Los ojos límpidos de un niño miraron al forastero desde la aspereza de un hombre anciano. Parecía un dibujo en gris y blanco, mezclándose sus bucles con su barba, y flotando sus sedosos cabellos por encima de la camisa abierta hasta el traje gris, suelto. El Doctor Bucke sucumbió inmediatamente a la "influencia". Cuando se despidió, con la invitación de volver, no pudo hallar nada de sorprendente en la conver-

sación, ninguna palabra o frase memorable que pudiera estimar como el pronunciamiento del oráculo. No obstante, se hallaba convencido de que Whitman era "en realidad, un dios o en algún sentido clara y enteramente sobrehumano."

La exageración de un místico, sin duda. El Doctor Bucke hubiese sido el último en negarlo. Desde ese día los dos se hicieron buenos amigos. Se veían a menudo, y en 1880 Whitman fué huésped del Doctor Bucke, en Canadá, durante cuatro meses. Por el San Lorenzo y en los Grandes Lagos navegaron juntos, y exploraron al Saguenay. El Doctor Bucke tenía una fe absoluta en que Whitman era "el hombre". Gradualmente él también adoptó la indumentaria gris, suelta, y el sombrero de anchas alas. Se dejó crecer la barba, y agradeció al tiempo por cada cabello blanco que lo hacía parecerse más a su dios.

Hasta vió alguna compensación en el accidente que le había lisiado al cruzar, en su juventud, la Sierra Nevada. La cojera de su pie artificial le confería el paso de Whitman. La identificación alcanzó el máximum cuando, después del encuentro de Walt con el censor de Boston, tuvo el Doctor Bucke el privilegio de escribir la biografía del poeta — en realidad una colaboración, aun cuando, como en el caso de Burroughs, sólo aparecía un nombre en la portada.

Aún continuaban llegando los visitantes extranjeros, y ninguno más resplandeciente que el mozo grande y de largos cabellos que apareció un día de la ciudad del Amor Fraternal, a través del Delaware. Oscar Wilde había realizado todo el viaje a través del Atlántico para predicar en América su evangelio del arte por amor al arte. Era, sin embargo, el hijo de Speranza, y por consiguiente un niño de pecho, amamantándose en la revolución. Su marca de herejía tenía poco de común con la de Walt. Empero, el espíritu que había sacudido al filisteo de la inercia se hallaba en él tanto como en el bardo americano, y ambos, al final, creyeron que "Toda la belleza proviene de una sangre hermosa y de un cerebro

hermoso". En la sala de Camden, y luego en la guarida de Walt, en lo alto, pasaron juntos unas cuantas horas agradables, bebiendo el vino de bayas, de la cuñada, Lou Whitman, y luego el ponche de leche que Walt preparaba con mano experta. Cuando Wilde se fué, mientras resonaba tras de sí el "Dios lo Bendiga" del anciano, se sintió a medias consolado por la hostilidad que Filadelfia le había demostrado durante su conferencia de la noche antes, y alentado para el resto de la jira en ese año de esteticismo — 1882 [1].

George Whitman y su mujer no se habían encariñado con Camden durante los años que habían vivido allí, y decidieron mudarse a Burlington, en Nueva Jersey. La casa tenía recuerdos tristes. Walter, su hijo único, había muerto allí. La sala de recibo siempre les recordaba el pequeño cajoncito blanco con el pequeño cadáver, tan enternecedor, bajo la profusión de tuberosas y hojas de geranio, y del acongojado Walt, en un gran sillón a su lado, rodeado de niños. Primero la abuela, luego el nieto. En vano había escrito Walt tan valerosamente sobre la muerte; la realidad, que los golpeaba en carne propia, no era fácil de resistir. "¿No comprendes esto, querida, no es cierto? —le oyeron preguntar a una niñita que escudriñaba el cajón en puntillas—. "No, señor", —susurró la criatura—. "Yo tampoco" —dijo Walt volviéndose.

A pesar de ser un inválido, Walt no quiso acompañar a su familia cuando ésta se trasladó. En su lugar, compró una casita en 328 Mickle Street [2] en Camden, con el dinero que había estado ahorrando y la ayuda de su amigo George W. Childs. De muchas maneras el "cottage" compacto, o "rancho", como él lo llamaba, respondía a la descripción de la casa de sus sueños en "las necesidades del poeta". Vez tras vez había pasado frente a él al dirigirse a los "ferries". Sus

[1] Para obtener detalles de la entrevista entre Whitman y Wilde ver "Oscar Wilde and the Yellow Nineties" de la autora.

[2] Ahora Nº 330.

amigos, cuando la vieron, apenas se la representaron como la vivienda de un poeta. Thomas Donaldson opinó que no era mejor que una jaula. Pero el hijo del constructor de Brooklyn vió que había sido construída a plomo y bien alineada. La puerta de paneles y el sencillo tallado tenían gracia y solidez. La piedra de mármol para carruajes al borde de la acera, frente a los tres escalones de madera de la entrada, sería una comodidad para los visitantes más prósperos que iban a verlo. Mejor que todo eso, había un gran árbol frondoso frente a la casa, y en el patio de atrás florecía un grupo de lilas, las flores que representaban la infancia, el hogar, la poesía y todo lo que tenía el poder de agitar las emociones y despertar la imaginación. Por amor al árbol y a las lilas, podía cerrar sus oídos a los trenes rechinantes, hacer caso omiso de los olores de la fábrica de guano, de las vocingleras amas de casa con su pasión por remover con sus escobas el agua de los arroyos, y aun al canto nasal, los domingos, del coro terriblemente entusiasta en la iglesia vecina.

Walt transportó sus escasas pertenencias a su casita. Encima de la chimenea pendía el retrato de su padre, de ojos penetrantes, adustos; a su lado, separado por un viejo reloj, el cuadro de su madre con las cejas en pico y el colorido vivo que él había heredado. Aparte de una mesa, unos cuantos baúles, tres o cuatro sillas comunes de madera y grandes montones de las diversas ediciones de *Hojas de Hierba*, poseía pocas cosas. Durante algún tiempo retuvo como caseros a un anciano trabajador y su mujer, la cual tenía un modo desconcertante de gritar la llegada de visitas de acuerdo al vehículo en que llegaban: "¡Walt, aquí viene gente de coche a verte!" Pero pronto lo dejaron, llevándose sus muebles, y Walt se quedó solo en una casa que hubiese estado vacía a no ser por sus libros y las pilas de diarios, recortes y manuscritos que se elevaban más y más a medida que se le hacía más difícil tirar el menor trozo de escritura o de papel impreso.

En alguna parte había encontrado un busto de yeso de Elias Hicks, que guardaba en un rincón del piso, su reverente cabeza pelada, protegida contra el polvo por un gorro de dormir hecho de papel de diarios. En otro rincón había, sin que ninguna razón estética lo justificase, una figurilla de Grover Cleveland, agazapada y sin gracia. Más tarde Walt agregó a la colección una figura sentada de sí mismo, también bajo una cubierta protectora de papel de diario, que, al ser un día incautamente levantada por William Sloane Kennedy, dejó al descubierto un nido de hormigas pardas alojadas cómodamente en los faldones del Walt de yeso. El pobre inválido atendía por sí solo a sus necesidades, usando un cajón de embalar como mesa cuando comía y calentando la leche sobre una lámpara de petróleo. No tenía ningún dinero aparte del que le aportaban sus poco frecuentes conferencias y *Hojas de Hierba*, y el interés suscitado por el libro se había extinguido después de la llamarada de Filadelfia. *Specimen Days and Collect*, que contenía algunas de sus mejores prosas, no se vendió mejor que su poesía. Donaldson, a quien le apenaba la forma en que Walt vivía, le ofreció libre de alquiler, una casa y veinte lotes en la ciudad de Filadelfia, con un jardín y comodidades de los que podría disfrutar mientras viviera, pero Walt prefirió su propio nido desordenado — y su independencia.

En 1885, sin embargo, tuvo un cambio de suerte favorable. Para empezar, la señora Mary Davis, una viuda de marinero que se había compadecido a menudo del solitario anciano que vendía sus libros de casa en casa —transportándolos en una mochila sobre sus espaldas— vino a vivir con él como ama de llaves. El arreglo era sencillo. Ella llevó sus muebles y su canario; él proporcionó la casa.

Desde que tenía memoria, Mary Davis había cuidado de los enfermos y los incapacitados. Walt Whitman estuvo a su cargo hasta el fin de sus días. Tal vez aceptó éste como cosa natural sus múltiples servicios; hasta puede ser que no

tomase en consideración la parte que le tocó a ella de la carga financiera, según lo indican los altercados póstumos. De cualquier manera, el convenio duró siete años, a mutua satisfacción de ambos y, por parte de la señora de Davis, con una sensación de servicios prestados lealmente y en la forma debida. Naturalmente, los vecinos murmuraban y apostaron sus niños frente a la casa de Mickle Street para que informaran sobre las idas y venidas de sus ocupantes. Pero ya hacía tiempo que Walt se había vuelto sordo para las lenguas maldicientes, y Mary Davis estaba demasiado atareada para que le importasen. Ella sabía solamente que el señor Whitman era un gran hombre y que al atender a su comodidad tenía una pequeña participación en su grandeza.

Se convirtió en su gran niño mimado aunque tenía muchos años más de los que representaba su persona acicalada y donosa. Siempre que oía el golpeteo de su bastón en el piso más alto de su dormitorio, Mary sabía que estaba levantado y listo para su desayuno. Pero le hubiera sido más fácil verificar el viento que soplaba a través de los árboles, que las costumbres caprichosas del Señor Whitman. Pronto se habituó a su irregularidad y condujo la casa en consecuencia. Sabía, por ejemplo, que no debía arrojar ni un solo pedacito de papel, que el trapo jamás debía alterar la acumulación del tiempo en la pila de impresos que iba en aumento. Si llegaba un huésped, o huéspedes, mientras Walt se hallaba sentado a la mesa, nunca debía decirles que se fueran, sino que, al contrario, había que invitarlos a participar del sancocho o las papas, o de las suculentas ostras que un admirativo vendedor de pescado traía gratis para la mesa del poeta. Siempre que Whitman salía, en los días en que su renguera estaba peor que de costumbre, ella caminaba con él del brazo; pronto aprendió a soportar su peso. Estaba desmedidamente ufana de su presencia personal. El hombre a quien el venerable Dr. Horace Furness, de Filadelfia, detuvo en la calle para saludar con un maravillado: "Es imposible

expresar lo hermoso que es usted", debía presentar siempre el mejor aspecto posible. De manera que se ocupó de que sus trajes grises estuviesen siempre impecables, y cuando confeccionaba sus camisas de hilo blanco, las adornaba con un borde de puntilla en el cuello y los puños que lo hacían parecer medio dios, medio criatura. La casa asumió una domesticidad suave, aunque desaliñada. Un gato se unió al canario, al círculo familiar, y luego un perro manchado que solía instalarse a los pies de Walt para mirarle el rostro fijamente, durante horas.

Una mañana, cuando Walt disponíase a iniciar su paseo lento, doloroso, encontró un vivaz caballo y un "sulky" parados junto a la piedra para carruajes. La señora de Davis, de pie a su lado, tenía una mirada resplandeciente, y lo mismo pasaba con un grupo de sus amigos, quienes por una extraña coincidencia habían llegado todos a la misma hora. Con lágrimas en los ojos, supo que el faetón era suyo, regalo de más admiradores que los que creía tener. La señora de Davis había sugerido a Donaldson la idea de un birlocho y Donaldson la había realizado mediante una subscripción entre amigos personales y literatos. La lista parecía una página del Parnaso Americano. Oliver Wendell Holmes había contribuído con diez dólares, junto a Mark Twain, Talcott Williams, Richard Watson Gilder, Whittier, y muchos más. El cuáquero Whittier, que había arrojado *Hojas de Hierba,* en 1855, al fuego, envió una moderada advertencia con su contribución — "que un caballo manso, de paso tranquilo, sería más útil para Whitman, que el Pegaso salvaje y brioso que había estado acostumbrado a montar — sin freno ni brida."

¡Cuán poco conocía a Whitman el buen cuáquero! No más paciente con su terrenal caballo de paso moderado que con el olímpico, Walt pronto cambió su caballo por un vivaz "pony" al cual fustigaba, desenfrenado, flotando al viento su barba blanca, las mejillas enardecidas, como un anciano pero indómito Febo. Luego un día, en Filadelfia, el *News* publicó unos

tristes versos en ritmo whitmaniano, lamentando la desaparición del arnés y la manta del caballo de Walt. ¿Qué ladrón se había evadido con la propiedad del buen poeta gris?

"Me enojo, me enfurezco, encorvo mi amabilidad,
¡Oh! la enormidad, la enorme enormidad de su maldad!
¿Mis arneses, quién los ha extraído con maña?
Mi triste corcel sin brida.
¡Lerda policía, soñolientos hombres-langosta, os maldigo!
Pobre caballo sin arreos,
Caballo sin collera, ladrón sin collera..."

La propiedad perdida volvió, y Frank, el "pony", disparó de nuevo por las calles de Camden, conduciendo al sonriente poeta. Era una prueba de afecto que lo pudieran parodiar, y en forma tan afable.

El tiempo trajo una agravación de su enfermedad, pero también un aumento de amigos y una prosperidad en grado modesto. Walt tenía una cuenta de banco, abastecida en menor grado por las ediciones americanas e inglesas de su obra, y el producto de su conferencia sobre Lincoln, que por las contribuciones de sus admiradores y beneficios concertados por los adictos. En 1887, por intermedio de Kennedy, Boston, que Walt siempre había sospechado de inamistosa, le mandó una suscripción de ochocientos dólares. El dinero había sido recolectado para que pudiera construirse una casita en Timber Crek, cerca de sus amigos los Staffords, donde había tomado baños de sol cuando creía que todavía podía curarse, y escrito las descripciones de la naturaleza más encantadoras de "Specimen Days". Pero era demasiado viejo y demasiado endeble hasta para un cambio como aquél. Guardó el dinero para invertirlo en otra cosa. Con el mismo objeto, no revelado a nadie aún, también ahorró el producto de la conferencia pronunciada en su beneficio por Robert Ingersoll: "Libertad en la Literatura". ¡Qué buenos eran todos con él, Donaldson, Kennedy, J. H. Johnston, los Staffords, el cuáquero Pearsall

Smith, de Germantown, Richard Watson Gilder, y los innumerables amigos del "viejo" aquí y en Inglaterra! Con pesar pensó en aquellos que habían muerto: Anne Gilchrist, el leal O'Connor, y otros, muchos otros. Ya era hora de que él, también, pensara en la muerte. El joven Horace Traubel, que con su pluma y lápiz anotaba cada palabra que decía, era una advertencia constante de la mortalidad.

Traubel había llegado hasta Whitman, adolescente aún, cuando, después de la escuela, rondaba frente al umbral de George Whitman a la espera de un vistazo del anciano imponente, que tenía un saludo cordial para amigos y extraños. Whitman estimulaba al mozalbete. Le gustaba su mente alerta y su afición a los libros, o mejor dicho, su afición por escucharlo a él, Walt, cuando hablaba de libros. Una afectuosa amistad se estableció entre ambos. Walt estaba imposibilitado; Horace, con su cuerpo ligero, pequeño, era rápido y ágil. Le importaba poco el hacer frecuentes viajes a casa de los impresores con un montón de pruebas bajo el brazo. Sus hermosos ojos claros, de un color gris azulado, se iluminaban de inteligencia y adoración siempre que Walt le hablaba, como lo hacía sin reservas sobre sus poemas; y a medida que crecía en años, Horace no vacilaba en emitir sus opiniones. Entretenido, aunque encariñado, Whitman empezó a depender de él.

Antes de que la señora de Davis llegara a Mickle Street, Horace, que tenía entonces un empleo en un banco en Filadelfia, solía ayudar en la limpieza de la casa y a preparar las comidas de Walt. Y siempre era hablar, hablar, hablar, haciendo Horace sus preguntas boswellianas y Walt, un Doctor Johnson menos pesado, contestando con un ojo puesto en la impresión que hacía sobre su discípulo, pero más en la posteridad cuyo informador habría de ser el joven. A menudo, al anochecer, cuando Walt solía sentarse bajo el árbol frente a la casa, disfrutando del fresco de la noche con sus amigos, estaría allí Horace, observando la forma en que el anciano golpeaba con su pie contra el tronco hasta llegar a

agujerearlo, recordando cada palabra, atrapando cada vuelta de frase, que más tarde anotaba captando hasta el mismo acento, pero salvando algunas de sus propias y favoritas interjecciones y "¡al diablo!" Tenía una misión que cumplir: retratar a Whitman no solamente como parecía ser, sino como *era*, porque Traubel, astuto como un hurón, conocía todas las madrigueras en las que Walt ocultaba su verdadero yo.

Extrañas escenas solían tener lugar entre ambos: Horace perspicaz y penetrante, Whitman un Júpiter arrinconado por su implacable Mercurio.

—Usted le dijo a Emerson que se vendieron fácilmente —atacó a Whitman, refiriéndose al asunto de las primeras *Hojas*, un día de 1889—. ¿Me dice a mí ahora que se vendieron fácilmente?

—No, claro que no —contestó Walt.

—Entonces, ¿por qué se lo dijo a Emerson?

—En esa época creí que los libros se estaban vendiendo. Muchos de ellos estaban consignados a izquierda y derecha. Pero no hubo venta. Los devolvieron. —Podía darse el lujo (no importaba ya que dijese la verdad) de ser verídico ahora, tantos años más tarde.

Riéndose, observó Horace:

—¿Me estaba preguntando si no estaría usted "bluffing" a Emerson?

—¿Quieres decir que me jactaba? —preguntó Walt, agregando un momento más tarde—: Tal vez había algo de eso.

—Tampoco puedo olvidar —insistió Horace— que en la misma carta llama Maestro a Emerson. Ahora rechaza el término. ¿Qué quiso decir con ello entonces?

—Aquellos eran días de ensalada. Yo tenía ángulos no desarrollados en aquella época. — Walt eludió la difícil respuesta. — No me imagino que era inocente. Alguno tenía que hablar por mí. Nadie quiso. Yo hablé por mí mismo.

Horace se esforzó por indagar otros asuntos, más íntimos, como John Addington Symonds y el Doctor Bucke. En al-

gunos respectos pudo acercarse más a ellos que los otros dos, pero el sagaz Whitman mantuvo su secreto al final, al simular divulgarlo. Los últimos años de su vida se convirtieron en un fantástico juego al escondite, en la niebla o bruma de conjeturas entre él y sus "explicadores". ¿Por qué no se casó nunca? ¿Cuál era el significado de los poemas del "Cálamo"? ¿Estarían ligadas de alguna manera las dos preguntas, y tenían alguna relación con el "secreto" de *Hojas de Hierba*?

Más terco que todos, John Addington Symonds exigió una contestación definitiva. Lo mismo podría haberle pedido al oráculo de Delfos que hablara sin doble sentido. "A Symonds le quedan todavía algunas dudas para tranquilizarse", dijo Whitman en 1888, después que su explicador inglés había conseguido enguirnaldar con nubes espesas la cabeza joviana. "No quiero decir dudas sobre mí, más bien sobre él mismo... ¿Qué quiere decir *Calamus*? ¿A qué se reducen los poemas en el rodeo?"

Fuere el que fuese su significado, él sabía que los poemas *Calamus* no significaban lo que Symonds insinuaba. En la "Contemporary Review", de setiembre 1887, Symonds había escrito una ambigua defensa de Whitman. Todo el asunto le pareció ridículo a Walt, especialmente en el esfuerzo evidente del inglés por conseguir que el gigante americano cupiera en el molde de sus conceptos anticipados. Pero Symonds no renunció a su búsqueda, su investigación de lo que creía ser la verdad, y finalmente hizo preguntas tan directas, que Walt, escandalizado por sus inequívocas inferencias de homosexualidad, contestó con una carta cuyas exageraciones indicaban el alcance de su pánico.

"Mi vida, mi adolescencia, mi edad mediana, mis épocas en el sur, etc., han sido corporalmente alegres o festivas", escribió el 9 de julio de 1890, con sospechosa jactancia, "y sin duda dieron pábulo a murmuraciones. Aunque soltero, tengo seis hijos —dos murieron— un nieto en el sur, que vive, lindo muchacho, me escribe ocasionalmente; las cir-

cunstancias relacionadas con su suerte y beneficio me han separado de relaciones íntimas". ¡Una vida corporalmente alegre, y *seis* hijos ilegítimos! Eso debía poner punto final al impertinente interrogatorio de Symonds.

Si jamás fueron llamados de la sala de espera de los No Nacidos una buena media docena de niños, sin duda lo fueron los de Whitman. Hasta él mismo, después de haber anotado el número, lo halló tan poco plausible, que inmediatamente, con un rasgueo de la pluma, mató a dos. *Cuatro* hijos y un nieto sureño tenían un sonido más convincente. Que los curiosos averiguaran por sí mismos. Estaba seguro de que nadie los encontraría jamás — seguro porque nunca existieron sino como invenciones de la imaginación jactanciosa de un viejo.

Una vez lanzado el tiro de flecha, sus interrogadores no lo dejaron en paz. Pero él era un buen contrincante para todos ellos. "¿Por qué no se casó nunca?", le preguntó uno categóricamente, a quemarropa.

Con la expresión más solemne del mundo Walt le contestó con una sarta de desatinos: "Todo el asunto, mi amigo, como el Nibelungo, o el gato de cualquiera, tiene una cola larga, inmensamente larga. Y el no ser casado, y el no, y el no, y el no, y esto y aquello, y lo otro, tienen un sinnúmero de explicaciones. A primera vista podrá no parecerle tan fidedigno al individuo. Pero continuemos, explicaré más, y aun más, y más aun detrás de todo eso, y después de un rato verá por qué debe ser así en la naturaleza de las cosas."

Los hombres sensatos hubieran desistido ante una ingenuidad tan aparente, y llegado a la conclusión de que tal vez lo más misterioso de todo era que no había ningún misterio. No pasó así con los entusiasmados investigadores de la verdad. A la menor coyuntura que se presentaba se sumergían en el pozo, para descubrir la verdad en alguna otra de sus formas favoritas, nadando tranquilamente detrás de la oscura pantalla.

El 23 de diciembre de 1891, cuando Whitman, como todos creían, se hallaba moribundo, el Doctor Bucke lo interrogó

de nuevo. Los hombres solían a veces decir la verdad ante la inminencia de la muerte.

—¿No quiere usted contarme algo acerca del asunto del sur? —preguntó, refiriéndose al testamento de Walt.

—¿Mis hijos? —preguntó Walt.

—Sí.

—Bueno, creo que no —dijo Walt.

—Harned opina que alguien debía conocer los hechos principales en el caso de que surjan dificultades más tarde —insistió el doctor Bucke.

—¿En cuestiones de dinero, quiere decir usted?

—Sí.

—Oh, no habrá dificultades de esa clase —le aseguró Walt, diciendo a continuación que eran personas de buena familia que "no se adelantarían nunca por sí solos para reclamar alguna relación". Nunca lo hicieron, porque nunca existieron. No obstante, tal vez porque los no nacidos no tienen fantasmas, la cría ilegítima de Walt continúa atormentando a sus biógrafos.

Cuando Walt redactó su último testamento, aunque mencionó parientes cercanos y lejanos, no dijo una sola palabra sobre ningún hijo o nieto. Entre los recuerdos legados a amigos, dejó su reloj de oro a Traubel y su reloj de plata a Harry Stafford. Seguramente, si hubiese existido algún nieto sureño que viviera aún, uno de estos relojes podría haber ido a parar a sus manos sin ofender la sensibilidad de la "buena familia". Sin duda Walt contaba su propio caso cuando, algunos meses antes de morir, al ser interrogado de nuevo sobre su complejo "secreto", relató cómo había presenciado de muchacho un drama de cinco actos. "El personaje principal era un viejo prodigiosamente raro que llevaba arrastrando consigo un secreto. Estaba en un fardo que llevaba sobre la espalda, y algunos que esperaban ser sus herederos vigilaban este secreto ávidamente. Un día el viejo murió, y ¡he aquí que el fardo no contenía secreto alguno . . .!"

La verdadera respuesta debía encontrarse, más que en ninguna otra parte, en *Hojas de Hierba*. Para la construcción de su leyenda forjó para sí mismo una figura llena de encanto, romántica, mistificada. El nuevo Adán se dejó crecer la barba; el hombre natural posó para el fotógrafo con una mariposa anclada por un hilo perceptible a su dedo índice, en una estación del año en la cual tenía que llevar un "sweater" de lana y hacía tiempo que las mariposas habían dejado de revolotear. Adoptó sus diversos trajes, del elegante, del carpintero, del hombre de la vía pública y finalmente del buen poeta gris, reteniendo, sin embargo, sus dos personalidades, la del poeta, ante todo, genuino como el más puro metal, y la del agente de prensa del poeta que mezclaba los mitos para capturar la imaginación popular. Pero la imaginación popular no se dejó aprehender sino hacia el final, y entonces solamente porque se permitió escuchar la voz del poeta. Como agente de prensa siguió siendo tan malo como era bueno el poeta. Ni siquiera se dió cuenta plenamente de su grandeza; hizo demasiado ruido en su inseguridad. En uno de los últimos banquetes de cumpleaños, el comentario de Gilder alabando al verso libre de Whitman, "La forma en que se expresa la idea me satisface", provocó la siguiente exclamación por parte del radiante anciano: "Eso lo dice en serio". El sello de una autoridad tal acerca de lo que seguía siendo para muchos un "ladrido barbárico" le infundió confianza en su inmortalidad.

Hasta el final construyó su monumento de palabras. En 1888 reunió sus poemas posteriores bajo el título *Sands at Seventy* ("Arenas a los setenta"). Su prosa miscelánea la juntó con el título *November Boughs* ("Ramas de Noviembre"). Aquellos títulos sonaban como un discurso de despedida. "Cualquier día puede cortarse el delgado hilo — cualquier día", dijo. Pero siguió escribiendo. Hay una reminiscencia suya dando vueltas en su mano, con el éxtasis de un místico, a un extraño rosario: es un nuevo poema compuesto

en trozos sueltos de papel borroneado, unidos con un hilo blanco, conteniendo cada trozo una forma más perfecta de su pensamiento, alguna frase más agradable de la "tonada" que siempre oía antes de comenzar a escribir. Pero sabía que pronto llegaría el momento de decir adiós a su fantasía, "Querido compañero, querido amor".

Harrison Morris, que había visto trabajar al poeta, fué a visitarlo de nuevo en 1890. Whitman estaba por salir en aquel momento en el coche, con Traubel y Warry Fritzinger, su camarada, enfermero y cochero. Walt invitó a Morris a que los acompañase. — ¿Dónde iremos? —le preguntó Walt.

Como Morris no tenía nada que sugerir, Walt inquirió:

—¿No ha visto la tumba?

—No —dijo el sorprendido Morris, y entonces, Walt le gritó al cochero con la alegría de un niño:

—¡Al mismo sitio, Warry!

Después de recorrer una corta distancia a través de Camden, llegaron a una profunda cañada cerca de la entrada del "Harleigh Cementery". Allí, dentro de la ladera había una choza tosca, druídica, construída de una pieza grisácea, formando el dintel una inmensa losa, y una pieza triangular igual al primitivo frontón. La puerta se hallaba abierta como si esperara a su ocupante. Sobre el frontón, en grandes letras cuadradas, estaba tallado el nombre WALT WHITMAN. Laureles y helechos suavizaban ya la escabrosidad del sitio. Altos árboles le daban sombra. Del otro lado, el cielo había sido captado en el resplandor del agua viviente.

"He elegido un pedazo de la ladera, con vista al sur", —había dicho a Donaldson con una guiñada de ojos después de haber encontrado su sitio de descanso final—. "Me gusta estar con los árboles... Sí, creo que he elegido una tumba cómoda."

La construcción de su mausoleo costó mucho más que "la pequeña suma economizada para gastos de entierro". En realidad, invirtió en ello miles de dólares ahorrados secreta-

mente para ese fin. Pero Walt, deseoso de estar siempre seguro de todo, debía saber antes de morir que tendría el monumento que merecía. Sabedor de que transcurrirían años antes de que la posteridad pensara en erigirle una piedra sepulcral digna de su fama, la erigió por sí mismo. Con líneas profundas, negras de énfasis había subrayado en su ejemplar del *Rubaiyat* el comentario editorial: "La epicúrea audacia de pensamiento y palabra de Omar hizo que lo consideraran con desdén en su propio país y época". En lugar del nombre de Omar veía el suyo propio.

Empero, había hecho mucho por su país y su tiempo cuando dijo: "¡Adiós!" a los vivientes el 26 de marzo de 1892. Otros podrían haber superado en heroísmo al cuáquero que no quiso empuñar un fusil contra sus hermanos, pero que dedicó lo que era más que su vida, su orgullosa salud, al servicio de su país. Otros descollaban por encima de él en triunfos intelectuales, pero él aportó a la literatura la sangre y la fuerza muscular de la gente común, su tolerancia y liberalidad, su diversidad, su inmensidad, su fe en el ideal democrático, con la libertad de experimentar, de cambiar, hasta de equivocarse, pero siempre para ver los dos lados en la libertad de discusión, y de construir, piedra sobre piedra, una mansión para toda la humanidad. Mejor que todo, trajo a cada hombre fe en el dios interior, y siempre las palabras de sus verdaderos poemas, los poemas del "Respondedor", que dan más que poemas, porque

"Os *dan para que forméis para vosotros poemas, religiones, política, guerra, paz, conducta, historias, ensayos, la vida diaria, y todo lo demás.*

Equilibran rangos, colores, razas, credos y sexos . . .

Preparan para la muerte, pero no son el final sino más bien el principio."

BIBLIOGRAFÍA

ADIMARI, RALPH, "Unknown Whitman," *Saturday Review of Literature.* August 18, 1934.

AMERICAN ART ASSOCIATION, *Catalogue af Manuscripts, autograph letters, etc. of Walt Whitman.* New York, 1936.

American Phrenological Journal, October, 1855.

ARVIN, NEWTON, *Whitman.* New York, 1938.

BAILEY, JHON, *Walt Whitman.* New York, 1926.

BARRUS, CLARA, *Life and Letters of John Burroughs.* 2 vols. Boston, 1925.

———, *Whitman and Burroughs, Comrades.* Boston and New York, 1931.

BARTON, WILLIAM E., *Abraham Lincoln and Walt Whitman.* Indianapolis, 1928.

BAXTER, SYLVESTER, "Walt Whitman in Boston," *New England Magazine.* August, 1892.

BAZALGETE, LÉON, *Le poème évangile de Walt Whitman.* Paris, 1921.

———, *Walt Whitman, l'homme et son oeuvre.* Paris, 1908.

BENÉT, S. V., "Ode to Walt Whitman,"*Saturday Review of Literature.* Vol. 12.

BENTZON, TH. "Un poète americain: Walt Whitman," *Revue des Deux Mondes.* June, 1872.

BINNS, HENRY B., *A Life of Walt Whitman.* London, 1905.

BLACK, GEORGE, "Walt Whitman," *New England Magazine.* August, 1892.

BLODGETT, HAROLD, *Walt Whitman in England.* Ithaca and London, 1934.

BORN, HELENA, *Whitman's Ideal Democracy.* Boston, 1902.

BOYD, ERNEST, *Literary Blasphemies,* New York, 1927.

BRADFORD, G., *Biography of the Human Heart.* Boston and New York, 1932.

BRADLEY, S., "Mr. Walt Whitman," *Bookman*. March, 1933.
———, "Walt Whitman on Timber Creek," *American Literature*. Vol. 5.
BRADSHER, EARL L., "Walt Whitman and a Modern Problem," *Sewanee Review*. Vol. 22.
BRINTON, DANIEL G. and HORACE TRAUBEL, "A Visit to West Hills," *Walt Whitman Fellowship Papers*. Philadelphia, December, 1894.
BROOKS, VAN WYCK, *The Flowering of New England*. New York, 1936.
———, *New England, Indian Summer*. New York, 1940.
BUCHANAN, ROBERT, "Walt Whitman," *The Broadway*. November, 1867.
BUCKE, R. M., Ed., *Calamus*. (Letters of Walt Whitman to Peter Doyle.) Boston, 1897.
———, *Cosmic Consciousness*. Philadelphia, 1901.
———, "Memories of Walt Whitman," *Walt Whitman Fellowship Papers*. Philadelphia, September, 1894.
———, *Walt Whitman*. Philadelphia, 1883.
BURROUGHS, JOHN, *Notes on Walt Whitman as Poet and Person*. New York, 1867.
———, *Whitman, a Study*. Boston and New York, 1896.
CALDER, ELLEN M., "Personal Recollection of Walt Whitman," *Atlantic Monthly*. June, 1907.
CANBY, H. S., American Estimates. New York, 1929.
———, *Clasic Americans*. New York, 1931.
CARPENTER, EDWARD, *Days with Walt Whitman*. London and New York, 1906.
CARPENTER, GEORGE, R., *Walt Whitman*. New York, 1909.
CATEL, JEAN, Ed., *The Eighteenth Presidency!* Paris, 1928.
———, *Walt Whitman: La naissance du poète*. Paris, 1929.
CESTRE, CHARLES, "Walt Whitman, l'inadapté," *Revue anglo-américaine*. Année 7.
———, "Walt Whitman, le poète," *Revue anglo-américaine*. Année 8.
CHAPMAN, JOHN J., *Emerson, and Other Essays*. 1898.
CLARKE, WILLIAM, *Walt Whitman*. London, 1892.
CLIVE, ARTHUR, "Walt Whitman, the Poet of Joy," *Gentleman's Magazine*. December, 1875.
CONWAY, MONGURE D., *Autobiography, Memories and Experiences*. 2 vols. Boston, 1904.
———, *Thomas Carlyle*. New York, 1881.

COOKE, ALICE L., "Whitman's Background in the Industrial Movements of His Time," *Texas University Studies in English.* Nº 15. 1935.

DARROW, CLARENCE, *Persian Pearl.* 1899.

DART, W. K., "Walt Whitman in New Orleans," *Publications of the Louisiana Historical Society.* Vol. 7.

DE SELINCOURT, BASIL, *Walt Whitman, the Man.* New York, 1896.

DONALDSON, THOMAS C., *Walt Whitman, the Man.* New York, 1896.

DONOSO ARMANDO, "Walt Whitman," *Cuba Contemporánea.* Vol. 7. Havana, 1915.

DOWDEN, EDWARD, *The Poetry of Democracy.* London, 1899.

ECKERT, ROBERT P., "Friendly, Fragrant Fanny Ferns," *Colophon.* Part 18.

ELLIOT, CHARLES N., E., *Walt Whitman as Man, Poet and Friend.* Boston, 1915.

ELLIS, HAVELOCK, *The New Sprit.* London, 1892. Boston, 1929.

EMERSON, R. W., *Journals.* 10 vols. Boston and New York, 1909.

ERSKINE, JOHN, *Walt Whitman.* Dijon, 1919.

FOERSTER, N., *American Criticism.* Boston, 1928.

FRANK, WALDO, *The New America.* London, 1922.

FULLER, MARGARET, *Papers on Literature and Art.* New York, 1846.

FURNESS, CLIFTON J., Ed., *Walt Whitman's Workshop.* Cambridge, 1928.

GAMBERALE, LUIGI, "La vita e le opere di Walt Whitman," *Rivista d'Italia.* Vol. 1, Rome, 1903.

GILCHRIST, ALEXANDER, *Life of William Blake.* London, 1863.

GILCHRIST, ANNE, "A Woman's Estimate of Walt Whitman," *Boston Radical.* May, 1870.

GILCHRIST, GRACE, "Chats with Walt Whitman," *Temple Bar.* February, 1898.

———, "Walt Whitman as I Remember Him," London *Bookman.* July, 1927.

GILCHRIST, HERBERT, *Anne Gilchrist, Her Life and Writings.* London, 1887.

GLICKSBERG, CHARLES I., *Walt Whitman and the Civil War.* University of Pennsylvania. Philadelphia, 1933.

GOSSE, EDMUND, "A Note on Walt Whitman," *Littell's Living Age.* May 26, 1894.

———, *Leaves and Fruit.* New York, 1927.

GOULD, ELIZABETH P., *Anne Gilchrist and Walt Whitman.* Philadelphia, 1900.

HALSEY, JOHN J., "Walt Whitman," *Dial.* January, 1892.

HAMSUN, KNUT, "Walt Whitman," *Die Gesellschafft.* Vol. 1, Dresden, 1900.

HARNET, THOMAS B., Ed., *The Letters of Anne Gilchrist and Walt Whitman.* Garden City, 1918.

HARRIS, FRANK, *Contemporary Portraits.* Third Series. New York, 1922.

HARTE, W. B., "Walt Whitman's Democracy," *New England Magazine. August,* 1892.

HARTMANN, SADAKICHI, *Conversations with Walt Whitman.* New York, 1895.

HAYES, WILL, *Walt Whitman, the Prophet of the New Era.* London, 1921.

HERCOURT, JEAN, *Primauté de Walt Whitman.* Geneva, 1939.

HERVEY, JOHN L., "Growth of the Whitman Legend," *Dial.* June 24, 1915.

HIER, FREDERICK P., "The End of a Literary Mystery," *American Mercury.* Vol. 1, 1924.

HINTZ, HOWARD W., *The Quaker Influence in American Literature.* New York, 1940.

HOLLOWAY, EMORY, "Notes from a Whitman Student's Scrapbook," *American Scholar.* May, 1933.

———, "Some New Whitman Letters," *American Mercury.* Vol. 16.

———, "Whitman's Embryonic Verse," *Southwest Review.* Vol. 10.

———, *Whitman, an Interpretation in Narrative.* New York and London, 1926.

HOLLOWAY, EMORY, Ed., *Uncollected Poetry and Prose of Walt Whitman.* 2 vols. Garden City, 1921. Also New York, Peter Smith, 1932.

HOLLOWAY, EMORY, Ed., and RALPH ADIMARI, *New York Dissected.* New York, 1936.

HOLLOWAY, EMORY, Ed., and VERNOLIAN SCHWARTZ, *I Sit and Look Out.* Columbia University Press, 1932.

HUNEKER, JAMES, *Ivory, Apes and Peacocks.* New York, 1915.

HUNGERFORD, EDWARD, "Walt Whitman and His Chart of Bumps," *American Literature.* Vol. 2.

INDEX TO EARLY AMERICAN PERIODICAL LITERATURE, N° 3 *Walt Whitman,* 1819-1892. Pamphlet Distributing Company, New York, 1941.

INGERSOLL, ROBERT, *Liberty in Literature.* New York, 1890.

IRWIN, MABEL M., *Whitman, the Poet-Liberator of Woman.* Privately printed. New York, 1905.

JACOBY, JOHN E., *Le mysticisme dans la pensée americaine.* Paris, 1931.

JAMES, HENRY, "Walt Whitman; a Review of Drum-Taps," *Nation.* November 16, 1865.

———, *Views and Reviews.* Boston, 1908.

JANNACCONE, P., *La poesia de Walt Whitman e l'evoluzione delle forme ritmiche.* Turin, 1898.

JOHNSON, MAURICE O., *Walt Whitman as a Critic of Literature.* University of Nebraska, Lincoln, 1938.

JOHNSTON, ALMA CALDER, "Personal Memories of Walt Whitman," *Bookman.* Vol. 46.

JOHNSTON, J., *Diary Notes of a Visit to Walt Whitman in 1890.* Manchester, 1898.

JOHNSTON, J., and W. WALLACE, *Visits to Walt Whitman in 1890-1891.* London, 1918.

JOSEPHSON, M., *Portrait of the Artists as an American.* New York, 1930.

KELLER, ELIZABETH L., *Walt Whitman in Mickle Street.* New York, 1921.

KENNEDY, WILLIAM S., *The Fight of a Book for the World.* Stonycroft Press, 1926.

———, *Reminiscences of Walt Whitman.* Paisley and London, 1896.

———, Ed., *Walt Whitman's Diary in Canada.* Boston, 1904.

KNORTZ, KARL, *Walt Whitman, der Dichter der Demogratie.* Leipzig, 1899.

LAFOURCADE, GEORGES, "Swinburne and Walt Whitman," *Modern Language Review.* January, 1927.

LEGLER, HENRY E., *Walt Whitman, Yesterday and Today.* Chicago, 1916.

LONG, HANIEL, *Walt Whitman and the Springs of Courage.* Santa Fe, 1938.

LOWELL, AMY, *Poetry and Poets.* Boston, 1930.

LUCAS, F. L., *Authors Dead and Living.* New York, 1926.

MABBOTT, T. O., Ed., *The Half-Breed and Other Stories, by Walt Whitman.* Columbia University Press, 1927.

———, "Walt Whitman's *Franklin Evans,*" *Notes and Queries.* December 12, 1925.

MABBOTT, T. O., Ed., and ROLLO G. SILVER, *A Child's Reminiscence.* University of Washington Book Store, 1930.

MACY, JOHN, *The Critical Game.* New York, 1922.

———, *The Spirit of American Literature.* New York, 1913.

MASTERS, EDGAR L., *Whitman.* New York, 1941.

MATTHIESSEN, F. O., *The American Renaissance*. New York, 1941.
MAYNARD, L., "Walt Whitman's Comradeship," *Walt Whitman Fellowship Papers*. Philadelphia. May 31, 1897.
MAYNARD, MILA TUPPER, *Walt Whitman, the Poet of the Wider Selfhood*. Chicago, 1903.
MERRILL, STUART, "La Question Walt Whitman," *Mercure de France*. Vol. 106.
MONAHAN, M., *Nemesis*. New York, 1926.
MONROE, HARRIET, *Poets and Their Art*. New York, 1926.
MONROE, W. S., "Whitman and the Professors," *American Mercury*. March, 1933.
MOORE, JOHN B., "The Master of Whitman," *Studies in Philology*. Vol. 23.
MORLEY, CHRISTOPHER, *Essays*. New York, 1928.
———, *Plum Pudding*. New York, 1931.
———, *Forty-four Essays*. New York, 1925.
———, "Walt. A One-Act Portrait," *Bookman*. Vol. 59.
MORRIS, HARRISON SMITH, *Walt Whitman*. Cambridge, 1929.
MYERS, H. L. and OTHERS, *Walt Whitman: Five Articles. American Literature*. Vol. 6.
NEUMANN, H., "Walt Whitman," *American Scholar*. Vol. 2.
NEWTON, ALFRED E., *Magnificent Farce*. Boston, 1921.
O'CONNOR, WILLIAM D., *The Good Gray Poet*. New York, 1866.
———, *Three Tales*. Boston and New York, 1892. (Preface by Walt Whitman.)
O'HIGGINS, HARVEY J., *Alias Walt Whitman*. Newark, 1930.
PAPINI, GIOVANNI, *24 Cervelli*. Milan, 1918.
PATTEE, FRED LEWIS, *The Feminine Fifties*. New York, 1940.
PERRY, BLISS, *Walt Whitman*. Boston and New York, 1906.
PHELPS, WILLIAM LYON, *The Poetry of Walt Whitman*. New York, 1924.
PLATT, ISAAC HUEE, *Walt Whitman*. Boston, 1907.
POUND, LOUISE, "Walt Whitman and Italian Music," *American Mercury*. September, 1925.
———, "Walt Whitman and the Classics," *Southwest Review*. January, 1925.
POUND, LOUISE, "Walt Whitman and the French Language," *American Speech*, May, 1926.
PRICE, HELEN, "Reminiscences of Walt Whitman," *New York Evening Post*. May 31, 1919.
RASCOE, BURTON, *Titans of Literature*. New York, 1932.

RIDLEY, HILDA, "Walt Whitman and Anne Gilchrist," *Dalhousie Review*. Halifax. Vol. 2.

RIVERS, W. C., *Walt Whitman's Anomaly*. London, 1913.

RODGERS, CLEVELAND, "Walt Whitman, the Poet of Democracy," *Mentor*. September, 1923.

RODGERS, CLEVELAND and JOHN BLACK, *The Gathering of the Forces*. 2 vols. New York and London, 1920.

ROGERS, CAMERON, *The Magnificent Idler*. Garden City, 1926.

ROSSETTI, W. M., *Letters of William Michael Rossetti concerning Whitman, Blake and Shelley to Anne Gilchrist, etc.* (Edited by Clarence Gohdes and Paull Franklin Baum.) Durham, N. C., 1934.

SALTER, WILLIAM M., *The Questionable Side of Walt Whitman*. Philadelphia, 1899.

SANBORN, F. B., *The Life of Henry David Thoreau*. Boston, 1917.

SANTAYANA, GEORGE, *Interpretations of Poetry and Religion*. New York, 1900.

SARRAZIN, GABRIEL, *La renaissance de la poésie anglaise*. Paris, 1889.

SAWYER, ROLAND D., *Walt Whitman the Prophet-Poet*. Boston, 1913.

SCHINZ, ALBERT, "Walt Whitman a World's Poet?" *Lippincott's Monthly Magazine*. October, 1913.

SCOVEL, JAMES M., "Walt Whitman as I Knew Him," *National Magazine*. May, 1904.

SELWYN, GEORGE, "Walt Whitman in Camden," *Critic*. February 28, 1885.

SHEPHARD, ESTHER, *Walt Whitman's Pose*. New York, 1938.

SHERMAN, STUART P., *Emotional Discovery of America and Other Essays*. New York, 1932.

SILVER, ROLLO G., Ed., "Thirty-one Letters of Walt Whitman," *American Literature*. Vol. 8.

SKINNER, CHARLES M., "Walt Whitman as Editor," *Atlantic Monthly*. November, 1903.

SMITH, LOGAN PEARSALL, *Unforgotten Years*. Boston, 1939.

SPIER, LEONARD, "Walt Whitman," *International Literature*. Moscow, 1935. Nº 9.

STEDMAN, EDMUND C., "Walt Whitman," *Scribner's Magazine*. November, 1880.

STEVENSON, R. L., *Men and Books*. New York, 1902.

———, "The Gospel According to Walt Whitman," *New Quarterly Magazine*. October, 1878.

STRACHEY, J. ST. LOE, *American Soundings*. New York, 1926.

SWINBURNE, A. C., "Whitmania," *Fortnightly Review.* August, 1887.

SYMONDS, JOHN A., "A Note on Whitmania," *Fortnightly Review.* September 1, 1887.

———, *Walt Whitman, a Study.* London, 1893.

THAYER, W. R., "Personal Recollections of Walt Whitman," *Scribner's.* June, 1919.

THOMSON, JAMES, *Walt Whitman the Man and the Poet.* London, 1910.

TRAUBEL, HORACE L., Ed., *At the Graveside of Walt Whitman.* Philadelphia, 1892.

———, "Conversations with Walt Whitman," *Arena.* January, 1896.

———, Ed., *Conservator.*

———, Ed., *Good-bye and Hail, Walt Whitman.* Philadelphia, 1892.

———, "Talks with Whitman," *American Magazine.* July, 1907.

———, "Walt Whitman on Himself," *American Mercury.* October, 1924.

———, "Whitman on His Contemporaries," *American Mercury.* July, 1924.

———, *With Walt Whitman in Camden.* Vol. 1, Boston, 1906; Vol. 2, New York, 1908; Vol. 3, New York, 1914.

TRAUBEL, HORACE L. and R. M. BUCKE and T. B. HARNED, *In re Walt Whitman.* Philadelphia, 1893.

TRIGGS, OSCAR L., *Browning and Whitman.* University of Chicago. 1893.

TRIMBLE, W. H., *Walt Whitman and Leaves of Grass.* London, 1905.

TROWBRIDGE, JOHN T., *My Own Story.* Boston, 1903.

———, "Reminiscences of Walt Whitman," *Atlantic Monthly.* Vol. 89.

VAN DOREN, MARK, *Henry David Thoreau.* Boston, 1916.

———, "Walt Whitman, Stranger," *American Mercury.* July, 1935.

WALLING, WILLIAM ENGLISH, *Whitman and Traubel.* New York, 1916.

WALT WHITMAN FELLOWSHIP PAPERS, Philadelphia, 1894-1899.

"WALT WHITMAN LOOKS AT BOSTON," *New England Quarterly.* Number 1.

WATERMAN, W. R., *Frances Wright.* Columbia University Press, 1924.

WATTS, THEODORE, "Walt Whitman, an Obituary," *Athenaeum*. April 2, 1892.

WHITMAN, WALT, *Leaves of Grass*. Brooklyn, 1855.

———, *Leaves of Grass*. Brooklyn, 1856. (Printed by Fowler and Wells.)

———, *Leaves of Grass*. Boston, 1860.

———, *Drum-Taps*. New York, 1865.

———, *Leaves of Grass*. New York, 1867.

———, *Leaves of Grass*. Washington, 1871.

———, *Democratic Vistas*. Washington, 1871.

———, *Passage to India*. Washington, 1871.

———, *After All, Not to Create Only*. Boston, 1871.

———, *As a Strong Bird on Pinions Free*. Washington, 1872.

———, *Leaves of Grass* and *Two Rivulets*. Camden, 1876.

———, *Leaves of Grass*. Boston, 1881.

———, *Specimen Days and Collect*. Philadelphia, 1882-3.

———, *Leaves of Grass*. Philadelphia, 1884.

———, *November Boughs*. Philadelphia, 1888.

———, *Complete Poems and Prose*. Camden, 1888.

———, *Leaves of Grass* with *Sands at Seventy* and *A Backward Glance O'er Travel'd Roads*. Camden, 1889.

———, *Good-Bye My Fancy*. Philadelphia, 1891.

———, *Leaves of Grass*. Philadelphia, 1891-2.

———, *Prose Works Complete*. Philadelphia, 1892, 1894, 1897.

———, *Complete Writings*. 10 vols. New York, 1902.

———, *Criticism*, an Essay. Carteret Book Club, 1913.

———, "Isle of la Belle Rivière," *Cincinnati Post*. April 10, 1892.

———, *The Wound Dresser* (Whitman's letters to his Mother), Boston, 1898.

———, "Walt Whitman at Home," *Critic* Pamphlet Nº 2. New York, 1898.

———, *Leaves of Grass*. (Inclusive edition, edited by Emory Holloway.) Garden City, 1924.

———, *Pictures*. (An unpublished poem, with an introduction and notes by Emory Holloway.) New York, London, 1927.

WILLIAMS, FRANCIS H., "Walt Whitman as Deliverer," *Walt Whitman Fellowship Papers*. Philadelphia, August, 1894.

WILSON, FORREST, *Crusader in Crinoline*. Philadelphia, 1941.

WINWAR, FRANCES, *Oscar Wilde and the Yellow 'Nineties*. New York, 1940.

———, *Poor Splendid Wings*. Boston, 1933.

WOOD, CLEMENT, *Poets of America.* New York, 1925.

WOOLCOTT, ALEXANDER, "Walt Whitman, Dramatic Critic," *Bookman.* March, 1921.

WYATT, EDITH, "Answerer, Walt Whitman," *North American Review.* May, 1919.

———, "Whitman and Anne Gilchrist," *North American Review,* September, 1919.

ZUNDER, T. A., "Whitman and Nathaniel Hawthorne," *Modern Language Notes.* May, 1932.

———, "Whitman Interviews Barnum," *Modern Language Notes.* January, 1933.

ÍNDICE ALFABÉTICO

Abbot, Henry, doctor, 190.
Abolicionista, movimiento, 53-58, 72, 128, 182, 210, 214, 300.
Acuerdo de Cancelación, 80.
Adams, John Quincy, 42-57.
Advertizer, 159, 181, 183, 185, 186, 207.
Agassiz, J. L. R., 204.
Age of Reason, 44.
Albert Edward, Príncipe de Gales, 296.
Alboni, Marietta, 263.
Alcott, A. Bronson, 86, 266, 277.
Aldrich, James, 98.
Aldrich, T. B., 272.
American Monthly, 86.
American Phrenological Journal, 247.
American Review, 95.
"Amor y la Muerte, El", 349.
Anderson, Robert, general, 294, 295.
"Ángel de Lágrimas, El", 94.
Aquino, Santo Tomás de, 67.
Arabian Nights, 45.
Arndt, expulsado de Bonn, 17.
Arnold, George, 271.
"Arte y corazón de la Música", 111.
Ashton, J. Hubley, 319, 320, 321.
Astor, John Jacob, 47, 167.
"Astor Place", 197, 198.
Athenaeum, de Londres, 359.
Atlantic Monthly, 273, 289, 316, 335.
"Aurora, La", 82.
Austin, James T., 57.
Bancroft, George, 67.
"Bardic Symbols", 289.
Barnburners, 147, 148, 149, 150, 181, 183.
Beauregard, G. T., general, 294, 295.
Beecher, Henry Ward, 213, 221.
Bentley, William, doctor, 53.
Benton, Thomas H., 80.
"Bervance", 93.
Bettini, 263.
Biblia, la, 63, 183, 283, 321.
Biblioteca del Congreso, 303.
Bigelow, Mr., 203.
Biglow Papers, 132.
Biographia Literaria, 184.
Blake, William, 340, 341, 342.
"Bloody-Money", 211.
Bloomer, Amelia I., 113, 122.
Bonner, Robert, 225.
Boot, John Wilkes, 317, 318.
Boston Radical, 339.
Boswell, 183.
"Brahma", 143, 273.
Bremer, Frederika, 183.
Brenton, James, 64, 73, 74.
Brenton, señora, 64, 80.
Broadway Journal, 95, 110, 111, 114, 115, 116.
Brooks, Preston S., 278.
Brother Jonathan, 95, 106.
Brown, Ford Madox, 339, 341, 342.
Brown, John, 279, 280, 282, 361.
Brown, Stanford, recuerda a Whitman, 61.
Bryant, W. C., 58, 115, 183, 185, 203, 209, 332.

Buchanan, James, presidente, 294.
Buchanan, Robert, 359.
Bucke, Richard Maurice, doctor, 364, 365, 373, 375, 376.
¡Buen Poeta Gris, El!, 322.
Buffum, Deborah, 39.
Bulwer, W., 351.
Bunce y Hutington, editores, 322.
Buntline, Ned., 288.
Burne-Jones, Edward, 341.
Burnside, general, 316.
Burroughs, John, 84, 267, 318, 319, 323, 324; *sus notas sobre Walt Whitman*, 330, 352, 353, 354, 362, 363, 365.
Burroughs, Úrsula, 323, 324, 352.

"Cabaña del Tío Tom, La", 213, 280.
"Cálamo, Poemas del", 264-70, 284, 311, 319, 337, 348, 349, 350, 374.
Caleb, de Georgia, 21, 22.
"Canto para ciertos Congresales", 209-10.
Carlyle, Jane Welsh, 340, 341.
Carlyle, Thomas, 67, 70, 184, 208; y *Hojas de Hierba*, 252, 253, 254, 333, 340, 341, 343, 344.
Carnegie, Andrew, 360.
Carolina, Amelia Augusta, 16.
Carpenter, Edward, 357, 364.
"Carpintero, El", 330.
Carstensen, 214.
Casey, 98.
Cass, Lewis, general, 149.
"Cierta Cantante, A", 263.
Clapp, Henry, 271; funda *Saturday Press*, 272, 273, 274, 275.
Clare, Ada, 274, 275.
Clarke, Lawyer, 44.
Clarke, McDonald, 139, 140.
Clay, Henry, 54, 80, 209.
Clements, Samuel E., 49, 50, 51.
Clemm, señora, 114.
Cleveland, Grover, 368.
Coleridge, Samuel Taylor, 44, 67, 70.
Columbian Magazine, 95.
"Columbian's Songs", 78.
Collyer, Dor., 167.
"Común prostituta, A una", 85, 362.
Commonwealth, de Boston, 322.
"Contemporary Review", 374.
Conway, Moncure, 231, 232.
Cooper, James Fenimore, 45, 60, 86, 203.
Cortés, Hernán, 131.
"Countess of Rudolstadt", 169.
Crayon, 244.
Crescent, 152, 166-67, 175, 181, 182.
Criterion, 239.
Critic, 241.
Cuáqueros, Sociedad de, 38-39.
Cubierta Roja, La, 45.
"Cuervo, El", 111, 114, 115.

Channing, William, 69, 101.
Cheney, cuarteto, 111, 112, 128.
Child, Lydya Maria, 18.
Childs, George W., 366.
Cholmondeley, Thomas, 267.
"Christian Commission, Unites States", 303.
Chronicle, de Washington, 338.

Dade, mayor, 87.
Daily Times, de Brooklyn, 261, 273.
Dana, Charles A., 230, 240.
Dana, Richard H., 86, 100.
Dante, 333.
Davis, John, 133.
Davis, Mary, 368-70, 374.
Deerslayer, The, 87.
Democratic Review, 92, 94, 95, 137, 247-48.
De Wette, Wilhelmen, exilado, 17, 68.
Dial, 86.
Dickens, Charles, 95, 99.
Do-Hum-Me, 139.
Donaldson, Thomas, 366, 370, 379.
Dos Arroyos, 359.
Dowden, Edward, 360.
Doyle, Peter, 268; testigo del asesinato de Lincoln, 317-18; su amistad con Whitman, 318, 319, 324-27, 333, 352, 353, 354.
Drinkard, W. B., doctor, 352.

Eagle, The, de Brooklyn, 117, 141,

147, 150, 151, 167, 181, 182, 183, 185, 189, 192, 209, 217, 246, 310, 320; editado por Whitman, 117-35; disputa de Whitman con el *Advertizer*, 159; ataca a Whitman, 185-87; sobre *Hojas de Hierba*, 244-45.
Eduardo, duque de Kent, 21.
"Eighteenth Presidency!, The", 260.
Eldridge, C. W., 277, 281, 282, 283, 288, 300, 302, 303, 319, 354.
"Elijah in the Fiery Chariot", 341, 357.
Emancipator, 56.
Emerson, Ralph Waldo, 69, 78, 92, 93, 222, 231, 232, 241, 249, 250, 251, 253, 255, 267, 277, 278, 289, 290, 361, 362, 375; y la abolición, 58; y el "Trascendentalismo", 70-72; contribuye al *Dial*, 86; su "Brahma", 143; citado por Whitman, 144; sobre Ley de esclavos prófugos. 210; precursor de conferencias, 221; sobre Margaret Fuller, 213; carta a Whitman, 230-31; publicación de su carta a Whitman, 252; recomienda *Hojas de Hierba* a Carlyle, 252, 253.
Emerson, señora de R. W., 277.
"Enfants d'Adam", 269-70, 277.
Ensayos sobre literatura y arte, 184.
"Estudioso Americano, El", 71.
Etty, William, 341.
Evening Post, 186, 203, 209, 220.
Everett, Edward, 56.

Feria Mundial de Nueva York, 214.
Fern, Fanny, 127, 224-26, 249, 262; escribe sobre *Hojas de Hierba*, 245-46.
Fern Leaves, 224, 225.
Fichte, J. C., 68.
Fillmore, Millard, 211.
"Fleshly School of Poetry", 359.
Follen, Charles, 69.
Forrest, Edwin, 198.
Fort Greene, parque, 121, 122.
Fortnightly, 363.
Fortunes of Nigel, 45.
Fowler, Lorenzo Niles, 70, 190, 192, 193, 227, 228, 239, 246, 249, 257, 334.
Fowler, Orson Squire, 70, 190, 227, 228, 239, 246, 249, 257, 334.
Fox, George, 219.
Fox, Kate, 201-04.
Fox, Margaret, 201-03.
Fox, señora de, 202, 203.
Francis, doctor, 203.
Franklin Evans, 99-106, 110, 128, 143, 166.
Franz, Agnes, 274.
Freeborn, cantante, 122, 123.
Free Enquirer, The, 44, 108.
Freeman, de Brooklyn, 182-83, 186, 187, 204.
Freeman, de Filadelfia, 56.
Frémont, John Charles, su expedición, 89; campaña presidencial, 259-60.
Frenología, 29, 189, 190, 191.
Fries, Jacob Friedrich, expulsado de Jena, 17.
Fritzinger, Warry, 378.
Fuller, Margaret, 92, 111, 115, 184, 213, 248, 249; y la abolición, 58; y el "Trascendentalismo", 68-70; dirige el *Dial*, 86; Su muerte, 213.
Fulton, fragata, explosión en, 35, 36.
Furman, Juez, 39.
Furness, Horace, Dr., 369.

Garfield, James, senador, 333.
Garrison, William Lloyd, 52-55, 56, 57, 281.
Gilchrist, Alexander, 340, 341.
Gilchrist, Anne, 354, 355; escribe a Whitman, 338; afecto por *Hojas de Hierba*, 340; sus hijos, 341; rendida de amor hacia Whitman, 341-47; viaja a América, 355; su descripción y encuentro con Whitman, 357; su muerte, 371.
Gilchrist, Beatrice, 341.
Gilchrist, Grace, 341.
Gilchrist, Herbert, 341, 356.
Gilchrist, Percy, 341, 356, 357.

Gildemeister, 214.
Gilder, Richard Watson, 370, 371, 377.
Glading, James, 138.
Globe, 186.
Godey, 259.
Goethe, 67, 333; su *autobiografía*, 184.
Graham's Magazine, 86.
Grant, U. S., general, 272, 316, 333.
Greeley, Horace, 115, 117, 185, 204, 221.
Greenwood, Grace, 224.
Grey, Earl, 201.
Grinké, Angelina, 58.
Grinké, Sarah, 58.
Griswold, Rufus Wilmot, 115, 202.
"Guillermo Tell", 59.
Guinea, 52, 53.
Gurowski, Adam de, 330.

Halleck, Fitz-Greene, 115.
Hapgood, mayor, 303, 315.
Harlan, James, 319, 320, 321, 322, 329.
Harned, Thomas, 376.
Harpers, 183, 190, 327.
Harper's Magazine, 273, 355.
Harrington, 281, 300.
Harrison, Gabriel, 123.
Harrison, William Henry, 80, 81; electo presidente, 82; su muerte, 82.
Hartshorne, William, 51, 52.
Hawks, Rev. doctor, 203.
Hawthorne, Nathaniel, 86, 92, 95, 100.
Hay, John, 317, 319.
Hayes, 151, 168, 175, 180.
Heart of Midlothian, 45.
Hedge, F. H., 69.
Hegel, G. W. F., 67, 68.
Herald, de Nueva York, 299.
Herald, de Mobile, 168.
Heroes and hero worship, 184.
Heyde, Charles L., 287.
Hiawatha, 229.
Hicks, Elias, 46, 71, 91, 126, 222, 367; su influencia en la familia Whitman, 18; su historia, 17-41; prédicas en Brooklyn, 37.
Hoffman, Charles F., 132.
"*Hojas de Hierba*", plan de, 75-78; tolerancia de, 94; relación de Emerson con, 144; primera impresión, 217-18; su propósito religioso, 218-19; descripción de la primera edición, 223-24; enviado a Fanny Fern, 226; citado, 233-37; análisis, 233-37; poca venta, 239; criticado, 239-40; discutido, 240-41; continúan las críticas, 244-46; recomendado por Emerson a Carlyle, 252-53; abandonado por Fowler y Wells, 257; publicado por Thayer y Eldridge, 277; nuevas críticas, 290; la excelente edición de 1860, 290-93; su quinta edición, 335; publicado por Osgood y Cía, 360; supresión, 362; otras citas, 74, 111, 170-72, 217-38, 253,254, 256, 259, 263, 264, 285, 288, 300, 316, 320, 321, 327, 328, 329, 330, 331, 339, 343, 344, 347, 348, 351, 359, 360, 361, 362, 364, 367, 368, 374, 376.
Holmes, Oliver Wendell, 370.
Home Journal, 224.
Houghton, Lord, 291, 360, 362, 363, 364.
Howells, W. D., 272.
Hungerford, Edward, 334.
Hunkers, 147-50.
"*Hush'd be the Camps Today*", 327.
Hutchinsons, Los, 128.

"Ichabod", 210
Indian Mound, 139.
Ingersoll, Robert, 371.
Intelligencer, 239.
Irving, Washington, 86.
"Isle of La Belle Rivière, 206-07.
Ivanhoe, 45.

Jackson, Andrew, héroe del día, 17; llega a presidente, 42; jira por el Norte, 43; censurado por escritos en los libros del Senado, 80; su estatua en Nueva Orleans, 162; otras citas, 46, 79.
Jacobi, F. H., 68.

Jefferson, Thomas, 17, 18, 45, 51, 52, 60, 79, 83, 97.
Johnson, Farmer, 206.
Johnson, Jeremiah, general, 39.
Johnson, Samuel, juez, 182.
Johnston, J. H., 371.
Jorge IV, 16.
Journeyman Joiner, 184.
"Julio César", 91.

Kant, Immanuel, 67, 68.
Keats, John, 36.
Keene, Laura, 317.
Kelley, Abby, 58.
Kenilworth, 45.
Kennedy, William Sloane, 368, 371.
King, Rufus, 82.
Kossabone Holandés, 31.
Kossuth, Louis, 213, 296.
Kotzebue, A. F. F., 16.

Lady's Book, 259.
Lafayette, M. J., su retorno triunfal, 25, 26; y el pequeño Whitman, 27; otra cita, 46.
"Last of the Sacred Army, The", 104.
Leader, de Londres, 249.
Lear, 59.
Ledger, 225, 245, 288.
Lee, Robert E., 316.
Lemoine, Jean Baptiste, 163.
"Leyenda de Vida y Amor, Una", 95.
Ley de esclavos prófugos, la, 210.
"Leyes Espirituales", 144.
Libby, Walter, 220.
Liberator, 52-54.
"Libertad en la Literatura", 371.
Liffe Illustrated, 249.
Lincoln, Abraham, invectivas contra la tendencia pro-esclavitud de Illinois, 56-57; su elección, 293; su discurso inaugural, 294; descripto por Whitman, 296-97; apoyado por Whitman en la elección, 315; asesinado, 316-17; poemas de Whitman, 327-29; otras citas, 295, 296, 303, 305, 307, 308, 315, 316, 317, 322, 323, 360.
Lincoln, señora de, 317.
Lind, Jenny, 213, 296.
Literat Gazette, de Londres, 290.
Locofocos, 79.
Longfellow, H. W., 58, 86, 229, 269, 332.
"Longfellow, Guerra", 110.
Long Island Democrat, 64, 65, 74, 77, 92, 106, 137.
Long Islander, 62, 64.
Long Island Patriot, 49, 52.
Long Island Star, 52.
Lovejoy, Reverendo Elijah P., 56, 57.
Lowell, J. R., 86, 132.
Lucía, 59.
Lund, Benjamin, 54.
Lutero, 208.
Lyman, general, 203.
Lynch, Anna C., 115.

Macready, W. C., 198.
Mahoma, 209.
Marcy, Doctor, 203.
Marcy, gobernador, 56.
María Luisa Victoria de Sajonia-Coburgo, 21.
Marsh, William B., 117.
McClure, señor, 151, 152, 168, 175, 180.
McKay, David, 362.
Melville, Herman, 86.
Metternich, 16.
Mirror, 114.
Mirza Ali Mohammed, 201.
Monroe, Jacobo, 15.
Morris, Harrison, 378.
Morris, William, 341.
Mott, Lucrecia, 55.
Mount, William, 220.
"Muerte en el Aula", 94, 100.
My Mother's Gold Ring", 101.

Napoleón, 16; lega dinero para exilados, 17.
National Era, 217.
News, de Filadelfia, 370.
Newton, Julia, 340.
New World, 98, 99, 100.
Nicholson, A. O. P., 149.
"Noche en el Baile de Terpsícore, Una", 169.
"Norma", 263.
North American Review, 67.

Norton, John, reverendo, 38.
Notas sobre William como Poeta y Persona, 330.
Novalis, F. L., 68.
November Boughs, 377.
Nueva Orleans, 151, 159, 161-65, 168, 169, 173, 174, 186, 263, 286; el cólera en, 195.

O'Brien, Fitz-James, 271.
O'Connor, Nellie, 300, 301, 310, 324, 335.
O'Connor, William Douglas, 267, 281, 300, 301, 309, 319, 320, 330, 352, 372; Ayuda a Whitman, 302; escribe *El Buen Poeta Gris*, 321, 322; y "El Carpintero", 330.
"Oda de Conmemoración", 338.
"¡Oh, Capitán! ¡Mi Capitán!", 327-28.
Old Mose, 103.
Osceola, 37.
Osgood, Fanny, 115.
Osgood, James R., 360. 362.
Otto, William T., 319, 320.
"Our of the cradle endlessly rocking", 33-34 y 275-76.
"Out of the rolling ocean the crowd", 336.
Owen, Robert Dale, 45.

Paine, Tom, 18, 28, 44, 45, 52, 60, 127.
Pall Mall Magazine, 360.
"Papeles del Atardecer", 74-77. 92.
Park, Benjamin, 86, 98, 99.
Parker, Theodore, 69, 86, 221, 279.
Parkman, George, doctor, 198, 199, 200.
Parton, James, 224, 225.
"*Passage to India*", 343.
Past and present, 184.
Pathfinder, The, 87.
Peel, 55, 56, 200.
Pfaff, Charlie, 270, 271, 272, 274.
Philanthropist, 56.
Phillips, Wendell, 57, 221; Sobre *Hojas de Hierba*, 244, 322.
Pierce, Franklin, 211, 214.
Pierrepont, Mr. 39.
"¡Pioneers! ¡O Pioneers!", 345.
Platón, 67.
Platt, I. A. 60, 62.
Poe, Edgar Allan, 86, 92, 93, 94, 95, 100, 123, 202, 212; y "Guerra Longfellow", 110; edita *Broadway Journal*, 110; publica artículos de Whitman, 111-12; encuentro con Whitman, 114-16; muerte, 212.
Poe, Virgina, 114, 115, 116.
"Poeta inglés y un poeta americano, Un", 247.
Polk, James, 129, 133.
Post, de Boston, 289.
Post, de Cincinnati, 206.
"Prayer of Columbus, The", 355-56.
Pre-Rafaelistas, 290, 339, 360.
Price, Abby, señora, 254, 285, 312.
Price, Helen, 254, 342.
Príncipe Consorte, 214.
"*Prou Music of the Storm*", 345.
Putnam's Monthly, 244, 330.

Rees Welsh y Cía., 362.
"Retozo de las Águilas, El", 362.
Richard III, 59, 91.
Ripley, George, 69, 72, 86, 203.
"Rochester, golpes", 201-03.
Rome, Andrew, 217, 259.
Rome, James, 217, 259.
Rossetti, Dante Gabriel, 290, 341, 359.
Rossetti William Michael, 290, 339, 340, 357, 362.
Rossini, G. A., 59.
Rubaiyat, 379.
Ruskin, John, 341, 360.
Ruth Hall, 225.

Saintsbury, George, 360.
"Samuel Sensitivo", 169, 172.
Sanborn, Frank, 279, 280, 282. 322, 361.
Sand, George, 184, 333.
Sand, Karl L., 16, 17.
Sands at Seventy, 377.
Sargent, Lucius Manlius, 101.
Sartor resartus, 184.
Saturday Press, 272, 273, 274, 275.

Scènes de la Vie de Bohème, 271.
Schelling, F., 68.
Schiller, J. C. F., 67.
Schleiermacher, F., 68.
Scott, Walter, 45, 59, 60, 63.
Scott, William Bell, 290, 341.
Scott, Winfield, general, 130, 131.
Shakespeare, 59, 60, 63, 208.
Shelley, P. B., 37, 51.
Sheppard, Daisy, 274.
Shooting Niagara, 343.
Siddal, Lizzie, 341.
Smith, Elizabeth Oakes, 115.
Song of the Broad-Axe, 265.
Specimen Days and Collect, 368.
Spooner, Alden, 52, 182.
Sprague, Charles, 26.
Spurzheim, 70, 189, 190, 200.
Stafford, Harry, 376.
Staffords, los, 371.
Stanton, Elizabeth, Cady, 113.
Star, de Brooklyn, 107, 117, 182, 185.
Stephens, Ann, 115.
Stevens, Oliver, 361, 362.
Stoddard, Charles, 271.
Stone, Lucy, 58.
Stowe, Harriet Beecher, 196, 213.
Summer, Charles, 255, 278.
Sutton, Henry, 119, 124, 125.
Swedenborg, Emanuel, 70.
Swinburne, A. C., 291, 348, 363, 364.
Swinton, John, 271.
Symonds, John Addington, 348, 349, 373, 374, 375.

Talcott, W., 370.
Tales of the Grotesque and Arabesque, 86.
Tallmadge, James (h.), 21.
Tappan, Lewis, 55, 56.
Tasso, 333.
Taylor, Bayard, 115, 121.
Taylor, Father, 222.
Taylor, Zachary, general, 129, 165; su triunfo en Buena Vista, 130; su muerte, 211.
Tennyson, Alfred, Lord, 247, 360.
Thayer, Mr., 277, 281, 282, 283, 288, 300.
Thayer, T. B., reverendo, 121.
Thompson, Wiley, general, 87.
Thoreau, H. D., 188, 213, 231, 232, 233, 266, 267, 277, 279, 361.
Thoreau, Sofía, 277.
Thorwaldsen, B., 215.
Times, de Nueva York, 310.
Todd, señor, 54.
Token, el, 86.
"*Toques de Tambor*", 313, 315, 316, 327.
"Trabajadores Americanos contra la Esclavitud, Los", 149, 150.
"Trascendentalismo", 67-73, 144, 232, 233, 244.
Traubel, Horace, 172, 372-73, 376, 378.
Tribune, 115, 118, 150, 203, 211, 230.
Trowbridge, John Townsend, 250, 319.
Tuckerman, 203.
"Tumba Florece, La", 95, 137.
Turner, Nat, rebelde, 55.
Twain, Mark, 198, 370.
Two Years Before the Mast, 86.
Tyler, John, presidente, 81, 82, 129.

Uncollected Poetry and Prose of Walt Whitman, 335.
Unión, 310.
Usher, John P., 319.

Van Anden, Isaac, 117, 134, 135, 147, 148, 149, 151, 181, 306.
Van Buren, Martin, 81, 82, 182-83.
Van Velsor, Amy, 28.
Van Velsor, Cornelius, 28.
Vida de Johnson, 183.
Vida de William Blake, 340.
Victoria, reina, 21, 200, 215, 296.
"¡Vuelve de los sembrados, padre!", 300.

"Walt Whitman y su cuadro de protuberancias", 334.
Washington, George, 17, 52.
Washingtoniana, delegación, 73, 97-98.
Watts, Theodore, 363.
Webster, Daniel, 81, 210, 211.
Webster, John W., 199, 200.

Weekman, Michael, 201.
Wells, Samuel, Roberts, 190, 191, 227, 228, 239, 246, 249, 257.
West Jersey Press, 359.
What Will He Do With It?, 351.
"When Lilacs Last i nthe Dooryard Bloom'd", 328-29.
White, María, 132.
Whitman, Andrew Jackson, 17, 18, 51, 109, 288.
Whitman, Eddie, 59, 108, 109, 152, 286, 316, 331, 332, 354.
Whitman, George Washington, opina sobre Walt y las mujeres, 62, 105; y *Hojas de Hierba*, 228-29; recluta, 297; nombrado capitán, 302; otras citas, 17, 51, 108, 109, 209, 231, 286, 299, 312, 316, 331, 332, 353, 364, 366, 372.
Whitman, Hannah, 28, 29.
Whitman, Hannah Louisa, 51; casada con Charles L. Heyde, 287.
Whitman, Jesse, 18, 19, 28; y Elias Hicks, 37.
Whitman, Jesse (hijo de Walter Whitman), 44, 51, 107-8, 228, 286, 287, 316, 352.
Whitman, Jessie, 286, 305.
Whitman, Joseph, 19.
Whitman, señora Louisa Van Velsor de, casamiento con Walter Whitman, 15; su familia, 20; viaje a Brooklyn, 23; regreso a West Hills, 49, cariño por Walt, 50, 51; da a luz a Edward, 39; retorno a Brooklyn, 107-08; y *Hojas de Hierba*, 239; su patriotismo durante la guerra, 307-08; lee libros de Walt, 330; sus cartas con Walt, 331-32, su muerte, 353; sus últimas líneas, 353-54; otras citas, 17, 18, 24, 28, 37, 64, 109, 180, 181, 183, 286, 287, 302, 305, 306, 315, 326, 361.
Whitman, Mannahatta, 287, 305.
Whitman, Mary, 51, 287.
Whitman, Mattie, esposa de Jeff, 287, 305, 306, 331, 353.
Whitman, Nancy, esposa de Andrew, 288.
Whitman, Nehemiah, 20, 29.
Whitman, Sarah, 20, 29.
Whitman, Thomas Jefferson (Jeff), paseo a Nueva Orleans con Walt, 152-59; su nostalgia, 168; casado, 287; hace colectas para soldados, 306; otras citas, 17, 18, 51, 109, 162, 168, 176, 283, 286, 287, 299, 305, 331, 332, 353.
Whitman, Walt, nacimiento, 21; en Brooklyn cuando niño, 23; frecuenta los *Ferries*, 23-25; amor por su madre, 9; encuentro con Lafayette, 25-27; niñez en Long Island, 26-28; visita a sus abuelos, 27-28; fascinado por el mar, 30-31; sus pasatiempos, 32-33; primeros estudios, 35; en el funeral de las víctimas del "Fulton", 36-37; oye hablar de Hicks, 40-41; sobre los cuáqueros, 41; ve al presidente Jackson, 43; su primera tarea, 44; oye a Frances Wright, 45; su lectura de novelas, 45; explora Manhattan, 46; ve a Jacob Astor, 47-48; en *Long Island Patriot*, 49; relaciones con sus padres, 50-51; su figura, 51; trabajos en *Long Island Patriot*, 51-52; y los abolicionistas, 58; en los teatros, 59; maestro de escuela, 59-60; regreso a Long Island, 62; su falta de interés por las mujeres, 62-63; sus primeros versos, 63-65; su relación con el Trascendentalismo, 67-78; descripción de Walt a los veintiún años, 73; escribe "Papeles al Atardecer", 74-75; sus primeras insinuaciones sobre *Hojas de Hierba*, 75-78; su afiliación a la democracia, 79; apoya a Van Buren, 80-81; edita "La Aurora", 82; habla por Tammany, 83; naturaleza amable, 84-86; ve a Cooper en la Corte, 87; sus diversas tareas, 89-90; ambiciones por la escena, 90-91; satisfecho de su trabajo, 92; su to-

lerancia, 94; imita a otros escritores, 94-95; y Dickens, 99; escribe "Franklin Evans", 100-06; su punto de mira sobre los esclavos, 101-04; empleado en el *Star*, 107; su artículo en el *Broadway Journal*, 111-12; visita a Poe, 114-16; escribe en el *Daily Eagle*, de Brooklyn, 117-35; su patriótico deber como editor, 118-19; su oda cantada en *Fort Greene*, 122-23; aversión por los médicos, 123-24; su punto de vista sobre la guerra mexicana, 128-35; su libreta de apuntes, 141-45; reconócese como poeta, 143; cita a Emerson, 144; consejos sobre casamiento, 145-46; su jornada en Nueva Orleans, 152-59; edita *The Crescent*, 166-68; su placer por el trabajo, en Nueva Orleans, 169-77; su nueva modalidad poética, 170-72; con Bryant, 183-84; influído por escritos de Margaret Fuller, 184; ataque del *Eagle*, 185-86; abandona el *Freeman*, 187; decide seguir con las poesías, 188; revelación, 189; consulta frenológica, 192-93; su identificación con las masas, 204; nuevo viaje al Sur, 205-06; su poema "Isle of la Belle Rivière", 206-07; adopta traje de labriego, 208; poema político, 209-10; método de escritura, 218; habla sobre "Arte y Artistas", 221; su propia instrucción, 223; y Fanny Fern, 224-25; busca distribuidores para su libro, 185; lleva *Hojas de Hierba* a Fowler y Wells, 227-28; recibe carta de Emerson, 230-31; y Conway, 231-32; sobre democracia, 237; su trato al bello sexo, 243-44; autoelogio de *Hojas de Hierba*, 246-49; su egotismo analizado, 248-49; contestación a la carta de Emerson, 249-51; su desaliento, 253; su decisión, 254; su franqueza sobre el sexo, 255; escribe "The Eighteenth Presidency!", 240; redactor del *Daily Times*, de Brooklyn, 261; uso de términos extranjeros, 263; ayuda en Hospital de Nueva York, 264; cariñoso con los camaradas, 264-70; con Pfaff, 271-74; con Emerson en Boston, 277-78; sobre negros en Boston, 281; sobre John Brown, 282; queja por la carestía de alimentos, 285; su "Bardic Symbols" en *El Atlantic*, 289; y Lincoln, 293-96; disturbios por guerra civil, 297-98; no se alista, 299; en busca de George, 300-02; su primer trabajo en Washington, 302-03; preocupado por su madre, 305-07; cartas a ella, 307; su aversión por la guerra, 308; en la guardia, 309-10; su *"Toques de Tambor"*, 313; su enfermedad, 315; trabaja por la reelección de Lincoln, 315; encuentro con Peter Doyle, 318; revisa *Hojas de Hierba*, 319; despedido de su puesto, 319-20; defendido por O'Connor, 321-22; su nuevo puesto, 322; su amistad con Doyle, 324-27; poemas sobre Lincoln, 327-29; su lectura furtiva, 332-33; lee un poema delante del Instituto Americano, 337; y Anne Gilchrist, 339; su *Democratic Vistas*, 343; y Swinburne, 348; y Symonds, 348-49; y *Dartmouth*, 349-50; pesar por la muerte de su madre, 335; con George en Camden, 354; su "The Prayer of Columbus", 355; recibe ayuda de admiradores ingleses, 359-60; en Boston para publicar *Hojas de Hierba*, 303-04; atacado por Swinburne, 363; sus nuevos admiradores, 364; con Bucke en Canadá, 365; recibe a Oscar Wilde, 365; compra casa en Mickle Street, 366; y Mary Davis, 368-69; su caballo, 370; y Traubel, 372-73; los

SE TERMINÓ DE IMPRIMIR EN BUENOS AIRES EL VEINTE DE MAYO DE MIL NOVECIENTOS CUARENTA Y CUATRO EN LOS TALLERES GRÁFICOS DE J. HAYS BELL BRANDSEN 100 (ESQ. GABOTO).

R. [illegible] n. 12069

92 Whit
W769
1944

Winwar, Frances

Gigante Americano

c.1

Fecha del Préstamo	Nombre del Lector

R. [illegible] n. 12069

92 Whit
W769
1944

c.1

01671

ESTE LIBRO DEBE SER DEVUELTO
EN LA ULTIMA FECHA TIMBRADA

